



**CORMAC  
McCARTHY**

**Todos los  
hermosos  
caballos**



Ambientada en 1949 en las tierras fronterizas entre Texas y México, la historia se centra en el personaje de John Grady Cole, un muchacho de dieciséis años, hijo de padres separados, que tras la muerte de su abuelo decide huir a México en compañía de su amigo Lacey para encontrarse con un mundo marcado por la dureza y la violencia. Una novela de aprendizaje con resonancias épicas que inaugura un paisaje moral y físico que nos remite a la última epopeya de nuestro tiempo. Un estilo seco para una historia de emociones fuertes, ásperas, primigenias.



Cormac McCarthy

# **Todos los hermosos caballos**

**Trilogía de la frontera - 1**

ePub r1.0

Antwan 09.09.13

Título original: *All the Pretty Horses*

Cormac McCarthy, 1992

Traducción: Pilar Giralt Gorina

Retoque de portada: Antwan

Editor digital: Antwan

ePub base r1.0



# I

La llama de la vela y la imagen de la llama de la vela reflejada en el espejo de cuerpo entero se retorció y enderezó cuando el hombre entró en el vestíbulo y cerró la puerta. Se quitó el sombrero y avanzó lentamente. Las tablas del suelo crujían bajo sus botas. Se detuvo, vestido de luto, ante el espejo oscuro donde los lirios se inclinaban, pálidos, en el curvilíneo florero de cristal tallado. A lo largo del frío pasillo que tenía a sus espaldas colgaban los retratos de antepasados vagamente conocidos por él, todos enmarcados en cristal y débilmente iluminados sobre el estrecho revestimiento de madera. Bajó la mirada hacia el estriado resto de vela. Apretó la yema del pulgar contra la cera caliente encharcada sobre la chapa de roble. Por último miró aquel rostro hundido y contraído entre los pliegues de la mortaja funeraria, el bigote amarillento, los párpados finos como el papel. Aquello no era dormir. Aquello no era dormir.

Fuera había oscuridad, frío y nada de viento. En la distancia gritaba un ternero. Permaneció con el sombrero en la mano. Nunca en la vida te peinaste el pelo de esta manera, dijo.

Dentro de la casa no había otro sonido que el tictac del reloj en la repisa de la chimenea del salón. Salió y cerró la puerta.

Oscuro, frío, sin viento y un delgado arrecife gris insinuándose en el borde oriental del mundo. Salió a la pradera y se quedó con el sombrero en la mano como suplicando a la oscuridad que los envolvía a todos, y así permaneció durante mucho rato.

Cuando se volvió para irse oyó el tren. Se detuvo y lo esperó. Podía sentirlo bajo sus pies. Venía taladrando del este como un procaz satélite del sol naciente, dando alaridos y bramando en la distancia, y la larga luz del faro delantero atravesaba los enmarañados sotos de mezquite, creando a partir de la noche la línea interminable del recto y monótono derecho de paso y succionándola de nuevo con cables y postes kilómetro tras kilómetro hacia la oscuridad, hasta que el humo de la caldera se dispersó lentamente por el tenue horizonte nuevo y el sonido se fue rezagando mientras él seguía con el sombrero en la mano, sintiendo el debilitado estremecimiento de la tierra, mirando el tren hasta que desapareció. Entonces dio media vuelta y volvió a la casa.

Ella levantó la vista de los fogones cuando él entró y le miró de arriba abajo. *Buenos días, guapo*<sup>[1]</sup> dijo.

Colgó el sombrero del perchero junto a la puerta, entre chubasqueros, zamarras y piezas sueltas de arneses, fue hacia los fogones, recibió su café y se lo llevó a la mesa. Ella abrió el horno y sacó una placa de panecillos dulces que acababa de hacer, puso uno en un plato y lo colocó frente a él junto con un cuchillo para la mantequilla. Le tocó la nuca con la mano antes de volver a la cocina.

Te agradezco que encendieras la vela, dijo él.

*¿Cómo?*

*La candela. La vela.*

*No fui yo, dijo ella.*

*¿La señora?*

*Claro.*

*¿Ya se levantó?*

*Antes que yo.*

Bebió el café. Fuera la luz empezaba a ser granulada y Arturo ya subía hacia la casa.

Vio a su padre en el funeral. Solo en el pequeño sendero de grava junto a la cerca. Salió una vez a la calle hacia su coche. Luego volvió. A media

mañana había empezado a soplar viento del norte y en el aire había salivazos de nieve y polvo flotante; las mujeres, sentadas, se agarraban los sombreros. Habían puesto un toldo sobre la tumba pero el viento soplaba de lado y no servía de nada. La lona batía y aleteaba y las palabras del predicador se perdían en el viento. Cuando terminó y la comitiva se levantó para irse, las sillas de lona que habían ocupado salieron disparadas, dando tumbos entre las lápidas.

Al atardecer ensilló su caballo y se alejó de la casa cabalgando hacia el oeste. El viento había amainado bastante y hacía mucho frío y el sol estaba rojo sangre y elíptico bajo los arrecifes de nubes rojas que tenía frente a él. Cabalgaba hacia donde siempre elegiría cabalgar, allí donde la bifurcación occidental del viejo camino comanche bajaba de la tierra kiowa en el norte y cruzaba la parte más occidental del rancho y podía verse su débil rastro hacia el sur, sobre la baja pradera que se extendía entre las confluencias norte y mediana del río Concho. En la hora que siempre elegiría cuando las sombras eran largas y el antiguo camino se perfilaba ante él a la luz rosa y oblicua como un sueño del pasado en el que los ponies pintos y los jinetes de aquella nación perdida descendían del norte con las caras enyesadas y los largos cabellos trenzados y cada uno armado para la guerra que era su vida, y las mujeres y los niños y las mujeres con niños al pecho hacían todos promesas con sangre redimibles sólo con sangre. Cuando el viento estaba en el norte se podía oír a los caballos y el aliento de los caballos y los cascos de los caballos con herradura de cuero sin curtir y el ruido de lanzas y el arrastre constante de las narrias por la arena como el paso de una enorme serpiente y los muchachos desnudos a lomos de caballos salvajes, gallardos como jinetes de circo, y caballos salvajes arreando ante ellos y los perros corriendo con la lengua fuera y esclavos a pie siguiendo medio desnudos y dolorosamente cargados y sobre todo la queda salmodia de su canción viajera que los jinetes entonaban mientras cabalgaban, nación y fantasma de nación pasando en una coral suave a través de aquel desierto mineral hacia la oscuridad perdida para toda la historia y todo el recuerdo como un grial, la suma de sus vidas seculares, transitorias y violentas.

Cabalgaba con el sol cubriendo de cobre su cara y el viento rojo soplando del oeste. Torció hacia el sur por la vieja senda de guerra y cabalgó hasta la cresta de una pequeña elevación donde desmontó y soltó las riendas y caminó y se detuvo como un hombre llegado al final de algo.

Había un viejo cráneo de caballo en los matorrales. Se agachó y lo cogió y le dio vueltas entre las manos. Frágil y quebradizo. Blanco como el papel. Se quedó en cuclillas bajo la luz alargada, con el cráneo de dientes de cómic sueltos en los alvéolos. Las juntas como una soldadura dentada de los huesos. Sintió el ahogado fluir de arena en el cráneo cuando le dio la vuelta.

Lo que amaba en los caballos era lo que amaba en los hombres, la sangre y el calor de la sangre que los recorría. Toda su reverencia y todo su afecto y todas las tendencias de su vida se inclinaban hacia los ardientes de corazón, siempre sería así y nunca de otro modo.

Regresó en la oscuridad. El caballo aceleró el paso. La última luz del día se retiraba lentamente sobre la llanura a sus espaldas y desaparecía de nuevo en los bordes del mundo en un refrescante azul de sombra y crepúsculo y frío y los últimos gorjeos de pájaros secuestrados en los matorrales oscuros y resistentes. Volvió a cruzar la vieja senda y tuvo que llevar el poni hacia la llanura en dirección a casa, pero los guerreros seguirían cabalgando en aquella oscuridad en que se habían convertido, pasando con estrépito con sus herramientas bélicas de la edad de piedra carentes de toda sustancia y cantando suavemente en sangre y nostalgia hacia el sur y a través de las praderas hacia México.

La casa se había construido en mil ochocientos setenta y dos. Setenta y siete años después su abuelo era el primer hombre que moría en ella. Si otros habían estado de cuerpo presente en aquel vestíbulo, los habían llevado allí sobre una barrera o envueltos en una sábana de vagón o embalado dentro de una caja de basta madera de pino con un carretero en la puerta provisto de una carta de porte. Eso los que habían venido. Porque la mayor parte había muerto según un rumor. Un amarillento recorte de periódico. Una carta. Un



telegrama. El rancho original tenía dos mil trescientos acres del viejo apeo Meusebach de la concesión Fisher-Miller y la casa original era un cobertizo de una sola habitación hecho con palos y juncos. Fue en mil ochocientos sesenta y seis. Aquel mismo año se trajo el primer ganado a través de lo que todavía era condado Bexar y atravesando la parte norte del rancho hasta Fort Sumner y Denver. Cinco años después su bisabuelo envió seiscientas reses por la misma senda y con el dinero construyó la casa y para entonces el rancho ya tenía dieciocho mil acres. En mil ochocientos ochenta y tres levantaron la primera alambrada. En el ochenta y seis los búfalos desaparecieron. Aquel mismo invierno hubo una gran mortandad. En el ochenta y nueve Fort Concho fue abandonado.

Su abuelo era el mayor de ocho chicos y el único que vivió más de veinticinco años. Se ahogaron, les dispararon, les cocearon caballos. Perecieron en incendios. Sólo parecía darles miedo morir en la cama. Mataron a los dos últimos en Puerto Rico en mil ochocientos noventa y ocho y aquel año se casó y llevó a su novia al rancho y debió de salir a contemplar sus posesiones y reflexionar largo rato sobre los designios de Dios y las leyes de la primogenitura. Doce años más tarde, cuando su esposa murió en la epidemia de gripe, aún no tenían hijos. Un año después se casó con la hermana mayor de su difunta esposa y al año siguiente nació la madre del muchacho y ya no hubo más nacimientos. El nombre de Grady fue enterrado con aquel anciano el día en que el viento del norte arrastró las sillas del prado por la hierba muerta del cementerio. El nombre del muchacho era Cole. John Grady Cole.

Encontró a su padre en el vestíbulo del St. Angelus y caminaron por Chadbourne Street hasta el café Eagle donde se sentaron en unos bancos del fondo. Algunas personas de las mesas dejaron de hablar cuando ellos entraron. Varios hombres saludaron a su padre y uno le llamó por su nombre.

La camarera llamaba muñeco a todo el mundo. Apuntó su pedido y coqueteó con él. Su padre sacó sus cigarrillos, encendió uno, dejó el

paquete sobre la mesa, puso encima su encendedor Zippo del Tercero de Infantería, se apoyó en el respaldo, fumó y le miró. Le dijo que su tío Ed Alison había ido al encuentro del sacerdote después del funeral y estrechado su mano mientras ambos mantenían agarrados sus sombreros y se inclinaban treinta grados a favor del viento como cómicos de vodevil y la lona batía y se agitaba a su alrededor y los asistentes al funeral corrían por el terreno en pos de las sillas del prado, e inclinado hacia la cara del predicador le gritó que era bueno haber celebrado el entierro aquella mañana porque si las cosas seguían igual aquello podía convertirse en un auténtico vendaval antes de que terminase el día.

Su padre rió en silencio. Entonces empezó a toser. Bebió un sorbo de agua y siguió fumando y meneando la cabeza.

Me dijo un compañero al volver del territorio vecino que una vez había dejado de soplar allí arriba y todos los polluelos se cayeron.

La camarera les llevó el café. Aquí tienes, muñeco, dijo. Tendré listo todo lo que habéis pedido en un minuto.

Ella se ha ido a San Antonio, dijo el muchacho.

No la llames ella.

Mamá.

Lo sé.

Bebieron el café.

¿Qué piensas hacer?

¿Acerca de qué?

Acerca de todo.

Puede ir a donde quiera.

El muchacho le observó. No te conviene fumar esas cosas, dijo.

Su padre frunció los labios, tamborileó los dedos sobre la mesa y levantó la vista. Cuando venga a preguntarte lo que debo hacer sabrás que eres lo bastante mayor para decírmelo, dijo.

Sí señor.

¿Necesitas dinero? No.

Observó al muchacho. Te las compondrás, dijo.

La camarera les llevó la cena, gruesos platos de porcelana con bistec y salsa, patatas y judías.

Traeré pan para los dos.

Su padre se metió la punta de la servilleta dentro de la camisa.

No estaba preocupado por mí, dijo el muchacho. ¿Puedo decir esto?

Su padre cogió el cuchillo y cortó un trozo de bistec. Sí, puedes decirlo.

La camarera llevó el cesto de panecillos, lo puso sobre la mesa y se retiró. Comieron. Su padre no comió mucho. Al cabo de un rato apartó el plato con el pulgar, alargó la mano, cogió otro cigarrillo, le dio unos golpecitos contra el encendedor, se lo puso en la boca y lo encendió.

Puedes decir todo lo que piensas. Diablos. Puedes darme la lata sobre lo de fumar si quieres.

El muchacho no contestó.

Sabes que no es lo que quería, ¿verdad?

Sí, lo sé.

¿Aún estás buscando a Rosco?

Todavía no ha sido montado.

¿Por qué no vamos el domingo?

Muy bien.

No estás obligado a ir si tienes otra cosa que hacer.

No tengo nada más que hacer.

Su padre fumaba, observándole.

No tienes que ir si no quieres, dijo.

Quiero ir.

¿Podéis cargar tú y Arturo y recogerme en la ciudad?

Claro.

¿A qué hora?

¿A qué hora te levantarás?

Me levantaré.

Estaremos allí a las ocho.

Me habré levantado.

El muchacho asintió. Comió. Su padre miró a su alrededor. Me pregunto a quién has de ver en este lugar para que te den café, dijo.

Él y Rawlins habían desensillado y soltado los caballos en la oscuridad y ahora yacían sobre las mantas, usando las sillas como almohadas. La noche era fría y clara y las chispas que saltaban del fuego corrían calientes y rojas entre las estrellas. Podían oír los camiones de la carretera y podían ver las luces de la ciudad reflejadas por el desierto a veinticinco kilómetros al norte.

¿Qué te propones hacer?, preguntó Rawlins.

No sé. Nada.

No sé qué esperas. Es dos años mayor que tú. Tiene su propio coche y todo lo demás.

No es nadie. Nunca lo fue.

¿Qué dijo ella?

No dijo nada. ¿Qué iba a decir? No hay nada que decir.

Bueno, no sé qué esperas.

No espero nada.

¿Irás el sábado?

No.

Rawlins se sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, se incorporó, cogió un carbón del fuego y encendió el cigarrillo. Fumó sentado. Yo no me dejaría engañar por ella, dijo.

Sacudió la ceniza del cigarrillo contra el tacón de su bota.

No lo merece. Ninguna lo merece.

No contestó durante un rato. Luego dijo: Sí que lo merecen.

Cuando volvió almohazó el caballo, lo encerró, fue a la casa y entró en la cocina. Luisa se había ido a la cama y la casa estaba silenciosa. Puso la mano sobre la cafetera para probarla y descolgó una taza, la llenó y salió al pasillo.

Entró en el despacho de su abuelo, fue hacia el escritorio, encendió la lámpara y se sentó en la vieja silla giratoria de roble. En el escritorio había un pequeño calendario de latón montado sobre eslabones que cambiaban las fechas cuando se ponía del revés. Aún marcaba el trece de septiembre. Un

cenicero. Un pisapapeles de cristal. Un secante que decía Forrajes y Provisiones Palmer. La fotografía de graduación de segunda enseñanza de su madre en un pequeño marco de plata.

La habitación olía a rancio humo de cigarro. Se inclinó, apagó la lamparita de latón y permaneció sentado en la oscuridad. Por la ventana principal veía extenderse hacia el norte la pradera iluminada por las estrellas. Las cruces negras de los viejos postes telegráficos se acoplaban a través de las constelaciones que pasaban de este a oeste. Su abuelo decía que los comanches cortarían los cables y los empalmarían con crines de caballo. Se recostó y cruzó las botas sobre el escritorio. Relampagueó seco hacia el norte, a sesenta y cuatro kilómetros de distancia. El reloj dio las once en el salón del otro lado del vestíbulo.

Ella bajó la escalera, se paró en el umbral del despacho e hizo girar el interruptor de luz de la pared. Iba en bata y tenía los brazos cruzados, con los codos en las manos. Él la miró y volvió a mirar por la ventana.

¿Qué haces?, preguntó ella.

Estoy sentado.

Ella permaneció mucho rato allí, en bata. Luego dio media vuelta, fue al vestíbulo y subió de nuevo la escalera. Cuando la oyó cerrar su puerta él se levantó y apagó la luz.

Aún duraban los últimos días cálidos y por la tarde él y su padre se sentaban a veces en la habitación del hotel en los blancos muebles de mimbre con la ventana abierta y las tenues cortinas de ganchillo ondeaban hacia dentro de la estancia mientras tomaban café y su padre vertía un poco de whisky en su taza y sorbía y fumaba, mirando hacia la calle. Aparcados en la calle había coches patrulla de los campos petrolíferos que daban la impresión de haber estado en una zona de guerra.

Si tuvieras dinero, ¿la comprarías?, preguntó el muchacho.

Lo tuve y no la compré.

¿Te refieres a la paga atrasada del ejército?

No. Desde entonces.

¿Qué es lo máximo que has ganado nunca?

No hace falta que lo sepas. Aprender malas costumbres.

¿Qué tal si traigo el tablero de ajedrez alguna tarde?

No tengo paciencia para jugar.

Tienes paciencia para jugar al póquer.

Eso es diferente.

¿Qué diferencia hay?

El dinero es la diferencia.

Siguieron sentados.

Aún hay un montón de dinero en esos terrenos, dijo su padre. El número uno I C Clark que brotó el año pasado era un gran pozo.

Bebió un sorbo de café. Alargó la mano, cogió los cigarrillos de la mesa, encendió uno, miró al muchacho y volvió a bajar la vista hacia la calle. Al cabo de un rato dijo: Gané veintiséis mil dólares en veinticuatro horas de juego. Había cuatro mil dólares en la última puesta y éramos tres jugadores. Dos chicos de Houston. Gané la mano con tres reinas de la primera baza.

Se volvió y miró al muchacho. Éste estaba sentado con la taza a medio camino de la boca. Se volvió y miró de nuevo por la ventana. No me queda ni un céntimo de aquello, dijo.

¿Qué crees que debo hacer?

No creo que puedas hacer gran cosa.

¿Hablarás con ella?

No puedo hablarle.

Podrías hablar con ella.

La última conversación que tuvimos fue en San Diego, California, en mil novecientos cuarenta y dos. No es culpa suya. No soy el mismo de antes. Me gustaría pensar que sí, pero no lo soy.

Estás dentro. Metido dentro.

Su padre tosió. Bebió de la taza. Dentro, dijo.

Guardaron silencio mucho rato.

Está en una obra de teatro o algo así.

Sí, ya lo sé.

El muchacho recogió su sombrero del suelo y se lo puso sobre la rodilla. Será mejor que vuelva, dijo.

Sabes que apreciaba mucho a ese viejo, ¿verdad?

El muchacho miró por la ventana. Sí, contestó.

Ahora no empieces a llorar sobre mi hombro.

No lo hago.

Pues no lo hagas.

Nunca se daba por vencido, dijo el muchacho. Fue él quien me dijo que no lo hiciera. Dijo: No hagamos un funeral hasta que tengamos algo que enterrar, aunque sólo sea su placa de identificación. Ya hablaban de repartir tu ropa.

Su padre sonrió. Podían haberlo hecho, dijo. Lo único que me cabía eran las botas.

Siempre pensó que volveríais a juntaros. Sí, lo sé.

El muchacho se levantó y se puso el sombrero. Será mejor que regrese, dijo.

Solía pelearse por ella. Incluso de viejo. Si alguien decía algo de ella y él se enteraba. Ni siquiera era decoroso.

Será mejor que me vaya.

Bueno.

Levantó los pies del alféizar de la ventana. Bajaré contigo. Tengo que comprar el periódico.

Permanecieron en el vestíbulo embaldosado mientras su padre echaba una ojeada a los titulares.

¿Cómo puede divorciarse Shirley Temple?, dijo.

Alzó la vista. Incipiente crepúsculo invernal en las calles. Podría cortarme el pelo, añadió.

Miró al muchacho.

Sé cómo te sientes. Yo me siento igual.

El muchacho asintió. Su padre volvió a mirar el periódico y lo dobló.

La Biblia dice que los humildes heredarán la tierra y espero que sea verdad. No soy un librepensador, pero te diré una cosa. Estoy muy lejos de abrigar la convicción de que sea algo tan bueno.

Miró al muchacho. Se sacó la llave del bolsillo de la chaqueta y se la alargó.

Vuelve allí. En el armario hay algo que te pertenece.

El muchacho cogió la llave. ¿Qué es?, preguntó.

Sólo algo que compré para ti. Iba a dártelo por Navidad, pero me he cansado de tropezar con ello.

Sí, señor.

De todos modos parece que necesitas algo que te levante el ánimo. Deja la llave en la recepción cuando bajas.

Sí, señor.

Hasta la vista.

Muy bien.

Volvió a subir en el ascensor, enfiló el pasillo, metió la llave en la cerradura, entró, fue hacia el armario y lo abrió. En el suelo entre dos pares de botas y un montón de camisas sucias había una flamante silla Hamley Formfitter. La levantó por el arzón, cerró la puerta del armario, la llevó a la cama, la colocó encima y se quedó mirándola.

Por todos los diablos, dijo.

Dejó la llave en la recepción y salió balanceándose a la calle con la silla sobre el hombro.

Caminó por South Concho Street, se descolgó la silla y la puso delante de él en el suelo. Anocheceía y habían encendido las farolas. El primer vehículo que pasó fue una camioneta Ford modelo A que patinó un cuarto de vuelta, se detuvo por acción de sus frenos mecánicos y el conductor se asomó y bajó a medias la ventanilla para gritarle con voz de whisky: Tira esa vaina a la caja, vaquero, y sube aquí.

Sí, señor, dijo el muchacho.

Llovió durante toda la semana siguiente y aclaró. Entonces volvió a llover. Descargaba sin misericordia sobre las duras y llanas praderas. El agua cubría el puente de la autopista en Christoval y la carretera estaba cerrada. Inundaciones en San Antonio. Con el chubasquero de su abuelo cabalgó por los pastos de Alicia donde el agua cubría la cerca del sur hasta el último alambre. El ganado estaba aislado y miraba tristemente al jinete. Redbo



miraba tristemente el ganado. Apretaba los flancos del caballo entre los tacones de sus botas. Vamos, dijo, no me gusta más que a ti.

Él, Luisa y Arturo comían en la cocina mientras ella estaba fuera. A veces por la noche después de cenar caminaba hasta la carretera y se dejaba llevar a la ciudad donde recorría las calles o se paraba ante el hotel de Beauregard Street y miraba hacia la habitación del cuarto piso donde la forma de su padre o la sombra de su padre pasaba por detrás de los vaporosos visillos y después daba media vuelta y volvía a pasar como un oso de chapa en una caseta de tiro, sólo que más lento, más delgado, más atormentado.

Cuando ella regresó comieron de nuevo en el comedor, los dos en los extremos opuestos de la larga mesa de nogal, mientras Luisa les servía. Recogió los últimos platos y se volvió en la puerta.

*¿Algo más, señora?*

*No, Luisa. Gracias.*

*Buenas noches, señora.*

*Buenas noches.*

La puerta se cerró. Sonaba el tictac del reloj. Él alzó la vista.

¿Por qué no puedes arrendarme el rancho?

Arrendarte el rancho. Sí.

Creo haberte dicho que no quiero discutirlo.

Es un tema nuevo.

No, no lo es.

Te daría todo el dinero. Podrías hacer lo que quisieras.

Todo el dinero. No sabes de qué hablas. No hay ningún dinero. Este lugar sólo ha cubierto gastos durante veinte años. Aquí no ha trabajado ninguna persona blanca desde antes de la guerra. Aparte de que tienes dieciséis años y no puedes dirigir un rancho.

Sí que puedo.

Eres ridículo. Tienes que ir a la escuela.

Dejó la servilleta sobre la mesa, empujó la silla hacia atrás, se levantó y salió. Él apartó su taza de café. Se recostó en la silla. En la pared de enfrente, sobre el aparador, había un óleo de caballos. Media docena de

caballos lanzándose a través de un corral de estacas con las crines largas y ondeantes y los ojos salvajes. Habían sido copiados de un libro. Tenían el largo hocico andaluz y los huesos de sus rostros revelaban sangre berberisca. Se veían las nalgas de los que iban delante, buenas nalgas y lo bastante poderosas para servir de sementales. Como si tal vez tuvieran Polvo de Acero en la sangre. Pero nada más cuadraba y jamás había visto un caballo semejante y una vez había preguntado a su abuelo qué clase de caballos eran y su abuelo miró del plato a la pintura como si no la hubiera visto nunca y dijo que aquéllos eran caballos de cuentos ilustrados y siguió comiendo.

Subió las escaleras hasta el entresuelo y encontró el nombre de Franklin escrito en un arco sobre el cristal granulado de la puerta; se quitó el sombrero, hizo girar el pomo y entró. La chica levantó la vista de su mesa.

Vengo a ver al señor Franklin, dijo.

¿Ha concertado usted una cita?

No, señora. Me conoce.

¿Cómo se llama?

John Grady Cole.

Un momento.

Entró en la otra habitación. Luego salió y asintió con la cabeza.

Él se levantó y cruzó la habitación.

Entra, hijo, dijo Franklin.

Entró.

Siéntate.

Se sentó.

Cuando hubo dicho lo que tenía que decir, Franklin se apoyó en el respaldo y miró por la ventana. Meneó la cabeza. Se volvió y cruzó las manos sobre la mesa. En primer lugar, dijo, no soy libre de aconsejarte. Se llama conflicto de intereses. Pero creo poder decirte que es propiedad suya y puede hacer lo que quiera con ella.

Mi opinión no cuenta.

Eres menor de edad.

¿Qué hay de mi padre?

Franklin se recostó de nuevo. Es una cuestión espinosa, dijo.

No están divorciados.

Sí que lo están.

El muchacho alzó la vista.

Se trata de un asunto de inscripción pública, por lo que supongo que no es confidencial. Salió en la prensa.

¿Cuándo?

Se declaró definitivo hace tres semanas.

Bajó la mirada. Franklin le observaba.

Fue definitivo antes de que muriera el viejo.

El muchacho asintió. Comprendo lo que quiere decir, dijo.

Es un asunto lamentable, hijo, pero creo que las cosas van a quedar tal como están.

¿No podría hablar con ella?

Ya he hablado con ella.

¿Qué dijo?

Lo que dijo no importa. No piensa cambiar de opinión.

Asintió. Siguió sentado, mirando su sombrero.

Hijo, no todo el mundo cree que la vida en un rancho de ganado en el oeste de Texas es lo mejor después de morir e ir al cielo. No quiere vivir allí, eso es todo. Si fuese un asunto rentable, sería otra cosa. Pero no lo es.

Podría serlo.

Bueno, no pienso entrar en una discusión sobre este tema. En cualquier caso, es una mujer joven e imagino que le gustaría llevar un poco más de vida social de aquella a la que ha tenido que acostumbrarse.

Tiene treinta y seis años.

El abogado se reclinó. Hizo girar un poco la silla y se dio unos ligeros golpes en el labio inferior con el índice. Él tiene toda la maldita culpa. Firmó todos los documentos que le pusieron delante. No levantó un solo dedo para salvarse. Diablos, yo no podía decírselo. Le dije que se buscara un abogado. ¿Dije? Le supliqué. Sí, lo sé.

Wayne me ha dicho que ha dejado de ir al médico.

Asintió. Sí. Bueno, gracias por su tiempo.

Lamento no tener mejores noticias para ti. Por supuesto eres libre de consultar a otras personas.

No importa.

¿Qué haces hoy fuera de la escuela?

La he dejado.

El abogado asintió. Bueno, dijo. Esto podría explicarlo.

El muchacho se levantó y se puso el sombrero. Gracias, dijo.

El abogado se levantó. En este mundo hay cosas que no pueden evitarse, dijo. Y creo que ésta es probablemente una de ellas.

Sí, dijo el muchacho.

Después de Navidad ella no volvió. Él, Luisa y Arturo se sentaban en la cocina. Luisa no podía hablar de ello sin llorar así que no lo mencionaban. Nadie lo había dicho ni siquiera a su madre, que estaba en el rancho desde antes de comenzar el siglo. Al final Arturo tuvo que decírselo. Ella escuchó, asintió, dio media vuelta y eso fue todo.

Por la mañana él estaba al borde de la carretera al amanecer con una camisa limpia y un par de calcetines en una bolsa de piel junto con el cepillo de dientes, la navaja y la brocha de afeitar. La bolsa había pertenecido a su abuelo y el impermeable forrado de lana que llevaba era de su padre. El primer coche que pasó se detuvo junto a él. Subió, puso la bolsa en el suelo y se frotó las manos entre las rodillas. El conductor se inclinó por delante de él, comprobó la puerta y entonces bajó la alta palanca del cambio de marchas, metió la primera y arrancaron.

Esa puerta no cierra bien. ¿Adonde vas?

A San Antonio.

Pues yo voy hasta Brady, Texas.

Se lo agradezco.

¿Eres comprador de ganado?

¿Señor?

El hombre indicó la bolsa con sus correas y cierres de latón. He dicho si eres comprador de ganado.

No, señor. Esto es sólo mi maleta.

Pensaba que podías ser un comprador de ganado. ¿Cuánto rato hacía que esperabas ahí?

Sólo unos minutos.

El hombre señaló un botón de plástico del tablero que despedía un débil fulgor anaranjado. Esto hace funcionar un calentador pero no lo pongo mucho. ¿Lo notas?

Sí, señor. Me parece muy agradable.

El hombre asintió con la cabeza al amanecer gris y maligno. Movi6 lentamente la mano hacia delante en sentido horizontal. ¿Ves eso?

Sí, señor.

Meneó la cabeza. Desprecio el invierno. Nunca he visto la utilidad de que exista siquiera.

Miró a John Grady.

No hablas mucho, ¿verdad?

No mucho.

Es una buena cualidad.

Tardaron dos horas en llegar a Brady.

Atravesaron la ciudad y el hombre le dejó en el otro extremo.

Quédate en la Ochenta y siete cuando llegues a Fredericksburg. No te apees en la Dos-noventa porque acabarías en Austin. ¿Me oyes?

Sí, señor. Se lo agradezco.

Cerró la puerta y el hombre saludó con la cabeza y levantó una mano y el coche dio media vuelta y se alejó. El coche siguiente se detuvo y subió a él.

¿Vas lejos?, preguntó el hombre.

Nevaba en el San Saba cuando lo cruzaron y nevaba en la meseta Edwards, y la piedra caliza de los Balcones estaba blanca de nieve y él contemplaba llamear los copos grises por encima del limpiaparabrisas. Un lodo traslúcido había empezado a formarse al borde del alquitranado y había hielo en el puente del Pedernales. El agua verde se deslizaba

lentamente ante los oscuros árboles de la orilla. Los mezquites de la carretera estaban tan cubiertos de muérdago que parecían robles verdes. El conductor estaba encorvado sobre el volante, silbando en sordina. Entraron en San Antonio a las tres de la tarde en medio de una violenta tormenta de nieve y él se apeó, dio las gracias al hombre y enfiló la calle y se metió en el primer café que encontró. Se sentó ante el mostrador y dejó la bolsa en el taburete de su lado. Sacó del soporte el pequeño menú de papel, lo abrió, le echó una ojeada y miró el reloj de la pared de atrás. La camarera puso un vaso de agua delante de él.

¿Es la misma hora aquí que en San Angelo?, preguntó.

Sabía que me ibas a preguntar algo parecido, dijo ella. Tenías ese aspecto.

¿No lo sabes?

No he estado en San Angelo, Texas, en toda mi vida.

Querría una hamburguesa de queso y un batido de chocolate.

¿Estás aquí por el rodeo?

No.

Es la misma hora, dijo un hombre que estaba un poco más abajo de la barra.

Le dio las gracias.

La misma hora, repitió el hombre. La misma hora.

Ella acabó de escribir en su bloc y levantó la vista. Yo no me fiaría de nada de lo que dice, dijo.

Paseó por la ciudad bajo la nieve. Oscureció pronto. Se detuvo en el puente de Commerce Street y miró desaparecer la nieve en el río. Había nieve en los coches aparcados y el tráfico en la calle oscura era casi nulo, unos cuantos taxis y camiones con los faros penetrando lentamente a través de la nevada y pasando con un suave rumor de neumáticos. Se registró en la YMCA de Martin Street, pagó dos dólares por una habitación y subió. Se quitó las botas, las puso sobre el radiador y se quitó los calcetines y los colocó en el radiador junto a las botas. Después de colgar el abrigo se echó en la cama con el sombrero sobre los ojos.

A las ocho menos diez estaba delante de la taquilla con su camisa limpia y el dinero en la mano. Compró una entrada de galería, tercera fila, y pagó por ella un dólar veinticinco.

No he estado nunca aquí, dijo.

Es un buen asiento, contestó la muchacha.

Le dio las gracias, entró y tendió la entrada a un acomodador que le condujo a las escaleras alfombradas de rojo y le devolvió la entrada. Subió, encontró su asiento y esperó con el sombrero en el regazo. El teatro estaba medio vacío. Cuando las luces se amortiguaron algunas personas de la galería se levantaron y ocuparon los asientos delanteros. Entonces se alzó el telón y su madre salió por una puerta del escenario y empezó a hablar a una mujer sentada en una silla.

En el descanso se levantó, se puso el sombrero y bajó al vestíbulo donde en un nicho dorado se lió un cigarrillo y lo fumó con una bota apoyada contra la pared de atrás. No le pasaban por alto las miradas que le dirigían los asistentes. Se había doblado el borde de los tejanos y de vez en cuando se inclinaba para echar en este receptáculo la suave ceniza blanca de su cigarrillo. Vio a varios hombres con botas y sombreros y los saludó gravemente con la cabeza y ellos a él. Al cabo de un rato las luces del vestíbulo volvieron a amortiguarse.

Se sentó con los codos apoyados en el respaldo vacío de delante y la barbilla en los antebrazos y contempló el espectáculo con gran intensidad. Tenía la idea de que habría algo en el argumento que le revelaría cómo era el mundo o en qué se convertiría, pero no fue así. No había absolutamente nada en él. Cuando encendieron las luces hubo aplausos y su madre se adelantó varias veces y todos los actores se juntaron en el escenario cogidos de la mano, saludando, y entonces el telón bajó por última vez y el público se levantó y se dirigió a los pasillos. Él permaneció mucho rato en el teatro vacío y luego se levantó, se puso el sombrero y salió al frío de la calle.

Cuando salió por la mañana a desayunar todavía era oscuro y la temperatura se mantenía en cero grados. Había quince centímetros de nieve en el suelo de Travis Park. El único café abierto era mexicano y pidió huevos rancheros y café y hojeó el periódico. Pensó que podía haber algo

sobre su madre pero no había nada. Era el único cliente del café. La camarera era joven y le observaba. Cuando le puso el plato, apartó el periódico y le acercó la taza.

*¿Más café?*, preguntó.

*Sí, por favor.*

Le llevó el café. *Hace mucho frío*, dijo.

*Bastante.*

Caminó por Broadway con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello levantado contra el viento. Entró en el vestíbulo del Hotel Menger, se sentó en uno de los sillones, cruzó una bota sobre la otra y abrió el periódico.

Ella atravesó el vestíbulo alrededor de las nueve. Iba del bracete de un hombre vestido con traje y abrigo; salieron por la puerta y subieron a un taxi.

Permaneció largo rato allí sentado. Después se levantó, dobló el periódico y fue al mostrador de recepción. El recepcionista le miró.

*¿Tienen registrada a una señora Cole?*, preguntó.

*¿Cole? Sí.*

*Un momento.*

El empleado se volvió y buscó en el libro de registros. Meneó la cabeza. No, contestó. Ningún Cole.

*Gracias, dijo él.*

Cabalgaron juntos por última vez un día a principios de marzo cuando el tiempo ya se había caldeado y los amarillos sombreros mexicanos florecían al borde del camino. Descargaron los caballos en McCulloughs y cabalgaron a través del pasto mediano por Grape Creek hasta las colinas bajas. El riachuelo era claro y verde por el musgo flotante enmarañado en los bancos de arena. Cabalgaron despacio por el campo abierto entre matorrales de mezquite y nopal. Cruzaron del condado de Tom Green al condado de Coke. Cruzaron el viejo camino de Schoonover y pasaron entre abruptas colinas salpicadas de cedros donde el terreno estaba empedrado



con rocas de basalto y vieron nieve en las finas montañas azules a ciento sesenta kilómetros al norte. Apenas hablaron en todo el día. Su padre montaba ligeramente inclinado hacia delante en la silla, sosteniendo las riendas en una mano a unos cinco centímetros del arzón. Muy delgado y frágil, perdido dentro de sus ropas. Mirando el campo con aquellos ojos hundidos como si el mundo de allí hubiera sido alterado o convertido en sospechoso por lo que había visto de él en otras partes. Como si no pudiera verlo bien nunca más. O peor, como si pudiera verlo bien al final. Verlo como siempre había sido, como sería para siempre. El muchacho que montaba un poco adelantado a él no sólo montaba como si hubiera nacido cabalgando, que así era, sino como si de haber sido engendrado por malicia o mala suerte en un país extraño donde no hubiese caballos él los habría encontrado. Habría sabido que faltaba algo para que el mundo estuviese bien o él bien en el mundo y se habría puesto en marcha para vagar a donde fuese durante el tiempo necesario hasta encontrar uno y habría sabido que aquello era lo que buscaba y así habría sido.

Por la tarde atravesaron las ruinas de un viejo rancho en aquella meseta pedregosa donde había estacas rotas apoyadas entre las rocas que mostraban vestigios de una alambrada desconocida en aquel país desde hacía años. Un antiguo fuerte. Los restos de un viejo molino de madera derrumbado entre las rocas. Siguieron cabalgando. Caminaron eludiendo los hoyos y al atardecer descendieron por colinas bajas y onduladas y cruzaron la llanura aluvial de arcilla roja que rodea la ciudad de Robert Lee.

Esperaron a que el camino estuviese libre para pasar a pie con los caballos el puente de tablones. El río estaba rojo de fango. Cabalgaron por Commerce Street, torcieron hacia la Séptima y siguieron por Austin Street hasta pasado el banco. Entonces desmontaron, ataron los caballos frente al café y entraron.

El propietario se acercó a preguntar qué deseaban. Los llamó por su nombre. Su padre levantó la vista del menú.

Vamos, pide, instó. No se quedará aquí una hora.

¿Qué tomas tú?

Creo que sólo tomaré un poco de pastel y café.

¿Qué clase de pastel tienen?, preguntó el muchacho.

El propietario miró hacia el mostrador.

Vamos, pide algo de comer, dijo su padre. Sé que estás hambriento.

Hicieron el pedido y el propietario les llevó café y volvió al mostrador.

Su padre sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa.

¿Has vuelto a pensar en el alojamiento de tu caballo?

Sí, respondió el muchacho. Lo he pensado.

Wallace podría dejarte comer y desaguar establos y cosas parecidas.

Hacer una especie de trato.

No le gustará.

¿A quién? ¿A Wallace?

No. A Redbo.

Su padre fumaba y le observaba.

¿Aún ves a la chica Barnett?

Meneó la cabeza.

¿Te dejó o tú a ella?

No lo sé.

Esto significa que te dejó.

Sí.

Su padre asintió. Siguió fumando. Pasaron dos jinetes por la carretera y los estudiaron, así como a sus monturas. Su padre revolvió mucho rato su café. No había nada que revolver porque lo tomaba solo. Cogió la cucharilla, la puso humeante sobre la servilleta de papel, levantó la taza, la miró y bebió. Todavía miraba por la ventana, aunque no había nada que ver allí.

Tu madre y yo nunca estuvimos de acuerdo en muchas cosas. Le gustaban los caballos. Yo lo consideraba suficiente. Esto demuestra lo tonto que era. Ella era joven y pensé que superaría algunas de sus ideas pero no lo hizo. Quizá eran sólo ideas para mí. No fue solamente la guerra. Hacía diez años que estábamos casados cuando estalló. Se marchó de aquí. Estuvo ausente desde que tenías seis meses hasta que cumpliste tres años. Sé que sabes algo de esto y fue un error no contártelo. Nos separamos. Ella estaba en California. Luisa te cuidaba. Ella y la *abuela*.

Miró al muchacho y volvió a mirar por la ventana.

Quería que fuese allí con ella, dijo.

¿Por qué no fuiste?

Fui, pero no duré mucho.

El muchacho asintió.

Volvió por ti, no por mí. Supongo que esto es lo que quería decirte.

Sí, señor.

El propietario llevó la cena del muchacho y el pastel. El muchacho cogió sal y pimienta. No levantó la vista. El propietario llevó la cafetera, les llenó las tazas y se fue. Su padre apagó el cigarrillo, cogió el tenedor y pinchó el pastel.

Va a quedarse por aquí más tiempo que yo. Me gustaría veros a todos allanar vuestras diferencias.

El muchacho no contestó.

No estaría aquí si no fuese por ella. Cuando estuve en Goshee hablaba con ella durante horas. Me la imaginaba como alguien capaz de hacer cualquier cosa. Le hablaba de algunos de los chicos mayores que a mi juicio no prosperarían y le pedía que los cuidara y rezase por ellos. Y algunos prosperaron. Supongo que estaba un poco chiflado. Parte del tiempo por lo menos. Pero de no haber sido por ella, yo no habría prosperado. En absoluto. Nunca lo he dicho a nadie. Ni siquiera ella lo sabe.

El muchacho comía. Fuera empezaba a oscurecer. Su padre bebía el café. Esperaban la llegada de Arturo con el camión. Lo último que dijo su padre fue que el país nunca sería el mismo.

La gente ya no se siente segura, dijo. Somos como los comanches de hace doscientos años. No sabemos qué va a aparecer aquí cuando despunte el día. Ni siquiera sabemos de qué color serán.

La noche era casi cálida. Él y Rawlins yacían en la carretera donde podían sentir el calor del alquitranado contra sus espaldas y contemplaban caer las estrellas por la larga pendiente negra del firmamento. Oyeron cerrarse de

golpe una puerta en la distancia. Llamó una voz. Un coyote que gruñía en alguna parte de las colinas del sur se calló. Luego empezó otra vez.

¿Es eso alguien que te grita?, preguntó.

Probablemente, contestó Rawlins.

Yacían sobre el alquitranado con piernas y brazos extendidos como cautivos esperando un juicio al amanecer.

¿Lo has dicho a tu padre?

No.

¿Lo harás?

¿De qué serviría?

¿Cuándo tenéis que irnos todos?

Cierran el primero de junio.

Podrías esperar hasta entonces.

¿Para qué?

Rawlins apoyó el tacón de una bota sobre la punta de la otra. Como para medir los cielos. Mi padre se escapó de su casa cuando tenía quince años. De otro modo yo habría nacido en Alabama.

No habrías nacido nunca.

¿Por qué lo dices?

Porque tu mamá es de San Angelo y él nunca la habría conocido.

Habría conocido a alguien.

Ella también.

¿Y qué?

Pues que no habrías nacido.

No sé por qué dices esto. Habría nacido en alguna parte.

¿Cómo?

Bueno, ¿por qué no?

Si tu mamá tenía un niño con su otro marido y tu papá tenía uno con su otra esposa, ¿cuál de ellos serías?

No sería ninguno de los dos.

Esto mismo.

Rawlins yacía contemplando las estrellas. Al cabo de un rato dijo: Aún podría haber nacido. Con un aspecto diferente o algo así. Si Dios quisiera

que naciera, nacería.

Y si no lo quisiera, no nacerías.

Haces que me duela mi maldita cabeza.

Lo sé. A mí también me duele.

Siguieron contemplando las estrellas.

Así, ¿qué te parece?, preguntó.

No lo sé, dijo Rawlins.

Bueno.

Podría entender que si fueras de Alabama tendrías toda la razón del mundo para escaparte a Texas. Pero si ya estás en Texas... No lo sé. Tienes muchas más razones para irte que yo.

¿Qué maldita razón tienes para quedarte? ¿Crees que alguien va a morir y dejarte algo?

Mierda, no.

Mejor. Porque nadie lo hará.

La puerta se cerró de golpe. La voz llamó otra vez.

Será mejor que vuelva, dijo Rawlins.

Se levantó, propinó unos manotazos a las posaderas de sus pantalones y se puso el sombrero.

Si no me voy, ¿tú te irás igual?

John Grady se sentó y se puso el sombrero. Ya me he ido, dijo.

La vio por última vez en la ciudad. Había ido a la tienda de Cullen Cole en North Chadbourne a buscar una brida recompuesta y estaba subiendo por Twohig Street cuando ella salió del Cactus Drug. Iba a cruzar la calle pero ella le llamó y se detuvo a esperar que se le acercara.

¿Me esquivabas?, preguntó ella.

La miró. Creo que no pensaba ni una cosa ni otra.

Ella le observó. Las personas no pueden evitar sus sentimientos, dijo.

Esto siempre es bueno, ¿no?

Creía que podíamos ser amigos.

Él asintió. Muy bien. Tampoco voy a estar por aquí mucho tiempo.

¿Adonde vas?

No tengo permiso para decirlo.

¿Por qué no?

Porque no.

La miró. Ella estaba estudiando su cara.

¿Qué crees que diría él si te viera aquí hablando conmigo?

No es celoso.

Esto es bueno. Es una buena cualidad. Le ahorrará muchos disgustos.

¿Qué quieres decir?

Nada. Tengo que irme.

¿Me odias?

No.

No te gusto.

La miró. Me estás cansando, chica, dijo. ¿Qué importa esto? Si tienes la conciencia sucia, dime lo que quieres que diga y lo diré.

No serías tú quien lo diría. En cualquier caso, no tengo la conciencia sucia. Sólo pensaba que podíamos ser amigos.

Meneó la cabeza. Son sólo palabras, Mary Catherine. Tengo que irme.

¿Y qué si son sólo palabras? Todo son palabras, ¿no?

No todo.

¿De verdad te vas de San Angelo?

Sí.

Volverás.

Tal vez.

No te guardo ningún rencor.

No tienes motivos para ello.

Ella miró más arriba de la calle, hacia donde él miraba, pero no había mucho que mirar. Se volvió y él le miró los ojos pero si estaban húmedos era sólo por el viento. Ella le alargó la mano y al principio él no supo qué hacía.

Sólo te deseo lo mejor, dijo la chica.

Le tomó la mano, pequeña en la suya, familiar. Nunca había estrechado la mano de una mujer. Cuídate, dijo ella.

Gracias. Lo haré.

Retrocedió, se tocó el ala del sombrero, dio media vuelta y se alejó por la calle. No se volvió a mirar pero pudo verla parada en las ventanas del Edificio Federal del otro lado de la calle y allí seguía parada cuando él llegó a la esquina y salió del cristal para siempre.

Desmontó, abrió la puerta, salió a pie con el caballo, cerró la puerta y caminó con el caballo a lo largo de la cerca. Se tiró al suelo para ver si podía vislumbrar a Rawlins pero Rawlins no estaba allí. Soltó las riendas en la esquina de la cerca y vigiló la casa. El caballo olfateó el aire y le empujó el codo con el hocico.

¿Eres tú, amigo?, musitó Rawlins.

Es mejor que lo esperes.

Rawlins se acercó a pie con el caballo, se detuvo y miró hacia la casa.

¿Preparado?, dijo John Grady.

Sí.

¿Sospechan algo? No.

Pues vámonos.

Espera un minuto. Lo he amontonado todo sobre el caballo y lo he traído a pie hasta aquí.

John Grady cogió las riendas y saltó a la silla. Allí se ve una luz, dijo.

Maldita sea.

Llegarás tarde a tu propio funeral.

Aún no son las cuatro. Te has anticipado.

Bueno, vámonos. Ahora se ha encendido el granero.

Rawlins intentaba sujetar su petate detrás de la silla. Hay un interruptor en la cocina, dijo. Aún no ha llegado al granero. A lo mejor ni siquiera va allí. Quizá ha ido a buscarle un vaso de leche o algo parecido.

Podría estar cargando una escopeta o algo así.

Rawlins montó. ¿Estás listo?

Hace rato que lo estoy.

Cabalgaron a lo largo de la cerca y a través de los pastos abiertos. El cuero crujía bajo el frío de la madrugada. Pusieron los caballos a medio galope. Las luces quedaron atrás. Cabalgaron hasta la pradera alta, donde retrasaron los caballos al paso mientras las estrellas pululaban a su alrededor desde la negrura. En aquella noche desierta oyeron en alguna parte el tañido de una campana que cesó donde no había campanas y cabalgaron sobre el redondo dosel de la tierra que era lo único oscuro, sin ninguna luz, y que llevaba sus figuras y las acercaba al enjambre de estrellas de modo que no cabalgaban debajo sino entre ellas y cabalgaban con arrogancia y circunspección a la vez, como ladrones recién liberados en aquella oscuridad eléctrica, como jóvenes ladrones en un vergel resplandeciente, con chaquetas sueltas contra el frío y diez mil mundos para elegir.

A mediodía de la mañana siguiente habían recorrido unos sesenta y cinco kilómetros. Todavía en terreno conocido. Cruzaron por la noche el viejo rancho de Mark Fury, donde desmontaron en el cruce de cercas para que John Grady abriera las grapas con una tenaza y se pusiera en pie sobre los alambres mientras Rawlins pasaba los caballos por debajo y después levantaba otra vez los alambres, clavaba las grapas en las estacas, guardaba la herramienta en su alforja y montaba para seguir cabalgando.

¿Cómo diablos esperan que un hombre monte a caballo en esta tierra?, inquirió Rawlins.

No lo esperan, dijo John Grady.

Cabalgaron hacia el sol y comieron los bocadillos que John Grady había traído de la casa y a mediodía dieron de beber a los caballos en un viejo abrevadero y los condujeron por una cuenca seca entre huellas de ganado y javelina a un soto de álamos. Allí había reses acostadas bajo los árboles que se levantaron al verles, se quedaron mirándoles y luego se alejaron.

Se echaron sobre la hojarasca bajo los árboles con las chaquetas enrolladas bajo la cabeza y los sombreros sobre los ojos mientras los caballos apacentaban en la hierba de la cuenca del río.



¿Qué has traído para cazar?, preguntó Rawlins.

Sólo la vieja escopeta del abuelo.

¿Puedes acertar algo con ella?

No.

Rawlins sonrió con ironía. Lo hemos hecho, ¿verdad?

Sí.

¿Crees que nos perseguirán?

¿Por qué?

No lo sé. Sólo que en cierto modo parece demasiado fácil.

Podían oír el viento y podían oír el sonido de los caballos paciendo.

Te diré una cosa, dijo Rawlins.

Dímela.

Me importa un maldito bledo.

John Grady se sentó, sacó el tabaco del bolsillo de la camisa y empezó a liarse un cigarrillo. ¿Qué?, preguntó.

Humedeció el cigarrillo, se lo puso en la boca, sacó cerillas, encendió el cigarrillo y apagó la cerilla con el humo. Se volvió a mirar a Rawlins, pero Rawlins estaba dormido.

Cabalaron de nuevo hacia el atardecer. Cuando se ponía el sol oyeron camiones en una carretera lejana y en el largo y fresco crepúsculo cabalaron hacia el oeste por una elevación desde la que podían ver los faros de la carretera desaparecer y volver, fortuitos y periódicos en su lento intercambio. Llegaron a un camino de rancho y lo siguieron hasta la carretera, donde había una puerta. Detuvieron los caballos. No podían ver ninguna puerta al otro lado de la carretera. Observaron los faros de los camiones a lo largo de la cerca tanto al este como al oeste pero allí no había ninguna puerta.

¿Qué quieres hacer?, preguntó Rawlins.

No lo sé. Creo que me gustaría atravesar esto antes de la noche.

Yo no pienso llevar mi caballo a oscuras por esa carretera.

John Grady se inclinó y escupió. Yo tampoco, dijo.

El frío iba en aumento. El viento sacudía la puerta y los caballos se movían, inquietos.

¿Qué son esas luces?, preguntó Rawlins.

Yo diría que es Eldorado.

¿A qué distancia calculas que está?

A unos dieciséis o veinte kilómetros.

¿Qué quieres hacer?

Extendieron sus sacos de dormir en un lecho desecado, desensillaron, ataron los caballos y durmieron hasta el alba. Cuando Rawlins se incorporó John Grady ya había ensillado su caballo y estaba sujetando las correas de su saco. Hay un café un poco más arriba de la carretera, dijo. ¿Podrías comer algo para desayunar?

Rawlins se puso el sombrero y alargó la mano hacia las botas. Hablas mi mismo lenguaje, amigo.

Condujeron los caballos por un basurero de viejas puertas de camión, transmisiones y piezas de motor desechadas detrás del café y les dieron de beber en un tanque de metal usado para localizar grietas en las cámaras. Un mexicano cambiaba una rueda de camión y John Grady se le acercó para preguntarle dónde estaba el lavabo de hombres. Le indicó la pared lateral del edificio.

Se sacó de la alforja los útiles de afeitar, entró en el lavabo y se afeitó, lavó, cepilló los dientes y peinó sus cabellos. Cuando salió los caballos estaban atados a una mesa de picnic bajo unos árboles y Rawlins tomaba café en el bar.

Se deslizó en el banco. ¿Ya lo has pedido?, inquirió.

Te esperaba.

El propietario se acercó con otra taza de café. ¿Qué tomaréis, muchachos?, dijo.

Adelante, dijo Rawlins.

Pidió tres huevos con jamón, frijoles y galletas y Rawlins pidió lo mismo con un acompañamiento de tortitas calientes y jarabe.

Será mejor que te llenes bien.

Obsérvame, dijo Rawlins.

Con los codos apoyados en la mesa miraban por la ventana hacia las llanuras del sur y las distantes montañas envueltas en sus sombras bajo el

sol matutino.

Allí es adonde nos dirigimos, dijo Rawlins.

Asintió. Tomaron el café. El hombre les llevó los desayunos en pesadas fuentes de loza blanca y volvió con la cafetera. Rawlins echó pimienta en sus huevos hasta que se volvieron negros. Untó de mantequilla las tortitas calientes.

Aquí hay un hombre aficionado a los huevos con pimienta, dijo el propietario.

Les llenó las tazas y volvió a la cocina.

Ahora fíjate bien en tu viejo papaíto, dijo Rawlins. Te enseñaré cómo se liquida un desayuno desmesurado.

Hazlo, dijo John Grady.

Podría pedir lo mismo otra vez.

La tienda no tenía nada en cuestión de comida. Compraron una caja de gachas de avena secas, pagaron la cuenta y salieron. John Grady partió en dos la caja de papel con su navaja, vertieron las gachas en un par de tapacubos y se sentaron a la mesa de picnic y fumaron mientras los caballos comían. El mexicano se acercó a mirar los caballos. No era mucho mayor que Rawlins.

¿Hacia dónde vais?

México.

¿Para qué?

Rawlins miró a John Grady. ¿Crees que es de fiar?

Sí. Parece buena persona.

Huimos de la ley, dijo Rawlins.

El mexicano los miró de arriba abajo.

Hemos robado un banco.

Se quedó mirando los caballos. No habéis robado ningún banco, dijo.

¿Conoce la tierra de ahí abajo?, inquirió Rawlins.

El mexicano meneó la cabeza y escupió. No he estado en México en mi vida.

Cuando los animales hubieron comido los ensillaron de nuevo y los llevaron a la parte delantera del café, por el camino y al otro lado de la

carretera. Anduvieron con ellos por la cuneta hasta la puerta de la cerca, la cruzaron y volvieron a cerrarla. Entonces montaron y recorrieron el camino de tierra del rancho durante un kilómetro y medio, hasta que se desvió hacia el este; entonces fueron en dirección sur a través de onduladas praderas de cedros.

Llegaron al río del Diablo a media mañana, abrevaron los caballos, se tendieron a la sombra de un soto de sauces negros y miraron el mapa. Era un viejo mapa de carreteras de una compañía petrolera que Rawlins había cogido en el café y lo miró y miró hacia el sur, a la hondonada entre las bajas colinas. Había carreteras, ríos y ciudades pequeñas en el lado norteamericano del mapa hasta Río Grande; más allá todo estaba en blanco.

No figura nada aquí abajo, ¿verdad?, preguntó Rawlins.

No.

¿Crees que nunca ha sido cartografiado?

Hay mapas, pero éste no es uno de ellos. Tengo uno en mi alforja.

Rawlins volvió con el mapa y se sentó en el suelo y siguió su ruta con el dedo. Levantó la vista.

¿Qué hay?, preguntó John Grady.

No hay ni una puta mierda aquí abajo.

Dejaron el río y siguieron el valle seco hacia el oeste. La tierra era ondulada y estaba cubierta de hierba y el día era fresco bajo el sol.

Daba la impresión de que habría más ganado por estas partes, dijo Rawlins.

En efecto.

Vieron tórtolas y codornices en la hierba de las colinas. De vez en cuando un conejo. Rawlins desmontó y sacó su pequeña carabina del 25-20 de la funda de bota donde la llevaba y se alejó por la cresta. John Grady le oyó disparar. Al cabo de un rato volvió con un conejo. Enfundó de nuevo la carabina, sacó la navaja, se apartó un poco y en cuclillas destripó el conejo. Entonces se enderezó, secó la hoja en el pantalón, dobló la navaja, se acercó al caballo, ató el conejo por las patas traseras a la correa de su saco de dormir, montó otra vez y siguieron su camino.

Al atardecer cruzaron una carretera que iba al sur y al caer la noche llegaron a Johnson's Run y acamparon junto a una charca en el seco lecho de grava del río, abrevaron los caballos, los trabaron y los dejaron pacer. Encendieron un fuego, desollaron el conejo, lo espetaron con una rama verde y lo pusieron a asar al borde del fuego. John Grady abrió su ennegrecida mochila de lona, sacó una pequeña cafetera de hojalata esmaltada y fue a llenarla al arroyo. Se sentaron a observar el fuego y contemplaron la delgada media luna sobre las colinas negras del oeste.

Rawlins se lió un cigarrillo, lo encendió con un carbón y se echó contra la silla. Voy a decirte algo.

Dímelo.

Podría acostumbrarme a esta vida.

Dio una chupada al cigarrillo, lo apartó a un lado y desprendió la ceniza con un delicado movimiento del índice. No tardaría nada.

Al día siguiente cabalgaron sin cesar a través de un ondulado paisaje de colinas, las bajas mesas de roca salpicadas de cedros, las yucas con su floración blanca a lo largo de las laderas que daban al este. Llegaron a la carretera de Pandale en el crepúsculo, torcieron hacia el sur y siguieron la carretera hasta la ciudad.

Nueve edificios, incluyendo una tienda y una gasolinera. Ataron los caballos enfrente de la tienda y entraron. Estaban llenos de polvo, Rawlins iba sin afeitar y olían a caballos, sudor y humo de leña. Unos hombres sentados en el fondo de la tienda levantaron la vista cuando entraron y después continuaron hablando.

Se detuvieron ante el puesto de carne. La mujer dejó el mostrador, fue al puesto de carne, descolgó un delantal y tiró de una cadenilla que encendió la bombilla del techo.

Pareces una especie de malhechor, dijo John Grady.

Tú tampoco pareces un director de coro, dijo Rawlins.

La mujer se ató el delantal en la espalda y se volvió a mirarles por encima de la superficie esmaltada de blanco del puesto de carne. ¿Qué queréis, muchachos?

Compraron salchichas de Bolonia, queso, una barra de pan y un bote de mayonesa. Compraron una caja de galletas y una docena de latas de salchichas de Viena. Compraron una docena de paquetes de gaseosa, una loncha gruesa de tocino ahumado y varias latas de alubias y compraron una bolsa de kilo de harina de maíz y una botella de salsa picante. La mujer envolvió la carne y el queso por separado y humedeció un lápiz con la lengua y sumó las compras y luego lo metió todo junto en una bolsa de comestibles del número cuatro.

¿De dónde sois, muchachos?, preguntó.

De los alrededores de San Angelo.

¿Habéis venido a caballo hasta aquí?

Sí, señora.

¡Vaya, no me digas!, exclamó.

Cuando se despertaron por la mañana estaban a plena vista de una pequeña casa de adobe. Una mujer salió de la casa para echar al patio un barreño de agua de fregar los platos. Los miró y volvió a entrar. Habían colgado a secar las sillas en una cerca y mientras las cogían salió un hombre y se quedó mirándoles. Ensillaron los caballos, los condujeron hasta el camino, montaron y se dirigieron al sur.

Me pregunto qué deben de hacer en casa, dijo Rawlins.

John Grady se apoyó y escupió. Bueno, dijo, probablemente se divierten como nunca. Probablemente han encontrado petróleo. Yo diría que ahora están en la ciudad escogiendo sus coches nuevos y todo lo demás.

Mierda, dijo Rawlins.

Siguieron cabalgando.

¿No te sientes nunca inquieto?, preguntó Rawlins.

¿Acerca de qué?

No lo sé. De cualquier cosa. Sólo inquieto.

A veces. Si estás en un sitio donde no debes estar, supongo que te sientes inquieto. Deberías sentirte, por lo menos.

Bueno, pues supón que estuvieras inquieto y no supieras por qué. ¿Significa esto que podrías estar, sin saberlo, en un sitio donde no debieras?

¿Qué diablos te pasa?

No lo sé. Nada. Creo que voy a cantar.

Y así lo hizo. Cantó: ¿Me echarás de menos, me echarás de menos?  
¿Me echarás de menos cuando me haya ido?

¿Conoces esa emisora de radio Del Río?

Sí, la conozco.

He oído decir que por la noche puedes ponerte un alambre de cerca en los dientes y captarla. Ni siquiera necesitas una radio.

¿Tú te lo crees?

No lo sé.

¿Lo has intentado alguna vez?

Sí, una.

Siguieron cabalgando. Rawlins cantaba. ¿Qué diablos es un florido árbol de frontera?, preguntó.

Me has pillado, primo.

Pasaron bajo un alto risco de piedra caliza por donde fluía un arroyo y cruzaron un ancho cauce de grava. Río arriba había aguazales de las recientes lluvias donde una pareja de garzas permanecía sobre sus largas sombras. Una alzó el vuelo, la otra se quedó. Una hora después cruzaron el río Pecos, vadeando con los caballos; el agua rápida y clara, salada en parte, fluía sobre el lecho de piedra caliza y los caballos lo estudiaban antes de posar los cascos con gran cautela sobre las anchas placas de roca y observaban las formas del musgo flotante en el agua revuelta donde ondeaba y se retorció con un verde eléctrico a la luz de la mañana. Rawlins se inclinó desde la silla, mojó la mano en el agua del río y la probó. Es agua de yeso, dijo.

Desmontaron entre los sauces de la otra orilla e hicieron bocadillos con el embutido y el queso y comieron, fumaron y contemplaron pasar el río. Alguien nos ha estado siguiendo, dijo John Grady.

¿Los has visto?

Aún no.

¿Van a caballo?

Sí.

Rawlins estudió el camino del otro lado del río. ¿Por qué no pueden ser unos simples jinetes?

Porque ya habrían aparecido en el río.

Quizá han dado media vuelta.

¿Hacia dónde?

Rawlins fumó. ¿Qué supones que quieren?

No lo sé.

¿Qué quieres hacer?

Sigamos cabalgando. O se dejarán ver o no.

Salieron de la hondonada del río cabalgando de lado, lentamente, por el polvoriento camino hasta una alta meseta desde donde podían ver el paisaje hacia el sur, un paisaje ondulante cubierto de hierba y margaritas silvestres. A dos kilómetros al oeste se extendía una alambrada tendida de estaca en estaca como una mala sutura a través de las grises tierras de pastoreo y más allá una pequeña manada de antílopes, todos ellos observándoles. John Grady puso el caballo de lado y miró hacia el camino que tenían a sus espaldas. Rawlins esperó.

¿Está ahí atrás?

Sí. En alguna parte.

Cabalaron hasta llegar a un ancho terreno pantanoso o *bajada* de la meseta. A poca distancia a la derecha había un soto de apretados cedros y Rawlins indicó los cedros con la cabeza y aflojó el paso del caballo.

¿Por qué no nos echamos allí arriba y le esperamos?

John Grady se volvió a mirar el camino. Está bien, dijo. Desviémonos un trozo y volvamos. Verá que nuestras huellas dejan el camino aquí y conocerá nuestras intenciones.

Muy bien.

Cabalaron unos ochocientos metros y entonces dejaron el camino y volvieron a los cedros, desmontaron, ataron los caballos y se sentaron en el suelo.

¿Crees que tenemos tiempo para un cigarrillo?, preguntó Rawlins.

Fuma los que quieras, dijo John Grady.



Fumaron sentados, vigilando el camino. Esperaron largo rato pero no llegó nadie. Rawlins se echó y se cubrió los ojos con el sombrero. No duermo, dijo. Sólo descanso.

No había dormido mucho rato cuando John Grady le pateó una bota. Se incorporó, se puso el sombrero y miró. Un jinete se acercaba por el camino. Incluso a aquella distancia ambos se fijaron en el caballo.

Se acercó por el camino hasta que estuvo a unos cien metros. Llevaba un sombrero de ala ancha y un mono de peto. Retrasó el caballo y miró hacia la bajada, directamente a ellos. Entonces se acercó más aprisa.

Es un crío, dijo Rawlins.

Es un caballo extraordinario, dijo John Grady.

Sí que lo es.

¿Crees que nos ha visto?

No.

¿Qué quieres hacer?

Démosle un minuto y sigámosle por el camino.

Esperaron hasta que casi se perdió de vista y entonces desataron los caballos, montaron y salieron de los árboles y al camino.

Cuando los oyó, se detuvo y miró atrás. Se echó el sombrero sobre la nuca, detuvo el caballo en el camino y los observó. Ellos se le acercaron uno por cada lado.

¿Nos persigues?, preguntó Rawlins.

Era un chico de unos trece años.

No, dijo, no os persigo.

Pues ¿por qué nos sigues?

No os sigo.

Rawlins miró a John Grady. John Grady observaba al chico. Miró hacia las montañas distantes y luego otra vez al chico y por fin a Rawlins. Éste tenía las manos quietas sobre la perilla de la silla. ¿No nos has estado siguiendo?, preguntó.

Voy a Langtry, dijo el chico. No sé quiénes sois.

Rawlins miró a John Grady. John Grady liaba un cigarrillo y estudiaba al chico, sus ropas y su caballo.

¿De dónde has sacado el caballo?, preguntó.

Es mi caballo.

Se puso el cigarrillo en la boca, sacó una cerilla de madera del bolsillo de la camisa, la encendió con la uña del pulgar y prendió el cigarrillo. ¿Es tuyo el sombrero?, preguntó.

El chico miró hacia el ala que casi le tapaba los ojos y luego miró a Rawlins.

¿Qué edad tienes?, preguntó John Grady.

Dieciséis.

Rawlins escupió. Eres un mentiroso de mierda.

Tú no lo sabes todo.

Sé que no tienes dieciséis malditos años. ¿De dónde vienes?

De Pandale.

Nos viste en Pandale anoche, ¿verdad? Sí.

¿Qué hacías, escaparte?

Miró a uno y luego al otro. ¿Y qué si lo hacía?

Rawlins miró a John Grady. ¿Qué quieres hacer?

No lo sé.

Podríamos vender ese caballo en México.

Sí.

No pienso cavar una fosa como hicimos con el último.

Diablos, dijo John Grady, eso fue idea tuya. Yo fui quien dijo que lo dejáramos a los buitres.

¿Quieres que echemos una moneda al aire para ver quién le mata?

Sí. Adelante.

Escoge, dijo Rawlins.

Cara.

La moneda dio vueltas en el aire. Rawlins la cogió y la apretó contra su muñeca, sostuvo la muñeca donde podían verla y levantó la otra mano.

Cara, dijo. Dame tu rifle.

No es justo, dijo Rawlins. Has matado a los tres últimos.

Bueno, pues hazlo tú. Me lo deberás.

Pues sujeta su caballo. Puede que vaya armado.

Sólo estáis bromeando, dijo el chico.

¿Por qué estás tan seguro?

No habéis matado a nadie.

¿Qué te hace pensar que no puedes ser el primero?

Estáis bromeando. Lo sé desde el principio.

Claro, dijo Rawlins.

¿Quién te persigue?, preguntó John Grady.

Nadie.

Pues persiguen a ese caballo, ¿verdad?

No respondió.

¿Es cierto que vas a Langtry?

Sí.

No irás con nosotros, dijo Rawlins. Acabaremos contigo en chirona.

Me pertenece, dijo el chico.

Amigo, dijo Rawlins, me importa una mierda a quién pertenece. Pero estoy seguro de que no es a ti. Vamos, compañero.

Dieron la vuelta a los caballos, los azuzaron y volvieron a trotar por el camino hacia el sur. No miraron atrás.

Pensaba que discutiría más, dijo Rawlins.

John Grady tiró la colilla al camino. No hemos visto ese culo flaco por última vez.

A mediodía habían dejado el camino y cabalgaban hacia el suroeste por la pradera abierta. Abrevaron los caballos en un tanque bajo un viejo molino F W Axtell que crujía lentamente al viento. Al sur había cabezas de ganado a la sombra de un soto de encinas. Tenían intención de rodear Langtry y hablaron de cruzar el río por la noche. El día era cálido y se lavaron las camisas y se las pusieron húmedas antes de montar y seguir cabalgando. Podían ver varios kilómetros de camino a sus espaldas hacia el noreste pero no vieron ningún jinete.

Aquella tarde cruzaron la vía férrea del Southern Pacific justo al este de Pumpville, Texas, y acamparon a ochocientos metros del otro lado de las vías. Cuando hubieron cepillado y atado los caballos a una estaca y encendido un fuego ya estaba oscuro. John Grady colocó su silla en vertical

junto al fuego, caminó por la pradera y se quedó a escuchar. Podía ver el tanque de agua de Pumpville contra el cielo púrpura. Al lado, la media luna. Podía oír a los caballos comer hierba a cien metros de distancia. Toda la pradera era azul y silenciosa a su alrededor.

Atravesaron la autopista 90 a media mañana del día siguiente y cabalgaron por tierras de pastoreo salpicadas de ganado que pacía. Lejos hacia el sur las montañas de México se asomaban y escondían a la luz incierta de una errante capa de nubes como fantasmas de montañas. Dos horas después llegaron al río. Se sentaron en un risco bajo, se quitaron los sombreros y lo contemplaron. El agua tenía el color de la arcilla y el fango y podían oírla en las corrientes de más abajo. El banco de arena que tenían a sus pies estaba densamente poblado de sauces y caña de carrizo y los riscos de la otra orilla estaban manchados y llenos de cuevas y atravesados por una constante miríada de golondrinas. Más allá el desierto se extendía como antes. Se volvieron a mirarse y se pusieron los sombreros.

Cabalgaron río arriba hasta la confluencia de un arroyo y un banco de grava y detuvieron los caballos y estudiaron el agua y el paisaje circundante. Rawlins lió un cigarrillo y cruzó una pierna por encima de la perilla de la silla y empezó a fumar.

¿De quién nos escondemos?, preguntó.

¿Acaso nos escondemos?

No veo que nadie pueda esconderse por allí.

Podrían decir lo mismo de este lado.

Rawlins siguió fumando. No contestó.

Podemos cruzar por aquel bajío, dijo John Grady.

¿Por qué no lo hacemos ahora?

John Grady se inclinó y escupió al río. Haré lo que quieras, dijo. Pensaba que habíamos acordado no correr riesgos.

En este caso, te aseguro que me gustaría dejarlo a mis espaldas.

A mí también, socio. Se volvió y miró a Rawlins.

Rawlins asintió. Muy bien, dijo.

Volvieron a seguir el arroyo, desmontaron y desensillaron los caballos en el banco de grava y los ataron sobre la hierba de la orilla. Se sentaron a

la sombra de los sauces y comieron salchichas de Viena y galletas y bebieron agua fresca del arroyo. ¿Crees que tienen salchichas de Viena en México?, preguntó Rawlins.

Al atardecer caminó por la orilla del arroyo y se detuvo en la llana pradera con el sombrero en la mano y miró hacia el noreste a través de la hierba ondeante. Un jinete cruzaba la llanura a menos de dos kilómetros de distancia. Le observó.

Cuando volvió al campamento despertó a Rawlins.

¿Qué pasa?, preguntó éste.

Alguien viene. Me parece que es ese pistolero.

Rawlins se ajustó el sombrero, subió por el montículo y se quedó mirando.

¿Puedes reconocerlo?, gritó John Grady.

Rawlins asintió. Se inclinó para escupir.

Si no puedo reconocerlo, reconozco con jodida seguridad a ese caballo.

¿Te ha visto?

No lo sé.

Se dirige hacia aquí.

Es probable que me haya visto.

Creo que deberíamos salir de estampía.

Miró de nuevo a John Grady. Ese pequeño hijo de puta me da mala espina.

A mí también.

Tampoco es tan verde como parece.

¿Qué hace?, preguntó John Grady. Cabalga.

Bueno, baja de ahí. Quizá no nos ha visto.

Se ha detenido, dijo Rawlins.

¿Qué hace?

Cabalga de nuevo.

Esperaron a que llegase, si quería. Al poco rato los caballos levantaron las cabezas y se quedaron mirando fijamente río abajo. Oyeron al jinete bajar al cauce del arroyo, un chasquido de grava y un débil tintineo de metal.

Rawlins cogió su rifle y caminaron junto al arroyo hasta el río. Cuando él se volvió y les vio, se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar.

Sabía que no habíais cruzado, dijo. Hay dos ciervos paciando al borde de los mezquites de aquella orilla.

Rawlins se puso en cuclillas en el banco de grava y, con el rifle derecho delante de él, apoyó la barbilla en la contera de su arma. ¿Qué diablos vamos a hacer contigo?, dijo.

El chico le miró y miró a John Grady. Nadie me perseguirá en México.

Depende de lo que hayas hecho, dijo Rawlins.

No he hecho nada.

¿Cómo te llamas?, preguntó John Grady.

Jimmy Blevins.

Mentira podrida, dijo Rawlins. Jimmy Blevins está en la radio.

Ése es otro Jimmy Blevins.

¿Quién te sigue?

Nadie.

¿Cómo lo sabes?

Porque no hay nadie.

Rawlins miró a John Grady y después al chico. ¿Tienes algo de comer?, preguntó.

No.

¿Tienes dinero?

No.

Eres un simple gorrón.

El chico se encogió de hombros. El caballo dio un paso dentro del agua y se detuvo.

Rawlins meneó la cabeza, escupió y miró hacia el río. Dime sólo una cosa.

Está bien.

¿Por qué diablos habríamos de quererte con nosotros?

No contestó. Se quedó mirando el agua arenosa que fluía ante ellos y las delgadas sombras de mimbre de los sauces en el banco de arena a la luz del crepúsculo. Miró hacia las sierras azules del sur y se subió la hombrera del

mono y se quedó con el pulgar metido dentro del peto; entonces se volvió y los miró.

Porque soy americano, dijo.

Rawlins se apartó, meneando la cabeza.

Cruzaron el río bajo una media luna blanca, desnuda, pálida y fina sobre sus caballos. Habían metido las botas boca abajo dentro de los vaqueros y embutido después las camisas y chaquetas en las bolsas de utensilios de afeitar y municiones y se ciñeron los vaqueros a la cintura con el cinturón y se ataron flojamente las perneras en torno al cuello y sólo vestidos con los sombreros llevaron los caballos hacia el banco de grava y aflojaron las cinchas y montaron y metieron los caballos en el agua con sus talones desnudos.

En medio del río los caballos nadaron, resoplando y estirando los cuellos fuera del agua, con las colas flotando detrás. Fueron río abajo moviéndose con la corriente en todas direcciones mientras los jinetes desnudos se inclinaban hacia delante para hablar a los caballos y Rawlins mantenía el rifle en alto con una mano, dirigiéndose en hilera uno detrás de otro a la orilla desconocida como una banda de saqueadores.

Salieron del río entre los sauces y cabalgaron en fila india río arriba por los bajíos hasta una larga playa de grava donde se quitaron los sombreros y se volvieron a mirar el territorio que habían dejado atrás. Nadie habló. Entonces pusieron de repente los caballos al galope a lo largo de la playa y dieron media vuelta y volvieron, agitando los sombreros y riendo y frenando y dando palmadas a los caballos en el lomo.

Maldita sea, dijo Rawlins. ¿Sabéis dónde estamos?

Detuvieron los caballos humeantes a la luz de la luna y se miraron entre sí. Entonces desmontaron en silencio, descolgaron la ropa de sus cuellos, se vistieron y sacaron los caballos de los sauces y bancos de grava para conducirlos a una llanura donde montaron y se dirigieron al sur hacia las secas tierras de matorrales de Coahuila.

Acamparon al borde de una llanura de mezquite y por la mañana cocieron tocino ahumado con alubias y pan de maíz hecho con harina y agua y se sentaron a comer y a contemplar el terreno.

¿Cuándo comiste por última vez?, preguntó Rawlins.

El otro día, dijo el chico Blevins.

El otro día.

Sí.

Rawlins le estudió. Tu nombre no es Blivet, ¿verdad?

Es Blevins.

¿Sabes qué es un blivet?

Qué es.

Un blivet es diez libras de mierda en un saco de cinco libras.

Blevins dejó de masticar. Miraba el terreno hacia el oeste donde unas cabezas de ganado habían llegado desde los sauces y ahora estaban en la llanura al sol de la mañana. Luego volvió a masticar.

No habéis dicho vuestros nombres, dijo.

No lo has preguntado.

A mi no me educaron así, dijo Blevins.

Rawlins le miró fríamente y volvió la cabeza.

John Grady Cole, dijo John Grady, y éste es Lacey Rawlins.

El chico asintió y siguió masticando.

Somos de los alrededores de San Angelo, añadió John Grady.

Nunca he estado allí arriba.

Esperaron que dijese de dónde era, pero no lo dijo.

Rawlins limpió su plato con un puñado de migas del pan de maíz y se lo comió. Supón, dijo, que quisiéramos cambiar ese caballo por uno que no sea causa de que nos maten de un tiro.

El chico miró a John Grady y se volvió a mirar a donde estaba el ganado. Yo no comercio con caballos, dijo.

Pero no te importa que tengamos que cuidar de ti, ¿verdad?

Puedo cuidar de mí mismo.

Claro. Me imagino que tienes un arma y todo.

No contestó durante un minuto. Luego dijo: Tengo un arma.

Rawlins levantó la vista. Después siguió comiendo con cuchara las migas de maíz. ¿Qué clase de arma?, preguntó.

Un Colt del treinta y dos veinte.



Mentira podrida, dijo Rawlins. Eso es un cartucho de rifle.

El chico había terminado de comer y limpiaba su plato con una brizna de hierba.

Déjanosla ver, dijo Rawlins.

Puso el plato en el suelo. Miró a Rawlins y después a John Grady. Entonces metió la mano bajo el peto de su mono y sacó la pistola. La volteó en la mano con un giro hacia delante y la alargó a Rawlins con la culata puesta boca abajo.

Rawlins le miró y miró la pistola. Dejó el plato sobre la hierba, cogió el arma y la volvió en su mano. Era un viejo Colt Bisley con culata de gutapercha suavizada por el uso. El metal era de un gris mate. La volvió para leer la inscripción del cañón. Decía 32-20. Miró al chico y abrió la válvula con un ligero golpe del pulgar, puso el gatillo medio amartillado, hizo girar el tambor y dejó caer con el expulsor uno de los cartuchos en la palma de su mano y lo miró. Luego volvió a ponerlo en su sitio, cerró la válvula y bajó el gatillo.

¿De dónde has sacado un arma como ésta?, preguntó.

De una tienda.

¿La has disparado alguna vez?

Sí, la he disparado.

¿Puedes acertar a algo con ella?

El chico alargó la mano para coger el revólver. Rawlins lo sopesó en la mano, le dio la vuelta y se lo pasó.

Si quieres echar algo al aire, lo acertaré, dijo el chico.

Mentira podrida.

El chico se encogió de hombros y volvió a guardarse la pistola en el peto del mono.

¿Echar qué al aire?, preguntó Rawlins.

Lo que quieras.

¿Acertarás a cualquier cosa que lance?

Sí.

Mentira podrida.

El chico se levantó. Secó el plato a conciencia contra la pernera de su mono y miró a Rawlins.

Lanza tu billetero al aire y yo lo agujerearé, dijo.

Rawlins se puso en pie. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su cartera. El chico se agachó, dejó el plato en la hierba y volvió a sacar la pistola. John Grady puso en el suelo el plato con la cuchara. Los tres se adentraron en la llanura bajo la larga luz matutina como duelistas.

Se detuvo de espaldas al sol con la pistola colgando junto a su pierna. Rawlins se volvió y dirigió a John Grady una sonrisa irónica. Sostenía el billetero entre el pulgar y el índice.

¿Lista, Annie Oakley?

Te estoy esperando.

Lo lanzó con disimulo. Se elevó girando en el aire, muy pequeño contra el azul. Lo observaron, esperando el tiro. Entonces disparó. El billetero se ladeó a sacudidas a través del paisaje, se abrió y cayó al suelo retorciéndose como un pájaro herido.

El sonido del disparo se desvaneció casi instantáneamente en aquel inmenso silencio. Rawlins caminó por la hierba, se agachó, recogió el billetero, se lo metió en el bolsillo y volvió.

Será mejor que nos pongamos en marcha, dijo.

Déjanos verlo, dijo John Grady.

Vámonos. Necesitamos alejarnos de este río.

Cogieron los caballos, los ensillaron, el chico apagó el fuego a puntapiés, montaron y se alejaron. Cabalgaban de lado, un poco separados, por la ancha llanura de grava, bordeando los matorrales. Cabalgaban sin hablar, observando el aspecto nuevo del nuevo terreno. Un halcón bajó en picado desde la copa de un mezquite, sobrevoló la *vega*, y se posó en otro árbol a casi un kilómetro al este. Cuando hubieron pasado, voló al mismo sitio.

Ya tenías esa pistola bajo la camisa en el Pecos, ¿verdad?, preguntó Rawlins.

El chico le miró por debajo de su amplio sombrero. Sí, contestó.

Cabalgaron. Rawlins se inclinó y escupió. Supongo que me habrías matado con ella, dijo.

El chico escupió a su vez. No era mi intención dejarme matar, replicó.

Cabalgaron a través de colinas bajas cubiertas de nopal y creosota. A media mañana encontraron un sendero con huellas de caballos que se dirigía al sur y a mediodía entraron en el pueblo de Reforma.

Cabalgaron en fila india por el camino de carros que servía de calle. Media docena de casas bajas con paredes de barro medio desplomadas. Varios jacales de matas y barro con tejado de matas y un corral de palos donde cinco caballos de baja estatura y cabeza grande miraron solemnemente los caballos que pasaban por la calle.

Desmontaron y ataron los caballos a una pequeña tienda de barro y entraron. Una muchacha sentada en una silla de respaldo recto junto a una cocina de hierro leía una revista de tiras cómicas a la luz del umbral. Alzó la mirada hacia ellos, luego miró la revista y otra vez a ellos. Se levantó y echó una ojeada a la trastienda donde una cortina verde tapaba un umbral, dejó la revista sobre la silla, cruzó el suelo de barro duro hasta el mostrador y se volvió. Sobre el mostrador había tres cazuelas u ollas de barro. Dos de ellas estaban vacías pero la tercera estaba cubierta por la tapadera de hojalata de una cazuela de manteca que tenía un agujero para que pasara el mango de un cucharón de hojalata. En la pared a sus espaldas había cuatro estantes de madera con latas de comida, telas, hilos y caramelos. Contra la pared opuesta había una caja de harina hecha a mano con madera de pino. Encima, un calendario clavado a la pared de barro con un palillo. Aparte de la cocina y la silla no había nada más en la casa.

Rawlins se quitó el sombrero, se apretó el antebrazo contra la frente y volvió a ponerse el sombrero. Miró a John Grady. ¿Tendrá algo de beber?

*¿Tiene algo que tomar?*, preguntó John Grady.

Sí, dijo la chica. Se colocó detrás de las ollas y levantó la tapadera. Los tres jinetes se acercaron al mostrador y miraron.

*¿Qué es eso?*, inquirió Rawlins.

*Sidrón*, dijo la chica.

John Grady la miró. *¿Habla inglés?* preguntó.

*Oh no*, dijo ella.

¿Qué es?, preguntó Rawlins.

Sidra.

Miró dentro de la olla. Lo tomaremos, dijo. Denos tres.

¿Mande?

Tres, dijo Rawlins. *Tres*. Levantó tres dedos.

Sacó el billetero. Ella alargó el brazo hacia los estantes de atrás, cogió tres vasos, los puso sobre la madera, levantó el cucharón, sacó un claro líquido marrón y llenó los vasos. Rawlins puso un billete de un dólar sobre el mostrador. Tenía un agujero en cada extremo.

Cogieron los vasos y John Grady indicó el billete con la cabeza.

Casi ha marcado el centro del billetero, ¿verdad?

Sí, dijo Rawlins.

Levantó el vaso y bebieron. Rawlins se quedó pensativo.

No sé qué es esta mierda, dijo, pero sabe muy bien a un vaquero. Bebamos tres más.

Posaron los vasos y ella volvió a llenarlos. ¿Qué debemos?, preguntó Rawlins.

Ella miró a John Grady.

*Cuánto*, dijo John Grady.

¿Para todo?

Sí.

*Uno cincuenta*.

¿Cuánto es eso?, preguntó Rawlins.

Unos tres centavos el vaso.

Rawlins empujó el billete por el mostrador. Dejad pagar a vuestro viejo papi, dijo.

Ella cogió el cambio de una caja de cigarros que tenía debajo del mostrador, puso las monedas mexicanas sobre la madera y levantó la vista. Rawlins posó su vaso vacío, lo señaló y pagó tres vasos más, recogió su cambio y todos cogieron los vasos y se los llevaron afuera.

Se sentaron a la sombra de la *ramada* de palos y matas frente a la tienda y bebieron a sorbos, contemplando la desolada quietud del pequeño cruce a

mediodía. Las cabañas de barro. El agave polvoriento y las yermas colinas de grava del fondo. El delgado reguero azul de un desagüe bajaba por la cuneta arcillosa frente a la tienda y una cabra miraba los caballos desde el camino lleno de surcos.

Aquí no hay electricidad, dijo Rawlins.

Bebió un sorbo. Miró hacia el camino.

Incluso dudo de que haya pasado nunca un coche por aquí.

No sé de dónde podría venir, dijo John Grady.

Rawlins asintió. Levantó el vaso a la luz, removiéndole la sidra y la miró. ¿Crees que esto es una especie de zumo de cacto o qué?

Lo ignoro, dijo John Grady. Es un poquito estimulante, ¿verdad?

Creo que sí.

Será mejor que no dejemos beber más al jovencito.

He bebido whisky, dijo Blevins. Esto no es nada.

Rawlins meneó la cabeza. Bebiendo zumo de cacto en el viejo México, dijo. ¿Qué piensas que dirán en casa a estas alturas?

Pienso que dirán que nos hemos marchado, dijo John Grady.

Rawlins estaba sentado con las piernas estiradas, las botas cruzadas y el sombrero sobre una rodilla y, mirando hacia la tierra desconocida, asintió. Y así es, ¿no?

Abrevaron los caballos y aflojaron las cinchas para dejarlos resollar y entonces tomaron el camino del sur, si es que podía llamarse camino, cabalgando en fila india a través del polvo. En el sendero había huellas de vacas, javelinas, ciervos, coyotes. Al atardecer pasaron por otro grupo de cabañas pero siguieron adelante. El sendero estaba lleno de agujeros y los arroyos habían desaparecido, y en los arroyos había ganado muerto de una vieja sequía, sólo sus huesos medio hundidos y desperdigados con el duro pellejo seco y ennegrecido.

¿Qué te parece este país?, preguntó John Grady.

Rawlins se inclinó y escupió, pero sin responder.

Al anochecer llegaron a una pequeña estancia y detuvieron los caballos junto a la cerca. Había varias construcciones diseminadas detrás de la casa y un corral de palos con dos caballos dentro. Dos niñas vestidas de blanco

estaban en el patio. Miraron a los jinetes y luego se volvieron y entraron corriendo en la casa. Salió un hombre.

*Buenas tardes*, dijo.

Caminó hasta la puerta de la cerca, les indicó que entraran y les enseñó dónde podían abreviar los caballos. *Pásale*, dijo. *Pásale*.

Cenaron a la luz de una lámpara de aceite ante una mesa pequeña de pino pintado. De las paredes de barro que les rodeaban pendían calendarios viejos y fotografías de revistas. En una pared había un retablo de la Virgen, de hojalata y enmarcado. Debajo había un estante apoyado en dos cuñas clavadas en la pared y un pequeño vaso verde con un trozo de vela chamuscada en su interior. Los americanos se sentaron juntos en un lado de la mesa y las dos niñas pequeñas en el otro y les observaron en un estado de pasmo. La mujer comía con la cabeza baja y el hombre bromeaba con ellos y pasaba los platos. Comieron alubias y *tortillas* y un *chile* de carne de cabra que sacaron a cucharadas de una olla de barro. Bebieron café en tazas de latón esmaltado y el hombre empujó los tazones hacia ellos gesticulando de modo muy estudiado. *Deben comer*, dijo.

Quería saber cosas de Norteamérica, a unos cincuenta kilómetros de distancia. La había visto de niño al otro lado del río, en Acuña. Tenía hermanos que trabajaban allí. Tenía un tío que había vivido varios años en Uvalde, Texas, pero creía que había muerto.

Rawlins vació su plato y dio las gracias a la mujer y John Grady tradujo sus palabras y ella sonrió y asintió con modestia. Rawlins enseñaba a las dos niñas cómo podía arrancarse el dedo y volver a ponérselo cuando Blevins cruzó los cubiertos en su plato, se secó la boca con la manga y se inclinó hacia atrás. El banco no tenía respaldo y Blevins agitó un momento los brazos en el aire y luego cayó al suelo dando puntapiés a la mesa por debajo, haciendo tintinear la vajilla y casi volcando el banco con Rawlins y John Grady. Las dos niñas se levantaron al instante, batieron palmas y emitieron chillidos de alegría. Rawlins se había agarrado a la mesa para salvarse y bajó la vista hacia el chico estirado en el suelo. Maldita sea, dijo. Discúlpeme, señora.

Blevins pugnaba por levantarse y sólo el hombre le ofreció ayuda.

¿Está bien?, preguntó.

Está muy bien, dijo Rawlins. Un tonto no puede hacerse daño.

La mujer se había inclinado para enderezar una taza y hacer callar a las niñas. No podía reír porque era incorrecto pero el brillo de sus ojos no pasó por alto ni siquiera a Blevins. Trepó al banco y volvió a sentarse.

¿Estáis listos para irnos?, murmuró.

No hemos acabado de comer, dijo Rawlins.

Miró inquieto a su alrededor. No puedo seguir sentado aquí, dijo.

Mantén la cabeza baja y murmuraba roncamente.

¿Por qué no puedes?, preguntó Rawlins.

No me gusta que se rían de mí.

Rawlins miró a las niñas. Se habían sentado de nuevo y sus ojos volvían a estar abiertos y serios. Qué diablos. Sólo son niñas.

No me gusta que se rían de mí, repitió Blevins en un susurro.

Tanto el hombre como la mujer les miraban con preocupación.

Si no quieres que se rían de ti, no des con el culo en el suelo, dijo Rawlins.

Pido a todos que me disculpen, dijo Blevins.

Se levantó del banco, recogió el sombrero, se lo puso y salió. El amo de la casa pareció inquietarse y se inclinó hacia John Grady para murmurarle una pregunta. Las dos niñas miraban sus respectivos platos.

¿Crees que se marchará?, inquirió Rawlins.

John Grady se encogió de hombros. Lo dudo.

Los dueños de la casa parecían esperar que uno de ellos se levantara para ir en su busca, pero no fue así. Tomaron el café y al cabo de un rato la mujer se levantó y se llevó los platos.

John Grady le encontró sentado en el suelo como una figura en plena meditación.

¿Qué haces?, dijo.

Nada.

¿Por qué no vuelves adentro?

Estoy muy bien.

Nos han invitado a pasar la noche.

Pues adelante.

¿Qué piensas hacer?

Estoy muy bien.

John Grady le observó. Bueno, dijo, como quieras.

Blevins no contestó y Grady le dejó allí sentado.

La habitación donde durmieron estaba en la parte posterior de la casa y olía a heno o paja. Era pequeña y no tenía ventana y en el suelo había dos jergones de paja y arpillera con sarapes encima. Cogieron la lámpara que su anfitrión les ofreció, le dieron las gracias y él se agachó en el bajo umbral y les deseó buenas noches. No preguntó por Blevins.

John Grady puso la lámpara en el suelo, se sentaron en los jergones y se quitaron las botas.

Estoy muerto, dijo Rawlins.

Ya te oigo.

¿Qué dijo el viejo sobre el trabajo en esta parte del país?

Dice que hay varios ranchos grandes al otro lado de la sierra del Carmen. A unos trescientos kilómetros.

¿Es muy lejos?

A unas ciento sesenta o ciento setenta millas.

¿Crees que piensa que somos malhechores?

No lo sé. No sería muy bonito que lo pensara.

Ni que lo digas.

Ha hablado del país como si fuera las montañas de Big Rock Candy. Ha dicho que hay lagos y ríos y hierba hasta los estribos. No puedo imaginarme un paisaje así por lo que he visto hasta ahora, ¿y tú?

Es probable que intente alejarnos de aquí.

Podría ser, dijo John Grady. Se quitó el sombrero, se echó y tiró del *sarape* para cubrirse con él.

¿Qué diablos hará?, dijo Rawlins. ¿Dormir en el corral?

Supongo.

Quizá ya se habrá ido por la mañana.

Quizá.



Cerró los ojos. No dejes consumir esa lámpara, dijo. Ennegrecerá toda la casa.

La soplaré dentro de un minuto.

Se quedó escuchando. No había ningún sonido en ninguna parte. ¿Qué haces?, preguntó.

Nada.

Abrió los ojos y miró hacia Rawlins. Rawlins tenía el billetero abierto sobre la manta.

¿Qué haces?

Quiero que veas mi maldito permiso de conducir.

Aquí no lo necesitarás.

Tengo mi tarjeta del salón de billar. También la llevo.

Échate a dormir.

Mira esta mierda. Ha disparado a Betty Ward justo entre los ojos.

¿Qué hace ahí dentro? No sabía que te gustaba.

Me dio la foto. Es su foto de colegiala.

Por la mañana comieron un succulento desayuno de huevos, frijoles y tortillas en la misma mesa. Nadie salió a buscar a Blevins y nadie preguntó por él. La mujer les envolvió el almuerzo en un paño y ellos le dieron las gracias, estrecharon la mano del hombre y salieron a la fresca mañana. El caballo de Blevins no estaba en el corral.

¿Crees que tendremos tanta suerte?, preguntó Rawlins.

John Grady meneó la cabeza dubitativamente.

Ensilieron los caballos y ofrecieron pagar la comida al hombre pero él frunció el ceño y les despidió con un ademán y después de estrecharse otra vez las manos les deseó buen viaje y ellos montaron y cabalgaron hacia el sur por la senda llena de baches. Un perro les siguió durante un rato y luego se quedó observándolos.

La mañana era diáfana y fresca y había humo de leños en el aire. Cuando llegaron a la cumbre de la primera elevación del camino Rawlins escupió con hastío. Mira hacia allí, dijo.

Blevins estaba de perfil a lomos de su gran caballo bayo en medio del camino.

Retrasaron el paso de los caballos. ¿Qué diablos crees que le ocurre?, preguntó Rawlins.

Es sólo un niño.

Mierda, dijo Rawlins.

Cuando le alcanzaron, Blevins les sonrió. Masticaba tabaco y se inclinó para escupir y se secó la boca con el dorso de la muñeca.

¿A quién sonríes?

A la mañana, dijo Blevins.

¿De dónde has sacado el tabaco?, preguntó Rawlins.

Me lo dio el hombre.

¿Te lo dio el hombre?

Sí. ¿Dónde habéis estado?

Le pasaron por ambos lados y quedó a la zaga.

¿Os han dado algo de comer?, preguntó.

Ella nos ha preparado un poco de almuerzo, dijo Rawlins. ¿Qué es?

No sé. No lo he mirado.

Bueno, ¿pues por qué no echamos una ojeada?

¿Te parece que es hora de almorzar?

Joe, dile que me deje comer algo.

Su nombre no es Joe, dijo Rawlins, y aunque fuera Evelyn no te daría nada para almorzar a las siete de la mañana.

Mierda, dijo Blevins.

Cabalgaron hasta el mediodía y pasado el mediodía. No había nada en el camino salvo el terreno que atravesaba y en el terreno no había absolutamente nada. El único sonido era el paso regular de los caballos por el camino y el escupitajo periódico del jugo de tabaco de Blevins a sus espaldas. Rawlins cabalgaba con una pierna cruzada delante de él, apoyado en la rodilla y fumando pensativamente mientras estudiaba el terreno.

Creo que veo chopos allí abajo, dijo.

Creo que yo también los veo, dijo John Grady.

Almorzaron juntos bajo los árboles al borde de una pequeña *ciénaga*. Los caballos chupaban en silencio el agua; de la hierba pantanosa. La mujer había atado la comida en un rectángulo de muselina y lo extendieron en el

suelo y eligieron entre las *quesadillas*, *tacos* y *bizcochos* como si estuvieran de picnic, apoyados en los codos a la sombra, con las botas cruzadas, masticando lentamente y observando los caballos.

De nuevo en los viejos tiempos, dijo Blevins; éste debía de ser justo el lugar donde los comanches te tendían una emboscada y te atacaban desde la maleza.

Espero que tuvieran una baraja o un tablero de damas mientras esperaban, dijo Rawlins. No me da la impresión de que haya habido alguien en este camino durante un año.

En los viejos tiempos había muchos más viajeros, dijo Blevins.

Rawlins miraba con desconfianza aquel terreno cauterizado.

¿Qué mierda putrefacta puedes saber tú de los viejos tiempos?, dijo.

¿Queréis algo más de esto?, preguntó John Grady.

Estoy lleno como una garrapata.

Ató el paño, se levantó, empezó a quitarse la ropa, caminó desnudo por la hierba delante de los jabalíes, se metió en el agua y se sentó en ella hasta la cintura. Extendió los brazos, se echó de espaldas y desapareció. Los caballos le observaron. Volvió a sentarse en el agua, se tiró el pelo hacia atrás y se secó los ojos. Entonces se quedó sentado.

Aquella noche acamparon en el cauce de un río al borde del camino, hicieron fuego, se sentaron en la arena y miraron fijamente las brasas.

Blevins, ¿eres un vaquero?, inquirió Rawlins.

Me gusta.

A todo el mundo le gusta.

No pretendo ser un hacha. Sé montar a caballo.

¿Ah, sí?, dijo Rawlins.

Aquel hombre sabe montar, dijo Blevins. Señaló más allá del fuego hacia John Grady.

¿Por qué lo dices?

Porque sabe, eso es todo.

¿Y si te dijera que acaba de aprender? Supón que te digo que nunca ha montado un caballo que no pudiera montar una chica.

Diría que me tomas el pelo.

Supón que te digo que es el mejor que he visto.

Blevins escupió al fuego.

¿Lo dudas?

No, no lo dudo. Depende de a quién has visto montar.

He visto montar a Booger Red, dijo Rawlins.

¿Ah, sí?, dijo Blevins. Sí.

¿Crees que sabe más que él?

Estoy seguro de que sí.

Quizá sí y quizá no.

No distingues la mierda de la mermelada de manzana, dijo Rawlins.

Booger Red murió hace mil años.

No le hagas caso, dijo John Grady.

Rawlins volvió a cruzar las botas y se dirigió a John Grady. No sabe conversar conmigo sin fanfarronear, ¿verdad?

Está lleno de mierda, dijo John Grady.

¿Lo habéis oído?, dijo Rawlins.

Blevins dirigió la barbilla hacia el fuego y escupió. No entiendo cómo puedes decir que alguien es definitivamente el mejor.

No puede, dijo John Grady. Es sólo un ignorante, eso es todo.

Hay muchos buenos jinetes, dijo Blevins.

Es cierto, dijo Rawlins. Hay muchos buenos jinetes. Pero hay uno que es el mejor. Y da la casualidad de que está sentado aquí.

Déjale en paz, dijo John Grady.

No le molesto, dijo Rawlins. ¿Te molesto?

No.

Di a Joe que no te molesto.

Ya he dicho que no lo haces.

Déjale en paz, dijo John Grady.

Durante los días siguientes cabalgaron a través de las montañas y cruzaron una garganta yerma y detuvieron los caballos entre las rocas para inspeccionar el terreno hacia el sur donde las últimas sombras se extendían

sobre la tierra antes de que el viento y el sol del oeste se sumergieran en un rojo sangre entre las nubes superpuestas y las distantes cordilleras se alinearan en las terminales del cielo para difuminarse del pálido al más pálido azul y después a nada en absoluto.

¿Dónde crees que se encuentra ese paraíso?, preguntó Rawlins.

John Grady se había quitado el sombrero para dejar que el viento le refrescase la cabeza. No puedes decir qué hay en una tierra como ésa hasta que has descendido a ella, dijo.

Tengo la maldita seguridad de que contiene un montón de cosas, ¿no crees?

John Grady asintió. Por eso estoy aquí.

Te escucho, primo.

Bajaron a través de la fresca y azulada tierra de sombras de la ladera norte. Fresnos siempre verdes crecían en los arroyos rocosos. Placaminero, árboles gomíferos de montaña. Un halcón remontó el vuelo debajo de ellos, describió círculos en la creciente neblina y bajó en picado y ellos sacudieron los pies fuera de los estribos y condujeron con cuidado los caballos por las pendientes sinuosas de las rocas de pizarra. Justo al anochecer llegaron a una repisa de roca y acamparon allí y aquella noche oyeron lo que no habían oído nunca, tres largos aullidos hacia el suroeste y después el silencio.

¿Has oído eso?, preguntó Rawlins.

Sí.

Es un lobo, ¿verdad?

Sí.

Yacía boca arriba bajo sus mantas, mirando hacia donde la luna en cuarto creciente se pavoneaba sobre la falda de las montañas. En aquel falso amanecer azul las Pléyades parecían elevarse sobre el mundo en la oscuridad reinante y arrastrar consigo a todas las estrellas, el gran diamante de Orión y Capela y la firma de Casiopea, todas ellas emergiendo a través de la oscuridad fosforescente como una red marina. Yació largo rato escuchando la respiración de los otros en su sueño mientras contemplaba la fiereza que le rodeaba y la fiereza interior.

Hizo frío durante la noche y cuando se despertaron antes de que amaneciera Blevins ya se había levantado y encendido un fuego en el suelo y estaba acurrucado junto a él vestido con su ropa ligera. John Grady salió a rastras, se puso las botas y la chaqueta y dio unos pasos para estudiar el nuevo país mientras tomaba forma al surgir de la oscuridad reinante a sus pies.

Tomaron el último café y comieron *tortillas* frías con una delgada banda de salsa picante embotellada en el centro.

¿A qué punto del camino crees que nos llevará esto?, preguntó Rawlins.

No me preocupa, dijo John Grady.

Tu socio parece un poco receloso.

No le sobra mucha grasa.

A ti tampoco.

Contemplaron salir el sol debajo de ellos. Los caballos que pacían en la plataforma levantaron las cabezas y lo miraron. Rawlins apuró su taza de café, la agitó y buscó el tabaco en el bolsillo de la camisa.

¿Crees que llegará un día en que no salga el sol?

Sí, dijo John Grady. El día del Juicio Final.

¿Cuándo crees que será?

Cuando Él decida celebrarlo.

El día del Juicio, dijo Rawlins. ¿Crees en todo eso?

No lo sé. Supongo que sí. ¿Y tú?

Rawlins se puso el cigarrillo en la comisura de los labios, lo encendió y tiró la cerilla. No lo sé. Quizá sí.

Sabía que eras un infiel, dijo Blevins.

No sabes nada, maldita sea, dijo Rawlins. Límitate a estar callado y no digas más tonterías de las que ya has dicho.

John Grady se levantó, fue hacia su silla, la cogió por la perilla, se echó la manta sobre el hombro y se volvió a mirarles. Vámonos, dijo.

A media mañana ya habían bajado las montañas y cabalgaban por una gran llanura cubierta de grama y helechos y salpicada de *lechuguilla*. Aquí encontraron a los primeros jinetes que habían visto y se detuvieron y les miraron acercarse por la llanura hasta un kilómetro y medio de distancia,

tres hombres a caballo conduciendo una reata de animales de carga que llevaban alforjas vacías.

¿Quién crees que serán?, preguntó Rawlins.

No deberíamos pararnos así, dijo Blevins. Si podemos verlos, ellos también pueden vernos a nosotros.

¿Qué diablos quieres decir con esto?, preguntó Rawlins.

¿Qué pensarías si les vieras detenerse?

Tiene razón, dijo John Grady. Sigamos cabalgando.

Eran *zacateros* que se dirigían a las montañas para recolectar hierba china. Si les sorprendió ver jinetes americanos por aquella tierra no dieron muestras de ello. Les preguntaron si habían visto al hermano de uno de ellos que estaba en las montañas con su mujer y dos hijas mayores, pero no habían visto a nadie. Los mexicanos detuvieron sus caballos y examinaron sus ropas con movimientos lentos de sus ojos oscuros. Eran también gentes toscas, medio harapientas, con los sombreros manchados de sudor y grasa y las botas remendadas con pellejo de vaca sin curtir. Montaban en viejas sillas de faldones cuadrados con la madera gastada a través del cuero y liaban los cigarrillos en tiras de perfolia de maíz y los encendían con *esclarajos* de pedernal y acero y trozos de borra que guardaban en una cartuchera vacía. Uno de ellos llevaba un viejo y gastado Colt metido en el cinturón con la válvula abierta para evitar que resbalase y olían a humo, sebo y sudor y tenían el mismo aspecto salvaje y extraño que el territorio donde estaban.

¿*Son de Tejas?*, preguntaron.

Sí, respondió John Grady.

Movieron la cabeza.

John Grady fumaba y les observaba. Pese a su estado andrajoso iban bien equipados y examinó aquellos ojos negros para adivinar qué pensaban, pero no pudo deducir nada. Hablaron del país y del tiempo que hacía en el país y dijeron que aún hacía frío en las montañas. Nadie hizo ademán de desmontar. Observaban el terreno como si fuese un problema para ellos. Algo sobre lo que aún no habían decidido nada. Las pequeñas mulas

alineadas detrás de ellos se habían dormido de pie casi en el momento de detenerse.

El jefe terminó el cigarrillo y dejó caer la colilla en el camino. *Bueno*, dijo, *vámonos*.

Saludó con la cabeza a los americanos. *Buena suerte*. Picó el caballo con sus largas espuelas y reemprendieron la marcha. Las mulas pasaron detrás de ellos echando ojeadas a los caballos del camino y meneando las colas, aunque no parecía haber ninguna mosca en los alrededores.

Por la tarde abrevaron los caballos en un río claro que fluía hacia el suroeste. Siguieron el río, bebieron y llenaron y taparon las cantimploras. Había antílopes en la llanura; quizá a tres kilómetros de distancia, todos de pie con las cabezas levantadas.

Continuaron cabalgando. Crecía buena hierba en la tierra plana del valle y ganado manchado con pintas o del color del gato común y el carey se movía constantemente ante ellos a través del espino cerval o se detenía a lo largo de la pequeña elevación de terreno viejo que se prolongaba hacia el este para verlos pasar por el camino. Aquella noche acamparon en las colinas bajas y guisaron una gran liebre que Blevins mató con su pistola. La vació con su navaja y la enterró en la tierra arenosa sin quitarle la piel e hizo fuego encima. Dijo que así la preparaban los indios.

¿Has comido alguna vez una liebre?, preguntó Rawlins.

Meneó la cabeza. Aún no, dijo.

Será mejor que reúnas más leños si quieres comer ésta. Se cocerá.

¿Qué es lo más extraño que has comido nunca?

Lo más extraño que he comido nunca, dijo Blevins. Supongo que debo decir una ostra.

¿Una ostra de montaña o una ostra de verdad?

Una ostra de verdad.

¿Cómo estaban guisadas?

No las guisaron. Las sirvieron tal cual en sus conchas y las cubrimos con salsa picante.

¿Comiste eso?

Sí.



¿Qué sabor tenía?

Más o menos el que me esperaba.

Siguieron sentados mirando el fuego.

¿De dónde eres, Blevins?, preguntó Rawlins.

Blevins miró a Rawlins y volvió a mirar el fuego. Del condado de Uvalde, dijo, del río Sabinal.

¿Por qué te escapaste?

¿Y tú?

Tengo diecisiete años. Puedo ir a donde se me antoje.

Yo también.

John Grady, sentado con las piernas cruzadas, estaba apoyado en la silla fumando un cigarrillo. Ya te habías escapado antes, ¿verdad?, preguntó.

Si.

¿Qué hicieron, atraparte?

Sí. Colocaba bolos en una bolera de Ardmore, Oklahoma, y un bulldog me mordió en una pierna arrancándome un trozo del tamaño de un asado de domingo y se me infectó y el hombre para quien trabajaba me llevó al médico y pensaron que tenía la rabia o algo así y se armó un gran alboroto y me devolvieron al condado de Uvalde.

¿Qué hacías en Ardmore, Oklahoma?

Colocar bolos en una bolera.

¿Cómo es que fuiste a parar allí?

Se esperaba la llegada de un espectáculo a Uvalde, el pueblo de Uvalde, y yo había ahorrado para ir a verlo pero no se presentó porque el hombre que lo dirigía fue encerrado en la cárcel de Tyler, Texas, por montar un espectáculo sucio. Incluía ese striptease como parte del contrato. Fui allí y en el cartel decía que dentro de dos semanas estarían en Ardmore, Oklahoma y así es como llegué a Ardmore, Oklahoma.

¿Hiciste todo el camino hasta Oklahoma para ver un espectáculo?

Había ahorrado para verlo y ésta era mi intención.

¿Viste el espectáculo en Ardmore?

No. Tampoco se presentaron allí.

Blevins se levantó una pernera del mono y acercó su pierna al fuego. Ahí es donde me mordió aquel hijo de perra, dijo. Habría preferido que me mordiese un caimán.

¿Qué te ha hecho decidir por México?, preguntó Rawlins.

La misma razón que a ti.

¿Qué razón es ésa?

Porque sabías que la armarían muy gorda si te encontraban aquí.

A mí no me persigue nadie.

Blevins se desenrolló la pernera del mono y removió el fuego con un palo. Dije a aquel hijo de perra que no aguantaría una paliza suya y no lo hice.

¿Tu papá?

Mi papá no regresó de la guerra.

¿Tu padrastro?

Sí.

Rawlins se inclinó hacia delante y escupió al fuego. No le mataste, ¿verdad?

Lo habría hecho. Y él lo sabía.

¿Qué hacía un bulldog en una bolera?

No me mordió en la bolera. Yo trabajaba en la bolera, eso es todo.

¿Qué hiciste para que te mordiera?

Nada. No hice nada.

Rawlins se inclinó y escupió al fuego. ¿Dónde estabas en aquel momento?

Haces un montón de malditas preguntas. Y no escupas al fuego cuando estoy guisando la cena.

¿Qué?, dijo Rawlins.

He dicho que no escupas al fuego cuando estoy guisando la cena.

Rawlins miró a John Grady. John Grady había empezado a reír. Miró a Blevins. ¿Cena?, dijo. Soñarás con la cena cuando intentes comer esa correosa hija de perra.

Blevins asintió. Ya me lo dirás si no quieres tu parte, dijo.

Lo que desenterraron echando humo parecía una efigie disecada de una tumba. Blevins lo puso sobre una roca plana, quitó la piel y raspó la carne de los huesos sobre los platos y ellos lo rociaron de salsa picante y lo enrollaron dentro de la última *tortilla*. Masticaron y se miraron entre sí.

Bueno, dijo Rawlins, no está tan mal.

No, no está mal, dijo Blevins. Lo cierto es que no sabía si podríais comerla.

John Grady paró de masticar y los miró. Luego siguió masticando. Los dos habéis estado aquí más tiempo que yo, dijo. Pensaba que habíamos empezado juntos.

Al día siguiente encontraron por el camino del sur pequeñas caravanas de andrajosos comerciantes que emigraban hacia la frontera del norte. Hombres morenos y curtidos con *burros* en hileras de tres o cuatro tambaleándose bajo cargas de *candelilla*, pieles, pellejos de cabra, rollos de cuerda hecha a mano con *lechuguilla* o la bebida fermentada llamada *sotol*, que vertían en cilindros y vasijas y empaquetaban dentro de marcos hechos con ramas de árbol. Llevaban agua en pellejos de cerdo o en bolsas de lona que impermeabilizaban con cera de *candelilla* y proveían de espitas de cuerno y algunos llevaban consigo a mujeres y niños y apartaban los animales de carga hacia los matorrales a fin de dejar libre el camino para los *caballeros* y los jinetes les deseaban un buen día y les sonreían y saludaban hasta que habían pasado.

Intentaron comprar agua a las caravanas pero no tenían entre los tres una moneda lo bastante pequeña con que pagarla. Cuando Rawlins ofreció a un hombre cincuenta centavos por el medio penique de agua que llenaría sus cantimploras, el hombre los rechazó. Al atardecer habían comprado una cantimplora llena de *sotol* que se pasaron entre ellos mientras cabalgaban y pronto estuvieron completamente borrachos. Rawlins bebió, cogió el tapón por la tirilla de cuero, lo enroscó y entonces agarró la cantimplora por la correa y se volvió para lanzarla a Blevins, pero no lo hizo. El caballo de Blevins iba rezagado a un paso cansino con la silla vacía. Rawlins echó al animal una mirada de extrañeza, detuvo su caballo y llamó a John Grady que cabalgaba a la cabeza.

John Grady se volvió y se quedó mirando.

¿Dónde está?

¿Quién sabe? Echado por ahí en alguna parte, supongo.

Volvieron atrás, con Rawlins guiando por las bridas al caballo sin jinete. Blevins estaba sentado en medio del camino. Todavía llevaba puesto el sombrero.

Hola, exclamó al verles. Estoy borracho como una cuba.

Detuvieron los caballos y le miraron.

¿Puedes cabalgar o no?, preguntó Rawlins.

¿Caga un oso en el bosque? Claro que puedo cabalgar. Estaba cabalgando cuando me he caído.

Se levantó un poco inseguro y miró a su alrededor. Pasó aturdido por su lado y caminó a tientas entre los caballos. Flanqueó la rodilla de Rawlins. Pensaba que os habíais ido los dos, dejándome aquí, dijo.

La próxima vez abandonaremos tu culo huesudo.

John Grady alargó la mano, tomó las riendas y aguantó el caballo mientras Blevins montaba como un fardo. Dame esas riendas, dijo Blevins. Soy un maldito vaquero, eso es lo que soy.

John Grady meneó la cabeza. Blevins dejó caer las riendas y al agacharse para cogerlas casi resbaló por el lomo del caballo. Se salvó y con las riendas hizo dar una brusca vuelta al caballo. Un maldito domador de potros salvajes, quiero decir, añadió.

Hundió los tacones bajo el caballo y éste se agachó y saltó hacia delante y Blevins cayó de espaldas al camino. Rawlins escupió, asqueado. Deja en el suelo a ese hijo de puta.

Monta el maldito caballo, dijo John Grady, y para de hacer el idiota.

Al llegar el crepúsculo todo el cielo hacia el norte se había oscurecido y el mísero terreno que pisaban se había vuelto de un gris neutro hasta donde alcanzaba la vista. Se agruparon en la cima de una elevación y miraron atrás. El frente de tormenta estaba sobre ellos y el viento era frío en sus rostros sudorosos. Se repantigaron en las sillas con ojos nublados y se miraron entre sí. Amortajado por los nubarrones negros el rayo distante fulguró en silencio como una soldadura vista a través del humo de una

fundición. Como si se estuvieran haciendo reparaciones en un lugar defectuoso de la oscuridad férrea del mundo.

Se está preparando una buena, dijo Rawlins.

No puedo quedarme a la intemperie, dijo Blevins.

Rawlins rió y movió la cabeza. Escucha esto, dijo.

¿Adonde crees que vas a ir?, preguntó John Grady.

No sé, pero tengo que irme a otra parte.

¿Por qué no puedes estar a la intemperie?

A causa del rayo.

¿Rayo?

Sí.

Que me maten si no parece medio sobrio de repente, dijo Rawlins.

¿Te asusta el rayo?, inquirió John Grady.

Caerá sobre mí tan seguro como que hay mundo.

Rawlins indicó con la cabeza la cantimplora que colgaba por la correa de la perilla de la silla de John Grady. No le des más de esa mierda. Ya tiene delírium trémens.

Me viene de familia, dijo Blevins. A mi abuelo le mató en un pozo de mina al oeste de Virginia, bajó cinco metros por un agujero para alcanzarle, ni siquiera pudo esperar a que estuviese arriba. Tuvieron que mojar el pozo para enfriarlo antes de poder sacarle, a él y a dos hombres más. Los frió como tocino ahumado. El hermano mayor de mi papá salió despedido por la explosión de un castillete en el campo Batson el año mil novecientos cuatro, una instalación de cables con torre de madera, pero el rayo le alcanzó a pesar de todo y sólo tenía diecinueve años. Mi tío abuelo por el lado materno (lado materno, he dicho) murió sobre un caballo y al caballo no le chamuscó ni un pelo pero a él le mató bien muerto y tuvieron que cortarle el cinturón porque la hebilla había quedado soldada y tengo un primo sólo cuatro años mayor que yo que fue alcanzado en su propio corral al salir del granero y le paralizó todo un costado y fundió los empastes de sus dientes y le soldó la mandíbula.

Ya te lo he dicho, dijo Rawlins. Está completamente borracho.

No sabían qué le pasaba. Sólo daba sacudidas, mascullaba y se señalaba la boca.

Esto es la mentira más grande que he oído en mi vida, dijo Rawlins.

Blevins no oía nada. Gotas de sudor perlaban su frente. A otro primo del lado paterno a quien también le alcanzó se le encendieron los cabellos. El cambio de su bolsillo se quemó, cayó al suelo y encendió la hierba. A mí me ha caído encima dos veces y por eso soy sordo de esta oreja. Morir quemado me viene de casta por partida doble. Tenéis que alejaros de cualquier clase de metal. No sabéis qué puede mataros. Tachuelas en el mono. Clavos en las botas.

Bueno, ¿y qué piensas hacer?

Miró hacia el norte con ojos extraviados. Intentaré ser más rápido que él, dijo. Es mi única oportunidad.

Rawlins miró a John Grady. Se inclinó y escupió. Bueno, dijo, si antes había alguna duda, creo que esto lo aclara todo.

No puedes ir más veloz que una tormenta, dijo John Grady. ¿Qué demonios te ocurre?

Es mi única oportunidad.

En cuanto lo hubo dicho les llegó el primer estallido del trueno, no más alto que un palo seco al ser pisado. Blevins se quitó el sombrero, se pasó por la frente la manga de la camisa, dobló las riendas en su puño, echó una última mirada de desesperación hacia atrás y golpeó la grupa del caballo con el sombrero.

Le miraron irse. Intentó ponerse el sombrero y entonces lo perdió. Se fue rodando por el camino. Siguió adelante con un aleteo de codos, cada vez más pequeño en la llanura que se extendía ante ellos y todavía más ridículo.

No me hago responsable de él, dijo Rawlins. Alargó la mano, descolgó la cantimplora del arzón de la silla de John Grady y arreó el caballo. Estará tendido en el camino, y ¿dónde crees que estará ese caballo?

Continuó cabalgando, bebiendo y hablando consigo mismo. Te diré dónde estará ese caballo, gritó hacia atrás.

John Grady le seguía. Los cascos de los caballos levantaban polvo que se arremolinaba por el camino.

Ha salido pitando del país, gritó Rawlins. Se ha ido al infierno. Allí es donde estará el jodido caballo.

Siguieron adelante. Había salivazos de lluvia en el viento. El sombrero de Blevins yacía en el camino y Rawlins intentó que su caballo lo pisara, pero el caballo lo rodeó. John Grady deslizó una bota del estribo, se inclinó y recogió el sombrero sin desmontar. Podían oír la lluvia bajar por el camino a sus espaldas como una emigración fantasma.

El caballo de Blevins estaba ensillado junto al camino, atado a un grupo de sauces. Rawlins se volvió, detuvo su montura bajo la lluvia y miró a John Grady. John Grady sorteó los sauces y bajó por el *arroyo* siguiendo las huellas ocasionales en el barro salpicado de lluvia hasta que encontró a Blevins acurrucado bajo las raíces de un chopo muerto en una concavidad donde el *arroyo* describía una curva y se desperdigaba por la llanura. Estaba desnudo con excepción de un par de enormes calzoncillos manchados.

¿Qué diablos haces?, preguntó John Grady.

Blevins abrazaba sus blancos hombros con las dos manos. Sólo estoy sentado aquí, contestó.

John Grady miró hacia la llanura donde los últimos restos de luz solar eran arrastrados hacia las colinas bajas del sur. Se inclinó y tiró el sombrero a los pies de Blevins.

¿Dónde está tu ropa?

Me la he quitado.

Ya lo veo. ¿Dónde está?

La dejé allí arriba. La camisa también tenía cierres de latón.

Si esta lluvia arrecia, por aquí bajará pronto un río como un tren. ¿Lo has pensado?

Nunca te ha caído un rayo encima, dijo Blevins. No sabes lo que es.

Te ahogará si sigues sentado aquí.

No me importa. Nunca me he ahogado antes.

¿Tienes intención de quedarte aquí sentado?

Sí, esto es lo que pienso hacer.

John Grady apoyó las manos sobre sus rodillas.

Muy bien, dijo. No diré nada más.

Un prolongado estallido de trueno resonó desde el cielo en el norte. La tierra se estremeció. Blevins se puso las manos sobre la cabeza y John Grady dio media vuelta al caballo y subió por el *arroyo*. Grandes gotas de lluvia caían sobre la arena mojada. Se volvió una vez a mirar a Blevins. Seguía allí sentado. Algo casi inexplicable en aquel paisaje.

¿Dónde está?, preguntó Rawlins.

Sentado allí abajo. Será mejor que saques tu chubasquero.

Supe en cuanto le vi que el hijo de puta tenía un tornillo flojo, dijo Rawlins. Lo llevaba escrito por todas partes.

La lluvia caía como una cortina. El caballo de Blevins parecía bajo el aguacero el fantasma de un caballo. Dejaron el camino y siguieron el lecho desecado hacia un soto de árboles donde se refugiaron bajo el mínimo saledizo de roca, sentados con las rodillas bajo la lluvia y sujetando los caballos por las riendas. Los caballos pateaban y movían las cabezas y los rayos restallaban y el viento arremetía contra las acacias y los *paloverdes* y la lluvia se abatía sobre la tierra. Oyeron correr un caballo en alguna parte bajo la lluvia y luego sólo oyeron llover.

Sabes qué era eso, ¿verdad?, preguntó Rawlins.

Sí.

¿Quieres un trago de esto?

No creo. Me parece que está empezando a sentarme mal.

Rawlins asintió y bebió. Creo que a mí también, dijo.

Cuando oscureció, la tormenta había remitido y la lluvia casi había cesado. Descargaron los caballos de las sillas mojadas y los manearon y se fueron en direcciones distintas a través del *chaparral* para, vomitar con las piernas separadas y agarrándose las rodillas. Los caballos, que pacían, levantaron la cabeza de un tirón. Era un sonido que no habían oído nunca. En el crepúsculo gris, aquellas arcadas parecían resonar como las llamadas de alguna burda especie provisional suelta por aquel desierto. Algo imperfecto y deformado escondido en el corazón del ser. Algo que sonreía



con presunción en los ojos de la misma gracia como una gorgona en una charca de otoño.

Por la mañana soltaron los caballos, los ensillaron, les ataron los petates húmedos y los condujeron hasta el camino.

¿Qué quieres hacer?, inquirió Rawlins.

Supongo que será mejor ir a buscar su culo huesudo.

¿Y si siguiéramos adelante?

John Grady montó y miró a Rawlins. No creo que pueda dejarle aquí sin montura, dijo.

Rawlins asintió. No, dijo, supongo que no.

Cabalgó hasta el *arroyo* y encontró a Blevins subiendo en el mismo estado en que le había dejado. Detuvo el caballo. Blevins caminaba descalzo por el lecho seco con una bota en la mano. Levantó la vista hacia John Grady.

¿Dónde está tu ropa?

Se la ha llevado el agua.

Tu caballo ha desaparecido.

Ya lo sé. Me he asomado una vez al camino.

¿Qué piensas hacer?

No lo sé.

No parece que el ron del diablo te haya tratado bien.

Tengo la cabeza como si una señora gorda se hubiera sentado encima.

John Grady miró hacia el desierto de la mañana, brillante bajo el nuevo sol. Miró al chico.

Tienes a Rawlins completamente hartos. Supongo que lo sabes.

Nunca sabes cuándo necesitarás a los que has despreciado, dijo Blevins.

¿Dónde diablos has oído eso?

No lo sé. Se me ha ocurrido decirlo.

John Grady meneó la cabeza. Alargó la mano, desprendió la hebilla de su alforja, sacó su camisa de repuesto y se la tiró a Blevins.

Ponte eso antes de que te achicharres. Bajaré a ver si encuentro tu ropa en alguna parte.

Te lo agradezco, dijo Blevins.

Cabalgó hasta el lecho seco y volvió. Blevins estaba sentado en la arena con la camisa puesta.

¿Cuánta agua había anoche en el cauce?

Un montón.

¿Dónde encontraste la bota?

En un árbol.

Bajó al lecho seco, recorrió la arena del entorno y se sentó a mirar. No vio ninguna bota. Cuando volvió, Blevins estaba donde le había dejado.

La otra bota ha desaparecido, dijo.

Ya me lo imaginaba.

John Grady le tendió una mano. Vámonos.

Ayudó a Blevins a montar el caballo en ropas menores. Rawlins se pondrá a gritar cuando te vea, dijo.

Rawlins, cuando le vio, pareció demasiado consternado para hablar.

Ha perdido la ropa, dijo John Grady.

Rawlins dio la vuelta al caballo y se alejó despacio por el camino. Le siguieron. Nadie habló. Al cabo de un rato John Grady oyó caer algo al camino, se volvió a mirar y vio la bota de Blevins en el suelo. Miró a Blevins, pero éste miraba fijamente hacia delante bajo el ala de su sombrero y continuaron la marcha. Los caballos pasaban con cautela por entre las sombras que caían sobre el camino; los helechos despedían vapor. Al poco rato encontraron junto al camino un grupo de *chollas* contra el cual la tormenta había lanzado y espetado algunos pájaros pequeños. Grises pájaros sin nombre atrapados allí en actitudes de vuelo incipiente o colgados de las alas. Varios aún estaban vivos y retorcieron la espina dorsal al paso de los caballos y levantaron las cabezas y gritaron, pero los jinetes siguieron cabalgando. El sol se elevó en el cielo y el paisaje adquirió otro color, verde fuego en la acacia y el *paloverde* y verde en la hierba escurrida de la cuneta y fuego en el *ocotillo*. Como si la lluvia fuese eléctrica, había conectado circuitos con la tierra donde podía haber electricidad.

Así montados llegaron a mediodía a un campamento de cera instalado en la áspera falda de una baja mesa de piedra que se extendía ante ellos de este a oeste. Había un pequeño brazo de agua clara y los mexicanos habían

cavado una pequeña caja de fuego, rodeándola después de roca, y calzado su caldero sobre el borde. El caldero estaba hecho con la mitad inferior de un tanque de agua galvanizado y para traerlo a este emplazamiento habían atravesado el fondo con un eje de madera y hecho un triángulo de madera donde colocar el eje en el extremo abierto y con una yunta de caballos transportado el tanque a través del desierto desde Zaragoza, a ciento treinta kilómetros al este. La trocha de *chaparral* aplastado era todavía visible, culebreando por el suelo del desierto. Cuando los americanos entraron en el campamento había allí varios *burros* que acababan de bajar de la mesa cargados con la planta de *candelilla* que hervían para extraer la cera y los mexicanos habían dejado así los animales mientras ellos cenaban. Una docena de hombres vestidos con algo parecido a pijamas y todos ellos harapientos estaban en cuclillas a la sombra de unos sauces comiendo con cucharas de hojalata y platos de barro. Levantaron la vista pero no dejaron de comer.

*Buenos días*, dijo John Grady. Contestaron con un coro rápido y sordo. Desmontó y ellos miraron el lugar donde estaba y se miraron entre sí pero siguieron comiendo.

*¿Tienen algo que comer?*

Uno o dos señalaron el fuego con las cucharas. Cuando Blevins se deslizó del caballo, volvieron a mirarse entre sí.

Los jinetes sacaron de sus alforjas platos y utensilios y John Grady extrajo de la ennegrecida bolsa de provisiones el pequeño pote esmaltado, que alargó a Blevins junto con su viejo tenedor de madera. Se acercaron al fuego y llenaron sus platos de frijoles y *chile* y un par de *tortillas* de maíz de una plancha de hierro colocada sobre el fuego y fueron a sentarse bajo los sauces, un poco apartados de los trabajadores. Blevins estiró las piernas desnudas pero se veían tan blancas y llamativas sobre el terreno que pareció avergonzarse e intentó doblarlas y cubrir las rodillas con los faldones de la camisa prestada. Comieron. La mayor parte de los trabajadores habían terminado de cenar y estaban recostados fumando y eructando en silencio.

*¿Vas a preguntarles acerca de mi caballo?*, quiso saber Blevins.

John Grady masticó pensativamente. Bueno, dijo, si está aquí, ya deberían imaginarse que nos pertenece.

¿Crees que lo han robado?

Nunca recuperarás ese caballo, dijo Rawlins. Si encontramos un pueblo en alguna parte, será mejor que procures cambiar esa pistola por algo de ropa y un billete de autobús para el lugar de donde has venido, sea cual sea. Si hay autobuses. Tu compinche del otro lado puede estar dispuesto a transportar tu culo por todo México pero yo, desde luego, no.

No tengo la pistola, dijo Blevins. Está con el caballo.

Mierda, dijo Rawlins.

Blevins siguió comiendo. Al cabo de un rato levantó la vista. ¿Te he hecho algo alguna vez?, preguntó.

No me has hecho nada. Y no vas a hacerme nada. Ésta es la cuestión.

Déjale en paz, Lacey. No nos hará ningún daño ayudar al chico a recuperar su caballo.

Sólo le estoy diciendo la verdad de los hechos, dijo Rawlins.

Ya la conoce.

Pues no lo parece.

John Grady secó su plato con el último bocado de *tortilla*, se lo comió, puso el plato en el suelo y empezó a liarse un cigarrillo.

Me muero de hambre, maldita sea, dijo Rawlins. ¿Crees que les importará si me sirvo otra ración?

No les importa, dijo Blevins. Adelante.

¿Quién te ha preguntado?, replicó Rawlins.

John Grady iba a sacarse una cerilla del bolsillo pero se levantó, fue hacia los trabajadores, se puso en cuclillas y les pidió fuego. Dos de ellos sacaron *esclarajos* de sus ropas y uno lo encendió, se inclinó, prendió el cigarrillo y asintió con la cabeza. John Grady preguntó sobre el caldero y las cargas de *candelilla* todavía atadas sobre los *burros* y los trabajadores le hablaron de la cera y uno de ellos se levantó y al momento volvió con un pequeño rectángulo de cera gris y se lo alargó. Parecía una pastilla de jabón de lavar la colada. La rascó con la uña y la olió. La mantuvo en alto y la miró.

*¿Qué vale?*, dijo.

Se encogieron de hombros.

*Es mucho trabajo*, observó.

*Bastante.*

Un hombre delgado con un manchado chaleco de cuero bordado en la parte delantera vigilaba a John Grady con ojos entornados y especuladores. John Grady devolvió la cera y este hombre le silbó y sacudió la cabeza.

John Grady se volvió.

*¿Es su hermano, el rubio?*

Se refería a Blevins. John Grady negó con la cabeza. *No*, dijo.

*¿Quién es?*, preguntó el hombre.

Miraba al otro lado del claro. El cocinero había dado un poco de manteca a Blevins y éste se frotaba con ella las piernas quemadas por el sol.

*Un muchacho, no más*, contestó.

*¿Algún parentesco?*

*No.*

*Un amigo.*

John Grady chupó el cigarrillo y desprendió la ceniza contra el tacón de su bota. *Nada*, dijo.

Nadie hablaba. El hombre del chaleco estudió a John Grady y luego miró más allá del claro a Blevins. Entonces preguntó a John Grady si deseaba vender al chico.

Tardó un momento en responder. El hombre pudo pensar que reflexionaba sobre el asunto. Esperaron. Alzó la mirada. *No*, dijo.

*¿Qué vale?*, inquirió el hombre.

John Grady apagó el cigarrillo contra la suela de su bota y se levantó.

*Gracias por su hospitalidad*, dijo.

El hombre le ofreció cambiarlo por cera. Los otros se habían vuelto para escucharle. Ahora dirigieron las miradas a John Grady.

John Grady los estudió. No parecían malos pero esto no le tranquilizó. Dio media vuelta y cruzó el claro hacia los caballos. Blevins y Rawlins se levantaron.

*¿Qué han dicho?*, preguntó Blevins.

Nada.

¿Les has preguntado por mi caballo?

No.

¿Por qué no?

No tienen tu caballo.

¿De qué hablaba ese tipo?

De nada. Recoged los platos y vámonos.

Rawlins miró hacia los hombres sentados en el otro lado del claro. Cogió las riendas y saltó a la silla.

¿Qué ha ocurrido, amigo?, preguntó.

John Grady montó y dio la vuelta al caballo. Se volvió a mirar a los hombres y luego miró a Blevins. Éste estaba quieto con los platos.

¿Por qué me miraba?, preguntó.

Mételes en la bolsa y sube el culo aquí arriba.

No están lavados.

Haz lo que te he dicho.

Algunos de los hombres se habían levantado. Blevins embutió los platos en la bolsa y John Grady bajó el brazo y lo subió a la grupa de su caballo.

Fustigó su montura y abandonaron el campamento para dirigirse al camino del sur. Rawlins se volvió a mirar y puso su caballo al trote y John Grady le alcanzó y cabalgaron de lado por la senda estrecha y llena de agujeros. Nadie habló. Cuando estuvieron a unos dos kilómetros del campamento, Blevins preguntó qué quería el hombre del chaleco pero John Grady no contestó. Cuando Blevins repitió la pregunta, Rawlins se volvió a mirarle.

Quería comprarte, dijo, eso es lo que quería.

John Grady no miró a Blevins. Cabalgaron en silencio.

¿Por qué has tenido que decirle eso?, preguntó John Grady. No había ninguna necesidad.

Aquella noche acamparon en la baja cordillera de colinas bajo la sierra de la Encantada y los tres se sentaron en silencio alrededor del fuego. Las piernas huesudas del chico eran pálidas a la luz de las llamas y estaban recubiertas de polvo del camino y trozos de broza que se había adherido a la

manteca. Llevaba unos calzoncillos grandes y sucios y desde luego parecía un siervo triste y maltratado o algo peor. John Grady le alargó la manta del fondo de su petate y el chico se envolvió en ella, se echó junto al fuego y pronto se quedó dormido. Rawlins meneó la cabeza y escupió.

Lastimoso, maldita sea, dijo. ¿Has pensado otra vez en lo que te dije?

Sí, contestó John Grady, lo he pensado. Rawlins miró fijamente el centro rojo del fuego. Voy a decirte algo. Adelante.

Va a ocurrir algo malo.

John Grady fumó lentamente, con los brazos en torno a sus rodillas dobladas.

Ésto es sólo un pote, dijo Rawlins, eso es lo que es. A mediodía del día siguiente llegaron al pueblo de Encantada, al pie de la baja cordillera de montañas desmochadas que habían estado rodeando y lo primero que vieron fue la pistola de Blevins sobresaliendo del bolsillo trasero de un hombre inclinado sobre el motor de un Dodge. John Grady la vio primero y podría haber mencionado otras cosas que preferiría haber visto.

Ahí está mi maldita pistola, exclamó Blevins.

John Grady echó la mano hacia atrás y le agarró por la camisa, pues de lo contrario habría saltado del caballo.

Quédate quieto, idiota, dijo.

Ni quieto ni leches, dijo Blevins.

¿Qué crees que vas a hacer?

Rawlins había puesto su caballo junto al suyo. Sigue cabalgando, silbó. Por Dios Todopoderoso.

Unos niños miraban desde un umbral y Blevins miraba por encima de su hombro.

Si ese caballo está aquí, dijo Rawlins, no tendrán que ir a buscar a Dick Tracy para averiguar a quién pertenece.

¿Qué quieres hacer?

No lo sé. Salir de esta maldita calle. Aunque ya puede ser demasiado tarde. Yo le esperaré en un lugar seguro hasta saber a qué atenernos.

¿Te parece bien, Blevins?

Importa un coño que le parezca bien o no, dijo Rawlins. No tiene voz ni voto en esto. No, si quiere que le ayude.

Les adelantó y torcieron hacia un barranco de arcilla que hacía las veces de calle. Deja de mirar atrás, maldita sea, dijo John Grady.

Le dejaron con una cantimplora de agua a la sombra de unos chopos, le ordenaron que permaneciese oculto y entonces atravesaron lentamente el pueblo. Se abrían camino por uno de los barrancos llenos de agujeros de que se componía la aldea cuando vieron el caballo asomado a la ventana sin marco de una casa de barro abandonada.

Sigue cabalgando, dijo Rawlins.

John Grady asintió.

Cuando volvieron a los chopos, Blevins había desaparecido. Rawlins examinó el campo yermo y polvoriento. Se metió la mano en el bolsillo para coger el tabaco.

Voy a decirte algo, primo.

John Grady se inclinó y escupió. Está bien.

Todas las tonterías que he hecho en mi vida se debían a una decisión que me obligó a cometerlas. Nunca fue la tontería sola. Fue siempre la elección que había hecho antes. ¿Comprendes lo que digo?

Sí, creo que sí. ¿Y qué quieres decir?

Quiero decir lo siguiente. Ésta es nuestra última oportunidad. Ahora mismo. Éste es el momento y no habrá otro momento, te lo garantizo.

¿Quieres decir que le dejemos ahora?

Sí, señor.

¿Y si fueras tú?

No soy yo.

¿Y si lo fueras?

Rawlins retorció el cigarrillo en la comisura de sus labios, sacó una cerilla del bolsillo y la encendió con la uña. Miró a John Grady.

Yo no te dejaría y tú no me dejarías. Esto no es ningún argumento.

¿Te das cuenta del lío en que está metido?

Sí. Me doy cuenta. Es un lío en que se ha metido él mismo.



Permanecieron quietos. Rawlins fumaba. John Grady cruzó las manos sobre la perilla de su silla y se quedó mirándolas. Al cabo de un rato levantó la cabeza.

No puedo hacerlo, dijo.

Está bien.

¿Qué significa esto?

Significa que está bien. Si no puedes, no puedes. De todos modos, creo que ya sabía lo que dirías.

Ah, vaya. Yo no.

Desmontaron, ataron los caballos, se tendieron sobre la seca hojarasca de los chopos y al poco rato se quedaron dormidos. Cuando se despertaron ya estaba casi oscuro. El chico estaba en cuclillas, mirándoles.

Es una buena cosa que no sea un bribón, dijo. Podría haberme largado con todo lo que poseéis.

Rawlins se volvió, le miró por debajo del sombrero y le dio la espalda. John Grady se incorporó.

¿Qué habéis averiguado?, preguntó Blevins.

Tu caballo está aquí.

¿Lo habéis visto?

Sí.

¿Y qué hay de la silla?

No hemos visto ninguna silla.

No me iré de aquí hasta que tenga todas mis cosas.

Estupendo, dijo Rawlins. Escucha eso.

¿Qué ha dicho?, inquirió Blevins.

No le hagas caso, dijo John Grady.

Si fueran sus cosas, sería diferente, estoy seguro. Entonces se empeñaría en recuperarlas, ¿verdad?

No le provoques.

Escucha, cerebro de mierda, dijo Rawlins, si no fuera por este hombre, yo no estaría aquí. Te habría dejado con el culo en el *arroyo*. No, me retracto, te habría dejado en el Pecos.

Intentaremos recuperar tu caballo, dijo John Grady. Si esto no te satisface, dímelo ahora mismo.

Blevins miró fijamente el suelo.

No le importa un bledo, dijo Rawlins. Podría escribirlo. Que le maten de un tiro por robar un caballo no le importa un maldito coño. Lo espera.

No es robar, dijo Blevins. Es mi caballo.

Como si esto importara mucho. Di a este hombre lo que piensas hacer porque a mí me da absolutamente igual.

Está bien, dijo Blevins.

John Grady le estudió. Recuperamos tu caballo si te dispones a cabalgar. Sí.

¿Nos das tu palabra?

La palabra de un asno, dijo Rawlins.

Sí, dijo Blevins.

John Grady miró a Rawlins. Rawlins yacía bajo su sombrero. Se volvió hacia Blevins. Está bien, dijo.

Se levantó, cogió el petate, volvió y alargó una manta a Blevins.

¿Ahora vamos a dormir?, preguntó Blevins.

Yo sí.

¿Ya habéis comido?

Claro, dijo Rawlins, claro que hemos comido. ¿Tú no? Hemos comido un gran bistec cada uno y compartido un tercero.

Maldita sea, dijo Blevins.

Durmieron hasta que la luna estuvo baja y entonces se sentaron a fumar en la oscuridad. John Grady contemplaba las estrellas.

¿Qué hora calculas que es, compañero?, preguntó Rawlins.

En el lugar de donde vengo, la luna creciente se pone a medianoche.

Rawlins fumó. Diablos, creo que me vuelvo a la cama.

Adelante. Ya te despertaré.

Muy bien.

Blevins también concilio el sueño pero antes se quedó sentado contemplando cómo se desenrollaba el firmamento al este desde detrás de las empalizadas oscurecidas de las montañas. Hacia el pueblo todo eran

tinieblas. No ladraba ni un solo perro. Miró a Rawlins dormido en su saco y supo que tenía razón en todo lo que había dicho y que no había remedio para ello y la Osa Mayor derecha en el borde septentrional del mundo dio la vuelta y la noche tardó mucho en pasar.

Cuando los llamó no faltaba mucho más de una hora para el amanecer.

¿Estás preparado?, inquirió Rawlins.

Tan preparado como podría estarlo nunca.

Ensillearon los caballos y John Grady alargó a Blevins su cuerda para atar el caballo. Puedes hacer un roncal con esto, dijo.

Está bien.

Guárdatela bajo la camisa, dijo Rawlins. No dejes que nadie la vea.

No hay nadie para verla, dijo Blevins.

No apuestes por ello. Ya veo una luz allá lejos.

Vámonos, dijo John Grady.

No había faroles en la calle de la casa donde habían visto el caballo. Cabalgaban despacio. Un perro que dormía en el polvo del camino se levantó y empezó a ladrar y Rawlins simuló que iba a lanzarle algo y el animal se escabulló. Cuando llegaron a la casa en cuyo establo se encontraba el caballo, John Grady desmontó, se acercó, miró por la ventana y volvió.

No está aquí, dijo.

El silencio era total en la callejuela de barro. Rawlins se inclinó y escupió. Vaya, mierda, dijo.

¿Estáis seguros de que éste es el lugar?, preguntó Blevins.

Es el lugar.

El chico se deslizó del caballo, cruzó cautelosamente la calle con sus pies descalzos y miró dentro de la casa. Entonces trepó hasta la ventana y se metió.

¿Qué diablos hace?, dijo Rawlins.

No tengo ni idea.

Esperaron. No volvía.

Por allí viene alguien.

Varios perros se despertaron sobresaltados. John Grady montó, dio la vuelta al caballo, regresó al camino y detuvo la montura en la oscuridad. Rawlins le siguió. Los perros ya empezaban a ladrar por todo el pueblo. Se encendió una luz.

Esto es el fin, ¿no?, dijo Rawlins.

John Grady le miró. Tenía la carabina derecha sobre el muslo. Desde más allá de las casas y la algarabía de los perros llegó un grito.

¿Sabes qué nos harán estos hijos de puta?, exclamó Rawlins. ¿Lo has pensado?

John Grady se inclinó hacia delante, habló al caballo y le puso una mano en el lomo. El animal había empezado a cocear nerviosamente y no era un caballo nervioso. Miró hacia las casas donde habían visto la luz. Un caballo relinchó en la oscuridad.

Ese chiflado hijo de puta, dijo Rawlins. Ese chiflado hijo de puta.

Una gran batahola se desencadenó de repente. Rawlins hizo girar su caballo y el animal pateó y trotó y él lo golpeó en la grupa con el cañón del rifle. El caballo se agachó y clavó las patas traseras y Blevins, en paños menores, a lomos del gran caballo bayo y con un nutrido séquito de perros ladradores irrumpió en el camino bajo una lluvia de escombros de la podrida cerca de *ocotillo* que había atravesado con el caballo.

El caballo pasó por el lado de Rawlins con Blevins agarrado a las crines del animal y sujetándose el sombrero. Los perros se apiñaban como locos en el camino y el caballo de Rawlins estaba parado y se retorció y agitaba la cabeza y el gran bayo describió un círculo completo y sonaron tres pistolazos en alguna parte de la oscuridad que retumbaron a intervalos regulares. John Grady clavó en el caballo los tacones de las botas y se agachó mucho en la silla y él y Rawlins se alejaron al galope por el camino. Blevins adelantó a ambos, con las rodillas pálidas apretadas contra el caballo y los faldones de la camisa al viento.

Antes de llegar a la curva de la cima de la colina se oyeron otros tres disparos desde el camino que habían dejado a sus espaldas. Enfilaron la senda principal hacia el sur y atravesaron el pueblo con gran estruendo. Ya había lámparas encendidas en algunas ventanas pequeñas. Pasaron a galope

tendido en dirección a las colinas bajas. La aurora ya daba forma al paisaje del este. A dos kilómetros del pueblo alcanzaron a Blevins, que había dado la vuelta al caballo y los vigilaba a ellos y el camino por donde venían.

Deteneos, dijo. Escuchemos.

Intentaron calmar a los animales jadeantes. Eres un hijo de perra, dijo Rawlins.

Blevins no contestó. Se deslizó del caballo y se tendió en el camino, escuchando. Luego se levantó y se izó hasta el caballo.

Muchachos, dijo, ya llegan.

¿A caballo?

Sí. Os diré claramente ya de entrada que no hay modo de que podáis mantener mi paso. Dejadme tomar el camino, ya que es a mí a quien persiguen. Seguirán el polvo y vosotros podéis desperdigaros por el campo. Nos veremos más abajo del camino.

Antes de que pudieran asentir o discrepar, dio media vuelta al caballo con el ronzal y se alejó al galope.

Tiene razón, dijo John Grady. Será mejor que salgamos de este maldito camino.

Está bien.

Cabalgaron por la maleza en la oscuridad, tomando la tierra más baja que les era posible, pegados a los cuellos de sus monturas para no ser vistos.

Sin duda nos arriesgamos a que los caballos sean mordidos por las serpientes, dijo Rawlins.

Pronto habrá luz de día.

Entonces podrán dispararnos.

Al cabo de un rato oyeron caballos en el camino. Después más caballos y al final reinó el silencio.

Será mejor que vayamos a alguna parte, dijo Rawlins. Está a punto de amanecer.

Sí, ya lo sé.

¿Crees que cuando vuelvan verán el lugar por donde hemos dejado el camino?

No si han pasado por allí en número suficiente.

¿Y si le atrapan?

John Grady no contestó.

No tendría escrúpulos a la hora de enseñarles la dirección que hemos tomado.

Probablemente no.

Ya sabes que no. Lo único que tendrían que hacer sería mirarle de reajo.

Entonces será mejor que sigamos cabalgando.

Bueno, no sé tú, pero yo estoy a punto de quedarme sin caballo.

Pues dime qué quieres hacer.

Mierda, dijo Rawlins. No tenemos elección. Veremos qué trae el amanecer. Quizá uno de estos días encontraremos un poco de grano en este país.

Quizá.

Retrasaron el paso de los caballos y subieron a la cresta de la loma. Nada se movía en aquel paisaje gris. Desmontaron y caminaron a lo largo de la loma. Unos pájaros pequeños empezaron a llamar desde el *chaparral*.

¿Sabes cuántas horas hace que no comemos?, preguntó Rawlins.

Ni siquiera lo he pensado.

Yo tampoco, hasta ahora. Que te disparen es causa suficiente para perder el apetito, ¿verdad?

Espera un momento.

¿Qué ocurre?

Espera.

Se quedaron escuchando.

No oigo nada.

Hay jinetes por allí abajo.

¿En el camino?

No lo sé.

¿Puedes ver algo?

No.

Sigamos adelante.

John Grady escupió y se quedó escuchando. Luego se marcharon.

Cuando hubo amanecido dejaron los caballos en un cauce de grava y treparon a la cumbre de una elevación donde se sentaron entre los *ocotillos* y vigilaron el campo hacia el noreste. Algunos ciervos pacían en la loma opuesta. Aparte de ellos, no vieron nada.

¿Puedes ver el camino?, preguntó Rawlins.

No.

Se sentaron. Rawlins, con el rifle contra la rodilla, se sacó el tabaco del bolsillo. Creo que voy a fumar, dijo.

Un largo abanico de luz se encendió en el este y el sol naciente se hinchó, de color rojo sangre, a lo largo del horizonte.

Mira allí, dijo John Grady.

Qué.

Allá abajo.

A tres kilómetros unos jinetes habían alcanzado la cima de una elevación. Uno, dos. Un tercero. Entonces volvieron a perderse de vista.

¿Hacia dónde se dirigen?

Bueno, primo, no lo sé seguro, pero tengo una idea bastante definida.

Rawlins estaba sentado sosteniendo el cigarrillo. Vamos a morir en este maldito país, dijo.

No, no moriremos.

¿Crees que pueden seguimos las huellas en este terreno?

No lo sé. No sé si no pueden.

Te diré algo, compañero. Si nos tienen acorralados aquí en alguna parte con los caballos, puedes dar por descontado que tendrán que pasar por encima del cañón de este rifle.

John Grady le miró y se volvió a mirar a donde habían visto los jinetes. Odiaría tener que matar para regresar a Texas, dijo.

¿Dónde está tu arma?

En la alforja.

Rawlins encendió el cigarrillo. Si vuelvo a ver a ese pequeño hijo de perra le mataré yo mismo. Que me cuelguen si no lo hago.

Vámonos, dijo John Grady. Aún tienen que recorrer mucho terreno. Prefiero una buena corrida antes que una mala espera.

Cabalgaron hacia el oeste con el sol en la espalda y las sombras de caballo y jinete cayendo ante ellos altas como árboles. El terreno que pisaban era lava antigua y se mantenían al borde de la ondulante llanura de grava negra y vigilaban la retaguardia. Vieron de nuevo a los jinetes, al sur de donde los hubieran imaginado. Y después otra vez.

Si los caballos no estuvieran exhaustos, creo que nos seguirían con más ahínco, dijo Rawlins.

Yo también.

A media mañana llegaron a la cresta de una baja loma volcánica, dieron la vuelta a los caballos y permanecieron vigilantes.

¿Qué te parece?, inquirió Rawlins.

Bueno, saben que no tenemos el caballo. Eso es seguro. Puede que no estén tan ansiosos de cabalgar por este terreno como tú y yo.

Tienes razón.

Permanecieron largo rato parados. No se movía nada.

Creo que nos han abandonado.

Yo también.

Pues movámonos.

A media tarde los caballos tropezaban. Los abrevaron con sus sombreros y ellos apuraron la otra cantimplora, montaron de nuevo y siguieron cabalgando. No vieron más a los jinetes. Hacia el atardecer encontraron un grupo de pastores acampados en el lado opuesto de un profundo *arroyo* con un lecho de rocas blancas y redondas. Los pastores parecían haber elegido el sitio pensando en su defensa, como hacían los primitivos habitantes del país, y observaron con gran solemnidad a los jinetes que avanzaban por la otra orilla.

¿Qué crees?, preguntó John Grady.

Creo que deberíamos seguir cabalgando. Me dan cierta grima los habitantes de esta parte del país.

Creo que tienes razón.

Cabalgaron otro kilómetro y medio y bajaron al *arroyo* en busca de agua. No encontraron ni una gota. Desmontaron y condujeron los caballos,



tropezando los cuatro en la creciente penumbra, Rawlins llevando todavía el rifle, siguiendo las errantes huellas de aves o jabalíes en la arena.

El crepúsculo les sorprendió sentándose en el suelo sobre las mantas, con los caballos atados a un metro de distancia. Se sentaron en la oscuridad sin fuego, sin hablar. Al cabo de un rato Rawlins dijo: Tendríamos que haber pedido agua a los pastores.

Encontraremos agua por la mañana.

Querría que ya fuese la mañana.

John Grady no contestó.

El maldito Júnior se meará, gemirá y no parará en toda la noche. Sé cómo las gasta.

Probablemente piensan que nos hemos vuelto locos.

¿Y no es cierto?

¿Crees que le habrán cogido?

No lo sé.

Me voy a acostar.

Se echaron en el suelo sobre las mantas. Los caballos se movían inquietos en la oscuridad.

Diré algo en su favor, dijo Rawlins.

¿De quién?

De Blevins.

¿Qué es?

El pequeño hijo de perra no se cruza de brazos cuando alguien le roba el caballo.

Por la mañana dejaron los caballos en el *arroyo* y treparon para ver salir el sol y echar un vistazo al campo. Durante la noche había hecho frío en la depresión y cuando salió el sol se sentaron dándole la espalda. Hacia el norte una pequeña columna de humo se mantenía quieta en el aire sin viento.

¿Crees que eso es el campamento de los pastores?, preguntó Rawlins.

Esperemos que sí.

¿Quieres volver allí y ver si nos dan un poco de agua y algo de comida?

No.

Yo tampoco.

Observaron el campo.

Rawlins se levantó y se alejó con el rifle. Al cabo de un rato volvió con fruta de nopal en el sombrero, la depositó sobre una roca plana y se sentó a mondarla con su navaja.

¿Quieres un poco?, preguntó.

John Grady se acercó, se puso en cuclillas y sacó su propia navaja. El nopal aún estaba fresco de la noche y tiñó sus dedos de rojo sangre; permanecieron mondando la fruta y comiéndola y escupiendo sus pequeñas y duras semillas y arrancando las espinas de sus dedos. Rawlins señaló el campo. No ocurren muchas cosas ahí, ¿verdad?

John Grady asintió. Nuestro mayor problema es que podríamos tropezar con esa gente sin saberlo. Ni siquiera echamos una buena mirada a sus caballos.

Rawlins escupió. Ellos tienen el mismo problema. Tampoco nos conocen a nosotros.

Nos conocerían.

Sí, dijo Rawlins, estás en lo cierto.

Naturalmente, nuestro problema no es nada comparado con el de Blevins. Daría igual que pintara ese caballo de rojo y se paseara tocando una trompeta. Es la pura verdad.

Rawlins secó la hoja de la navaja sobre sus pantalones y la dobló. Creo que estoy perdiendo terreno en estas cosas.

Lo extraño es que lo que dice es cierto. Se trata de su caballo.

Bueno, el caballo es de alguien.

Lo seguro es que no pertenece a esos mexicanos.

Ya, pero no tiene manera de demostrarlo.

Rawlins se guardó la navaja en el bolsillo y se sentó a inspeccionar su sombrero en busca de púas de nopal. Un hermoso caballo es como una mujer hermosa, dijo. Siempre dan más trabajo del que valen. Lo que un hombre necesita es sólo una que haga la faena.

¿Dónde has oído eso?

No lo sé.

John Grady dobló su navaja. Bueno, dijo, hay mucho campo por ahí.

Sí, mucho campo.

Dios sabe adonde habrá ido.

Rawlins asintió. Te diré lo mismo que tú me dijiste.

¿Qué es?

No hemos visto su culo flaco por última vez.

Cabalgaron todo el día por la ancha llanura en dirección sur. Hasta mediodía no encontraron agua, un residuo cenagoso en el fondo de un tanque de adobe. Por la tarde, al pasar por una depresión entre las bajas colinas, espantaron a un ciervo astado que salió de un soto de enebros y Rawlins sacó el rifle de la funda de su bota, lo levantó, amortilló y disparó. Había soltado las riendas y el caballo alzó la cabeza, saltó de lado y se detuvo, temblando, y él desmontó y corrió hacia donde había visto el joven ciervo, que yacía muerto en el suelo sobre su sangre. John Grady se acercó, conduciendo el caballo de Rawlins. El ciervo había recibido el disparo en la base del cráneo y sus ojos ya se estaban vidriando. Rawlins expulsó el casquillo vacío, pasó más cartuchos a la recámara, bajó el percutor con el pulgar y levantó la vista.

Ha sido un tiro magnífico, dijo John Grady.

Ha sido la suerte ciega de un tonto, eso es lo que ha sido. Sólo lo he levantado y disparado.

Sigue siendo un tiro magnífico.

Déjame tu cuchillo. Si no nos lanzamos sobre la carne de ciervo soy hombre muerto.

Limpiaron el ciervo y lo colgaron a enfriar en los enebros. Hicieron una incursión por la ladera en busca de leña. Encendieron un fuego, cortaron ramas de *paloverde* y ahorquillaron dos en los extremos para apoyarlas, y Rawlins despellejó el ciervo y cortó la carne a tiras que colocó sobre las ramas para que se ahumaran. Cuando el fuego se hubo consumido espetó los lomos en dos ramas verdes que sujetó con piedras sobre las brasas. Entonces se sentaron a mirar cómo se asaba la carne y a oler el humo de la grasa que silbaba en el rescoldo.

John Grady fue a desensillar y manear los caballos para que pudieran pacer y volvió con la manta y la silla.

Ahí tienes, dijo.

¿Qué es esto?

Sal.

Ojalá tuviéramos pan.

¿Y qué te parecería maíz fresco y patatas y un pastel de frutas?

No seas idiota.

¿Aún no están hechas estas tiras?

No. Siéntate. Nunca se harán contigo mirando de esta manera.

Comieron un solomillo cada uno y dieron la vuelta a las tiras de carne, se recostaron y liaron cigarrillos.

He visto a los *vaqueros* que trabajaban para Blair cortar un añojo tan fino que podías ver a través de la carne. Lo deshuesaban casi en una sola tira larga. Colgaban la carne de palos alrededor del fuego como si fuera ropa tendida y si te acercabas por la noche no sabías qué era. Era como mirar a través de algo y ver su corazón. Volvían la carne y atizaban el fuego por la noche y los veías mover dentro del círculo. Te despertabas por la noche y este ruedo se levantaba en la pradera, bajo el viento, y resplandecía como una estufa caliente. Roja igual que la sangre.

Esta carne tendrá el sabor del cedro, dijo John Grady.

Lo sé.

Unos coyotes gañían al borde de la loma, hacia el sur. Rawlins se inclinó, tiró al fuego la ceniza del cigarrillo y volvió a recostarse.

¿Has pensado alguna vez en la muerte?

Sí. A veces. ¿Y tú?

Sí. A veces. ¿Crees que existe un cielo?

Sí. ¿Tú no?

No lo sé. Quizá sí. ¿Crees que puedes creer en el cielo si no crees en el infierno?

Creo que puedes creer lo que quieras.

Rawlins asintió. Piensas en todo lo que puede sucederte, dijo, y no tiene fin.

¿Es que te propones imponernos la religión?

No, pero a veces me pregunto si no estaría mejor con ella.

No tendrás intención de dejarme, ¿verdad?

Ya he dicho que no.

John Grady asintió.

¿Crees que esas vísceras podrían atraer a un león?, preguntó Rawlins.

Es posible.

¿Has visto uno alguna vez? No. ¿Y tú?

Sólo el cadáver del que Julius Ramsey mató con los perros en Grape Creek. Trepó al árbol y lo aturdió con un palo para que los perros se lo repartieran.

¿Crees de verdad que hizo eso?

Sí. Lo creo probable.

John Grady asintió. Sí, pudo hacerlo muy bien.

Los coyotes gritaron, callaron y empezaron otra vez.

¿Crees que Dios cuida de la gente?, preguntó Rawlins.

Sí, creo que sí. ¿Y tú?

Sí, lo creo. Del modo que está el mundo... Alguien puede despertarse y estornudar en algún rincón de Arkansas u otro maldito lugar y antes de que te des cuenta hay guerras, desolación y la ruina total. No sabes qué va a ocurrir. Yo diría que casi tiene obligación de hacerlo. De lo contrario, no creo que viviéramos ni un día.

John Grady asintió.

No crees que esos hijos de perra le habrán atrapado, ¿verdad?

¿A Blevins?

Sí.

No lo sé. Pensaba que estabas contento de haberte deshecho de él.

No quiero que le suceda nada malo.

Yo tampoco.

¿Crees que su nombre es de verdad Jimmy Blevins?

Quién sabe.

Por la noche los coyotes les despertaron y yacieron en la oscuridad escuchándolos cuando convergieron sobre el cadáver del ciervo, luchando y

gritando como gatos.

Quiero que escuches esa condenada algarabía, dijo Rawlins.

Se levantó, cogió un palo del fuego y les gritó y arrojó el palo. Se callaron. Atizó el fuego y dio media vuelta a la carne colgada de las ramas verdes. Cuando llegó a las mantas, ya volvían a chillar.

Cabalgaron todo el día siguiente hacia el oeste a través de un paisaje de colinas. Mientras tanto iban cortando tiras de la carne de ciervo medio seca, la masticaban y secaban sus manos negras y grasientas en la cruz del caballo y se pasaban mutuamente la cantimplora de agua y admiraban el campo. Había tormentas al sur y masas de nubarrones que se movían lentamente a lo largo del horizonte arrastrando bajo la lluvia sus largos y oscuros zarcillos. Aquella noche acamparon en un saliente de roca sobre las llanuras y contemplaron el relampagueo que por todo el horizonte provocaba una y otra vez desde la oscuridad sin costuras a las distantes cordilleras. Cuando cruzaban la llanura a la mañana siguiente encontraron agua estancada en las *bajadas* y abrevaron los caballos y ellos bebieron agua de lluvia de las rocas y subieron constantemente hacia la frescura de las montañas hasta que en el crepúsculo de aquel día vieron desde la cresta de las *cordilleras* el territorio del que les habían hablado. Las tierras de pastoreo yacían en una neblina de color violeta y hacia el oeste pequeñas bandadas de aves acuáticas volaban hacia el norte antes de ponerse el sol por las profundas galerías rojas bajo los bancos de nubes como enjambres de peces en un mar ardiente y en la llanura de primer término vieron *vaqueros* conduciendo ganado a través de un cendal de polvo dorado.

Acamparon en la ladera sur de la montaña y extendieron las mantas sobre la tierra seca bajo un saliente de roca. Rawlins se llevó caballo y cuerda y arrastró ante su campamento todo un árbol muerto y encendieron una gran hoguera contra el frío. Lejos, en la llanura, en la noche sin orilla, podían ver como en un reflejo de su propio fuego en un lago oscuro el fuego de los *vaqueros* a unos ocho kilómetros. Por la noche llovió y la lluvia silbó en el fuego y los caballos se acercaron desde la oscuridad con sus ojos rojos parpadeando inquietos y por la mañana hacía frío y todo era gris y el sol tardó mucho en salir.

A mediodía estaban en la llanura, cabalgando por una clase de hierba que no habían visto nunca. La senda del ganado atravesaba la hierba como una cuenca fluvial y a media tarde pudieron ver ante ellos el ganado moviéndose hacia el oeste y al cabo de una hora lo alcanzaron.

Los *vaqueros* los conocieron por su modo de montar los caballos y les llamaron *caballeros* e intercambiaron con ellos material de fumador y les hablaron del país. Condujeron el ganado hacia el oeste vadeando arroyos y un pequeño río y ahuyentando manadas de antílopes y ciervos de Virginia de los sotos de enormes álamos por los que pasaron y continuaron la marcha hasta el atardecer, cuando llegaron a una cerca y empezaron a desviar el ganado hacia el sur. Había un camino al otro lado de la cerca y en el camino se veían huellas de neumáticos y huellas de caballos de las lluvias recientes y una muchacha llegó cabalgando por el camino, les pasó y ellos dejaron de hablar. Llevaba botas de montar inglesas y pantalones de montar y una chaqueta de amazona de cruzadillo azul y empuñaba una fusta y el caballo que montaba era un caballo de silla árabe y negro. Había metido el caballo en el río o en las *ciénagas* porque estaba mojado hasta el vientre y las hojas de cuero de la silla estaban oscurecidas en los bordes inferiores, al igual que sus botas. Llevaba un sombrero de fieltro negro con la copa plana y un ala ancha y por debajo salía suelta la cabellera negra, que le llegaba casi hasta la cintura, y cuando pasó se volvió, sonrió y tocó el ala de su sombrero con la fusta y los *vaqueros* tocaron las alas de sus sombreros uno a uno hasta el último de los que habían simulado no verla cuando había pasado. Entonces puso el caballo a un trote cochinerero y desapareció por el camino.

Rawlins miró al capataz de los *vaqueros* pero el capataz adelantó su caballo y fue a la cabeza de la fila. Rawlins se reunió de nuevo con los jinetes y se quedó al lado de John Grady.

¿Has visto a esa preciosidad?, preguntó.

John Grady no respondió. Todavía miraba hacia el camino por donde había desaparecido. No había nada que ver pero miraba de todos modos.

Una hora después, bajo la luz languideciente, ayudaron a los *vaqueros* a conducir el ganado a un encerradero. El *gerente* había venido cabalgando

desde la casa y montado en su caballo se hurgaba los dientes y vigilaba el trabajo sin comentarios. Cuando terminaron, el capataz y otro *vaquero* los acompañaron y presentaron sin dar nombres y los cinco fueron juntos a la casa del *gerente* y allí, ante una mesa de metal de la cocina, bajo una bombilla desnuda, el *gerente* les interrogó detalladamente sobre su idea del trabajo en un rancho mientras el capataz secundaba todas sus afirmaciones y el *vaquero* asentía, diciendo que así era, y el capataz ofreció su propio testimonio sobre las habilidades de los *güeros*, de las cuales ni ellos mismos eran conscientes, descartando la duda con un ademán, como diciendo que éstas eran cosas conocidas por todos. El *gerente* se recostó en la silla y los estudió. Al final dieron sus nombres y los deletrearon y el *gerente* los apuntó en su libro y entonces se levantaron, se estrecharon las manos y salieron a la oscuridad incipiente donde la luna se estaba elevando y el ganado llamaba y los rectángulos amarillos de las ventanas iluminadas daban calor y forma a un mundo extraño.

Desensillaron los caballos y los entraron en el corral y siguieron al capataz hasta el barracón, un largo edificio de adobe de dos habitaciones, tejado de cinc y suelos de cemento. En una habitación, una docena de literas de madera o metal. Una pequeña estufa de hierro. En la otra habitación, una larga mesa con bancos y una cocina de leña. Una vieja caja de madera que contenía vasos y platos de hojalata. Un fregadero de esteatita con un aparador recubierto de cinc. Los hombres ya estaban comiendo a la mesa cuando entraron y fueron hacia el aparador, cogieron tazas y platos y se sirvieron ante la cocina frijoles y *tortillas* y un succulento estofado de cabrito y luego fueron a la mesa donde los *vaqueros* les saludaron con la cabeza e invitaron a sentarse con ademanes expansivos mientras comían con una mano.

Después de cenar siguieron en la mesa, fumando y bebiendo café, y los *vaqueros* les hicieron muchas preguntas sobre Estados Unidos y todas las preguntas eran sobre caballos y ganado y ninguna acerca de ellos mismos. Algunos tenían amigos o parientes que habían estado allí, pero para la mayoría el país del norte era poco más que un rumor. Algo que parecía no tener explicación. Alguien llevó a la mesa una lámpara de queroseno y la



encendió y poco después el generador dejó de funcionar y las bombillas que colgaban del techo al extremo de sendos cordeles se redujeron a un fino alambre anaranjado y se apagaron. Escucharon con gran atención las respuestas de John Grady, asintiendo solemnemente y vigilando su conducta para no aparentar que tenían opiniones sobre lo que oían porque como la mayoría de hombres expertos en su trabajo desdeñaban cualquier alusión a que sabían algo que no hubiesen aprendido por propia experiencia.

Llevaron sus platos a una tina galvanizada llena de agua y escamas de jabón y llevaron la lámpara a sus literas en el extremo opuesto del barracón, desenrollaron los sacos sobre los muelles oxidados, extendieron las mantas, se desnudaron y apagaron la lámpara. Cansados como estaban, permanecieron mucho rato despiertos en la oscuridad después de que los *vaqueros* se hubiesen dormido. Podían oírles respirar profundamente en la habitación, que olía a caballos y cuero y hombres, y podían oír en la distancia el nuevo ganado que todavía no había sido conducido al corral.

Creo que son muchachos bastante buenos, musitó Rawlins.

Sí, creo que sí.

¿Has visto esas viejas armas con el detonador en el centro de la base?

Sí.

¿Crees que nos consideran fugitivos?

¿Es que no lo somos?

Rawlins no contestó. Al cabo de un rato dijo: Me gusta oír el ganado ahí fuera.

Sí. A mí también.

No ha dicho mucho sobre Rocha, ¿verdad?

No mucho.

¿Crees que ésa era su hija?

Yo diría que sí.

Es un país estupendo, ¿verdad?

Sí que lo es. Duérmete.

¿Compañero?

Dime.

Así es como era entre los habitantes primitivos, ¿verdad?

Sí.

¿Cuánto tiempo crees que te gustaría quedarte aquí?

Unos cien años. Duérmete.

## II

La *Hacienda* de Nuestra Señora de la Purísima Concepción era un rancho de once mil hectáreas situado al borde del *Bolsón* de Cuatro Ciénagas en el estado de Coahuila. Las tierras occidentales penetraban en la sierra de Anteojo con picos de casi tres mil metros, pero al sur y el este el rancho ocupaba parte del ancho *barrial* o cuenca del *bolsón* y estaba bien provisto de agua gracias a manantiales naturales y ríos claros y salpicado de marismas y lagos poco profundos o lagunas. En los lagos y ríos había especies de peces desconocidas en cualquier otra parte del mundo y aves y lagartos y otras formas de vida propias, ya que el desierto se extendía en todas direcciones.

La Purísima era uno de los escasísimos ranchos de aquella parte de México que retenían el total complemento de seis leguas cuadradas de tierra asignadas por la legislación colonizadora de mil ochocientos veinticuatro y el propietario, don Héctor Rocha y Villareal, era uno de los pocos *hacendados* que vivían en sus posesiones, la tierra que había pertenecido a su familia durante ciento setenta años. Tenía cuarenta y siete años y era el primer heredero varón de todo aquel linaje del nuevo mundo que había alcanzado esta edad.

Poseía más de mil cabezas de ganado en esta tierra. Tenía una casa en Ciudad de México donde vivía su esposa. Pilotaba su propio avión. Amaba los caballos. Cuando cabalgó hasta la casa del *gerente* aquella mañana iba acompañado de cuatro amigos y un séquito de *mozos* y dos animales de

carga ensillados con dos alforjas de madera dura, una vacía y la otra llena con las provisiones del mediodía. Les seguía una jauría de galgos delgados de color plateado que corrían entre las patas de los caballos tan silenciosa y fluidamente como el mercurio líquido y los caballos no les hacían el menor caso. El *hacendado* llamó a la casa y el *gerente* salió en mangas de camisa, hablaron brevemente, el *gerente* asintió y el *hacendado* habló a sus amigos y luego todos siguieron cabalgando. Cuando pasaron por delante del barracón, cruzaron la puerta y enfilaron el camino del norte, algunos *vaqueros* sacaban sus caballos del corral a fin de ensillarlos para el trabajo del día. John Grady y Rawlins estaban en el umbral tomando café.

Ahí está, dijo Rawlins.

John Grady asintió y tiró al patio el poso del café.

¿Adonde diablos crees que van?, preguntó Rawlins.

Yo diría que van a cazar coyotes.

No llevan armas.

Tienen cuerdas.

Rawlins le miró. ¿Me tomas el pelo?

No creo.

Pues me gustaría mucho verlo, maldita sea.

A mí también. ¿Estás listo?

Trabajaron dos días en los corrales, herrando, marcando orejas, castrando, descornando y vacunando. Al tercer día los *vaqueros* bajaron de la meseta una pequeña manada de potros salvajes de tres años, los encerraron y por la tarde Rawlins y John Grady fueron a echarles un vistazo. Estaban apiñados contra la valla en el extremo opuesto del cercado y eran un grupo muy heterogéneo, roanos, pardos y bayos y unos pocos pintados y también era variado su tamaño y conformación. John Grady abrió la puerta y él y Rawlins entraron y volvieron a cerrarla tras de sí. Los animales horrorizados empezaron a subirse unos encima de otros, a dispersarse y a moverse a lo largo de la cerca en ambas direcciones.

Es el grupo de caballos más nervioso que he visto en mi vida, dijo Rawlins.

No saben qué somos.

¿No saben qué somos?

No creo. No creo que hayan visto nunca un hombre a pie.

Rawlins se inclinó y escupió.

¿Ves alguno que te gustaría tener?

Hay caballos buenos ahí.

¿Dónde?

Mira ese bayo oscuro. Por allí.

Lo estoy mirando.

Míralo otra vez.

Ese caballo no llega a pesar trescientos cincuenta kilos.

Claro que sí. Mira esas nalgas. Parece un toro. Mira ese roano de allá abajo.

¿Ese hijo de perra con patas de mapache?

Bueno, sí, es cierto. Está bien. El otro roano. El tercero a la derecha.

¿El que tiene pelaje blanco?

Sí.

Me parece un caballo muy extraño.

No lo es. Sólo tiene un color peculiar.

¿Y crees que eso no significa nada? Tiene manos blancas.

Ése es un buen caballo. Mírale la cabeza. Mira la quijada. Debes recordar que las colas ya les han crecido del todo.

Sí. Tal vez. Rawlins meneó dubitativamente la cabeza. Solías ser muy exigente con los caballos. Quizá ahora hace mucho tiempo que no veías ninguno.

John Grady asintió. Sí, dijo. Bueno, pero no he olvidado el aspecto que deben tener.

Los caballos habían vuelto a agruparse en el extremo opuesto del corral y estaban con los ojos en blanco y rozando los cuellos de sus compañeros con las cabezas.

Tienen algo a su favor, dijo Rawlins.

¿Qué es?

Ningún mexicano ha intentado domarlos.

John Grady asintió.

Estudiaron los caballos.

¿Cuántos hay?, inquirió John Grady.

Rawlins les echó una ojeada. Quince o dieciséis.

He contado dieciséis.

Dieciséis entonces.

¿Crees que tú y yo podríamos domarlos a todos en cuatro días?

Depende de lo que llames domar.

Sólo hacer de ellos caballos decentes recién domados. Pongamos seis sillas. Paso ligero, parada y quedarse quieto para ser ensillado.

Rawlins sacó el tabaco del bolsillo y se echó atrás el sombrero.

¿Qué estás tramando?, dijo.

Domar esos caballos.

¿Por qué en cuatro días?

¿Crees que podríamos hacerlo?

¿Se proponen usar la violencia? Tengo la sensación de que cualquier caballo domado en cuatro días volverá a ser salvaje en otros cuatro.

Van escasos de caballos y es por eso que los han bajado hasta aquí.

Rawlins dejó caer tabaco en el papel a medio enrollar. ¿Me estás diciendo que lo que vemos aquí es nuestra propia caballeriza?

Yo diría que sí.

Estamos hablando de montar a un maldito hijo de perra para domarlo en uno de esos condenados rodeos mexicanos.

Sí.

Rawlins asintió. ¿Qué harías, separarlos?

Sí.

¿Crees que hay bastante cuerda en este lugar?

No lo sé.

Acabarías como un potro extenuado, te lo digo yo.

Piensa en lo bien que dormirías.

Rawlins se puso el cigarrillo en la boca y buscó una cerilla. ¿Qué más sabes que no me hayas dicho?

Armando dice que el viejo tiene caballos por toda esa montaña.

Cuántos caballos.

Como cuatrocientas cabezas.

Rawlins le miró. Encendió la cerilla y el cigarrillo y tiró la cerilla. ¿Para qué diablos?

Empezó un programa de cría antes de la guerra.

¿Qué clase de caballos?

*Media sangres.*

Qué demonios es eso.

Nosotros los llamaríamos caballos de carreras.

¿Ah, sí?

Ese roano de allí, dijo John Grady, es un auténtico caballo Billy aunque tenga malas manos.

¿De dónde crees que procede?

De donde proceden todos. De un caballo llamado *José Chiquito*.

¿Littlejoe?

Sí.

¿El mismo caballo?

El mismo caballo.

Rawlins fumó pensativamente.

Ambos caballos fueron vendidos en México, dijo John Grady. Uno y Dos. Lo que tiene allí arriba es una gran *yeguada* del antiguo linaje Traveler-Ronda de Sheeran.

¿Qué más?, preguntó Rawlins.

Eso es todo.

Vamos a hablar con el hombre.

Se quedaron de pie en la cocina con el sombrero en la mano mientras el *gerente* los observaba sentado a la mesa.

*Amansadores*, dijo.

Sí.

*Ambos*, dijo.

Sí, *ambos*.

Se apoyó en el respaldo y golpeteó la mesa de metal con los dedos.

*Hay dieciséis caballos en el potrero, dijo John Grady. Podemos amansarlos en cuatro días.*

Cruzaron el patio y volvieron al barracón a lavarse para la cena.

¿Qué ha dicho?, preguntó Rawlins.

Ha dicho que somos unos mierdas. Pero bien dicho.

¿Es eso un no rotundo, te parece?

No creo. No creo que dé el asunto por terminado.

Se pusieron a trabajar con los jóvenes potros al amanecer del domingo, después de vestirse en la semioscuridad con la ropa todavía mojada por haberla lavado la noche anterior y se dirigieron al *potrero* antes de que desaparecieran las estrellas, comiendo una *tortilla* fría envuelta alrededor de un cucharón de alubias frías, sin café y cargados con sus cuerdas de maguey de doce metros enrolladas sobre los hombros. Llevaban mantas de silla y una *bosalea* o ronzal de montar con una muserola de metal y John Grady llevaba un par de sacos de yute limpios sobre los que había dormido y su silla Hamley con los estribos ya acortados.

Se quedaron mirando los caballos. Los animales movían las patas, formas grises en la mañana gris. Amontonados junto a la puerta había rollos de toda clase de cuerda, algodón, cáñamo, cuero verde trenzado, maguey y sisal y viejos *mecates* de pelo tejido y piezas de bramante trenzado a mano. Amontonados contra la cerca estaban los dieciséis ronzales de cuerda que habían atado durante toda la velada en el barracón.

Este grupo ha sido seleccionado en la meseta, ¿verdad?

Yo diría que sí.

¿Qué hacen con las yeguas?

Las bajan aquí.

Bueno, dijo Rawlins, comprendo que sean brutos con los caballos. Tener que aguantar a estos hijos de perra.

Meneó la cabeza, se metió en la boca el último trozo de *tortilla*, se secó las manos en los pantalones, desenrolló el alambre y abrió la puerta.

John Grady le siguió, dejó la silla en el suelo, volvió a salir, entró con un puñado de ronzales y se puso en cuclillas para clasificarlos. Rawlins se quedó de pie formando su lazo.



Supongo que te importa un jodido bledo el orden por el que vengan, dijo.

Supones bien, primo.

¿Estás del todo decidido a hacer morder el polvo a estas sabandijas?

Sí.

Mi viejo papá siempre decía que el objeto de domar un caballo era montarlo y si te toca uno que te doma a ti, lo mejor es ensillarlo, saltar a bordo y acabar de una vez.

John Grady sonrió irónicamente. ¿Era tu viejo papá un graduado en amanse?

Nunca le oí alardear de ello. Pero estoy seguro de haberle visto colgar y cabecear más de una vez.

Pues estás a punto de verlo una vez más.

¿Vamos a amansarlos dos veces?

¿Para qué?

Nunca vi uno que se lo creyera completamente en la primera ocasión o lo dudara nunca en la segunda.

John Grady sonrió. Yo se lo haré creer, dijo, ya lo verás.

Voy a decírtelo ahora mismo, primo. Esto es una manada salvaje.

¿Qué dice Blair? ¿Que no existe un potro ruin?

No existe un potro ruin, repitió Rawlins.

Los caballos ya se estaban moviendo. Eligió el primero que arrancó, desenrolló el lazo y trabó las dos manos del potro, que cayó al suelo con un tremendo ruido sordo. Los otros caballos se encabritaron y agruparon y miraron atrás con furia. Antes de que el potro pudiese levantarse, John Grady se había acuclillado sobre su cuello y tirado de su cabeza hacia arriba y hacia un lado y sujetaba al caballo por el hocico con la cabeza larga y huesuda apretada contra su pecho y con el aliento cálido y dulce que emanaba de los oscuros pozos de sus ollares contra su cara y cuello como noticias de otro mundo. No olían a caballo. Olían a lo que eran, animales salvajes. Sujetaba la cara del caballo contra su pecho y podía sentir en la parte interior de sus muslos palpar la sangre a través de las arterias y podía sentir el miedo y puso la mano sobre los ojos del caballo y los acarició y no

dejó ni un instante de hablar al caballo, de hablarle en voz baja y serena, diciéndole todo lo que se proponía hacer y tapando los ojos del animal y acariciándole para ahuyentar el terror.

Rawlins cogió una de las cuerdas que se había colgado del cuello, hizo un nudo corredizo, lo pasó en torno a la cuartilla de la pata trasera y luego levantó la pata y la ató con una vuelta mordida a las manos del caballo. Soltó la primera cuerda, la lanzó lejos, cogió el ronzal y lo ajustaron sobre el hocico y las orejas del caballo y John Grady pasó el pulgar por la boca del animal y Rawlins ajustó la muserola y pasó otro lazo por la otra pata. Entonces ató ambas cuerdas al ronzal.

¿Estás listo?, preguntó.

Listo.

Soltó la cabeza del caballo, se puso en pie y retrocedió unos pasos. El caballo se levantó con un esfuerzo, dio media vuelta, estiró una pata, tropezó consigo mismo y cayó. Se levantó, volvió a cocear y cayó otra vez. Cuando se levantó por tercera vez, empezó a cocear y mover la cabeza en un pequeño baile. Se detuvo. Dio unos pasos y volvió a detenerse. Entonces estiró la pata y cayó de nuevo.

Se quedó acostado un rato, pensando, y cuando se levantó permaneció quieto un minuto y luego brincó tres veces y les lanzó una mirada feroz. Rawlins había recuperado la cuerda y volvió a formar el lazo. Los otros caballos miraban con gran interés desde el extremo opuesto del *potrero*.

Estos potros son tan tontos como una rata de alcantarilla, dijo.

Selecciona el que consideres más tonto, dijo John Grady, y te entregaré un caballo terminado el domingo próximo a esta hora.

¿Terminado para quién?

Para tu satisfacción.

Mierda, dijo Rawlins.

Cuando tenían tres caballos trabados, resoplando y mirando con furia a su alrededor, varios *vaqueros* se habían reunido ante la puerta tomando café en actitud ociosa y observando el proceso. A media mañana había ocho caballos atados y los otros ocho, más salvajes que ciervos, se dispersaban y agrupaban junto a la cerca, corriendo en un creciente mar de polvo a

medida que aumentaba el calor del día, dándose cuenta lentamente de la brutalidad de esta conversión de sus seres fluidos y colectivos en aquel estado de parálisis separada e impotente que parecía atacarles como una plaga insidiosa. La totalidad de los *vaqueros* había venido del barracón a observarlos y a mediodía los dieciséis *mesteños* se hallaban atados en el *potrero* a sus propios ronzales, mirando en todas direcciones, rota toda comunión entre ellos. Parecían animales atados por niños para divertirse y estaban esperando sin saber qué, con la voz del domador resonando todavía en sus cerebros como la voz de un dios llegado para habitarlos.

Cuando bajaron a cenar al barracón los *vaqueros* parecieron tratarles con cierta deferencia pero no estaban seguros de si era la deferencia concedida a los hábiles o la que se concede a los deficientes mentales. Nadie les preguntó su opinión de los caballos ni les interrogó sobre su método. Cuando fueron de nuevo al *potrero* por la tarde había unas veinte personas mirando los caballos —mujeres, niños, muchachas y hombres— y esperando todos que ellos volvieran.

¿De dónde diablos han salido?, preguntó Rawlins.

No lo sé.

La noticia vuela cuando el circo llega a la ciudad, ¿eh?

Pasaron saludando por entre la multitud y entraron en el *potrero* y cerraron la puerta.

¿Has elegido uno?, preguntó John Grady.

Sí. Por pura idiotez nomino a ese hijo de perra con cabeza de cubo que ves allí.

¿El *grullo*?

El que parece un *grullo*.

El hombre es un conecedor de jamelgos.

Es un juez de la locura.

Miró a John Grady acercarse al animal y atar al ronzal una cuerda de tres metros y medio. Entonces le hizo cruzar la puerta del *potrero* y lo llevó al corral donde serían montados los caballos. Rawlins pensaba que el potro respingaría o intentaría encabritarse, pero no fue así. Cogió el saco y las cuerdas y se acercó y mientras John Grady hablaba al caballo le trabó las

manos y después sacó la cuerda de *mecate* y alargó el saco a John Grady y sujetó el caballo mientras durante el siguiente cuarto de hora John Grady pasaba el saco por encima y por debajo del animal, le frotaba la cabeza con el saco, se lo pasaba por la cara y arriba y abajo entre las patas, hablando todo el tiempo al animal y restregándose y apoyándose contra él. Entonces cogió la silla.

¿De qué crees que sirve frotar de este modo a un caballo?, preguntó Rawlins.

No lo sé, respondió John Grady. No soy un caballo.

Cogió la mantilla y la colocó sobre el lomo del animal, la alisó y empezó a acariciarle y hablarle y luego se agachó, cogió la silla y la levantó con las cinchas aseguradas y el estribo opuesto colgado sobre el arzón y la colocó sobre el lomo del animal, deslizándola hasta encajarla bien. El caballo no hizo ningún movimiento. John Grady se agachó, alargó la mano por debajo, cogió la correa y la cinchó. Las orejas del caballo se movieron hacia atrás y él le habló y volvió a tirar de la cincha y se apoyó en el caballo y le habló como si aquello no fuera arriesgado ni letal. Rawlins miró hacia la puerta del corral. Había cincuenta personas o más observándole. La gente comía en el suelo. Los padres sostenían en brazos a los niños pequeños. John Grady levantó el estribo del arzón y lo dejó caer. Luego volvió a subir la correa de la cincha y la sujetó con la hebilla. Ya está, dijo.

Sujétalo, dijo Rawlins.

Sujetó el *mecate* mientras Rawlins desataba las cuerdas del arzón, se arrodillaba y las ataba a las trabas delanteras. Entonces quitaron el ronzal de la cabeza del caballo y John Grady levantó la *bosalea* y la colocó cuidadosamente sobre el hocico del caballo y después colocó el bocado y el cabestro. Juntó las riendas y las enlazó sobre la cabeza del caballo, hizo una seña a Rawlins y éste se arrodilló, desató las trabas y tiró de las lazadas corredizas hasta que los nudos de la cuerda lateral cayeron al suelo junto a los cascos traseros del caballo. Entonces retrocedió.

John Grady puso un pie en el estribo y se apoyó con fuerza en el lomo del caballo, hablándole, y entonces subió a la silla.

El caballo permaneció inmóvil. Estiró una pata trasera para comprobar el aire, la posó de nuevo y entonces se movió hacia un lado y coceó y empezó a bufar. John Grady le tocó las costillas con los tacones de las botas y el animal dio unos pasos adelante. Tiró de las riendas y se volvió. Rawlins escupió con desencanto. John Grady le hizo volver y retroceder de nuevo.

¿Qué clase de bronco es éste?, dijo Rawlins. ¿Crees que esa gente ha pagado dinero para ver esto?

Al anoecer ya había montado once de los dieciséis caballos. No todos tan tratables. Alguien había encendido un fuego en el suelo junto al *potrero* y se había congregado aproximadamente un centenar de personas, algunas llegadas del *pueblo* de La Vega, a ocho kilómetros al sur, algunas incluso de más lejos. Montó los cinco últimos caballos a la luz de aquel fuego y los caballos bailaban y volteaban a la luz, con los ojos rojos lanzando destellos. Cuando estuvieron listos, los caballos se quedaron quietos en el *potrero* o caminaron arrastrando por el suelo las cuerdas del arzón con tal cautela para no pisarlas y tirar de sus doloridos hocicos que se movían con un aire de gran elegancia y circunspección. Apenas podía decirse que seguía existiendo la salvaje y frenética manada de mustangs que había conocido en círculos por el potrero aquella mañana como canicas agitadas en un tarro y los animales gimoteaban entre sí en la oscuridad y se contestaban como si uno de ellos faltase o algo parecido.

Cuando bajaron a oscuras al barracón, el fuego aún ardía y alguien había llevado una guitarra y otro una armónica. Tres desconocidos les ofrecieron un trago de sendas botellas de *mescal* antes de que se separasen de la multitud.

La cocina estaba vacía, así que se sirvieron la cena ante los fogones y se sentaron a la mesa. Rawlins observó a John Grady, que masticaba rígidamente y se tambaleaba un poco en el banco.

No estarás cansado, ¿verdad, compañero?, preguntó.

No, dijo John Grady. Estaba cansado hace cinco horas.

Rawlins sonrió con ironía. No bebas más de ese café. Te mantendrá despierto.

Cuando salieron al amanecer del día siguiente aún ardía un rescoldo en el fuego y cuatro o cinco hombres yacían dormidos en el suelo, algunos con manta y otros sin ella. Todos los caballos del *potrero* les observaron cuando entraron por la puerta.

¿Recuerdas cómo llegaron?, inquirió Rawlins.

Sí, lo recuerdo. Sé que recuerdas a tu compañero de allá abajo.

Sí, conozco a ese hijo de perra.

Cuando se acercó al caballo con el saco, éste se volvió y se puso a trotar. Le dejó llegar a la cerca y entonces cogió la cuerda y tiró de ella y el animal se detuvo, temblando; entonces se acercó a él y empezó a hablarle y acariciarle con el saco. Rawlins fue a buscar las mantas, la silla y la *bosalea*.

A las diez de aquella noche ya había montado toda la *remuda* de dieciséis caballos y Rawlins los había montado a todos por segunda vez. Los montaron de nuevo al amanecer del martes y el miércoles al despuntar el alba, con el primer caballo ensillado y el sol todavía oculto tras el horizonte, John Grady se dirigió hacia la puerta.

Ábrela, dijo.

Déjame ensillar un caballo domado.

No tenemos tiempo.

Si este hijo de perra te manda el culo a los espinos, tendrás tiempo.

Entonces será mejor que me mantenga en la silla.

Déjame ensillar un caballo bueno.

Está bien.

Salió del potrero llevando de las riendas el caballo de Rawlins, esperó a que éste hubiese cerrado la puerta y montó a su lado. Los caballos jóvenes avanzaban a pasos tímidos y nerviosos.

Esto se parece a un ciego guiando a otro ciego, ¿verdad?

Rawlins asintió. Me recuerda al viejo T-Bone Watts cuando trabajaba para papá y todos se quejaban de que tenía mal aliento y él les dijo que era mejor que no tener ninguno.

John Grady sonrió y puso el caballo al trote con las botas y enfilaron el camino.

A media tarde ya había montado otra vez todos los caballos, y mientras Rawlins trabajaba con ellos en el potrero, llevó al campo al pequeño *grullo* elegido por Rawlins. Tres kilómetros más arriba del rancho, donde el camino se extendía entre juncias, sauces y ciruelos silvestres por el borde de la *laguna*, ella pasó de largo en el caballo negro.

Oyó el caballo a sus espaldas y se habría vuelto a mirar si no le hubiese oído cambiar de paso. No la miró hasta que el árabe estuvo al lado de su caballo, con el cuello arqueado y un ojo en el *mesteño*, no con desconfianza sino con una sutil aversión equina. Ella pasó a metro y medio de distancia y volvió su rostro de huesos delicados para mirarle a la cara. Tenía ojos azules y saludó con la cabeza o quizá sólo la bajó ligeramente para ver mejor qué clase de caballo montaba, sólo la más leve inclinación del ancho sombrero negro que llevaba recto sobre la cabeza, la más ligera elevación de la larga cabellera negra. Pasó y el caballo volvió a cambiar el paso; montaba más que bien, erguida con sus anchos hombros sobre el caballo al trote por la cuesta del camino. El *mesteño* se había detenido, indolente, en el camino con las manos separadas y él la siguió con la vista. Casi había intentado hablarle pero aquellos ojos habían cambiado el mundo para siempre en el espacio de un latido. Desapareció detrás de los sauces del lago. Una bandada de pequeñas aves remontó el vuelo y pasó por encima de él con débiles llamadas.

Aquel atardecer, cuando Antonio y el *gerente* fueron al potrero a inspeccionar los caballos, él estaba enseñando al *grullo* a andar hacia atrás con Rawlins en la silla. Les observaron; el *gerente* se hurgaba los dientes. Antonio montó los dos caballos que estaban ensillados y les hizo ir en zigzag por el corral y detenerse de improviso. Desmontó, asintió con aprobación y él y el *gerente* examinaron los caballos de la otra ala del corral y entonces se fueron. Rawlins y John Grady se miraron. Desensillaron los caballos, los encerraron con la *remuda* y volvieron a la casa con sus sillas y guarniciones y se lavaron para cenar. Los *vaqueros* ya estaban en la mesa y ellos cogieron platos, se sirvieron ante los fogones, llenaron sus tazas de café, fueron a la mesa, levantaron una pierna por encima del banco y se sentaron. En el centro de la mesa había una fuente de barro con *tortillas*

tapadas por un paño y cuando John Grady la señaló y pidió que se la pasaran, se alargaron manos desde ambos lados de la mesa para coger la fuente y dársela de esta manera, como un recipiente ceremonial.

Tres días después estaban en las montañas. El capataz envió a un *mozo* con ellos para cocinar y cuidar los caballos y mandó a tres *vaqueros* jóvenes no mucho mayores que ellos. El *mozo* era un anciano cojo llamado Luis que había luchado en Torreón y San Pedro y más tarde en Zacatecas y los muchachos eran chicos del campo, dos de ellos nacidos en la *hacienda*. Solamente dos de los tres habían estado alguna vez más allá de Monterrey. Cabalgaron hasta las montañas llevando tres caballos cada uno de reata con animales de carga que acarreaban la comida y la tienda cocina y persiguieron a los caballos salvajes en los bosques de la altiplanicie, entre pinos y *madroños* y en los *arroyos* adonde habían ido a ocultarse y les hicieron salir hacia las elevadas mesas y los acorralaron en el barranco de piedra cerrado diez años antes por una cerca y una puerta y allí los caballos dieron vueltas y chillaron y se encaramaron a las pendientes rocosas y se volvieron unos contra otros mordiendo y coceando mientras John Grady caminaba entre ellos con la cuerda entre el sudor, el polvo y la batahola como si no fueran otra cosa que una pesadilla de caballos. Acamparon por la noche en los altos promontorios donde su fuego deshilachado por el viento rasgaba la oscuridad y Luis les contó historias del campo y de la gente que vivía en él y de la gente que moría y cómo moría. Había amado a los caballos toda su vida y él, su padre y sus dos hermanos habían luchado en la caballería y su padre y sus hermanos habían muerto en la caballería pero todos despreciaban a Victoriano Huerta más que a ningún otro hombre y los actos de Huerta más que todos los otros males conocidos. Dijo que, comparado con Huerta, Judas era otro Cristo y uno de los jóvenes *vaqueros* desvió la vista y otro se santiguó. Dijo que la guerra había destruido el país y que los hombres creen que el remedio de la guerra es la guerra, como el *curandero* receta carne de serpiente para su mordedura. Contó sus campañas en los desiertos de México y les habló de caballos muertos debajo de él y dijo que las almas de los caballos reflejan las almas de los hombres más fielmente de lo que los hombres suponen y que los caballos



también aman la guerra. Los hombres dicen que esto sólo lo aprenden pero dijo que ninguna criatura puede aprender lo que no cabe en la forma de su corazón. Su propio padre decía que ningún hombre que no haya ido a la guerra a caballo puede comprender realmente al caballo y añadió que aunque esperaba que esto no fuera así, así era en realidad.

Dijo por último que había visto las almas de los caballos y que era algo terrible de ver. Dijo que podía verse en determinadas circunstancias que rodean la muerte de un caballo porque éste comparte un alma común y su vida separada sólo se forma con la de todos los caballos y se hace mortal. Dijo que si una persona comprendiera el alma del caballo, comprendería a todos los caballos que habían existido.

Fumaban sentados, contemplando los rescoldos más profundos del fuego, donde los carbones rojos se rajaban y rompían.

*¿Y de los hombres?*, preguntó John Grady.

El anciano frunció los labios antes de responder. Por fin dijo que entre los hombres no hay la misma comunión que entre los caballos y la idea de que los hombres pueden ser comprendidos era probablemente una ilusión. Rawlins le preguntó en su mal español si había un cielo para los caballos pero Luis meneó la cabeza y dijo que un caballo no necesita cielo. Finalmente John Grady le preguntó si era cierto que en caso de que todos los caballos desapareciesen de la faz de la tierra el alma del caballo perecería con ellos porque no habría nada con que volverla a llenar, pero el anciano sólo dijo que era inútil hablar de la desaparición de los caballos porque Dios no permitiría tal cosa.

Condujeron a las yeguas fuera de las montañas por los cauces secos y los *arroyos* y a través de los regados prados del *bolsón* y las encerraron. Se dedicaron a este trabajo durante tres semanas, hasta que a finales de abril tuvieron más de ochenta yeguas cercadas, la mayoría de ellas sin cabestro y algunas ya seleccionadas para caballo de silla. Para entonces ya había comenzado el rodeo y grandes manadas de ganado se trasladaban a diario del campo abierto a los pastos del rancho y aunque algunos de los *vaqueros* no tenían más que dos o tres caballos en su reata, los caballos nuevos permanecieron en el cercado. La segunda mañana de mayo llegó desde el

sur el rojo avión Cessna, sobrevoló en círculos el rancho, se ladeó, bajó en picado y desapareció de la vista detrás de los árboles.

Una hora después John Grady estaba en la cocina de la casa del rancho con el sombrero en la mano. Una mujer fregaba platos ante el fregadero y un hombre leía un periódico sentado a la mesa. La mujer se secó las manos con el delantal, se fue hacia otra parte de la casa y volvió al cabo de pocos minutos. *Un ratito*, dijo.

John Grady asintió. *Gracias*, contestó.

El hombre se levantó, dobló el periódico, cruzó la cocina y volvió con un listón de madera del que colgaban cuchillos de carnicero para trinchar y deshuesar y una piedra afiladora y los colocó sobre el periódico. En el mismo momento apareció don Héctor en el umbral y se quedó mirando a John Grady.

Era un hombre delgado de hombros anchos y cabellos grises, alto como solían ser los *norteños* y de piel clara. Entró en la cocina y se presentó y John Grady cambió el sombrero a la mano izquierda y se estrecharon las manos.

*María*, dijo el hacendado. *Café, por favor*.

Extendió la mano con la palma hacia arriba, indicando el umbral, y John Grady cruzó la cocina y entró en el vestíbulo. La casa era fresca y silenciosa y olía a cera y flores. A la izquierda del vestíbulo había un reloj de pie. Las pesas de latón se movían detrás del cristal de la caja y el péndulo oscilaba con lentitud. Se volvió a mirar y el *hacendado* sonrió y extendió la mano hacia la puerta del comedor. *Pásale*, dijo.

Se sentaron a una larga mesa de nogal inglés. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de damasco azul y de ellas pendían retratos de hombres y caballos. En un extremo de la habitación había un aparador de nogal con escalfadores de platos y garrafas y en el alféizar de la ventana había cuatro gatos tomando el sol. Don Héctor alargó la mano hacia atrás, cogió un cenicero de porcelana del aparador, lo colocó entre ellos, se sacó del bolsillo de la camisa una cajita de hojalata de cigarrillos ingleses, la abrió y los ofreció a John Grady. John Grady tomó uno.

*Gracias*, dijo.

El *hacendado* dejó la cajita entre ellos sobre la mesa, se sacó del bolsillo un encendedor de plata y encendió el cigarrillo del muchacho y después el suyo.

*Gracias.*

El hombre expelió lentamente una fina columna de humo y sonrió.

*Bueno*, dijo, podemos hablar en inglés.

*Como le convenga*, dijo John Grady.

Armando me ha dicho que entiendes de caballos.

He pasado bastante tiempo con ellos.

El *hacendado* fumaba pensativamente. Parecía esperar que se dijera algo más. El hombre que había estado en la cocina leyendo el periódico entró con una bandeja de plata que contenía el servicio de café, tazas, jarrita de leche y azucarero, junto con un plato de *biscochos*. Dejó la bandeja sobre la mesa, esperó un momento, el *hacendado* le dio las gracias y volvió a salir.

Don Héctor colocó las tazas, vertió el café e indicó la bandeja con la cabeza. *Sírvete tú mismo*, por favor.

*Gracias*, lo tomo solo.

Eres de Texas.

Sí, señor.

El *hacendado* volvió a asentir. Bebió un sorbo de café. Estaba sentado de lado ante la mesa, con las piernas cruzadas. Flexionó el pie dentro de la bota de becerro color de chocolate, se volvió, miró a John Grady y sonrió.

¿Por qué estás aquí?, preguntó.

John Grady le miró. Bajó la vista hacia la mesa, donde las sombras de los gatos que tomaban el sol estaban en hilera como gatos recortados un poco al sesgo. Después miró de nuevo al *hacendado*.

Sólo quería conocer el país, supongo. O mejor, nosotros.

¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

Dieciséis.

El *hacendado* enarcó las cejas. Dieciséis, repitió.

Sí, señor.

El *hacendado* volvió a sonreír. Cuando yo tenía dieciséis años, decía a la gente que tenía dieciocho.

John Grady bebió un sorbo de café.

¿Tu amigo también tiene dieciséis años?

Diecisiete.

Pero tú eres el jefe.

No tenemos jefes. Sólo somos compañeros.

Claro.

Empujó el plato con el codo. Por favor, dijo, sírvete.

Gracias. Acabo de desayunar.

El *hacendado* tiró la ceniza del cigarrillo en el cenicero de porcelana y volvió a apoyarse en el respaldo.

¿Qué opinas de las yeguas?, preguntó.

Hay yeguas muy buenas en esa manada.

Sí. ¿Conoces un caballo llamado Three Bars?

Es un purasangre.

¿Conoces ese caballo?

Sé que corrió en el Gran Premio de Brasil. Creo que procede de Kentucky pero su propietario es un hombre llamado Vail, de Douglas, Arizona.

Sí. El caballo nació en Monterey Farm en Paris, Kentucky. El semental que he comprado es su hermanastro de la misma yegua.

Sí, señor. ¿Dónde está?

En camino.

¿Desde dónde?

En camino. Desde México. El *hacendado* sonrió. Ha estado sirviendo de semental.

¿Tiene intención de criar caballos de carreras?

No. Me propongo criar caballos de sprint virginianos.

¿Para usar aquí en el rancho?

Sí.

¿Se propone preñar sus yeguas con este semental?

Sí. ¿Qué opinas?

No tengo opinión. He conocido a unos cuantos criadores y algunos con un mundo de experiencia pero he observado que todos iban muy escasos de opiniones. Lo que sé es que hay algunos buenos caballos vaqueros engendrados por purasangres.

Sí. ¿Qué importancia das a la yegua?

La misma que al semental. En mi opinión.

La mayoría de criadores depositan más confianza en el caballo.

Sí, señor. Es cierto.

El *hacendado* sonrió. Pues yo estoy de acuerdo contigo.

John Grady se inclinó y tiró la ceniza del cigarrillo. No tiene por qué estar de acuerdo conmigo.

No. Ni tú conmigo.

No, señor.

Háblame de los caballos de la meseta.

Puede haber todavía algunas buenas yeguas allí arriba, pero no muchas. Yo llamaría al resto animales cruzados. Algunas podrían ser incluso caballos vaqueros medio decentes. Sólo la clase de caballo que se usa un poco para todo. Ponies españoles, solíamos llamarlos. Caballos chihuahuas. Vieja cepa berberisca. Son pequeños y algo ligeros y no tienen las ancas deseables en un caballo fogoso, pero pueden servir para cercar con soga...

Se detuvo. Miró el sombrero que tenía en el regazo, pasó los dedos por el casquete y levantó la vista. No le digo nada que ya no sepa.

El *hacendado* cogió la cafetera y llenó sus tazas.

¿Sabes qué es un *criollo*?

Sí, señor. Un caballo argentino.

¿Sabes quién fue Sam Jones?

Sí, si está hablando de un caballo.

¿Y Crawford Sykes?

Es otro de los caballos de tío Billy Anson. He oído hablar de ese caballo toda mi vida.

Mi padre compraba caballos al señor Anson.

Tío Billy y mi abuelo eran amigos. Nacieron con una diferencia de tres días. Era el séptimo hijo del conde de Litchfield. Su esposa era actriz de

teatro.

¿Eres de Christoval?

San Angelo. O los suburbios de San Angelo.

El *hacendado* le estudió.

¿Conoces un libro llamado «El caballo americano» de Wallace?

Sí, señor. Lo he leído de cabo a rabo.

El *hacendado* se apoyó en el respaldo de la silla. Uno de los gatos se levantó y desperezó.

¿Has cabalgado hasta aquí desde Texas?

Sí, señor.

Con tu amigo.

Sí, señor.

¿Los dos solos?

John Grady miró la mesa. El gato recortado dio unos pasos, flaco y de perfil, entre las formas de los otros gatos. Alzó la mirada. Sí, señor, dijo. Sólo él y yo.

El *hacendado* asintió, apagó el cigarrillo y apartó su silla. Ven, dijo. Te enseñaré algunos caballos.

Se sentaron frente a frente en sus literas con los codos sobre las rodillas, inclinados hacia delante y mirando sus manos enlazadas. Al cabo de un rato, Rawlins habló. No levantó la vista.

Es una oportunidad para ti. No hay razón para que la rechaces, que yo sepa.

Si no quieres que la acepte, no lo haré. Me quedaré aquí mismo.

No se trata de que te vayas a ninguna parte.

Seguiremos trabajando juntos. Trayendo caballos y todo lo demás.

Rawlins asintió. John Grady le observaba.

Sólo tienes que decir una palabra y le diré que no.

No hay razón para hacerlo, dijo Rawlins. Es una oportunidad para ti.

Por la mañana desayunaron y Rawlins salió a cuidarse de los potreros. Cuando volvió a mediodía el jergón de John Grady estaba enrollado en la

cabecera de su litera y sus cosas habían desaparecido. Rawlins fue a la parte trasera a lavarse para cenar.

La cuadra estaba construida al estilo inglés, con las paredes tapizadas y pintadas de blanco y tenía una cúpula con una veleta encima. Su habitación estaba en el extremo, junto al cuarto de sillas. Al otro lado del pasillo había otro cubículo habitado por un viejo mozo de cuadra que había trabajado para el padre de Rocha. Cuando John Grady atravesó la cuadra con su caballo el viejo salió y se quedó mirando el caballo. Después le miró las patas y por último miró a John Grady. Entonces dio media vuelta, entró de nuevo en su habitación y cerró la puerta.

Por la tarde, mientras trabajaba en el corral delante de la cuadra con una de las yeguas nuevas, el viejo salió a observarle. John Grady le dijo buenas tardes y el viejo asintió con la cabeza y saludó de igual modo. Observaba a la yegua. Dijo que era gorda. Dijo *rechoncha* y como John Grady no sabía qué quería decir, le preguntó al viejo y éste dibujó un barril con los brazos y John Grady pensó que quería decir que estaba preñada y dijo que no lo estaba y el viejo se encogió de hombros y volvió a entrar.

Cuando entró de nuevo en la cuadra con la yegua, el viejo estaba poniendo la cincha al árabe negro. La muchacha le daba la espalda. Cuando la sombra de la yegua oscureció la puerta del pasillo, ella se volvió a mirar.

*Buenas tardes*, dijo él.

*Buenas tardes*, dijo ella. Alargó la mano y pasó los dedos bajo la correa para comprobarla. Él permaneció junto a la puerta. La muchacha pasó las riendas por encima de la cabeza del caballo, puso el pie en el estribo, se sentó en la silla, dio la vuelta al caballo, enfiló el pasillo y salió por la puerta.

Aquella noche, acostado en el catre, oyó música desde la casa y cuando empezaba a conciliar el sueño sus pensamientos eran sobre caballos y sobre el campo abierto y sobre caballos. Caballos todavía salvajes de la meseta que aún no habían visto nunca un hombre a pie y que no sabían nada de él ni de su vida y en cuyas almas, sin embargo, él llegaría a vivir para siempre.

Subieron a las montañas una semana después, con el *mozo* y dos *vaqueros* y cuando estos últimos se habían echado bajo las mantas él y Rawlins se sentaron ante el fuego al borde de la meseta, sorbiendo café. Rawlins se sacó el tabaco y John Grady los cigarrillos y le lanzó el paquete. Rawlins volvió a guardar el tabaco.

¿De dónde has sacado estos cigarrillos ya liados?

De La Vega.

Asintió. Cogió un tizón del fuego y encendió el cigarrillo y John Grady se inclinó y encendió el suyo.

¿Dices que va a la escuela en Ciudad de México?

Sí.

¿Cuántos años tiene?

Diecisiete.

Rawlins asintió. ¿Qué clase de escuela es?

No lo sé. Una especie de escuela preparatoria o algo por el estilo.

Una especie de escuela de lujo.

Sí, una especie de escuela de lujo.

Rawlins fumó. Bueno, dijo, ella es una especie de chica de lujo.

No, no lo es.

Rawlins estaba apoyado en su silla, sentado con las piernas cruzadas paralelamente al fuego. Se le había despegado la suela de la bota derecha y la había sujetado a la vira con grapas de cuero. Miró su cigarrillo.

Bueno, dijo, ya te lo he dicho antes y supongo que ahora no me prestarás más atención que entonces.

Sí, ya lo sé.

Me imagino que te divierte llorar antes de dormir.

John Grady no contestó.

Aunque es probable que ésta se cite con muchachos que poseen su propio avión, para no hablar de coches.

Probablemente tienes razón.

Me alegra oírtelo decir.

Pero no remedia nada, ¿verdad?



Rawlins dio una chupada al cigarrillo. Permanecieron largo rato sentados. Al final tiró la colilla al fuego. Me voy a la cama, dijo.

Sí, dijo John Grady. Me parece una buena idea.

Extendieron sus sacos, él se quitó las botas y se acostó bajo las mantas. El fuego ya no era más que un rescoldo y yació mirando las estrellas en sus lugares y el caliente cinturón de materia que recorría la cuerda de la oscura bóveda celeste y puso las manos en el suelo a ambos lados de su cuerpo y las apretó contra la tierra y en aquel dosel de negrura ardiente y fría se convirtió lentamente en centro absoluto del mundo, todo él tenso y tembloroso y moviéndose, enorme y vivo, bajo sus manos.

¿Cómo se llama?, preguntó Rawlins en la oscuridad.

Alejandra. Se llama Alejandra.

El domingo por la tarde fueron a la ciudad de La Vega montando caballos ya domados de la nueva reata. Se habían hecho cortar el pelo en el rancho con tijeras de esquilar por un *esquilador* y sus nuca se veían blancas como cicatrices sobre los cuellos y llevaban los sombreros muy bajos sobre la frente y miraban de un lado a otro mientras marchaban a trote corto como desafiando al campo o a cualquier cosa que pudiera contener. Hicieron una carrera en el camino por una apuesta de cincuenta centavos y John Grady ganó y cambiaron de caballo y ganó sobre el caballo de Rawlins. Galoparon y trotaron y los caballos se acaloraron y cubrieron de sudor y se agacharon y patearon en el camino y los *campesinos* que iban a pie con cestas de hortalizas o cubos cubiertos de estopilla se arrimaron al borde del camino o saltaron a la maleza y los cactus de la cuneta para observar de hito en hito a los jóvenes jinetes y a los caballos con espuma en la boca, mientras los jinetes se llamaban mutuamente en su lengua extranjera y pasaban con una furia muda que apenas parecía caber en el espacio que tenían asignado pero dejándolo, no obstante, todo intacto, en el lugar donde habían estado: polvo, luz de sol, un pájaro cantor.

En la *tienda*, la parte superior de las camisas dobladas sobre los estantes mostraban al ser desdobladas un rectángulo de color más pálido donde el polvo se había posado en la tela o el sol la había descolorido o ambas cosas. Buscaron en los montones una de mangas lo bastante largas para Rawlins;

la mujer meneaba dubitativamente la cabeza mientras sostenía la manga a lo largo de su brazo, con los alfileres en la boca como una modista cuando quería hacer un pliegue y prenderlo. Llevaron rígidos pantalones de lona al fondo de la tienda y se los probaron en un dormitorio que tenía tres camas y un frío suelo de cemento que un día había sido pintado de verde. Se sentaron en una de las camas y contaron su dinero.

¿Cuánto cuestan estos calzones si piden por ellos quince *pesos*?

Sólo recuerda que dos *pesos* son doce centavos y medio.

Recuérdalo tú. ¿Cuánto cuestan?

Un dólar ochenta y siete centavos.

Vaya, dijo Rawlins, estamos forrados. Nos pagarán dentro de cinco días.

Compraron calcetines y ropa interior y lo amontonaron todo en el mostrador mientras la mujer sumaba las cantidades. Entonces envolvió la ropa nueva en dos paquetes separados y los ató con cordel.

¿Cuánto te queda?, preguntó John Grady.

Cuatro dólares y algo.

Cómprate un par de botas.

Me faltará dinero.

Te prestaré la diferencia.

¿Estás seguro?

Claro.

Hemos de tener algo de capital para esta noche.

Aún nos quedarán dos dólares. Vamos.

¿Y si quieres comprar una gaseosa a esa preciosidad?

Sólo me costará unos cuatro centavos. Vamos.

Rawlins manoseó las botas, indeciso. Puso una contra la suela de su propia bota levantada.

Son terriblemente pequeñas.

Pruébate éstas.

¿Negras?

Claro. ¿Por qué no?

Rawlins se calzó las botas nuevas y se paseó arriba y abajo. La mujer asintió con aprobación.

¿Qué te parecen?, preguntó John Grady.

Están bien. Estos tacones altos requieren cierta costumbre.

Déjanos ver cómo bailas.

¿Qué?

Baila.

Rawlins miró a la mujer y luego a John Grady. Mierda, dijo. Estáis viendo a un bailarín consumado.

Marca unos pasos.

Rawlins ejecutó un ágil zapateado sobre el viejo suelo de madera y se quedó sonriendo entre el polvo que había levantado.

*Qué guapo*, dijo la mujer.

John Grady sonrió y metió la mano en el bolsillo para sacar el dinero.

Hemos olvidado los guantes, dijo Rawlins.

¿Guantes?

Sí, guantes. Cuando acabemos de divertirnos tendremos que volver al trabajo.

Eso es verdad.

Esas viejas cuerdas casi me han destrozado las manos.

John Grady se miró las manos. Preguntó a la mujer dónde estaban los guantes y se compraron un par cada uno.

Ante el mostrador, mientras ella los envolvía, Rawlins se miraba las botas.

El viejo tiene algunas buenas cuerdas de seda de cáñamo en la cuadra, dijo John Grady. Le cogeré una para ti en cuanto tenga ocasión.

Botas negras, dijo Rawlins. ¿No es fenomenal? Siempre quise ser un villano.

Aunque la noche era fresca, la doble puerta del granero estaba abierta y el hombre que vendía las entradas se había sentado en una tarima justo dentro del umbral, de modo que tenía que inclinarse hacia cada recién llegado con un gesto parecido a la benevolencia, tomar sus monedas y entregarles las entradas o la mitad de ellas a los que volvían de fuera. La vieja sala de

adobe estaba apuntalada a lo largo de sus paredes exteriores con pilares que no habían formado siempre parte de su diseño, no había ventanas y las paredes estaban resquebrajadas y ruinosas. A ambos lados de la sala había una hilera de bombillas eléctricas cubiertas con bolsas de papel pintado y las pinceladas se transparentaban a la luz y los rojos, verdes y azules eran apagados y se confundían entre sí. El suelo estaba barrido pero había semillas desperdigadas y briznas de paja y en el fondo de la sala tocaba una pequeña orquesta sobre una plataforma de carga que hacía las veces de escenario bajo una concha acústica adornada con lienzo de sábanas. Por todo el borde del escenario había luces introducidas en botes de frutas entre crespones de colores que humearon durante toda la noche. Los botes estaban cubiertos con celofán teñido y proyectaban sobre el lienzo un juego de sombras bajo las luces y humo de actores que representaban a antiguos demonios y un par de halcones cabreros que chirriaban volando en arco a través de la parcial oscuridad a la altura del techo.

John Grady, Rawlins y un chico del rancho llamado Roberto se encontraban justo fuera del alcance de la luz en la puerta, entre los coches y camionetas, pasándose una botella de medio litro de *mescal*. Roberto levantó la botella hacia la luz.

*Por las chicas*, dijo.

Bebió y pasó la botella. Bebieron. Echaron sal de un papel sobre sus muñecas, la lamieron y Roberto tapó la botella y la escondió detrás de la rueda de un camión aparcado y se pasaron mutuamente un paquete de chicle.

*¿Listos?*, preguntó.

*Listos*.

Ella bailaba con un chico alto del rancho de San Pablo y llevaba un vestido azul y su boca era roja. Él, Rawlins y Roberto se quedaron con otros muchachos junto a la pared, contemplando a los bailarines y, más allá de ellos, a las chicas de la pared opuesta. Empezó a caminar por delante de los grupos. El aire olía a paja y sudor y una densa fragancia de colonias. Bajo la concha acústica el acordeonista luchaba con su instrumento y marcaba el ritmo con la bota contra los tablones del suelo y luego retrocedió y el

trompetista se adelantó. Los ojos de ella le miraban por encima del hombro de su pareja. Llevaba los cabellos negros recogidos con una cinta azul y su nuca era pálida como la porcelana. Cuando dio otra vuelta, le sonrió.

Nunca la había tocado y su mano era pequeña y su talle muy fino y le miraba con gran franqueza, sonriendo, y luego apoyó la cara en su hombro. Giraban bajo las luces. Una larga nota de trompeta guió a los bailarines en sus caminos separados y colectivos. Mariposas nocturnas describían círculos alrededor de los altos farolillos de papel y los halcones cabreros bajaron por los cables, aletearon y volvieron a volar en arco hacia la oscuridad.

Hablaba un inglés aprendido en su mayor parte de los libros de texto y él buscaba en cada frase los significados que deseaba oír, repitiéndoselos a sí mismo en silencio y luego poniéndolos en duda. Ella dijo que se alegraba de que hubiera venido.

Te dije que vendría.

Sí.

Dieron la vuelta, la trompeta tocó una nota corta y seca.

¿No lo creíste?

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró sonriendo, con ojos brillantes. *Al contrario*, respondió. Sabía que vendrías.

Durante el descanso de la orquesta se dirigieron al puesto de los refrescos y él compró dos limonadas en conos de papel y salieron a pasear al aire de la noche. Pasearon por el camino, donde había otras parejas, y al pasar les desearon buenas noches. El aire era fresco y olía a tierra, perfume y caballos. Ella le tomó del brazo, rió y le llamó *mojado-reverso*, una criatura muy rara, digna de gran aprecio. Él le habló de su vida. De que al morir su abuelo habían vendido el rancho. Se sentaron en un abrevadero bajo y ella se puso los zapatos en el regazo y con los pies cruzados sobre el polvo dibujó en el agua oscura con el dedo. Hacía tres años que iba a aquella escuela. Su madre vivía en México y ella cenaba en su casa los domingos y a veces cenaban solas en la ciudad e iban al teatro o al ballet. Su madre pensaba que la vida en la *hacienda* era solitaria y, sin embargo, parecía tener pocos amigos en la ciudad.

Se enfada conmigo porque siempre quiero venir aquí. Dice que prefiero a mi padre que a ella.

¿Es así?

Ella asintió. Sí. Pero no vengo por esto. De todos modos, ella dice que cambiaré de opinión.

¿Sobre venir aquí?

Sobre todo.

Le miró y sonrió. ¿Entramos?

Él miró hacia las luces. La música había empezado.

Ella se inclinó y, con una mano en su hombro, se puso los zapatos.

Te presentaré a mis amigos. Te presentaré a Lucía. Es muy bonita. Ya verás.

Apuesto algo a que no es tan bonita como tú.

Oh, Dios mío. Debes tener cuidado con lo que dices. Además, no es cierto. Es más bonita.

Volvió solo con el aroma de su perfume en la camisa. Los caballos seguían atados al borde del granero pero no pudo encontrar a Rawlins ni a Roberto. Cuando desató su caballo, los otros dos menearon las cabezas y gimotearon quedamente porque querían irse. Algunos coches arrancaban en el patio y grupos de gente avanzaban por el camino y él sacó de las luces al caballo amansado y lo llevó al camino antes de montar. A dos kilómetros de la ciudad pasó a gran velocidad un coche lleno de chicos que le obligó a frenar al caballo y conducirlo a la cuneta y el caballo saltó y bailó bajo el resplandor de los faros mientras ellos pasaban, gritándole, y uno de ellos le lanzó una lata de cerveza. El caballo se encabritó, cabeceó y coceó y él lo calmó y habló como si no hubiera sucedido nada y al cabo de un rato reemprendieron la marcha. La nube de polvo que el coche había dejado flotaba ante ellos en la estrecha recta hasta donde alcanzaba la vista, dispersándose lentamente a la luz de las estrellas como algo enorme que surgiera desenrollándose de la tierra. Pensó que el caballo se había portado bien y así se lo dijo mientras cabalgaba.

El *hacendado* había comprado el caballo sin verlo a través de un agente en las rebajas de primavera de Lexington y enviado a buscarlo al hermano de Armando, Antonio. Antonio salió del rancho en un camión 1941 International con plataforma cargado con un remolque de lámina metálica de fabricación casera y estuvo ausente dos meses. Era portador de cartas tanto en inglés como en español firmadas por don Héctor en las que exponía su negocio y también de un sobre marrón del banco, atado con un cordel, que contenía mucho dinero tanto en dólares como en *pesos*, junto con letras a la vista para bancos de Houston y Memphis. No hablaba inglés y no sabía leer ni escribir. Cuando volvió el sobre había desaparecido, así como la carta en español, pero tenía la carta en inglés, partida en tres por las líneas de sus dobleces, con las puntas dobladas, manchada de café y con otras manchas, algunas de las cuales podían ser de sangre. Había estado en la cárcel una vez en Kentucky, otra en Tennessee y tres veces en Texas. Cuando frenó en el patio, se apeó, caminó rígidamente hasta la casa y llamó a la puerta de la cocina. María le abrió y él se quedó con el sombrero en la mano mientras ella iba a avisar al *hacendado*. Cuando éste entró en la cocina se estrecharon las manos gravemente y el *hacendado* le preguntó por su salud y él dijo que era excelente y le entregó los trozos de la carta junto con un fajo de facturas y recibos de cafés, gasolineras, tiendas de comestibles y cárceles y le dio el dinero que le quedaba, incluyendo las monedas de sus bolsillos, y le alargó las llaves del camión y por último la *factura* de la *aduana* mexicana de Piedras Negras junto con un largo sobre de papel de manila atado con una cinta azul que contenía los documentos del caballo y la factura de compra.

Don Héctor amontonó el dinero, los recibos y los documentos sobre el aparador y se metió las llaves en el bolsillo. Preguntó si el camión había resultado satisfactorio.

Sí, dijo Antonio. *Es una troca muy fuerte.*

Bueno, dijo el *hacendado*. *¿Y el caballo?*

*Está un poco cansado de su viaje, pero es muy bonito.*

Y lo era. Tenía un color castaño oscuro, medía dieciséis palmos menores de altura, pesaba unos seiscientos treinta y cuatro kilos y estaba bien musculado y tenía una gran estructura ósea para su raza. Cuando lo llevaron del Distrito Federal en el mismo remolque la tercera semana de mayo y John Grady y el señor Rocha fueron a la cuadra para mirarlo, John Grady se limitó a empujar la puerta del establo, entró, se acercó al caballo, se apoyó contra él y empezó a frotarlo y hablarle suavemente en español. El *hacendado* no expresó ninguna opinión sobre el caballo. John Grady lo rodeó sin dejar de hablarle. Levantó un casco delantero y lo examinó.

¿Lo ha montado?, preguntó.

Pues claro.

Me gustaría montarlo. *Con su permiso.*

El *hacendado* asintió. Sí, dijo. Naturalmente.

Salió del establo y cerró la puerta y ambos se quedaron mirando el semental.

¿Le gusta?, inquirió el *hacendado*.

John Grady asintió. Es un caballo magnífico, dijo.

Durante los días que siguieron el *hacendado* solía ir al corral donde habían aseado a la *manada* y él y John Grady paseaban entre las yeguas y John Grady comentaba sus cualidades y el *hacendado* reflexionaba y se alejaba a cierta distancia y se quedaba mirando hacia atrás, asentía y volvía a reflexionar y se apartaba con los ojos en el suelo hacia un nuevo lugar desde donde contemplar nuevamente a la yegua, deseoso de ver a una nueva yegua si se presentaba. Cuando no podía encontrar cualidades de porte o conformación que justificaran su confianza de joven criador, John Grady prefería demorar su juicio. Sin embargo, todas las yeguas merecían atención sobre la base de lo que dieron en llamar *la única cosa* que podía absolverlas del mayor defecto y esa única cosa era el interés por el ganado. Porque había domado las yeguas más prometedoras o las conducía a la altiplanicie a través de los pastos de *ciénaga* donde las vacas y los terneros pacían en la lozana hierba al borde de los pantanos y allí les enseñaba las vacas y las dejaba moverse entre ellas. Y en la *manada* había yeguas que se interesaban mucho por lo que veían y algunas se volvían a mirar a las vacas cuando las



alejaban de los pastos. Afirmaba que el sentido de las vacas podía ser inculcado. El *hacendado* estaba menos seguro. Pero había dos cosas en las que estaban totalmente de acuerdo y que nunca mencionaban y eran que Dios había puesto a los caballos en la tierra para trabajar con el ganado y que aparte del ganado no había otra riqueza apropiada para el hombre.

Pusieron al semental separado de las yeguas en un establo de la casa del *gerente* y cuando las yeguas estaban en celo él y Antonio las apareaban. Apareaban a las yeguas casi a diario durante tres semanas y en algunos casos dos veces diarias y Antonio trataba al semental con gran reverencia y gran amor y le llamaba *caballo padre* y, al igual que John Grady, hablaba al caballo y a menudo le hacía promesas y jamás le mentía. El caballo le oía llegar y se ponía a andar por la paja sobre las patas traseras y él se quedaba hablando al caballo, describiéndole las yeguas en voz baja. Nunca apareaba al caballo a la misma hora dos días seguidos y conspiró con John Grady para decir al *hacendado* que el caballo necesitaba ser montado para mantenerse en forma. Porque a John Grady le encantaba montar el caballo. En realidad le encantaba que le vieran montarlo. En realidad le encantaba que ella le viera montarlo.

Iba a la cocina en la oscuridad a buscar su café y ensillaba el caballo al amanecer cuando sólo las pequeñas palomas del desierto se despertaban en el huerto y el aire era todavía limpio y fresco y él y el semental salían de costado del establo y el animal hacía cabriolas y pateaba el suelo y arqueaba el cuello. Cabalgaban a lo largo del camino de la *ciénaga* y por el borde de los pantanos mientras el sol salía, haciendo remontar el vuelo desde las aguas someras a bandadas de patos o gansos o cuervos marinos que golpeaban el agua, dispersando la bruma y convirtiéndose al elevarse en aves de oro bajo un sol aún no visible desde el suelo del *bolsón*.

A veces cabalgaba hasta el extremo superior de la *laguna* antes incluso de que el caballo dejase de temblar y le hablaba constantemente en español con frases casi bíblicas, repitiendo una y otra vez los preceptos de una ley aún no escrita. *Soy comandante de las yeguas, decía, yo y yo sólo. Sin la caridad de estas manos no tengas nada. Ni comida ni agua ni hijos. Soy yo que traigo las yeguas de las montañas, las yeguas jóvenes, las yeguas*

*salvajes y ardientes*. Mientras, dentro de la bóveda de las costillas entre sus piernas el corazón rodeado de carne compacta y oscura bombeaba por su voluntad y la sangre latía y los intestinos movían sus masivas circunvoluciones azules por su voluntad y los potentes fémures, rodillas y cañón y los tendones como rubias guindalezas se contraían y flexionaban, contraían y flexionaban en las articulaciones y todo por su voluntad recubierto y amortiguado en la carne y los cascos formaban pozos en la neblina baja de la mañana y la cabeza se volvía de un lado a otro y el enorme teclado baboso de sus dientes y los globos ardientes de sus ojos donde el mundo ardía.

A veces, en aquellas madrugadas en la cocina cuando volvía a la casa a desayunar y María iba de un lado a otro, cargando de leños la gran cocina niquelada o desenrollando masa sobre el mostrador de mármol, la oía cantar en alguna parte de la casa u olía el más leve aliento de jacinto, como si hubiera pasado por el vestíbulo exterior. Las mañanas en que Carlos tenía que matar un animal, él subía por el ancho camino del jardín a través de una gran reunión de gatos todos sentados sobre las baldosas bajo la *ramada*, cada uno en su lugar particular, y él cogía uno y lo acariciaba junto a la puerta del patio donde un día la había visto recogiendo limas y se quedaba un rato con el gato en brazos y luego lo dejaba saltar a las baldosas donde volvía inmediatamente al mismo lugar que ocupaba antes y entonces él entraba en la cocina y se quitaba el sombrero. Y otras veces ella cabalgaba también por las mañanas y él sabía que estaba sola en el comedor, al otro lado del vestíbulo, y que Carlos le llevaría la bandeja del desayuno con café y fruta y en una ocasión, cabalgando en las colinas bajas del norte, la había visto abajo en el camino de la *ciénaga* a tres kilómetros y medio de distancia y también en el parque sobre los pantanos y una vez la encontró llevando el caballo por los bajíos de la orilla del lago entre los tules, con las faldas arremangadas sobre las rodillas mientras mirlos de alas rojas describían círculos y gritaban, deteniéndose e inclinándose a coger nenúfares blancos, con el caballo negro de pie en el lago detrás de ella, paciente como un perro.

No le había hablado desde la noche del baile en La Vega. Ella se fue con su padre a México y él volvió solo. No había nadie a quien pudiese preguntar por ella. Ahora se había aficionado a montar el semental sin silla; se quitaba las botas y montaba mientras Antonio sujetaba por el bocado a la yegua todavía temblorosa, con las patas separadas, la cabeza baja y el aliento entrecortado. Salía de la cuadra con las plantas desnudas bajo el vientre del caballo, que chorreaba sudor y estaba medio enloquecido, y subía al trote por el camino de la *ciénaga*, montando sólo con un ronzal de cuerda, con el sudor del caballo y el olor de la yegua encima de él y las venas latiendo bajo la piel húmeda y él muy inclinado sobre el cuello del caballo, hablándole suave y obscenamente. Se hallaba en este estado cuando un atardecer la encontró de modo totalmente inesperado volviendo por el camino de la *ciénaga* a lomos de su árabe negro.

Tiró de las riendas y el caballo se detuvo y se quedó temblando, pisando el camino y moviendo de un lado a otro la cabeza llena de espuma. Ella detuvo su caballo. Él se quitó el sombrero y se pasó la manga de la camisa por la frente e hizo una seña a la muchacha para que pasara y volvió a ponerse el sombrero y retrocedió con el caballo hacia la juncia de la cuneta y dio media vuelta para verla pasar. Ella adelantó el caballo y cuando estuvieron de lado él tocó el ala de su sombrero con el índice y bajó la cabeza, pensando que ella pasaría de largo, pero no fue así. Se detuvo y le miró de frente. Madejas de luz del agua jugaban sobre la piel negra del caballo. Él montaba el semental sudoroso como un salteador de caminos ante sus ojos. Esperó a que él hablase y después John Grady intentó recordar qué le había dicho. Sólo sabía que la había hecho sonreír y no era éste su propósito. Ella se volvió a mirar hacia el lago, donde el sol poniente lanzaba destellos, y luego le miró a él y al caballo.

Quiero montarlo, dijo.

¿Cómo?

Quiero montarlo.

Ella le miraba serenamente desde debajo del ala negra del sombrero.

Él miró hacia la juncia meciéndose al viento que venía del lago como si pudiera encontrar alguna ayuda en aquella dirección. La miró.

¿Cuándo?, dijo.

¿Cuándo?

¿Cuándo quieres montarlo?

Ahora. Quiero montarlo ahora.

Él bajó la mirada hacia el caballo, como sorprendido de verlo allí.

No tiene puesta la silla.

No, dijo ella. Ya lo veo.

Apretó el caballo entre los talones y al mismo tiempo tiró de las riendas del arzón para que el caballo pareciese inseguro y difícil, pero el caballo no se movió.

No sé si el *patrón* querría que lo montaras. Tu padre.

Ella esbozó una sonrisa compasiva pero no había piedad en ella. Bajó al suelo, pasó las riendas por encima de la cabeza del caballo, se volvió y se quedó mirándole con las riendas a sus espaldas.

Apéate, dijo.

¿Estás segura de esto?

Sí. Date prisa.

Se deslizó al suelo. La parte interior de sus pantalones estaba caliente y húmeda.

¿Qué piensas hacer con tu caballo?

Quiero que me lo lleves a la cuadra.

Alguien me verá en la casa.

Llévalo a casa de Armando.

Me vas a poner en un apuro.

Ya estás en un apuro.

Se volvió, enlazó las riendas sobre la perilla, se acercó, cogió las riendas del arzón, las levantó y le puso una mano en el hombro. Él sentía palpitar su corazón. Se agachó y formó un estribo con los dedos entrelazados y ella puso el pie en sus manos, él la levantó, y ella saltó a lomos del semental, miró a John Grady y luego arreó al caballo con las botas, enfiló a medio galope la senda que bordeaba el lago y desapareció de la vista.

Él volvió despacio con el árabe. El sol tardó mucho rato en ponerse. Pensó que tal vez ella le esperaba para intercambiar los caballos pero no lo

hizo y en el crepúsculo rojo llevó a pie al caballo negro al establo de la casa de Armando, le quitó la brida, aflojó las cinchas y lo dejó en la caseta ensillado y atado con una cuerda a la barandilla. No se veía ninguna luz encendida en la casa y pensó que quizá no había nadie dentro, pero cuando volvió al camino de la casa se encendió una luz en la cocina. Caminó más aprisa. Oyó abrirse la puerta a sus espaldas pero no se volvió a mirar quién era y fuera quien fuese no habló ni le llamó.

La última vez que la vio antes de que regresara a México bajaba a caballo de las montañas muy majestuosa y erguida, alejándose de un chubasco que se formaba en el norte y con grandes nubarrones sobre su cabeza. Cabalgaba con el sombrero embutido hasta la frente y sujeto bajo la barbilla con una cinta y sus cabellos negros se retorcían y despeinaban en torno a los hombros y los relámpagos caían en silencio a través de las nubes negras detrás de ella y cabalgaba en apariencia ajena a todo por entre las colinas bajas mientras los primeros salivazos de lluvia volaban con el viento, y por los pastos superiores y por el borde de pálidos lagos cubiertos de cañas, montando erguida y majestuosa hasta que la lluvia la alcanzó y veló su figura en aquel salvaje escenario de estío: caballo real, jinete real, tierra y cielo reales y, no obstante, todo un sueño.

La *dueña* Alfonsa era a la vez tía abuela y madrina de la muchacha y su vida en la *hacienda* la investía de vínculos con el viejo mundo y con la antigüedad y la tradición. Exceptuando los viejos volúmenes encuadernados en piel, los libros de la biblioteca eran sus libros y el piano era su piano. El antiguo estereoscopio de la sala y la pareja de escopetas Greener en el armario italiano de la habitación de don Héctor habían sido de su hermano y era su hermano con quien ella aparecía en las fotos tomadas frente a catedrales de las capitales europeas, ella y su cuñada con vestidos blancos de verano y su hermano con un traje de chaleco, corbata y sombrero panamá. Su oscuro bigote. Oscuros ojos españoles. El porte de un grande. El más antiguo de los diversos retratos al óleo de la sala, con su oscura pátina agrietada como el vidriado de una porcelana antigua, era de su

bisabuelo y estaba fechado en Toledo en mil setecientos noventa y siete. El más reciente era de ella misma de cuerpo entero, vestida de fiesta con ocasión de su *quinceañera* en Rosario en mil ochocientos noventa y dos.

John Grady no la había visto nunca. Quizá una figura atisbada a su paso por el zaguán. Ignoraba que ella fuera consciente de su existencia hasta que una semana después de que la muchacha regresara a México fue invitado a ir a la casa una tarde a jugar al ajedrez. Cuando apareció en la cocina ataviado con su camisa nueva y pantalones de lona, María aún fregaba los platos de la cena. Se volvió y le estudió tal como estaba con el sombrero en las manos. *Bueno, dijo. Te espera.*

Le dio las gracias, cruzó la cocina, subió al zaguán y se detuvo en el comedor. Ella se levantó de la mesa ante la que estaba sentada e inclinó muy ligeramente la cabeza. Buenas tardes. Entra, por favor. Soy la *señorita* Alfonsa.

Vestía una falda gris oscuro y una blusa blanca plisada y llevaba los cabellos grises recogidos atrás y parecía la maestra que en realidad había sido. Hablaba con acento inglés. Alargó una mano y él casi se adelantó para estrecharla antes de darse cuenta de que le indicaba una silla a su derecha.

Buenas tardes, señora, dijo. Soy John Grady Cole.

Por favor, dijo ella, toma asiento. Me hace feliz que hayas venido.

Gracias, señora.

Apartó la silla, se sentó, puso el sombrero en la silla contigua y miró el tablero. Ella colocó los pulgares contra el borde y lo empujó un poco hacia él. El tablero estaba hecho con cubos de nogal circasiano y arce de ojo de perdiz, con un borde de nácar incrustado, y las piezas eran de marfil y cuerno negro tallados.

Mi sobrino no quiere jugar, dijo. Le zurro. ¿Es zurrar?

Sí, señora, creo que sí.

Era zurda como él o jugaba al ajedrez con la mano izquierda. Le faltaban los dos últimos dedos y sin embargo él no lo advirtió hasta bien adelantado el juego. Finalmente, cuando él le tomó la reina, se rindió, le felicitó sonriendo e indicó el tablero con cierta impaciencia. Ya estaban hacía rato en el segundo juego y él le había comido los dos caballos y un

alfil cuando ella hizo dos jugadas consecutivas que le obligaron a hacer una pausa. Estudió el tablero. Se le ocurrió que ella podía sentir curiosidad por saber si le regalaría el juego y se dio cuenta de que en realidad lo había considerado y supo que ella lo había pensado antes que él. Se recostó y miró el tablero. Ella le vigilaba. Él se inclinó hacia delante, movió su alfil y le hizo jaque mate en cuatro jugadas.

Ha sido una tontería por mi parte, dijo ella. El caballo de la reina. Ha sido un error. Juegas muy bien.

Sí, señora. Usted también juega bien.

Se subió un poco la manga de la blusa para mirar su reloj de pulsera. John Grady no se movió. Pasaban dos horas de su hora normal de acostarse.

¿Uno más?, preguntó ella.

Sí, señora.

Abrió el juego de una manera que él no había visto nunca. Al final perdió la reina y se rindió. Ella le miró sonriendo. Carlos había entrado con la bandeja del té que colocó sobre la mesa y ella apartó el tablero, acercó la bandeja y repartió las tazas y los platillos. Había tajadas de pastel en un plato y otro con galletas y varias clases de queso y un pequeño cuenco de salsa marrón con una cucharilla de plata.

¿Tomas leche?, preguntó.

No, señora.

Asintió y sirvió el té.

No podría usar otra vez esa apertura con tanto efecto, dijo.

Yo no la había visto nunca.

Ya. La inventó el campeón irlandés Pollock. La llamaba apertura del Rey. Temía que la conocieras.

Me gustaría verla de nuevo en otra ocasión.

Sí. Claro.

Puso la bandeja entre ambos. Por favor, dijo, sírvete tú mismo.

Mejor será que no. Tendría pesadillas si comiera tan tarde.

Ella sonrió y desdobló una pequeña servilleta de hilo de la bandeja.

Yo siempre he tenido sueños extraños. Pero me temo que son completamente independientes de mi hora de cenar.

Sí, señora.

Los sueños tienen una larga vida. Ahora sueño cosas que ya soñaba de muchacha. Tienen una extraña duración para ser algo no del todo real.

¿Cree que significan algo?

Pareció sorprenderse. Oh, sí, dijo. ¿Tú no?

Bueno, no lo sé. Están en la cabeza.

Ella volvió a sonreír. Supongo que no considero eso una condena, como haces tú. ¿Dónde aprendiste a jugar al ajedrez?

Mi padre me enseñó.

Debe de ser un jugador muy bueno.

Era el mejor que he visto en mi vida.

¿No podías ganarle?

A veces. Estuvo en la guerra y después de su regreso pude vencerle, pero no creo que jugase con atención. Ahora no juega nunca.

Es una lástima.

Sí, señora. Lo es.

Ella llenó otra vez sus tazas.

Perdí los dedos en un accidente de caza, dijo. En el tiro al pichón. El cañón derecho explotó. Yo tenía diecisiete años. La edad de Alejandra. No es nada bochornoso, pero la gente es curiosa. Es natural. Adivino que la cicatriz de tu mejilla se debe a un caballo.

Sí, señora. Fue culpa mía.

Le observó, no sin simpatía. Sonrió. Las cicatrices tienen el extraño poder de recordarnos que nuestro pasado es real. Los sucesos que las causan no se pueden olvidar nunca, ¿verdad?

No, señora.

Alejandra estará en México con su madre durante dos semanas. Luego pasará el verano aquí.

Él tragó saliva.

Pese a lo que mi aspecto puede sugerir, no soy una mujer particularmente anticuada. Aquí vivimos en un mundo pequeño. Un mundo cerrado. Alejandra y yo discrepamos a fondo. Muy a fondo, en realidad. Se parece mucho a mí cuando tenía sus años y a veces tengo la sensación de



estar luchando conmigo misma a su edad. Fui desgraciada de niña por razones que ya no son importantes. Pero lo único en que estamos unidas, mi sobrina y yo...

Se interrumpió. Dejó a un lado la taza y el platillo. En la madera barnizada de la mesa quedó un círculo de vapor donde habían estado que fue disminuyendo por los bordes y desapareció. Ella alzó la mirada.

No tenía a nadie para aconsejarme, ¿sabes? De todos modos, quizá no habría hecho caso. Crecí en un mundo de hombres. Pensé que esto me prepararía para vivir en un mundo de hombres, pero no fue así. También era rebelde y puedo reconocerlo en los demás. Sin embargo, no creo que deseara romper cosas. O quizá sólo las cosas que deseaban romperme a mí. Los nombres de las entidades que tienen poder para obligarnos a cambiar con el tiempo. La convención y la autoridad son reemplazadas por la debilidad. Pero mi actitud hacia ellas no ha cambiado. No ha cambiado.

Como ves, no puedo evitar comprender a Alejandra. Ni siquiera en sus peores momentos. Pero no permitiré que sea desgraciada. No permitiré que se hable mal de ella. O que sea objeto de chismorreos. Sé lo que es eso. Ella cree que puede sacudir la cabeza y desecharlo todo. En un mundo ideal, el chismorreo de los ociosos no tendría importancia. Pero he visto las consecuencias en el mundo real y pueden ser muy graves. Pueden ser consecuencias de una gravedad que no excluye el derramamiento de sangre. Que no excluye la muerte. Lo he visto en mi propia familia. Lo que Alejandra desecha como una cuestión de mera apariencia o costumbre anticuada...

Hizo un movimiento rápido con la mano imperfecta que equivalió a la vez a un rechazo y una recapitulación. Posó de nuevo las manos y le miró.

Aunque eres más joven que ella, no es decoroso que os vean cabalgar juntos en el *campo* sin supervisión. Desde que esto llegó a mis oídos, he estado dudando sobre hablar de ello a Alejandra y he decidido no hacerlo.

Se apoyó en el respaldo. Él podía oír el tictac del reloj del zaguán. No llegaba ningún sonido de la cocina. Ella le observaba.

¿Qué quiere que haga?, preguntó.

Quiero que seas considerado con la reputación de una muchacha.

Nunca fue mi intención no serlo.

Ella sonrió. Te creo, dijo, pero debes comprenderlo. Esto es otro país. Aquí la reputación de una mujer es todo lo que tiene.

Sí, señora.

No hay perdón, ¿sabes?

¿Cómo?

No hay perdón. Para las mujeres. Un hombre puede perder su honor y reconquistarlo. Pero una mujer no puede. No puede.

Siguieron sentados. Ella le observaba. Él dio unos golpecitos sobre la copa de su sombrero en reposo con las yemas de sus cuatro dedos y levantó la vista.

Supongo que debo decir que esto no parece justo.

¿Justo?, repitió ella. Oh, sí. Bueno.

Volvió una mano en el aire como si recordase algo que se le había extraviado. No, dijo. No. No es una cuestión de justicia. Tienes que comprenderlo. Es una cuestión de quién debe decidir. En este asunto decido yo. Soy la persona que decide.

El reloj hacía tictac en el zaguán. Ella seguía observándole. Él cogió su sombrero.

Bueno, creo que debo decir que no tenía que invitarme sólo para decirme esto.

Tienes toda la razón, dijo ella. Por eso he estado a punto de no invitarte.

En la meseta observaron una tormenta que se desencadenaba en el norte. En el crepúsculo una luz agitada. Las oscuras formas color verde jade de las lagunillas que tenían a sus pies en el lecho de la sabana desierta parecían perforaciones a través de otro cielo. Las franjas laminares de color en el oeste se desangraban bajo las nubes batidas. Un súbito encapuchamiento violeta de la tierra.

Se sentaron en cuclillas en el suelo y se estremecieron bajo los truenos y alimentaron el fuego con las ruinas de una vieja cerca. Bajaban aves de la semioscuridad del interior y, cortando el borde de la meseta hacia el norte,

los relámpagos se ceñían a las tierras periféricas como mandrágoras ardientes.

¿Qué más dijo?, preguntó Rawlins.

Más o menos esto.

¿Crees que hablaba de parte de Rocha?

No creo que hable de parte de nadie que no sea ella.

Piensa que has puesto los ojos en la hija.

He puesto los ojos en la hija.

¿Has puesto la vista en la hacienda?

John Grady contempló el fuego. No lo sé, dijo. No lo he pensado.

Seguro que no, dijo Rawlins.

Miró a Rawlins y después otra vez el fuego.

¿Cuándo volverá?

Dentro de una semana.

Me parece que no veo ninguna prueba de que esté tan interesada por ti.

John Grady asintió. Yo sí. Puedo hablar con ella.

Las primeras gotas de lluvia silbaron en el fuego. Miró a Rawlins.

No lamentas haber venido aquí, ¿verdad?

Todavía no.

Asintió. Rawlins se puso en pie.

¿Quieres el pescado o tienes intención de quedarte sentado bajo la lluvia?

Ya iré a buscarlo.

Lo tengo aquí.

Se protegieron bajo los chubasqueros. Hablaban desde debajo de las capuchas como si se dirigieran a la noche.

Sé que le gustas al viejo, dijo Rawlins, pero eso no significa que apruebe que hagas la corte a su hija.

Sí, ya lo sé.

No veo que tengas muchos ases.

No.

Lo que veo es que haces lo posible para que nos despidan y expulsen del lugar.

Contemplaron el fuego. El alambre quemado de los várganos yacía por el suelo en formas retorcidas y sus espirales estaban erectas en el fuego y otras espirales refulgían candentes entre las brasas. Los caballos habían salido de la oscuridad y se encontraban al borde de la luz ígnea bajo la lluvia, oscuros y relucientes, con los ojos rojos ardiendo en la noche.

Aún no me has dicho qué le respondiste, dijo Rawlins.

Le dije que haría lo que me pidiera.

¿Qué te pidió?

No estoy seguro.

Se quedaron mirando el fuego.

¿Le diste tu palabra?, inquirió Rawlins.

No lo sé. No sé si se la di o no.

Bueno, se la diste o no se la diste.

Esto es lo que yo pensaba. Pero no lo sé.

Cinco noches después, dormido en su camastro de la cuadra, oyó unos golpecitos en la puerta. Se incorporó. Había alguien ante la puerta. Podía ver una luz en las rendijas.

*Momento*, dijo.

Se levantó, se puso los pantalones en la oscuridad y abrió la puerta. Ella estaba en el umbral con una linterna en la mano, dirigiendo la luz hacia el suelo.

¿Qué ocurre?, murmuró. Soy yo.

Ella levantó la luz como para verificar la verdad de su afirmación. Él no sabía qué decir.

¿Qué hora es?

No lo sé. Las once, más o menos.

Miró hacia la puerta del mozo al otro lado del estrecho pasillo.

Vamos a despertar a Esteban, dijo.

Entonces invítame a entrar.

Retrocedió y ella pasó por su lado con un crujido de faldas y el suntuoso alarde de sus cabellos y su perfume. Él cerró la puerta, corrió el pasador de

madera con el dorso de la mano y se volvió a mirarla.

Será mejor que no encienda la luz, dijo él.

No importa. El generador está cerrado, de todos modos. ¿Qué te dijo ella?

Ya debe de habértelo contado.

Claro que sí. ¿Qué dijo?

¿Quieres sentarte?

Se volvió y se sentó de lado en la cama con un pie debajo de ella. Dejó sobre la cama la linterna encendida y luego la empujó debajo de la manta, donde bañaba la habitación con un resplandor suave.

No quería que me vieses contigo. En el *campo*.

Armando le dijo que volviste montado en mi caballo.

Lo sé.

No quiero ser tratada de este modo, dijo ella.

En aquella luz parecía extraña y teatral. Pasó una mano por la manta como si quisiera limpiarla de algo. Alzó la vista hacia él y su rostro era pálido y austero bajo el resplandor y sus ojos se perdían en las cuencas oscurecidas, salvo su destello, y él podía ver moverse su garganta a la luz y vio en su cara y su figura algo que no había visto antes y el nombre de este algo era tristeza.

Pensaba que eras mi amigo, dijo.

Dime qué debo hacer, dijo él. Haré todo lo que me digas.

La humedad nocturna depositaba el polvo en el camino de la *ciénaga* y cabalgaban al paso y de lado, montando los animales a pelo y con arzones. Conducían los caballos por la brida hasta la puerta y el camino y montaban y cabalgaban los dos de lado por el camino de la *ciénaga*, con la luna en el oeste y unos perros ladrando hacia los cobertizos de esquilar y los galgos contestando desde sus corrales y él cerraba la puerta, se volvía y mantenía las manos ahuecadas para que ella pusiera el pie y la levantaba sobre el lomo desnudo del caballo negro y luego desataba el semental de la puerta y ponía una vez el pie sobre el listón de la cerca y montaba en un solo movimiento y daba la vuelta al caballo y luego cabalgaban los dos de lado

por el camino de la *ciénaga*, con la luna en el oeste como una luna de lienzo blanco prendida de unos alambres y unos perros ladrando.

A veces no volvían hasta poco antes de amanecer y él guardaba el semental y subía a desayunar a la casa y una hora después se encontraba con Antonio en el establo y pasaban por delante de la casa del *gerente* hacia el cercado donde esperaban las yeguas.

Cabalgaban de noche por la meseta occidental, a dos horas del rancho, y a veces él encendía un fuego y podían ver las luces de gas en el portal de la *hacienda* muy por debajo de ellos flotando en una charca negra y a veces las luces parecían moverse como si el mundo de allá abajo encendiese otro centro y veían caer en la tierra centenares de estrellas y ella le contaba historias de la familia de su padre y de México. De regreso caminaban con los caballos hasta el lago y los caballos bebían con el agua hasta el pecho y las estrellas se mecían en el lago y se inclinaban donde bebían y si llovía en las montañas el aire era denso y la noche más cálida y una noche la dejó y cabalgó hasta el borde del lago a través de la juncia y los sauces y se deslizó del caballo, se quitó las botas y la ropa y entró en el lago, donde la luna resbaló ante él y los patos graznaron en la oscuridad. El agua era negra y cálida y dio vueltas en el lago y extendió los brazos en el agua y el agua era muy oscura y sedosa y miró a través de la quieta superficie negra hacia donde estaba ella en la orilla con el caballo y la miró salir de sus ropas amontonadas, emergiendo de ellas tan pálida, tan pálida como una crisálida y caminar hasta el agua.

Se detuvo a medio camino para mirar atrás. De pie y temblando en el agua y no de frío porque no hacía ninguno. No le hables. No la llames. Cuando se acercó, él le tendió la mano y ella la tomó. Era tan pálida en el lago que parecía estar ardiendo. Como luz fosforescente en un bosque tenebroso. Que ardía sin llama. Como la luna que ardía sin llama. Sus cabellos negros flotaban en el agua a su alrededor, caían y flotaban en el agua. Ella le rodeó el cuello con su otro brazo y miró hacia la luna en el oeste no le hables no la llames y entonces volvió el rostro hacia él. Más dulce por el hurto de tiempo y carne, más dulce por la traición. Grullas que anidaban y se sostenían sobre una pata entre las cañas de la orilla sur habían

sacado los esbeltos picos de debajo de las alas para vigilar. *¿Me quieres?* preguntó ella. Sí, dijo él. Pronunció su nombre. Dios mío, sí, dijo.

Salió de la cuadra lavado y peinado y con una camisa limpia y él y Rawlins se sentaron sobre unas cajas bajo la *ramada* del barracón y fumaron mientras esperaban la cena. En el barracón sonaban charlas y risas y de pronto cesaron. Dos de los *vaqueros* salieron y se quedaron en el umbral. Rawlins se volvió y miró hacia el norte del camino. Cinco guardias montados mexicanos se acercaban por el camino en fila india. Vestían uniformes caquis y montaban buenos caballos y llevaban pistolas enfundadas y carabinas en las vainas de silla.

Rawlins se levantó. Los otros *vaqueros* habían salido a la puerta y miraban. Cuando los jinetes pasaron por el camino el jefe echó una mirada al barracón, a los hombres que estaban bajo la *ramada* y a los hombres de la puerta. Entonces desaparecieron de la vista por detrás de la casa del *gerente*, cinco jinetes cabalgando en fila india desde el norte a través del crepúsculo hacia la casa del rancho con tejado de tejas que estaba más abajo.

Cuando volvió a la cuadra en la oscuridad los cinco caballos seguían bajo las pacanas en el extremo opuesto de la casa. No los habían desensillado y por la mañana ya no estaban. La noche siguiente ella fue a su cama y fue cada día durante nueve noches seguidas, empujando la puerta y pasando el cerrojo y entrando en las franjas de luz a Dios sabía qué hora y despojándose de su ropa y deslizándose fresca y desnuda contra él en el estrecho catre, toda ella suavidad y perfume, con la opulencia de su cabellera negra cayendo sobre él y sin ninguna cautela. Diciendo no me importa, no me importa. Haciéndole sangrar con los dientes cuando él le tapaba la boca con el canto de la mano para que no gritara. Durmiendo contra su pecho mientras él no podía dormir y levantándose cuando el este ya estaba gris por el alba y yendo a la cocina a desayunar como si sólo se hubiera levantado temprano.

Entonces se marchó a la ciudad. Cuando al atardecer siguiente llegó y pasó por delante de Esteban en la cuadra y habló al viejo, éste le contestó,

pero sin mirarle. Se lavó, fue a la casa, cenó en la cocina y después de cenar se sentó a la mesa del comedor con el *hacendado* y repasaron el libro de registro de los caballos y el *hacendado* le interrogó y tomó notas sobre las yeguas y luego se recostó en el respaldo fumando su cigarro y golpeando el lápiz contra el borde de la mesa. Levantó la vista.

Bien, dijo. ¿Vas adelantando con el Guzmán?

Bueno, aún no estoy listo para el segundo tomo.

El *hacendado* sonrió. Guzmán es excelente. ¿No lees en francés?

No, señor.

Esos condenados franceses son excelentes sobre el tema de los caballos.

¿Juegas al billar?

¿Cómo?

¿Juegas al billar?

Sí, señor. Un poco. De casino, por lo menos.

De casino. Ya. ¿Te gustaría jugar?

Sí, señor.

Bien.

El *hacendado* cerró los libros, apartó su silla y se levantó y John Grady le siguió por el zaguán y a través del salón y de la biblioteca hasta la puerta de paneles y doble hoja en el extremo opuesto de la habitación. El *hacendado* abrió estas puertas y entraron en una habitación sumida en la penumbra que olía a moho y madera vieja.

Tiró de una cadena con borlas y encendió un ornamentado candelabro de latón suspendido del techo. Debajo había una antigua mesa de madera oscura con leones tallados en las patas. La mesa estaba cubierta con un hule amarillo y el candelabro había sido bajado del techo de seis metros mediante una vulgar cadena de tracería. En el fondo de la habitación había un altar muy antiguo de madera tallada y pintada sobre el que pendía un crucifijo de tamaño natural de madera tallada y pintada. El *hacendado* se volvió.

Raras veces juego, dijo. Espero que no seas un experto.

No, señor.



Pregunté a Carlos si podía nivelar un poco más la mesa. La última vez que jugamos estaba muy inclinada. Veremos qué ha hecho. Coge sólo aquella esquina. Te enseñaré.

Se pusieron a ambos lados de la mesa y doblaron el hule por la mitad, volvieron a doblarlo y luego lo levantaron y llevaron hasta el final de la mesa, donde caminaron el uno hacia el otro, y entonces el *hacendado* cogió el hule y lo colocó sobre varias sillas.

Como ves, esto era la capilla. ¿Eres supersticioso?

No, señor. No creo.

Se supone que hay que desacralizarla. El sacerdote viene y dice unas palabras. Alfonsa entiende de estos asuntos. Pero, claro, la mesa ha estado aquí durante años y aún hay que hacer lo que sea con la capilla. Hacer venir a un sacerdote para que esto deje de ser una capilla. Personalmente, dudo de que pueda hacerse semejante cosa. Lo que es sagrado es sagrado. Los poderes del sacerdote son más limitados de lo que la gente supone. Por otra parte, hace muchos años que no se ha dicho misa aquí.

¿Cuántos años?

El *hacendado* estaba eligiendo los tacos, colocados dentro y fuera de un listón de caoba en un rincón. Se volvió.

Recibí la Primera Comunión en esta capilla. Supongo que sería la última misa celebrada aquí. Diría que fue en mil novecientos once.

Se volvió hacia los tacos. No dejaría venir al sacerdote para hacer eso, dijo. Disolver la santidad de la capilla. ¿Por qué habría de hacerlo? Me gusta sentir que Dios está aquí. En mi casa.

Agrupó las bolas y entregó la pinta a John Grady. Era de marfil amarillento por la edad y el grano del marfil era visible en ella. Dispersó las bolas y jugaron el simple billar de casino; el *hacendado* le ganó con facilidad, rodeando la mesa y empolvando de tiza su taco con un hábil movimiento de rotación y anunciando los tiros en español. Jugaba despacio y estudiaba los tiros y la colocación de las bolas en la mesa y mientras estudiaba y jugaba hablaba de la revolución y de la historia de México y habló también de la *dueña* Alfonsa y de Francisco Madero.

Nació en Parras. En este estado. Hubo un tiempo en que nuestras familias estuvieron muy unidas. Alfonsita fue tal vez prometida del hermano de Francisco, no estoy seguro. En cualquier caso, mi abuelo no habría permitido nunca semejante boda. Las opiniones políticas de la familia eran muy radicales. Alfonsita no era una niña. Debieron dejarla elegir, pero no lo hicieron, y fueran cuales fuesen las circunstancias parece ser que no perdonó a su padre, lo cual fue una gran pena para él y con ella le enterraron. *El cuatro.*

El *hacendado* se inclinó, apuntó y mandó la cuarta bola al otro extremo de la mesa; entonces se enderezó y puso tiza en el taco.

Al final nada tuvo importancia, claro. La familia se arruinó. Los dos hermanos fueron asesinados.

Estudió la mesa.

Como Madero, ella también se educó en Europa. Como él, también aprendió esas ideas, esas...

Hizo un ademán con la mano que el muchacho había visto hacer también a la tía.

Siempre ha tenido estas ideas. *Catorce.*

Se inclinó, tiró, se enderezó y puso tiza en el taco. Meneó la cabeza. Un país no es otro país. México no es Europa. Pero es un asunto complicado. El abuelo de Madero era mi *padrino*. Don Evaristo. Por esta y otras razones mi abuelo le guardó lealtad. Lo cual no era difícil. Se trataba de un hombre maravilloso. Muy bueno. Leal al régimen de Díaz. Incluso esto. Cuando Francisco publicó su libro, don Evaristo se negó a creer que lo había escrito él. Y sin embargo el libro no contenía nada tan terrible. Quizá era sólo que lo había escrito un *hacendado* joven y rico. *Siete.*

Se inclinó y tiró la séptima bola a la tronera de banda. Dio la vuelta a la mesa.

Fueron a Francia para su educación. Él y Gustavo. Y otros. Todos aquellos jóvenes. Todos volvieron llenos de ideas. Llenos de ideas y, sin embargo, no parecía haber acuerdo entre ellos. ¿Cómo te lo explicas? Sus padres les enviaron para esas ideas, ¿no? Y fueron allí y las recibieron. Y

no obstante, cuando volvieron y abrieron sus maletas, por así decirlo, ninguna contenía lo mismo.

Meneó gravemente la cabeza. Como si la situación en la mesa fuera una preocupación para él.

Coincidían en los hechos. Los nombres de personas. O edificios. Las fechas de ciertos sucesos. Pero las ideas... La gente de mi generación es más cauta. Me parece que no creemos que la gente pueda mejorar de carácter por medio de la razón. Se me antoja una idea muy francesa.

Puso tiza, se movió. Luego se inclinó, tiró y se quedó contemplando la nueva situación en la mesa.

Mantén la guardia, gentil caballero. No hay mayor monstruo que la razón.

Miró a John Grady, sonrió y volvió a mirar la mesa.

Ésta es, por supuesto, una idea española. Ya ves. La idea del Quijote. Pero ni siquiera Cervantes podía imaginar un país como México. Alfonsita me dice que es sólo por egoísmo que no quiero enviar a Alejandra. Quizá tenga razón. Quizá tenga razón. *Diez.*

¿Enviarla adónde?

El *hacendado* se había inclinado para tirar. Se enderezó de nuevo y miró a su invitado.

A Francia. Enviarla a Francia.

Volvió a poner tiza en el taco. Estudió la mesa.

¿Por qué me molesto? ¿Eh? Irá. ¿Quién soy yo? Un padre. Un padre no es nada.

Se inclinó para tirar, erró el tiro y se apartó de la mesa.

Ya está, dijo. ¿Has visto? ¿Has visto lo malo que es esto para una partida de billar? ¿Estos pensamientos? Los franceses han entrado en mi casa para mutilar mi partida de billar. Ningún mal está fuera de su alcance.

Estaba a oscuras, sentado en su catre y abrazado a la almohada, con la cara hundida en ella, bebiendo su fragancia e intentando recrear en la mente su persona y su voz. Murmuró casi en voz alta las palabras que le había dicho.

Dime qué debo hacer. Haré todo lo que quieras. Las mismas palabras que él le había dicho. Ella había llorado contra su pecho desnudo mientras la tenía en sus brazos, pero no había nada que decirle y no había nada que hacer y por la mañana ya se había ido.

El domingo siguiente Antonio le invitó a cenar a casa de su hermano y después se sentaron a la sombra de la *ramada* frente a la cocina, liaron un cigarrillo, fumaron y hablaron de los caballos. Después hablaron de otras cosas. John Grady le dijo que había jugado al billar con el *hacendado* y Antonio —sentado en una vieja silla menonita cuyo bejuco había sido sustituido por lona, con el sombrero sobre una rodilla y las manos juntas— recibió esta noticia con la gravedad que requería, mirando el cigarrillo encendido y moviendo la cabeza. John Grady miró por entre los árboles hacia la casa, las paredes blancas y las tejas de arcilla roja del tejado.

*Dime, inquirió, ¿qué es lo peor: que soy pobre o que soy americano?*

El *vaquero* meneó la cabeza. *Una llave de oro abre cualquier puerta,* dijo.

Miró al muchacho. Tiró la ceniza del cigarrillo y dijo que el muchacho deseaba saber qué pensaba. Quizá deseaba su consejo. Pero que nadie podía aconsejarle.

*Tienes razón,* dijo John Grady. Miró al *vaquero*.

Dijo que cuando ella volviera pensaba hablarle con la mayor seriedad. Dijo que se proponía conocer su corazón.

El *vaquero* le miró. Miró hacia la casa. Parecía perplejo al decir que ella estaba aquí. Que estaba aquí ahora.

*¿Cómo?*

*Sí. Ella está aquí. Desde ayer.*

Yació despierto toda la noche hasta el amanecer. Escuchando el silencio de la cuadra. Los movimientos de los caballos acostados. Su respiración. Por la mañana se dirigió al barracón para desayunar. Rawlins estaba en la puerta de la cocina y le observó.

Parece que hayas cabalgado mucho y dormido bajo la lluvia.

Se sentaron a la mesa y comieron. Rawlins se recostó y sacó el tabaco del bolsillo de la camisa.

Te esperaba para que descargaras tu carro, dijo. Tengo que ir a trabajar dentro de unos minutos.

He venido para verte.

Por qué.

No tiene que ser por algo, ¿o sí?

No, no tiene que ser por algo. Encendió una cerilla contra el fondo de la mesa, encendió el cigarrillo, sacudió la cerilla y la puso en su plato.

Espero que sepas lo que haces, dijo.

John Grady apuró su café y dejó la taza sobre el plato junto con los cubiertos. Cogió el sombrero del banco, se lo puso y se levantó para llevar los platos al fregadero.

Dijiste que no estabas resentido porque fui allí abajo.

No estoy resentido porque fuiste allí abajo.

John Grady asintió. Está bien, dijo.

Rawlins le vio ir al fregadero y le vio dirigirse a la puerta. Pensó que tal vez se volvería y diría algo más, pero no lo hizo.

Trabajó todo el día con las yeguas y al atardecer oyó despegar el avión. Salió de la cuadra y lo observó. El avión salió de entre los árboles, ascendió hacia el sol poniente, se ladeó, dio la vuelta y planeó en dirección suroeste. No pudo ver quién iba en el avión pero aun así lo miró hasta que se perdió de vista.

Dos días después él y Rawlins estaban de nuevo en las montañas. Cabalgaron duramente para ahuyentar de los valles altos a las *manadas* salvajes y acamparon en su viejo lugar en la ladera sur del Anteojos donde habían acampado con Luis y comieron frijoles y carne de cabra a la barbacoa envuelta en *tortillas* y bebieron café negro.

No haremos muchas más incursiones aquí arriba, ¿verdad?, preguntó Rawlins.

John Grady meneó la cabeza. No, dijo. Probablemente no.

Rawlins sorbió su café y contempló el fuego. De improviso tres galgos corrieron hacia la luz uno detrás de otro y rodearon el fuego, formas pálidas

y esqueléticas con la piel tensa sobre las costillas y los ojos rojos a la luz del fuego. Rawlins se levantó a medias, derramando el café.

Qué diablos, dijo.

John Grady se levantó y miró hacia la oscuridad. Los perros desaparecieron tan de repente como habían venido.

Se quedaron a la espera. No fue nadie.

Qué diablos, repitió Rawlins.

Se alejó un poco del fuego y aguzó el oído. Se volvió a mirar a John Grady.

¿Quieres gritar? No.

Esos perros no han venido solos, dijo.

Lo sé.

¿Crees que nos persigue?

Si nos necesita, puede encontrarnos.

Rawlins volvió a acercarse al fuego. Se sirvió más café y permaneció a la escucha.

Probablemente está aquí arriba con un grupo de sus compinches.

John Grady no contestó.

¿No lo crees?, dijo Rawlins.

Subieron al corral por la mañana esperando encontrar al *hacendado* y sus amigos, pero no le encontraron. Durante los días siguientes no vieron rastro de él. Tres días después bajaron la montaña llevando por delante once yeguas jóvenes, llegaron a la *hacienda* al caer la noche, encerraron a las yeguas y fueron a cenar al barracón. Algunos *vaqueros* aún seguían en la mesa bebiendo café y fumando cigarrillos, pero fueron saliendo uno tras otro.

En el amanecer gris del día siguiente entraron en su cubículo dos hombres con pistolas desenfundadas, le enfocaron con una linterna y le ordenaron levantarse.

Se incorporó. Puso las piernas en el borde del catre. El hombre que sostenía la linterna era sólo una forma detrás de ella, pero pudo ver la pistola que empuñaba. Era un Colt automático de reglamento. Se protegió los ojos. Había hombres con rifles en la cuadra.

*¿Quién es?*, preguntó.

El hombre hizo oscilar la luz a sus pies y le ordenó coger las botas y la ropa. Se levantó. Cogió los pantalones, se los puso y luego se sentó, se calzó las botas, alargó la mano y cogió la camisa.

*Vámonos*, dijo el hombre.

Se levantó y abrochó la camisa.

*¿Dónde están sus armas?*, preguntó el hombre.

*No tengo armas.*

Habló al hombre que estaba detrás de él y dos hombres se acercaron y empezaron a registrar sus cosas. Tiraron al suelo la caja de madera, dieron puntapiés a la ropa y los utensilios de afeitarse y volvieron el colchón del revés en el suelo. Vestían uniformes caquis sucios y grasientos y olían a sudor y humo de leña.

*¿Dónde está su caballo?*

*En el segundo puesto.*

*Vámonos, vámonos.*

Le llevaron por la cuadra hasta el cuarto de sillas, cogió su silla y sus mantas y para entonces Redbo ya estaba de pie en su casilla, pateando nerviosamente. Pasaron de nuevo por delante del *cuarto* de Esteban pero el viejo no dio signos de estar ni siquiera despierto. Sostuvieron la luz mientras ensillaba su caballo y luego salieron al amanecer donde esperaban los otros caballos. Uno de los guardias llevaba el rifle de Rawlins y Rawlins estaba encorvado en la silla de su caballo, con las manos esposadas delante y las riendas en el suelo.

Le empujaron con un rifle.

*¿Qué pasa, socio?*, preguntó.

Rawlins no contestó. Se inclinó, escupió y miró hacia otro lado.

*No hable*, dijo el jefe. *Vámonos.*

Montó y le esposaron las muñecas y le entregaron las riendas y entonces montaron todos, dieron media vuelta a los caballos y salieron de dos en dos por la puerta abierta. Cuando pasaron por el barracón, las luces estaban encendidas y los *vaqueros* en la puerta o en cuclillas a lo largo de la *ramada*. Miraron pasar a los jinetes, los americanos detrás del jefe y su

teniente, los otros seis cabalgando en parejas con gorras y uniformes y las carabinas apoyadas en las perillas de sus sillas, cabalgando todos por el camino de la *ciénaga* y las altiplanicies en dirección norte.



### III

Cabalaron todo el día entre las colinas bajas y después las montañas y por la mesa hacia el norte mucho más allá de donde estaban los caballos y llegaron a la región que habían cruzado por primera vez unos cuatro meses antes. Descansaron a mediodía en un manantial y se pusieron en cuclillas alrededor de las astillas frías y ennegrecidas de un fuego anterior y comieron *tortillas* y frijoles fríos en un periódico. Pensó que las *tortillas* podían proceder de la cocina de la *hacienda*. El periódico era de Monclova. Comió despacio con sus manos esposadas y bebió agua de una taza de hojalata que sólo podía llenarse en parte porque el agua se escurría por el remache del asa. Se veía el latón a través del niquelado en el gastado interior de las esposas y sus muñecas ya empezaban a teñirse de un verde pálido y venenoso. Comió y observó a Rawlins, que estaba en cuclillas un poco más lejos, pero Rawlins no quería cruzar su mirada con la suya. Durmieron brevemente en el suelo bajo los álamos y luego se levantaron y bebieron más agua y llenaron las cantimploras y garrafas y siguieron cabalgando.

La región que atravesaban se había adelantado a la estación y las acacias estaban en flor y había llovido en las montañas y la hierba del borde de los arroyos era verde y desmelenada en el largo crepúsculo donde cabalgaban. Salvo algunas observaciones sobre el paisaje, los guardias hablaron poco entre sí y nada a los americanos. Cabalaron a través del largo crepúsculo rojo y cabalaron en la oscuridad. Hacía mucho que los

guardias habían enfundado sus rifles y montaban con soltura, medio encorvados en la silla. Hacia las diez se detuvieron, acamparon y encendieron un fuego. Los prisioneros se sentaron en la arena entre viejas latas oxidadas y trozos de carbón, con las manos todavía esposadas delante de ellos, y los guardias sacaron una vieja cafetera de hierro esmaltado azul y una olla del mismo material y bebieron café y comieron un plato que contenía una especie de tubérculo pálido y fibroso, una especie de carne, una clase de ave. Todo ello correoso, todo ello agrio.

Pasaron la noche con las manos esposadas a los estribos de sus sillas, intentando mantenerse calientes bajo sus únicas mantas. Volvieron al sendero una hora antes de que saliera el sol y se alegraron de ello.

Ésta fue su vida durante tres días. Por la tarde del tercero entraron en la ciudad de Encantada de reciente memoria.

Se sentaron de lado en un banco de hierro en la pequeña *alameda*. Una pareja de guardias se mantenía un poco apartada con sus rifles y una docena de niños de diferentes edades les observaban de pie en el polvo de la calle. Dos de los niños eran chicas de unos doce años y cuando los prisioneros las miraban, se volvían tímidamente y se retorcían las faldas. John Grady las llamó para preguntarles si podían conseguirles cigarrillos.

Los guardias le lanzaron miradas feroces. Hizo señas a las chicas fingiendo que fumaba y ellas dieron media vuelta y se fueron corriendo calle abajo. Los otros niños permanecieron donde estaban.

Un preferido de las damas, dijo Rawlins.

¿No quieres un cigarrillo?

Rawlins escupió lentamente entre sus botas y alzó de nuevo la mirada. No van a traerte ningún maldito cigarrillo, dijo.

Qué te apuestas.

¿Qué diablos vas a apostar?

Te apuesto un cigarrillo.

¿Cómo lo vas a hacer?

Te apuesto un cigarrillo a que los traen. Si los traen, me quedo con el tuyo.

¿Qué me darás si no los traen?

Si no los traen, te daré el mío.

Rawlins fijó la vista en la *alameda*.

Soy capaz de marcarte el culo a latigazos, ¿sabes?

¿No crees que si hemos de salir de este lío, será mejor pensar en cómo hacerlo juntos?

¿Quieres decir igual que nos hemos metido en él?

No hay que volver atrás para escoger el momento en que empezó el jaleo y echarle toda la culpa a tu amigo.

Rawlins no contestó.

No estés malhumorado conmigo. Discutamos el asunto.

Muy bien. ¿Qué dijiste cuando te arrestaron?

No dije nada. ¿De qué habría servido?

Es cierto. De qué habría servido.

¿Qué significa esto?

Significa que no les pediste que fueran a despertar al *patrón*, ¿verdad?

No.

Pues yo sí.

¿Y qué dijeron?

Rawlins se inclinó, escupió y se secó la boca.

Dijeron que ya estaba despierto. Dijeron que hacía mucho rato que estaba despierto. Y entonces rieron.

¿Crees que nos traicionó?

¿Tú no lo crees?

No lo sé. Si lo hizo, fue por alguna mentira.

O alguna verdad.

John Grady bajó la vista hacia sus manos.

¿Te quedarías satisfecho si admitiera que soy un hijo de perra con chapado de oro de catorce quilates?

Nunca he dicho eso.

Siguieron sentados. Al cabo de un rato John Grady levantó la vista.

No puedo volver atrás y empezar de nuevo. Pero no veo la utilidad de lloriquear por ello. Y no veo por qué habría de sentirme mejor si pudiera señalar a otro con el dedo.

No me siento mejor. Intento razonar contigo, eso es todo. Lo he intentado un montón de veces.

Ya lo sé. Pero hay cosas que no son razonables. Sea como sea, soy el mismo hombre con quien cruzaste aquel río. Ahora sigo siendo como era entonces y no sé cambiar. Ni siquiera te he prometido nunca que no morirías aquí. Tampoco te he pedido tu palabra de que no ocurriría. No creo en firmar un contrato justo hasta que deja de convenirte. O lo cumples o abandonas y yo no te abandonaré, hicieras lo que hicieras. Y esto es todo lo que tengo que decir.

Nunca te he abandonado, dijo Rawlins.

Está bien.

Al cabo de un rato volvieron las dos chicas. La más alta levantó la mano con dos cigarrillos.

John Grady miró a los guardias, que hicieron señas a las chicas de que se acercaran, miraron los cigarrillos y asintieron y las chicas fueron hacia el banco y entregaron los cigarrillos a los prisioneros junto con varias cerillas de madera.

*Muy amable*, dijo John Grady. *Muchas gracias*.

Encendieron los cigarrillos con la misma cerilla y John Grady se guardó las otras en el bolsillo y miró a las chicas, que sonrieron tímidamente.

*¿Son americanos ustedes?*, preguntaron.

Sí.

*¿Son ladrones?*

Sí. *Ladrones muy famosos. Bandoleros*.

Contuvieron el aliento. *Qué precioso*, dijeron. Pero los guardias las llamaron y les indicaron que se fuesen.

Siguieron sentados, inclinados hacia delante y apoyados en los codos, fumando sus cigarrillos. John Grady miró las botas de Rawlins.

*¿Dónde están tus botas nuevas?*, preguntó.

En el barracón.

Asintió. Fumaron. Al cabo de un rato volvieron los otros y llamaron a los guardias. Éstos hicieron señas a los prisioneros, que se levantaron, saludaron a los niños y caminaron hacia la calle.

Cruzaron a caballo el extremo norte de la ciudad y se detuvieron ante un edificio de adobe con tejado de chapa ondulada y sobre él un campanario vacío hecho de barro. Las paredes de barro aún tenían adheridas láminas del antiguo revocado. Desmontaron y entraron en una gran sala que una vez pudo haber sido un aula. Había una barandilla a lo largo de la pared delantera y un marco que podía haber contenido una pizarra. El suelo era de estrechos listones de pino cuyo grano estaba ribeteado por años de arena pisada y las ventanas de ambas paredes carecían de cristales, que habían sido sustituidos por cuadriláteros de hojalata cortados del mismo gran letrero, por lo que formaban un mosaico fragmentado entre las ventanas. Ante un pupitre de metal gris estaba sentado en un rincón un hombre rechoncho, también de uniforme caqui, que llevaba alrededor del cuello un pañuelo de seda amarilla. Miró a los prisioneros sin expresión. Indicó con un pequeño movimiento de cabeza la parte trasera del edificio y uno de los guardias descolgó de la pared un aro de llaves y los prisioneros fueron conducidos a través de un patio polvoriento y lleno de malas hierbas a un pequeño edificio de piedra con una pesada puerta de madera reforzada con hierro.

En la puerta había una mirilla cuadrada cortada al nivel de los ojos y cubierta por una ligera reja soldada al marco de hierro. Uno de los guardias desenganchó el viejo candado de latón y abrió la puerta. Se sacó otro aro de llaves del cinturón.

*Las esposas, dijo.*

Rawlins levantó las muñecas. El guardia las abrió y Rawlins entró, seguido de John Grady. La puerta gimió y crujió y se cerró con un golpe sordo a sus espaldas.

No había luz en la habitación salvo la que caía por el enrejado de la ventana y permanecieron con las mantas en la mano a la espera de que sus ojos se adaptasen a la oscuridad. El suelo de la celda era de cemento y el aire olía a excrementos. Al cabo de un rato alguien habló desde el fondo de la habitación.

*Cuidado con el bote.*

No tropieces con el cubo, dijo John Grady.

¿Dónde está?

No lo sé. Pero no tropieces con él.

No veo nada, maldita sea.

Otra voz habló desde la oscuridad. Preguntó: ¿Sois vosotros?

John Grady pudo ver parte del rostro de Rawlins dividido en cuadros a la luz de la reja. Volviéndose con lentitud. Con dolor en los ojos. Ah, Dios, dijo.

¿Blevins?, inquirió John Grady.

Sí, soy yo.

Avanzó con cautela hacia el fondo. Una pierna estirada se retiró por el suelo como una serpiente retrocediendo bajo los pies. Se puso en cuclillas y miró a Blevins. Blevins se movió y pudo ver sus dientes en la luz parcial. Como si sonriera.

Lo que puede ver un hombre cuando no tiene armas, dijo Blevins.

¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

No lo sé. Mucho tiempo.

Rawlins se acercó a la pared trasera y se quedó mirándole. Les dijiste que nos persiguieran, ¿verdad?

Nunca hice tal cosa, replicó Blevins.

John Grady miró a Rawlins.

Sabían que éramos tres, dijo.

Sí, confirmó Blevins.

Mierda, dijo Rawlins. No nos habrían perseguido una vez recuperado el caballo. Ha hecho algo.

Era mi maldito caballo, dijo Blevins.

Ahora podían verle. Flaco, andrajoso y sucio.

Era mi caballo, mi silla y mi arma.

Se pusieron en cuclillas. Nadie habló.

¿Qué has hecho?, preguntó John Grady.

Nada que no hubiese hecho cualquiera.

Qué has hecho.

Ya sabes lo que ha hecho, dijo Rawlins.

¿Volviste aquí?

Claro que volví, maldita sea.

Estúpido. ¿Qué hiciste? Cuéntame el resto.

No hay nada que contar.

Oh, diablos, no, exclamó Rawlins. No hay una maldita cosa que contar.

John Grady se volvió. Miró más allá de Rawlins. Un viejo les miraba en silencio, apoyado contra la pared.

*¿De qué crimen queda acusado el joven?*, preguntó.

El hombre parpadeó. *Asesinato*, dijo.

*¿Él ha matado un hombre?*

El hombre parpadeó otra vez. Levantó tres dedos.

¿Qué ha dicho?, preguntó Rawlins.

John Grady no respondió.

¿Qué ha dicho? Sé lo que ha dicho ese hijo de perra.

Ha dicho que mató a tres hombres.

Es una mentira podrida, dijo Blevins.

Rawlins se sentó lentamente sobre el cemento.

Estamos muertos, dijo. Somos hombres muertos. Sabía que acabaría así. Desde que le vi por primera vez.

Esto no va a ayudarnos, dijo John Grady.

Sólo murió uno de ellos, dijo Blevins.

Rawlins levantó la cabeza y le miró. Entonces se puso en pie, fue al otro extremo de la celda y volvió a sentarse.

*Cuidado con el bote*, dijo el viejo.

John Grady se volvió hacia Blevins.

No le hice nada, dijo Blevins.

Dime qué pasó, dijo John Grady.

Había trabajado para una familia alemana en el pueblo de Palau, a ciento treinta kilómetros al este, y al cabo de dos meses cogió el dinero que había ganado y cabalgado por el mismo desierto y atado el caballo en el mismo manantial y, vestido con la ropa propia de la región, entrado en la ciudad y esperado frente a la *tienda* durante dos días hasta que vio pasar el mismo hombre con las gastadas cachas de gutapercha de la Bisley sobresaliéndole del cinturón.

¿Qué hiciste?

No tienes un cigarrillo, ¿verdad?

No. ¿Qué hiciste?

No pensaba que lo tuvieras.

¿Qué hiciste?

Dios, qué no daría yo por una pizca de tabaco.

¿Qué hiciste?

Me acerqué a él por detrás y se la arranqué del cinturón. Eso es lo que hice.

Y le mataste.

Me atacó.

Te atacó.

Sí.

De modo que le disparaste.

¿Qué elección tenía?

Qué elección, dijo John Grady.

No quería disparar al estúpido hijo de perra. Eso no fue nunca parte de mi intención.

¿Qué hiciste entonces?

Cuando llegué al manantial donde tenía el caballo me alcanzaron. Aquel muchacho a quien tiré del caballo de un disparo me apuntó con una escopeta.

¿Qué ocurrió entonces?

No tenía más cartuchos. Los había gastado todos. Culpa mía, maldita sea. Todo lo que tenía estaba en aquella arma.

¿Disparaste contra uno de los *rurales*?

Sí.

¿Le mataste?

Sí.

Enmudecieron en la oscuridad.

Podría haber comprado cartuchos en Muñoz, dijo Blevins, antes de venir aquí. Tenía dinero para hacerlo.

John Grady le miró. ¿Tienes idea del lío en que estás metido?



Blevins no contestó.

¿Qué dijeron que pensaban hacer contigo?

Mandarme a la penitenciaría, supongo.

No van a mandarte a la penitenciaría.

¿Por qué no?

No vas a tener tanta suerte, dijo Rawlins.

Soy demasiado joven para que me cuelguen.

Te harán el favor de mentir sobre tu edad.

No tienen pena capital en este país, dijo John Grady. No le hagas caso.

Sabías que nos perseguían, ¿verdad?, inquirió Rawlins.

Sí, lo sabía. ¿Qué debía hacer, enviaros un telegrama?

John Grady esperó a que Rawlins replicara, pero no lo hizo. La sombra de la reja del atisbadero se veía oblicua en la pared opuesta, como un juego de tiza que el espacio de aquel cubículo oscuro y maloliente hubiese desalineado de algún modo. Dobló su manta, se sentó encima de ella y se apoyó en la pared.

¿Te dejan salir alguna vez? ¿Puedes pasear?

No lo sé.

¿Qué significa que no lo sabes?

No puedo andar.

¿No puedes andar?

Es lo que he dicho.

¿Cómo es que no puedes andar?, preguntó Rawlins.

Porque me rompieron los pies, por eso.

Siguieron sentados. Nadie habló. Oscureció pronto. El viejo había empezado a roncar al otro lado de la celda. Podían oír sonidos del pueblo lejano. Perros. Una madre llamando. Música ranchera con sus gritos en falsete, casi como una agonía, tocada por una radio barata en algún lugar de la noche sin nombre.

Aquella noche soñó con caballos en el campo de una altiplanicie donde las lluvias de primavera habían hecho crecer la hierba y las flores silvestres y

las flores azules y amarillas se extendían hasta donde alcanzaba la vista y en el sueño estaba entre los caballos que corrían y en el sueño él mismo podía correr con los caballos y hacer carreras con las yeguas jóvenes y las potrancas por la llanura donde su suntuoso color bayo y sus suntuosos matices castaños brillaban al sol y los potros jóvenes corrían con sus madres y aplastaban las flores en una neblina de polen que flotaba al sol como oro en polvo y él y los caballos corrían por las altas mesetas donde la tierra resonaba bajo sus cascos y pasaban, cambiaban y corrían y sus crines y colas ondeaban como espuma y no había absolutamente nada más en aquel mundo elevado y todos se movían en una resonancia que era como una música entre ellos y ninguno de ellos tenía miedo, ni caballo ni potro ni yegua, y corrían en aquella resonancia que es el propio mundo y que no puede describirse sino sólo elogiarse.

Por la mañana fueron dos guardias, abrieron la puerta, esposaron a Rawlins y se lo llevaron. John Grady se levantó y preguntó adonde lo llevaban, pero no contestaron. Rawlins ni siquiera miró atrás.

El capitán estaba sentado ante su mesa tomando café y leyendo un periódico de Monterrey con fecha de hacía tres días. Alzó la vista. *Pasaporte*, dijo.

No tengo pasaporte, contestó Rawlins.

El capitán le miró. Arqueó las cejas, fingiendo asombro. No tienes pasaporte, dijo. ¿Ninguna identificación?

Rawlins buscó el bolsillo izquierdo de sus pantalones con las manos esposadas. Llegaba hasta el bolsillo pero no podía meter la mano. El capitán hizo un gesto y uno de los guardias se adelantó, sacó el billetero y lo tendió al capitán. El capitán se apoyó en el respaldo de la silla. *Quítale las esposas*, dijo.

El guardia sacó las llaves, agarró las muñecas de Rawlins, abrió las esposas, retrocedió y se colgó las esposas del cinturón. Rawlins se frotó las muñecas. El capitán dio la vuelta al cuero ennegrecido por el sudor. Lo miró por ambos lados y luego observó a Rawlins. Entonces abrió el billetero y sacó las tarjetas y sacó la fotografía de Betty Ward y sacó el dinero americano y después los billetes de *peso*, que eran los únicos sin mutilar.

Extendió estas cosas sobre la mesa, se recostó en la silla, enlazó las manos, se golpeteó el mentón con los índices y miró de nuevo a Rawlins. Rawlins pudo oír una cabra fuera. Pudo oír unos niños. El capitán hizo un movimiento giratorio con un dedo. Da media vuelta, dijo.

Obedeció.

Bájate los pantalones.

¿Que haga qué?

Bájate los pantalones.

¿Para qué demonios...?

El capitán debió de hacer otro gesto porque el guardia se adelantó, se sacó una cachiporra de piel del bolsillo trasero y propinó con ella un golpe a Rawlins en la nuca. La habitación donde se hallaba Rawlins se llenó de luz blanca, las rodillas se le doblaron y manoteó en el aire.

Yacía con la cara contra la madera astillada del suelo. No recordaba haberse caído. El suelo olía a polvo y grano. Pugnó por levantarse. Esperaron. Parecían no tener nada más que hacer.

Se puso en pie frente al capitán. Sentía náuseas en el estómago.

Debes co-o-pe-rar, dijo el capitán. Entonces no tendrás problemas. Da media vuelta. Bájate los pantalones.

Se volvió, desprendió la hebilla de su cinturón y se bajó los pantalones hasta las rodillas y después los baratos calzoncillos de algodón que había comprado en el economato de La Vega.

Súbete la camisa, dijo el capitán.

Se subió la camisa.

Da media vuelta, dijo el capitán.

Se volvió.

Vístete.

Dejó caer la camisa, se agachó y se subió los pantalones, se los abrochó y cerró la hebilla del cinturón.

El capitán tenía en la mano el permiso de conducir de su billetero.

¿Cuál es tu fecha de nacimiento?, preguntó.

Veintiséis de septiembre de mil novecientos treinta y dos.

¿Y cuáles son tus señas?

Carretera Cuatro, Knickerbocker, Texas. Estados Unidos de América.

¿Cuál es tu estatura?

Un metro setenta y cinco.

¿Cuánto pesas?

Setenta y dos kilos.

El capitán golpeó el permiso contra la mesa. Miró a Rawlins.

Tienes buena memoria. ¿Dónde está ese hombre? ¿Qué hombre?

Levantó el permiso. Este hombre. Rawlins.

Rawlins tragó saliva. Miró al guardia y volvió a mirar al capitán. Yo soy Rawlins, dijo.

El capitán sonrió tristemente. Meneó la cabeza.

Rawlins estaba de pie con las manos colgando.

¿Por qué no lo soy?, preguntó.

¿Por qué viniste aquí?, interrogó el capitán.

¿Venir a dónde?

Aquí. A este país.

Vinimos aquí a trabajar. *Somos vaqueros.*

Habla inglés, por favor. ¿Viniste a comprar ganado?

No, señor.

No. No tienes permiso, ¿correcto?

Sólo vinimos aquí a trabajar.

En La Purísima.

En cualquier parte. Allí es donde encontramos trabajo.

¿Cuánto os pagan?

Nos pagaban doscientos *pesos* al mes.

¿Qué pagan por este trabajo en Texas?

No lo sé. Cien al mes.

Cien dólares.

Sí, señor.

Ochocientos *pesos*.

Sí, señor. Supongo.

El capitán volvió a sonreír. ¿Por qué tuvisteis que abandonar Texas?

Nos fuimos, simplemente. No teníamos por qué hacerlo.

Cuál es tu verdadero nombre.

Lacey Rawlins.

Se llevó a la frente el antebrazo de la manga y en seguida deseó no haberlo hecho.

Blevins es tu hermano.

No. No tenemos nada que ver con él.

Qué número de caballos has robado.

No hemos robado ningún caballo.

Estos caballos no tienen *marca*.

Proceden de Estados Unidos.

¿Tienes una *factura* de estos caballos?

No. Cabalgamos hasta aquí desde San Angelo, Texas. No tenemos papeles de ellos. Son simplemente nuestros caballos.

Dónde cruzaste la frontera.

En las afueras de Langtry, Texas.

Qué número de hombres has matado.

Nunca he matado a nadie. Nunca he robado nada en mi vida. Es la verdad.

Por qué llevas armas. Para matar la caza.

¿Casa?

Animales de caza. Caza. *Cazador*.

Ahora sois cazadores. ¿Dónde está Rawlins?

Rawlins estaba a punto de llorar. Lo tiene delante, maldita sea.

Cuál es el verdadero nombre del asesino Blevins.

No lo sé.

Cuánto tiempo hace que le conoces.

No le conozco. No sé nada de él.

El capitán empujó la silla hacia atrás y se levantó. Se estiró el borde de la guerrera para alisar las arrugas y miró a Rawlins. Eres muy tonto, dijo. ¿Por qué quieres tener estos problemas?

Soltaron a Rawlins justo en el umbral y él se deslizó hasta el suelo, se quedó sentado un momento y luego se inclinó lentamente hacia delante y hacia un lado y permaneció así, abrazándose. El guardia señaló a John

Grady con un dedo, que les miraba parpadeando a la luz repentina. Se puso en pie y miró a Rawlins.

Hijos de perra, dijo.

Diles lo que quieren oír, compañero, murmuró Rawlins. No importa absolutamente nada.

Vámonos, dijo el guardia.

¿Qué les has dicho?

Que éramos ladrones de caballos y asesinos. Tú también se lo dirás.

Pero entonces el guardia se acercó, le agarró por un brazo y le hizo salir a empujones y el otro guardia cerró la puerta y engarzó las armellas del candado.

Cuando entraron en la oficina el capitán estaba sentado como antes. Con el pelo recién peinado. John Grady se detuvo ante él. Aparte de la mesa y la silla ocupada por el capitán, en la habitación había tres sillas plegables de metal contra la pared opuesta que sugerían un incómodo vacío. Como si unas personas se hubiesen levantado y marchado. Como si la gente que esperaban no pensase venir. El viejo calendario de una compañía de semillas de Monterrey estaba clavado en la pared de enfrente y una pajarera de hierro colgaba de un pedestal como una lámpara barroca.

Sobre la mesa del capitán había una lámpara de aceite de cristal con el tubo ennegrecido. Un cenicero. Un lápiz afilado con una navaja. *Las esposas*, dijo.

El guardia se adelantó y abrió las esposas. El capitán miraba por la ventana. Había cogido el lápiz de la mesa y se golpeteaba los dientes inferiores con él. Se volvió, dio dos golpes a la mesa con el lápiz y lo dejó. Como un hombre que llamase al orden a una asamblea.

Su amigo nos lo ha dicho todo, anunció, levantando la vista. Comprobará que es mejor decirlo todo en seguida. Así no se tienen problemas.

No tenía motivo para golpear a ese muchacho, dijo John Grady. No sabemos nada de Blevins. Nos pidió que le dejásemos cabalgar con nosotros, eso es todo. No sabemos nada del caballo. El caballo se le escapó durante una tormenta y apareció aquí y así es como empezó todo. No

tuvimos nada que ver con ello. Hacía tres meses que trabajábamos para el señor Rocha en La Purísima. Usted fue allí y le contó una sarta de mentiras. Lacey Rawlins es tan buen chico como el mejor que salió jamás del condado de Tom Green.

Es el delincuente Smith.

Su nombre no es Smith sino Rawlins. No es un delincuente. Le conozco de toda la vida. Crecimos juntos. Fuimos a la misma escuela.

El capitán se apoyó contra el respaldo. Se desabrochó el bolsillo de la camisa, empujó los cigarrillos hacia arriba y cogió uno sin sacar el paquete y volvió a abrocharse el bolsillo. La camisa tenía un corte militar, le iba muy ajustada y los cigarrillos estaban embutidos en el bolsillo. Se inclinó, se sacó un encendedor de la chaqueta, encendió el cigarrillo, dejó el encendedor sobre la mesa junto al lápiz, se acercó el cenicero con un dedo, volvió a recostarse y se quedó con el brazo doblado y el cigarrillo encendido a pocos centímetros de su oreja en una postura que no parecía propia de él. Como si la hubiese admirado en otros en alguna parte.

Qué edad tiene, dijo.

Dieciséis años. Cumpliré diecisiete dentro de seis semanas.

Qué edad tiene el asesino Blevins.

No lo sé. No sé nada de él. Dice que tiene dieciséis, pero creo que catorce es más probable. Incluso trece.

No tiene plumas.

¿No tiene qué?

No tiene pelos.

No lo sabía. No me interesa.

El rostro del capitán se oscureció. Chupó el cigarrillo. Entonces puso la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba e hizo chasquear los dedos.

*Déme su billetera.*

John Grady se sacó el billetero del bolsillo de atrás, se acercó, lo depositó sobre la mesa y retrocedió. El capitán le miró. Se inclinó, cogió el billetero, se recostó, lo abrió y empezó a sacar el dinero, las tarjetas, las fotos. Lo extendió todo y levantó la vista.

Dónde está su tarjeta de agente.

No tengo.

La ha destruido.

No tengo ni la he tenido nunca.

El asesino Blevins no tiene documentos.

Perdió su ropa.

¿Perdió la ropa?

Sí.

¿Por qué vino aquí a robar caballos?

Era su caballo.

El capitán se recostó, fumando.

El caballo no es suyo.

Bueno, siga siendo ignorante si lo prefiere.

¿Cómo?

Que yo sepa, ese caballo es suyo. Lo tenía en Texas y sé que lo trajo a México porque le vi cruzar el río montado en él.

El capitán tecleó con los dedos sobre el brazo de la silla. No le creo, dijo.

John Grady no contestó.

Éstos no son los hechos.

Se volvió a medias en la silla para mirar por la ventana.

No son los hechos, repitió. Se volvió y miró al prisionero por encima del hombro.

Tiene la oportunidad de decir la verdad aquí. Aquí. Dentro de tres días irán a Saltillo y entonces no tendrá esta oportunidad. Se habrá esfumado. Entonces la verdad estará en otras manos. Compréndalo. Podemos hacer la verdad aquí. O podemos perderla. Pero cuando se vaya de aquí, será demasiado tarde. Demasiado tarde para la verdad. Entonces estará en manos de otras partes. ¿Quién puede decir qué será la verdad entonces? ¿En qué momento? Entonces se arrepentirá. Ya lo verá.

Sólo hay una verdad, dijo John Grady. La verdad es lo que ocurrió. No es lo que sale de la boca de alguien.

¿Le gusta esta pequeña ciudad?, inquirió el capitán.

Está bien.



Se está muy tranquilo aquí.

Sí.

La gente de esta ciudad es gente tranquila. Todos son siempre tranquilos aquí.

Se inclinó y apagó la colilla en el cenicero.

Entonces llega el asesino Blevins a robar caballos y a matar a todo el mundo. ¿Por qué esto? Era un chico tranquilo y nunca había hecho daño a nadie; ¿por qué entonces viene aquí y hace cosas como ésta?

Se recostó y meneó la cabeza con la misma tristeza.

No, dijo, moviendo un dedo. No.

Observó a John Grady.

La verdad es ésta: no era un chico tranquilo. Siempre fue esta otra clase de chico. Siempre.

Cuando los guardias devolvieron a la celda a John Grady, se llevaron a Blevins. Podía andar, pero no bien. Cuando el candado se cerró con un chasquido, resonó al oscilar y se paró, John Grady se puso en cuclillas delante de Rawlins.

¿Cómo te encuentras?, preguntó.

Estoy bien. ¿Y tú?

Muy bien.

¿Qué ha ocurrido?

Nada.

¿Qué le has dicho?

Le dije que estás lleno de mierda.

¿No has podido ir a la ducha?

No.

Has estado fuera mucho rato.

Sí.

Tiene allí una chaqueta blanca colgada de un gancho. La coge, se la pone y se la ata en torno a la cintura con un cordel.

John Grady asintió. Miró al viejo. El viejo no les quitaba los ojos de encima, aunque no hablaba inglés.

Blevins está enfermo.

Sí, ya lo sé. Creo que vamos a Saltillo.

¿Qué hay en Saltillo?

No lo sé.

Rawlins cambió de posición contra la pared y cerró los ojos.

¿Estás bien?, preguntó John Grady.

Sí, estoy muy bien.

Creo que quiere hacer alguna clase de trato con nosotros.

¿El capitán?

Capitán o lo que sea.

Qué clase de trato.

Cerrar el pico. Esa clase de trato.

Como si pudiéramos escoger. ¿Cerrar el pico sobre qué?

Sobre Blevins.

¿Callar sobre Blevins acerca de qué?

John Grady miró el pequeño rectángulo de luz de la puerta y el enrejado en la pared sobre la cabeza del viejo. Luego miró a Rawlins.

Creo que se proponen matarle. Creo que se proponen matar a Blevins.

Rawlins permaneció quieto mucho rato, con la cabeza vuelta hacia la pared. Cuando miró a John Grady, tenía los ojos húmedos.

Quizá no lo hagan, dijo.

Creo que sí.

Ah, maldición, exclamó Rawlins. Infierno y maldición para todos.

Cuando llevaron de nuevo a Blevins, se sentó en el rincón y no habló. John Grady habló con el viejo. Se llamaba Orlando. No sabía de qué crimen le acusaban. Le habían dicho que podría irse cuando firmara los papeles pero él no sabía leer los papeles y nadie quería leérselos. No sabía cuánto tiempo había pasado aquí. Desde el invierno. Mientras hablaban, los guardias entraron otra vez y el viejo calló.

Dejaron dos cubos juntos en el suelo y un montón de platos de hojalata. Uno de ellos miró dentro del cubo de agua y el otro cogió el cubo de desperdicios y salieron. Tenían un aire rutinario, como hombres acostumbrados a cuidar ganado. Cuando se hubieron ido los prisioneros se pusieron en cuclillas alrededor de los cubos y John Grady repartió los

platos. Había cinco, como si esperasen a unos desconocidos. A falta de cubiertos, usaron las *tortillas* para coger los frijoles del cubo.

Blevins, dijo John Grady. ¿No piensas comer?

No tengo hambre.

Será mejor que comas algo de esto.

Comed vosotros.

John Grady puso frijoles en uno de los platos sobrantes, dobló la *tortilla* en el borde del plato, se levantó, lo llevó a Blevins y volvió. Blevins se quedó sosteniendo el plato en la falda.

Al cabo de un rato dijo: ¿Qué les has dicho acerca de mí?

Rawlins dejó de masticar y miró a John Grady. John Grady miró a Blevins.

Les he dicho la verdad.

Claro, dijo Blevins.

¿Crees que lo que les digamos puede cambiar algo?, preguntó Rawlins.

Podríais haber intentado ayudarme.

Rawlins miró a John Grady.

Podríais haber dicho algo en favor mío, insistió Blevins.

Algo en favor tuyo, dijo Rawlins.

No os habría costado nada.

Cierra el pico, dijo Rawlins. Ciérralo. Si dices algo más me acercaré a machacar tu culo flaco. ¿Me has oído? Si dices una sola maldita palabra más.

Déjale en paz, dijo John Grady.

Estúpido hijo de perra. ¿Crees que ese hombre de allí dentro no sabe qué eres? Sabía lo que eres antes de echarte la vista encima. Antes de que nacieras. Maldito seas. Maldito seas y al infierno con todo.

Casi lloraba. John Grady le puso la mano en el hombro. Déjalo, Lacey, dijo. Déjalo.

Por la tarde fueron los guardias, dejaron el cubo de desperdicios y se llevaron los platos y los otros dos cubos.

¿Cómo crees que estarán los caballos?, inquirió Rawlins. John Grady meneó la cabeza.

Caballos, dijo el viejo. *Caballos.*

*Sí, caballos.*

Permanecieron sentados en el cálido silencio, escuchando los sonidos del pueblo. El paso de unos caballos por el camino. John Grady preguntó al viejo si le habían maltratado, pero el viejo movió una mano y descartó el asunto. Dijo que no le molestaban mucho. Añadió que no era una diversión para ellos. Los quejidos secos de un anciano. Dijo que el dolor ya no era una sorpresa para los viejos.

Tres días después les sacaron de la celda parpadeando a la luz de la madrugada, cruzaron el patio y la escuela y salieron a la calle. Allí estaba aparcado un camión Ford de tonelada y media con plataforma. Esperaron en la calle sucios y sin afeitar con las mantas al brazo. Al cabo de un rato uno de los guardias les indicó que subieran al camión. Salió otro guardia del edificio, les pusieron las mismas gastadas esposas de antes y luego los ataron juntos con una cadena que estaba enrollada dentro de la rueda de recambio en la parte delantera del camión. El capitán salió y permaneció al sol balanceándose sobre los tacones y tomando una taza de café. Llevaba un cinturón y pistolera de cuero blanqueados con tierra de pipas y la pistola automática del 45 pendía amartillada, con la culata hacia abajo, de su costado izquierdo. Habló a los guardias y ellos agitaron sus armas y un hombre que estaba inclinado sobre el parachoques delantero del coche se levantó de detrás del capó, gesticuló, habló y volvió a agacharse sobre el motor.

¿Qué ha dicho?, preguntó Rawlins.

Nadie contestó. En la plataforma del camión había fardos y cajas amontonadas junto con latas de gasolina de veinticinco litros del ejército. No dejaba de llegar gente del pueblo con paquetes y trozos de papel que entregaban al conductor, quien se los metía en el bolsillo de la camisa sin comentarios.

Ahí están tus chicas, dijo Rawlins.

Ya las veo, respondió John Grady.

Estaban las dos juntas, una apoyada en el brazo de la otra, ambas llorando.

¿Qué condenado sentido tiene esto?, inquirió Rawlins.

John Grady meneó la cabeza.

Las chicas miraron mientras cargaban el camión y los guardias fumaban sentados con los rifles apoyados contra el hombro y todos seguían igual al cabo de una hora, cuando el camión arrancó por fin y el capó se cerró y el vehículo con los prisioneros encadenados bajó tambaleándose ligeramente por la estrecha calle de tierra y desapareció en una ondulante estela de polvo y gases del tubo de escape.

En la plataforma había tres guardias con los prisioneros, muchachos del campo con uniformes mal ajustados y sin planchar. Les debían de haber ordenado que no hablasen a los prisioneros porque procuraban no mirarles a los ojos. Inclínaban la cabeza o levantaban gravemente una mano a la gente conocida de los umbrales mientras bajaban por la polvorienta calle. El capitán iba sentado en la cabina con el conductor. Salieron algunos perros a perseguir el camión y el conductor giró bruscamente el volante, tratando de atropellarlos, y los guardias de la plataforma buscaron asideros y el conductor les miró riendo por el espejo retrovisor y todos rieron y se dieron puñetazos mutuamente hasta que volvieron a sentarse gravemente con sus rifles.

Torcieron hacia una calle estrecha y se pararon ante una casa pintada de azul brillante. El capitán se inclinó y tocó la bocina. Al rato se abrió la puerta y salió un hombre. Iba vestido con bastante elegancia, al estilo de un *charro*, y dio la vuelta al camión, el capitán se apeó y el hombre subió a la cabina, el capitán le siguió y cerró la puerta y otra vez se pusieron en marcha.

Bajaron la calle hasta la última casa y los últimos corrales y rediles enlodados y cruzaron un vado muy superficial donde el agua lenta brillaba como aceite de colores y recobraba su fluidez a sus espaldas aun antes de que la huella de los neumáticos hubiera terminado de secarse. El camión subió con esfuerzo el terraplén rocoso del vado y luego enfiló el camino del desierto bajo la luz plana del mediodía.

Los prisioneros miraban hervir el polvo de debajo del camión, flotar sobre el camino y desvanecerse lentamente por el desierto. Se tambaleaban

de un lado a otro sobre las bastas planchas de roble del suelo del camión e intentaban mantener sus mantas dobladas debajo de ellos. Cuando llegaron a una encrucijada tomaron la pista que les llevaría a Cuatro Ciénagas y después a Saltillo, a cuatrocientos kilómetros al sur.

Blevins había desdoblado la manta para acostarse sobre ella con los brazos bajo la cabeza. Yacía mirando fijamente el puro azul del cielo del desierto donde no había ni una nube, ni un pájaro. Cuando habló, su voz temblaba por el traqueteo del camión contra su espalda.

Chicos, dijo, éste va a ser un largo viaje.

Le miraron y se miraron entre sí. No dijeron si pensaban que lo sería o no.

El viejo dijo que tardaríamos todo el día en llegar, dijo Blevins. Se lo pregunté. Dijo que todo el día.

Antes de mediodía alcanzaron la carretera principal que empezaba en Boquillas, en la frontera, y la tomaron en dirección hacia el interior. Atravesaron los pueblos de San Guillermo, San Miguel, Tanque el Revés. Los pocos vehículos que encontraron en aquella pista caliente y llena de agujeros pasaron en una tormenta de polvo y piedras rebotadas y los que ocupaban la plataforma escondían las caras contra los codos. Se detuvieron en Ocampo, descargaron varias cajas de productos agrícolas y un poco de correo y siguieron hacia El Oso. A primera hora de la tarde se pararon ante un pequeño café de la cuneta y los guardias se apearon y entraron con los rifles. Los prisioneros se quedaron encadenados en la plataforma. En el árido patio de tierra unos niños que habían estado jugando se detuvieron a mirarles y un perro blanco y flaco que parecía haber esperado semejante llegada se acercó y orinó largamente contra la rueda trasera del camión antes de alejarse de nuevo.

Los guardias salieron riendo y liando cigarrillos. Uno de ellos llevaba tres botellas de naranjada, las pasó a los prisioneros y se quedó esperando las botellas mientras bebían. Cuando el capitán apareció en el umbral volvieron a subir al camión. Salió el guardia que había devuelto las botellas y luego el hombre vestido de *charro* y por fin el conductor. Cuando todos

estuvieron en su sitio, el capitán emergió de la sombra del umbral, cruzó la senda de grava, subió al camión y arrancaron.

En Cuatro Ciénegas entraron en la carretera pavimentada y se dirigieron hacia el sur, a Torreón. Uno de los guardias se levantó y se volvió a mirar el letrero de la carretera, apoyado en el hombro de su compañero. Se sentó de nuevo y echaron una mirada a los prisioneros y después se quedaron observando el paisaje mientras el camión aumentaba la velocidad. Una hora después dejaron la carretera y el camión empezó a traquetear por una pista de tierra a través de campos ondulantes, los grandes *baldíos* en barbecho corrientes en aquel país donde el ganado salvaje del color de la cera sube de los *arroyos* para alimentarse de noche como criminales extranjeros. En el norte se formaban nubarrones de verano y Blevins estudiaba el horizonte y observaba los delgados alambres de los relámpagos y también el polvo, para ver cómo soplaba el viento. Cruzaron un ancho cauce de grava seca y blanca bajo el sol y se adentraron en un prado donde la hierba era tan alta como los neumáticos y crujía al ser aplastada con un borboteo y entraron en un soto de ébanos del que ahuyentaron a una pareja de halcones que hacían su nido y frenaron en el patio de una *estancia* abandonada, un cuadrilátero de construcciones de adobe y restos de apriscos.

Nadie se movió en la plataforma del camión. El capitán abrió la puerta y se apeó. *Vámonos*, dijo.

Se apearon con sus armas. Blevins miró las casas ruinosas de alrededor. ¿Qué hay allí?, preguntó.

Uno de los guardias apoyó el rifle contra el camión, rebuscó en el aro de llaves, alargó la mano y abrió la cadena, tiró los extremos sueltos a la plataforma, recogió el rifle e indicó por señas a los prisioneros que se apearan. El capitán había mandado a uno de los guardias explorar el perímetro y se quedaron esperando su regreso. El *charro* estaba apoyado contra el guardabarros delantero del camión, con un pulgar en el cinturón de cuero repujado, fumando un cigarrillo.

¿Qué hacemos aquí?, inquirió Blevins.

No lo sé, dijo John Grady.

El conductor no había bajado del camión. Estaba repantigado en el asiento con el sombrero sobre los ojos y parecía dormir.

Tengo que orinar, dijo Rawlins.

Caminaron por la hierba, Blevins les siguió cojeando. Nadie les miraba. El guardia volvió e informó al capitán y el capitán le cogió el rifle y lo entregó al *charro* y el *charro* lo sopesó como si fuese un arma de juguete. Los prisioneros volvieron dispersos al camión. Blevins se sentó un poco apartado y el *charro* le miró, se quitó el cigarrillo de la boca, lo tiró a la hierba y lo pisó. Blevins se levantó y fue al fondo del camión, donde John Grady y Rawlins estaban de pie.

¿Qué van a hacer?, preguntó.

El guardia que no llevaba rifle fue al fondo del camión.

*Vámonos*, dijo.

Rawlins se levantó del suelo.

*Sólo el chico*, dijo el guardia. *Vámonos*.

Rawlins miró a John Grady.

¿Qué van a hacer?, preguntó Blevins.

No van a hacer nada, contestó Rawlins.

Miró a John Grady. John Grady no dijo nada. El guardia alargó la mano y agarró del brazo a Blevins. *Vámonos*, repitió.

Espera un momento, dijo Blevins.

*Están esperando*, apremió el guardia.

Blevins se desasió y se sentó en el suelo. La cara del guardia se nubló. Miró hacia la parte delantera del camión, donde el capitán esperaba de pie. Blevins se había quitado una bota y rebuscaba en su interior. Sacó la plantilla negra y sudada, la tiró y volvió a meter la mano. El guardia se agachó, agarró el brazo delgado de Blevins y le levantó. Blevins agitó los brazos, intentando dar algo a John Grady.

Toma, murmuró.

John Grady le miró. ¿Por qué me das esto?

Cógelo, dijo Blevins.

Le puso en la mano un fajo de billetes de *peso*, sucios y arrugados, y el guardia tiró de él por el brazo y le empujó hacia delante. La bota había



caído al suelo.

Espere, dijo Blevins. Necesito la bota.

Pero el guardia le empujó lejos del camión y Blevins se alejó cojeando, volviéndose una vez, mudo y aterrado, y luego siguiendo con el capitán y el *charro* a través del claro hacia los árboles. El capitán había rodeado al muchacho con un brazo o puesto una mano en su espalda. Como un consejero bondadoso. El otro hombre caminaba detrás de ellos con el rifle y Blevins desapareció entre los ébanos cojeando sobre una sola bota, muy parecido a como le habían visto aquella mañana subiendo del *arroyo* después de la lluvia en aquella región desconocida hacía ya mucho tiempo.

Rawlins miró a John Grady. Tenía los labios muy apretados. John Grady miró desaparecer la pequeña y andrajosa figura, cojeando entre los árboles con sus guardianes. No parecía haber en él la sustancia suficiente para ser objeto de la ira de los hombres. Nada en él parecía suficiente para llevar a cabo cualquier empresa.

No digas nada, dijo Rawlins.

Está bien.

No digas una maldita palabra.

John Grady se volvió a mirarle. Miró a los guardias y miró el lugar donde se encontraban, la extraña tierra, el extraño cielo.

Está bien, dijo, no diré nada.

En algún momento el conductor se había apeado, dirigiéndose luego a alguna parte a inspeccionar los edificios. Los otros se quedaron donde estaban, los dos prisioneros y los tres guardias con sus uniformes arrugados. El que no tenía rifle estaba en cuclillas junto a la rueda. Esperaron mucho rato. Rawlins se inclinó, puso los puños en el suelo del camión, bajó la frente y cerró los ojos con fuerza. Al cabo de un rato se irguió de nuevo y miró a John Grady.

No pueden llevarle hasta allí y matarle, dijo. Cabrones. Llevarle hasta allí y matarle.

John Grady le miró y en aquel instante sonó un pistoletazo al otro lado de los ébanos. No alto, sólo una especie de chasquido sordo. Después otro.

Cuando volvieron de entre los árboles, el capitán llevaba las esposas. *Vámonos*, gritó.

Los guardias se movieron. Uno de ellos se puso de pie sobre el cubo de la rueda posterior y alargó la mano por encima de los tablones de la plataforma para coger la cadena. El conductor volvió de las ruinas de la *quinta*.

Estamos bien, murmuró Rawlins, estamos bien.

John Grady no contestó. Estuvo a punto de bajarse el ala del sombrero sobre la frente pero entonces recordó que ya no llevaban sombrero y se volvió, subió a la plataforma del camión y esperó a ser encadenado. La bota de Blevins aún seguía sobre la hierba. Uno de los guardias se inclinó, la recogió y la lanzó a la maleza.

Cuando salieron del claro ya estaba oscureciendo y el sol yacía alargado sobre la hierba y a través de los terrenos pantanosos donde la tierra se sumergía en bolsas de oscuridad. Pequeñas aves llegadas para comer en la penumbra fresca del campo abierto se encendían y volaban inflamadas sobre la hierba y los halcones, en silueta contra la puesta de sol, esperaban su paso en las ramas superiores de un árbol muerto.

Entraron en Saltillo a las diez de la noche, cuando el populacho salía de *paseo* y los cafés estaban llenos. Aparcaron en la plaza frente a la catedral y el capitán se apeó y cruzó la calle. Había ancianos sentados en bancos bajo la luz amarillenta de los faroles mientras les limpiaban los zapatos y se veían pequeños letreros que prohibían pisar el césped. Vendedores ambulantes vendían *paletas* de zumos de fruta helados y muchachas de rostros empolvados paseaban de la mano por parejas, mirando por encima del hombro con ojos oscuros e inciertos. John Grady y Rawlins se sentaron envueltos en sus mantas. Nadie les hizo el menor caso. Al cabo de un rato volvió el capitán, subieron al camión y se pusieron de nuevo en marcha.

Circularon por las calles e hicieron paradas ante pequeños umbrales mal iluminados, casas pequeñas y *tiendas* hasta que casi hubieron repartido todos los paquetes de la plataforma del camión y cargado algunos nuevos. Cuando frenaron ante las macizas puertas de la vieja prisión de Castelar ya había pasado la medianoche.

Los llevaron a una habitación con suelo de piedra que olía a desinfectante. El guardia les quitó las esposas y los dejó y ellos se pusieron en cuclillas apoyados contra la pared con las mantas sobre los hombros como mendigos. Así permanecieron durante mucho rato. Cuando volvió a abrirse la puerta entró el capitán y se quedó mirándolos bajo el débil resplandor de la única bombilla del techo. No llevaba la pistola. Hizo un gesto con la barbilla y el guardia que había abierto la puerta se retiró y cerró la puerta tras de sí.

El capitán se quedó mirándolos con los brazos cruzados y el pulgar bajo el mentón. Los prisioneros le miraban, se miraban los pies y apartaban la vista. Permaneció observándolos durante largo rato. Todos parecían esperar algo. Como pasajeros en un tren parado. No obstante, el capitán habitaba otro espacio y era un espacio de su propia elección, ajeno al mundo ordinario de los hombres. Un espacio privilegiado para hombres del acto irrevocable que, pese a contener en su interior todos los mundos menores, no contenía el acceso a ellos. Porque los términos de la elección formaban parte de su oficio y una vez elegido, aquel mundo no podía ser abandonado.

Paseó arriba y abajo. Se detuvo. Dijo que el hombre llamado el *charro* había sufrido un ataque de nervios en el soto de ébanos al otro lado de las ruinas de la *estancia*; era el hombre cuyo hermano había muerto a manos del asesino Blevins y el hombre que había pagado dinero para que se cumplieran ciertas disposiciones que al capitán le había dolido mucho cumplir.

Este hombre vino en mi busca. Yo no le busqué. Vino a mí. Hablando de justicia. Hablando del honor de su familia. ¿Creen que los hombres quieren realmente estas cosas? Yo pienso que muchos hombres no las quieren.

Aun así, me sorprendí. Estaba sorprendido. Aquí no tenemos pena de muerte para los criminales. Puede llegarse a otros acuerdos. Les digo esto porque ustedes mismos aceptarán un acuerdo.

John Grady levantó la vista.

No son los primeros americanos que vienen aquí, continuó el capitán. A este lugar. Tengo amigos aquí y ustedes cerrarán estos acuerdos con estas gentes. No quiero que cometan errores.

No tenemos dinero, dijo John Grady. No pensamos llegar a ningún acuerdo.

Discúlpeme pero aceptarán algunos acuerdos. Ustedes no saben nada.

¿Qué ha hecho con nuestros caballos?

Ahora no estamos hablando de caballos. Los caballos deben esperar. Encontraremos a los verdaderos propietarios.

Rawlins miró sombríamente a John Grady. Cierra tu maldito pico, dijo.

Puede hablar, dijo el capitán. Es mejor que todo el mundo se entienda. No pueden quedarse aquí, en este lugar. Si se quedan, morirán. Surgirán otros problemas. Se perderán papeles. Algunas personas no podrán ser encontradas. Algunas personas vendrán aquí buscando a un hombre pero él no estará. Nadie podrá encontrar estos papeles. Algo parecido. Ya lo verán. Nadie quiere estos problemas. ¿Quién puede decir que alguien estuvo aquí? No tenemos su cuerpo. Sólo un loco puede decir que Dios está aquí, pues todo el mundo sabe que Dios no está aquí.

El capitán alargó el brazo y golpeó la puerta con los nudillos.

No tenía por qué matarle, dijo John Grady.

¿Cómo?

Podrían haberle devuelto. Podrían haberle llevado en la parte trasera del camión. No tenía por qué matarle.

Fuera sonó un aro de llaves. La puerta se abrió. El capitán levantó la mano a una figura invisible en la oscuridad parcial del pasillo.

*Momento*, dijo.

Se volvió y se quedó observándoles.

Les contaré una historia, dijo. Porque me son simpáticos. Verán, yo era un joven como ustedes. Y les diré que entonces estaba siempre con los chicos mayores porque quería aprenderlo todo. Así que en la noche de la fiesta de San Pedro en la ciudad de Linares, en Nuevo León, estaba con esos chicos y tenían *mescal* y de todo (¿saben qué es *mescal*?) y había esa mujer y todos los chicos querían estar con ella y tenerla. Y yo fui el último. Fui a donde estaba esa mujer y ella me rechazó porque dijo que era demasiado joven o algo así.

¿Qué hace un hombre? Pues verán. No podía volver porque todos sabrían que no había estado con la mujer. Porque la verdad siempre salta a la vista. Ya saben. Un hombre no puede ir a hacer algo y volver en seguida. ¿Por qué volver? ¿Porque ha cambiado de opinión? Un hombre no cambia de opinión.

El capitán cerró el puño y lo mantuvo en alto.

Quizá le dijeron que me rechazara. Para reírse. Le dieron dinero o algo así. Pero yo no dejo que las putas me pongan en un apuro. Cuando volví no se rieron. Nadie se rió. Ya ven. Siempre ha sido mi actitud en este mundo. Soy un hombre que cuando va a algún sitio, nadie se ríe de él. Cuando voy, dejan de reír.

Les hicieron subir cuatro tramos de escalera de piedra, cruzar una puerta de acero y enfilar un pasillo de hierro. El guardián les sonrió a la luz de la bombilla que lucía encima de la puerta. Al otro lado estaba el cielo nocturno de las montañas del desierto. A sus pies, el patio de la prisión.

*Se llama la periquera, dijo.*

Le siguieron por el pasillo. La sensación de una vida maligna dormitando en las jaulas oscuras que pasaban de largo. Aquí y allá en las hileras de pasillos del lado opuesto del cuadrilátero una luz mortecina iluminaba el enrejado de las celdas donde cirios votivos ardían toda la noche delante de algún *santo*. La campana de la torre de la catedral a tres manzanas de distancia sonó con una profunda solemnidad oriental.

Estaban encerrados en una celda en el ángulo más alto de la prisión. La puerta de barrotes de hierro se cerró con estruendo y el cerrojo resonó como una matraca; escucharon al guardián volver por el pasillo, escucharon la puerta de hierro al cerrarse y entonces todo fue silencio.

Durmieron en literas de hierro encadenadas a las paredes sobre delgados *trocheros* o jergones grasientos, repugnantes e infectados. Por la mañana bajaron los cuatro tramos de escalera de acero hasta el patio y se reunieron con los demás prisioneros para la *lista* matutina. La *lista* se leía por orden y, no obstante, al cabo de más de una hora aún no habían gritado sus nombres.

Me parece que no estamos aquí, dijo Rawlins.

Su desayuno fue un claro *pozole* y nada más y después los dejaron solos en el patio. Pasaron todo el primer día peleándose y cuando por fin los encerraron en la celda por la noche estaban ensangrentados y exhaustos y Rawlins tenía la nariz rota y muy hinchada. La prisión no era otra cosa que un poblacho amurallado y su interior era un constante hervidero de toda clase de tráfico e intercambio, desde radios y mantas hasta cerillas, botones y clavos de zapato y en medio de este comercio reinaba una pugna constante por la categoría y la posición. Apuntalando todo esto, como la norma fiscal en las sociedades comerciales, yacía una capa de depravación y violencia donde con una igualdad absoluta todos los hombres eran juzgados por un único patrón: su capacidad para matar.

Durmieron y por la mañana todo volvió a empezar. Luchaban espalda contra espalda y se levantaban mutuamente y volvían a luchar. A mediodía Rawlins no podía masticar. Van a matarnos, dijo.

John Grady machacó frijoles en una lata de agua hasta reducirlos a una pasta y la empujó hacia Rawlins.

Escúchame, dijo. No les dejes pensar que no van a tener que hacerlo. ¿Me oyes? Tengo intención de obligarles a matarme. Ni más ni menos. O nos matan o nos dejan en paz. No hay término medio.

No tengo ninguna parte que no me duela.

Lo sé. Lo sé y no me importa.

Rawlins chupó las gachas y miró a John Grady por encima del borde de la lata. Pareces un jodido mapache, dijo.

John Grady sonrió con la boca torcida. ¿Qué diablos crees que pareces tú?

Mierda si lo sé.

Deberías desear tener el buen aspecto de un mapache.

No puedo reír. Creo que tengo la mandíbula rota.

No te pasa nada.

Mierda, dijo Rawlins.

John Grady sonrió. ¿Ves aquel gran muchachote que nos ha estado observando?

Veo al hijo de puta.

¿Le ves mirando hacia aquí?

Le veo.

¿Qué crees que pienso hacer?

No tengo la menor idea.

Voy a levantarme de aquí, caminar hacia él y darle un puñetazo en la boca.

No lo harás.

Obsérvame. ¿Por qué?

Para ahorrarle el camino.

Al final del tercer día parecía haberse acabado. Estaban ambos medio desnudos y John Grady había recibido el golpe de un calcetín lleno de grava que le arrancó dos dientes de la mandíbula inferior y le cerró completamente el ojo izquierdo. El cuarto día era domingo y compraron ropa con el dinero de Blevins y una pastilla de jabón, se ducharon, compraron una lata de sopa de tomate, la calentaron en la lata sobre un trozo de vela, la envolvieron con la manga de la camisa vieja de Rawlins para que sirviera de asa y se la fueron pasando mutuamente mientras el sol se ponía tras la alta pared oeste de la prisión.

¿Sabes? A lo mejor lo conseguimos, dijo Rawlins.

No empieces a sentirte cómodo. Pensemos sólo de un día para otro.

¿Cuánto dinero crees que costaría salir de aquí?

No lo sé. Yo diría que un montón.

Yo también.

No hemos sabido nada de los compinches del capitán aquí dentro. Supongo que esperan a ver si queda algo para sacar bajo fianza.

Alargó la lata a Rawlins.

Termínatela tú, dijo Rawlins.

Toma. Sólo queda un sorbo.

Cogió la lata, la apuró, echó un poco de agua, la agitó y bebió y se quedó mirando la lata vacía.

Si creen que somos ricos, ¿por qué no nos han cuidado mejor?

No lo sé. Sé que no mandan en este lugar. Sólo mandan sobre lo que entra y lo que sale.

Y aún, dijo Rawlins.

Los focos se encendieron en los muros superiores. Unas figuras que se movían en el patio se inmovilizaron y luego volvieron a moverse.

La bocina está a punto de sonar.

Tenemos un par de minutos.

No sabía que existía un lugar como éste.

Supongo que existen todos los lugares que puedas imaginarte.

Rawlins asintió. Nunca me habría imaginado éste, dijo.

Llovía en alguna parte del desierto. Podían oler la creosota húmeda en el viento. Se encendieron unas luces en una casa de ladrillo de cenizas construida provisionalmente en una esquina del muro de la prisión donde un prisionero acomodado vivía como un sátrapa en el exilio con cocinero y guardaespaldas incluidos. La casa tenía una puerta de celosía y una figura pasó y volvió a pasar detrás de ella. En el terrado había una cuerda de tender donde la ropa del prisionero ondeaba suavemente bajo la brisa nocturna como banderas nacionales. Rawlins indicó las luces.

¿Le has visto alguna vez?

Sí, una. Una tarde estaba en la puerta fumando un cigarro.

¿Has aprendido algo de la jerga de aquí?

Un poco.

¿Qué es una *pucha*?

Una colilla.

Entonces, ¿qué es una *tecolata*?

Lo mismo.

¿Cuántos jodidos nombres tienen para una colilla?

No lo sé. ¿Sabes qué es un *papazote*?

No, ¿qué?

Un pez gordo.

Así llaman al tipo que vive ahí. Sí.

Y nosotros somos un par de *gabachos*.

*Bolillos*.

*Pendejos*.



Cualquiera puede ser un *pendejo*, dijo John Grady. Sólo quiere decir un idiota.

¿Ah, sí? Pues somos los más grandes de aquí.

No lo discutiré.

Callaron.

En qué piensas, dijo Rawlins.

En lo mucho que va a doler levantarse de aquí.

Rawlins asintió. Miraron moverse a los prisioneros bajo el fuerte resplandor de las luces.

Todo por un maldito caballo, dijo Rawlins.

John Grady se inclinó y escupió entre sus botas y volvió a apoyarse. El caballo no tuvo nada que ver con esto, dijo.

Aquella noche yacieron como acólitos en su celda sobre los catres de hierro y escucharon el silencio y un ronquido estrepitoso procedente de algún lugar del bloque y un perro que ladraba débilmente en la distancia y el silencio y a sí mismos respirando en el silencio, ambos todavía despiertos.

Creemos que somos un par de vaqueros bastante duros, dijo Rawlins.

Sí. Tal vez.

Podrían matarnos en cualquier momento.

Sí. Lo sé.

Dos días después el *papazote* mandó a buscarlos. Un hombre alto y delgado cruzó el cuadrilátero al atardecer hasta donde estaban sentados, se inclinó y les pidió que le acompañaran y luego se enderezó y alejó a grandes zancadas. Ni siquiera se volvió a mirar si se habían levantado para seguirle.

¿Qué quieres hacer?, preguntó Rawlins.

John Grady se levantó con rigidez y se sacudió el polvo de los pantalones con una mano.

Despega el culo del suelo, dijo.

El hombre se llamaba Pérez. Su casa era una sola habitación en el centro de la cual había una mesa plegable de latón y cuatro sillas. Contra una pared había una pequeña cama de hierro y en un rincón una alacena, un

estante con algunos platos y un hornillo con tres quemadores. Pérez estaba de pie mirando hacia el patio por la pequeña ventana. Cuando se volvió hizo un gesto ampuloso con dos dedos y el hombre que había ido a buscarles salió caminando hacia atrás y cerró la puerta.

Mi nombre es Emilio Pérez, dijo. Por favor, siéntense.

Apartaron sillas de la mesa y se sentaron. El suelo de la habitación era de tablones pero no estaban clavados a ninguna parte. Los bloques de las paredes no estaban enlucidos y los postes sin descortezar que sostenían el techo estaban sueltos contra la mampuesta superior y las láminas de hojalata del techado sujetas por ladrillos amontonados en los bordes. Varios hombres podrían haber desmantelado la estructura en media hora. Sin embargo, había luz eléctrica y un calentador de gas. Una alfombra. Fotos de calendarios clavadas en las paredes.

A vosotros, jovencitos, dijo, os gusta mucho pelear, ¿verdad?

Rawlins empezó a hablar pero John Grady le interrumpió. Sí, dijo, nos gusta muchísimo.

Pérez sonrió. Era un hombre de unos cuarenta años con cabellos grises y bigote, ágil y bien parecido. Apartó la tercera silla, pasó la pierna por encima del respaldo con estudiada naturalidad, se sentó y apoyó los codos en la mesa. La mesa estaba pintada de verde con una brocha y el logotipo de una cervecería era parcialmente visible a través de la pintura. Enlazó las manos.

Toda esta lucha, dijo. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

Alrededor de una semana.

¿Cuánto tiempo planeáis quedaros?

Para empezar, nunca planeamos venir, contestó Rawlins. No creo que nuestros planes tengan mucho que ver con esto.

Pérez sonrió. Los americanos no se quedan mucho con nosotros, dijo. A veces vienen por algunos meses. Dos o tres. Luego se marchan. La vida aquí no es tan buena para los americanos. No les gusta mucho.

¿Puede sacarnos de aquí?

Pérez separó las manos y se encogió de hombros.

Sí, dijo, puedo hacerlo, claro.

¿Por qué no se saca a usted mismo?, inquirió Rawlins.

Se recostó. Sonrió de nuevo. El ademán que hizo de extender de repente las manos como pájaros ahuyentados apenas concordaba con su aire general de reserva. Como si pensara que tal vez era un gesto americano que ellos comprenderían.

Tengo enemigos políticos. ¿Qué, si no? Voy a ser claro con vosotros. Aquí no vivo demasiado bien. Necesito dinero para instalarme a mi gusto y esto resulta muy caro. Carísimo.

Está cavando un pozo seco, dijo John Grady. Nosotros no tenemos dinero.

Pérez les miró con gravedad.

Si no tenéis dinero, ¿cómo podréis liberaros de vuestra prisión?

Díganoslo usted.

Es que no hay nada que decir. Sin dinero no podéis hacer nada.

Entonces creo que no llegaremos a ninguna parte.

Pérez los estudió. Se inclinó hacia delante y volvió a enlazar las manos. Parecía reflexionar sobre cómo plantear las cosas.

Éste es un asunto muy serio, dijo. No comprendéis la vida de aquí. Pensáis que las peleas son para estas cosas. Unos cordones de zapato, unos cigarrillos o algo por el estilo. La *lucha*. Es un punto de vista ingenuo. ¿Sabéis qué significa ingenuo? Un punto de vista ingenuo. Los hechos reales son siempre diferentes. No podéis quedaros en este lugar y ser personas independientes. No conocéis la situación de aquí. No habláis su lengua.

Él la habla, dijo Rawlins.

Pérez meneó la cabeza. No, dijo, no la habla. Quizá dentro de un año podría comprenderla. Pero no tenéis un año. No tenéis tiempo. Si no confiáis en mí no puedo ayudaros. ¿Me comprendéis? No puedo ofrecer os mi ayuda.

John Grady miró a Rawlins. ¿Estás listo, compañero?

Sí, estoy listo.

Apartaron las sillas y se levantaron.

Pérez les miró. Sentaos, por favor, dijo.

No hay ningún motivo para sentarnos.

Golpeó la mesa con los dedos. Sois muy tontos, dijo, muy tontos.

John Grady se detuvo con la mano en la puerta. Se volvió a mirar a Pérez, con la cara deformada, la mandíbula saliente y el ojo todavía cerrado, hinchado y azul como una ciruela.

¿Por qué no nos dice qué hay ahí fuera?, preguntó. Habla de confiar. Si no lo sabemos, ¿por qué no nos lo dice?

Pérez no se había levantado de la mesa. Se apoyó en el respaldo y les miró.

No puedo decíroslo, dijo. Ésa es la verdad. Puedo decir ciertas cosas sobre los que se acogen a mi protección. Pero ¿y los otros?

Hizo un pequeño gesto de rechazo con el dorso de la mano.

Los otros están fuera, sencillamente. Viven en un mundo de posibilidades sin fin. Quizá Dios puede decir qué será de ellos. Yo no puedo.

A la mañana siguiente, mientras cruzaba el patio, Rawlins fue atacado por un hombre armado con una navaja. No había visto nunca a aquel hombre y la navaja no era una *trucha* de confección doméstica tallada de una cuchara sino una navaja de resorte con cachas de asta negra y clavos niquelados que sostenía a la altura de la cintura y con la que atravesó tres veces la camisa de Rawlins mientras éste saltaba tres veces hacia atrás con los hombros encogidos y los brazos abiertos como un hombre que comprueba su propio derramamiento de sangre. Al tercer pinchazo se volvió y empezó a correr. Corría con una mano sobre el estómago y tenía la camisa húmeda y pegajosa.

Cuando John Grady se le acercó estaba sentado con la espalda contra la pared y los brazos cruzados sobre el estómago, meciéndose de un lado a otro como si tuviera frío. John Grady se arrodilló e intentó apartarle los brazos.

Déjame ver, maldita sea.

El muy hijo de puta. El muy hijo de puta.

Déjame ver.

Rawlins se recostó. Oh, mierda, dijo.

John Grady levantó la camisa empapada de sangre.

No es tan serio, dijo, no es tan serio.

Ahucó la mano y la pasó por el estómago de Rawlins para quitar la sangre. El corte más bajo era el más profundo y había cortado la membrana exterior, pero sin penetrar la pared del estómago. Rawlins se miró los cortes. No es nada bueno, replicó. Hijo de puta.

¿Puedes andar?

Sí, puedo andar.

Vamos.

Oh, mierda, dijo Rawlins. Hijo de puta.

Vamos, compañero. No puedes seguir sentado aquí.

Ayudó a Rawlins a levantarse.

Vamos, dijo. Ya te sostengo.

Cruzaron el cuadrilátero hasta la garita del guarda. Éste miró por la tronera. Miró a John Grady y a Rawlins. Entonces abrió la puerta y John Grady puso a Rawlins en manos de sus captores.

Le sentaron en una silla y llamaron al *alcaide*. La sangre goteaba lentamente hasta el suelo de piedra debajo de él. Seguía sosteniéndose el estómago con ambas manos. Al cabo de un rato alguien le dio una toalla.

Durante los días siguientes John Grady se movió lo menos posible por el recinto. Buscó por todas partes al *cuchillero* que se manifestaría entre los ojos anónimos que le miraban. No ocurrió nada. Tenía algunos amigos entre los reclusos. Un viejo del estado de Yucatán que se mantenía fuera de las facciones pero era tratado con respeto. Un indio moreno de Sierra León. Dos hermanos llamados Bautista que habían matado a un policía en Monterrey y prendido fuego al cadáver y fueron arrestados porque el hermano mayor llevaba los zapatos del policía. Todos estaban de acuerdo en que Pérez era un hombre cuyo poder sólo podía adivinarse. Algunos decían que no estaba en absoluto confinado en la prisión y que salía por la noche. Que tenía esposa y familia en la ciudad. Una amante.

Intentó saber algo de Rawlins por los guardianes pero fingían no saber nada. Por la mañana del tercer día después de los navajazos cruzó el patio y llamó a la puerta de Pérez. El alboroto del patio a sus espaldas casi se

extinguió del todo. Podía sentir sobre sí las miradas y cuando el alto chambelán de Pérez abrió la puerta, sólo le echó una ojeada y luego miró más allá, abarcando el recinto con la vista.

*Quisiera hablar con el señor Pérez,* dijo John Grady.

*¿Con respecto de qué?*

*Con respecto de mi cuate.*

Cerró la puerta. John Grady esperó. Al poco rato volvió a abrirse la puerta. *Pásale,* dijo el chambelán.

John Grady entró en la habitación. El hombre de Pérez cerró la puerta y se apoyó contra ella. Pérez estaba sentado ante su mesa.

*¿En qué estado se encuentra tu amigo?,* preguntó.

Es lo que he venido a preguntarle.

Pérez sonrió.

Siéntate, por favor.

*¿Está vivo?*

Siéntate. Insisto.

Caminó hasta la mesa, apartó una silla y se sentó.

Quizá querrías un poco de café.

No, gracias.

Pérez se apoyó contra el respaldo. Dime qué puedo hacer por ti, dijo. Puede decirme cómo está mi amigo. Pero si respondo a esta pregunta, te irás. ¿Por qué desearía que me quedara? Pérez sonrió. Dios mío, dijo. Pues para que me cuentes historias de tu vida de criminal, naturalmente. John Grady le estudió.

Como todos los hombres acaudalados, dijo Pérez, mi único deseo es ser entretenido.

*Me toma el pelo.*

Sí.

Creo que en inglés decís la pierna.

Sí.

*¿Es usted un hombre acaudalado?*

No. Era una broma. Me divierte practicar el inglés. Ayuda a pasar el rato. *¿Dónde aprendiste el castellano?*

En mi casa.

En Texas.

Sí.

Lo aprendiste de los criados.

No teníamos criados. Teníamos gente que trabajaba en la finca.

Has estado antes en la cárcel.

No.

Eres la *oveja negra*, ¿no?

Usted no sabe nada de mí.

Quizá no. Dime, ¿por qué crees que puedes liberarte de la prisión de algún modo inusual?

Ya le dije que cava un pozo seco. No sabe lo que creo.

Conozco Estados Unidos. He estado allí muchas veces. Sois como los judíos. Siempre hay un pariente rico. ¿En qué prisión estuviste?

Sabe que no he estado en ninguna prisión. ¿Dónde está Rawlins?

Crees que soy responsable del incidente de tu amigo, pero no es éste el caso.

Usted cree que he venido aquí a hablar de negocios. Todo lo que quiero saber es qué le ha sucedido.

Pérez asintió pensativamente. Incluso en un lugar como éste, donde nos preocupan cosas fundamentales, la mente del inglés está cerrada de este modo tan extraño. Hubo un tiempo en que pensé que sólo se debía a su vida de privilegio. Pero no es eso. Es su mente.

Se recostó, distendido. Se golpeó la sien. No es que sea estúpido. Es que su imagen del mundo es incompleta. De este modo extraño. Sólo mira lo que desea ver. ¿Me comprendes?

Le comprendo.

Bien, dijo Pérez. Normalmente puedo decir lo inteligente que es un hombre por lo estúpido que se imagina que soy.

No creo que sea estúpido. Sólo que no me gusta.

Ah, dijo Pérez. Muy bien. Muy bien.

John Grady miró al hombre de Pérez de pie contra la puerta. Tenía los ojos fijos, sin mirar nada.

No entiende lo que decimos, aclaró Pérez. Eres libre de expresar lo que sea.

Ya he acabado de expresarme.

Sí.

Tengo que irme.

¿Crees que puedes irte si no quiero que te vayas?

Sí.

Pérez sonrió. ¿Eres un *cuchillero*?

John Grady se recostó.

Una prisión es como un... ¿cómo lo llaman? Un *salón de belleza*. Un salón de belleza. Es un gran lugar para los chismes. Todo el mundo conoce la historia de todo el mundo. Porque el crimen es interesante. Todo el mundo lo sabe.

Nosotros nunca hemos cometido un crimen.

Quizá todavía no.

¿Qué significa eso?

Pérez se encogió de hombros. Aún están buscando. Tu caso no está decidido. ¿Creías que tu caso estaba decidido?

No encontrarán nada.

Dios mío, dijo Pérez. Dios mío. ¿Crees que no hay crímenes sin autores? No es una cuestión de encontrar. Es una cuestión de elegir. Como elegir el traje apropiado en una tienda.

No parecen tener ninguna prisa.

Ni siquiera en México pueden retenerte indefinidamente. Por eso debes actuar. Una vez te hayan acusado será demasiado tarde. Dictarán lo que llaman las *previas*. Entonces hay muchas dificultades.

Se sacó los cigarrillos del bolsillo de la camisa y los alargó por encima de la mesa. John Grady no se movió.

Por favor, dijo Pérez. No pasa nada. No es lo mismo que compartir el pan. No impone ninguna obligación.

Se inclinó hacia delante, cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Pérez sacó un encendedor del bolsillo, lo abrió, lo encendió y se lo tendió a través de la mesa.



¿Dónde aprendiste a pelear?, preguntó.

John Grady chupó con fuerza el cigarrillo y se recostó.

¿Qué quiere saber?, preguntó.

Sólo lo que quiere saber el mundo.

Qué quiere saber el mundo.

El mundo quiere saber si tienes *cojones*. Si eres valiente.

Encendió su propio cigarrillo y dejó el encendedor sobre el paquete de cigarrillos en la mesa y sopló una fina columna de humo.

Entonces podrá decidir tu precio, agregó.

Hay gente que no tiene precio.

Eso es verdad.

¿Y qué hay de esa gente?

Esa gente muere.

No me da miedo morir.

Eso es bueno. Te ayudará a morir. Pero no te ayudará a vivir.

¿Está muerto Rawlins?

No, no está muerto.

John Grady apartó la silla.

Pérez sonrió en seguida. ¿Lo ves?, dijo. Haces justo lo que he dicho.

No lo creo.

Tienes que decidirte. No te queda mucho tiempo. Nunca tenemos tanto tiempo como pensamos.

Tiempo es lo único que he tenido de sobra desde que llegué aquí.

Espero que reflexiones un poco sobre tu situación. A veces los americanos tienen ideas que no son prácticas. Creen que hay cosas buenas y malas. Son muy supersticiosos, ¿sabes?

¿Usted no cree que hay cosas buenas y malas?

Cosas no. Lo considero una superstición. Es la superstición de un pueblo ateo.

¿Cree que los americanos son ateos?

Oh, sí. ¿Tú no lo crees?

No.

Les veo atacar sus propias posesiones. Una vez vi a un hombre destrozar su coche. Con un gran *martillo*. Porque no arrancaba. ¿Haría eso un mexicano?

No lo sé.

Un mexicano no lo haría. El mexicano no cree que un coche pueda ser bueno o malo. Si hay algo malo en el coche, sabe que destruzándolo no consigue nada. Porque sabe dónde tienen su hogar el bien y el mal. El anglosajón cree a su extraño modo que el mexicano es supersticioso. Pero ¿quién lo es? Nosotros sabemos que una cosa tiene cualidades. Este coche es verde. O tiene cierto motor en su interior. Pero no puede corromperse, ¿sabes? O un hombre. Incluso un hombre. Puede haber algún mal en un hombre, pero nosotros no creemos que sea su propio mal. ¿Dónde lo contrajo? ¿Cómo llegó a reclamarlo? No. El mal es algo verdadero en México. Camina sobre sus propios pies. Quizá algún día vendrá a visitarte. Quizá ya lo ha hecho.

Quizá.

Pérez sonrió. Eres libre de irte, dijo. Ya veo que no crees lo que te digo. Pasa lo mismo con el dinero. Los americanos tienen este problema siempre, creo yo. Hablan de dinero corrupto. Pero el dinero no tiene esta cualidad especial. Y al mexicano no se le ocurriría nunca hacer las cosas especiales o ponerlas en un lugar especial donde el dinero es inútil. ¿Por qué hacer esto? Si el dinero es bueno, el dinero es bueno. No tiene dinero malo. No tiene este problema, esta idea anormal.

John Grady se inclinó y apagó el cigarrillo en el cenicero de latón de la mesa. En aquel mundo los cigarrillos también eran dinero y el que acababa de dejar roto y humeante frente a su anfitrión apenas había sido fumado. Le diré una cosa, dijo.

Dime.

Nos veremos.

Se levantó y miró al hombre de Pérez de pie ante la puerta. El hombre de Pérez miró a Pérez.

Pensaba que querías saber qué ocurriría ahí fuera, dijo Pérez.

John Grady se volvió. ¿Cambiaría eso algo?, preguntó.

Pérez sonrió. Me halagas demasiado. Hay trescientos hombres en esta institución. Ninguno puede saber qué es posible.

Alguien manda aquí.

Pérez se encogió de hombros. Tal vez, dijo. Pero esta clase de mundo, ¿sabes?, esta reclusión produce una impresión falsa. Como si las cosas estuvieran bajo control. Si estos hombres pudieran ser controlados no estarían aquí. ¿Comprendes el problema?

Sí.

Puedes irte. Yo mismo estaré interesado en ver lo que pasa contigo.

Hizo un pequeño ademán. Su hombre se apartó de la puerta y la abrió.

*Joven*, dijo Pérez.

John Grady se volvió. ¿Sí?

Vigila con quién compartes el pan.

Muy bien. Lo haré.

Entonces se volvió y salió al patio.

Aún le quedaban cuarenta y cinco pesos del dinero que le diera Blevins e intentó comprar una navaja con ellos pero nadie quiso vendérsela. No estaba seguro de si no había ninguna en venta o sólo ninguna en venta para él. Cruzó el patio a un paso estudiado. Encontró a los Bautista a la sombra del muro sur y se detuvo hasta que ellos le miraron e indicaron que se acercase.

Se puso en cuclillas delante de ellos.

Quiero comprar una *trucha*, dijo.

Asintieron. El llamado Faustino habló.

*¿Cuánto dinero tienes?*

*Cuarenta y cinco pesos.*

Permanecieron sentados mucho rato. La oscura cara india pensativa. Meditabunda. Como si las complejidades de este negocio llevaran consigo toda clase de consecuencias. Faustino frunció los labios para hablar. *Bueno*, dijo, *dámelos*.

John Grady les miró. Las luces en sus ojos negros. Si allí había alguna trampa, sería de una especie que él no podía calcular y se sentó en la tierra, se quitó la bota izquierda, metió la mano dentro y extrajo un pequeño fajo

de billetes húmedos. Ellos le miraban. Volvió a ponerse la bota, se quedó un momento con el dinero entre el índice y el dedo mediano y luego, con un hábil movimiento, lanzó los billetes doblados contra la rodilla de Faustino. Faustino no se movió.

*Bueno, dijo. La tendré esta tarde.*

Asintió, se levantó y volvió a cruzar el patio.

El olor de humo de diesel impregnaba el recinto y podía oír los autobuses de la calle frente a la puerta y entonces se dio cuenta de que era domingo. Se sentó solo de espaldas al muro. Oyó llorar a un niño. Vio al indio de Sierra León cruzar el patio y le habló.

El indio se acercó a él.

*Siéntate, le dijo.*

El indio se sentó. Se sacó de dentro de la camisa una bolsita de papel húmeda de sudor y se la pasó. Contenía un puñado de *punche* y un manojito de perfolia de maíz.

*Gracias, dijo.*

Tomó un papel, lo dobló, lo cubrió con un poco del áspero y fibroso tabaco y lo enrolló y lamió. Devolvió el tabaco y el indio lió un cigarrillo, se guardó la bolsita dentro de la camisa y sacó un *esclarajo* hecho con un empalme de centímetro de un narguile, lo prendió, ahuecó las manos en torno a él, sopló la llama para John Grady y luego encendió su propio cigarrillo.

John Grady le dio las gracias. *¿No tienes visitantes?*, le preguntó.

El indio meneó la cabeza. No preguntó a John Grady si tenía visitantes. John Grady pensó que podía tener algo que decirle. Alguna novedad que se había propagado por la prisión sin alcanzarle a él en su aislamiento. Pero el indio no parecía tener ninguna noticia y siguieron sentados y apoyados en la pared fumando hasta que los cigarrillos se hubieron consumido y el indio dejó caer las cenizas entre sus pies y entonces se levantó y se alejó por el patio.

No fue a comer al mediodía. Se quedó sentado vigilando el patio e intentando leer en el aire. Creyó ver cruzar a unos hombres que le miraban. Luego pensó que se esforzaban por no hacerlo. Se dijo casi en voz alta que

todos estos pensamientos podían matar a un hombre y después se dijo que hablar consigo mismo también podía matarlo. Un poco más tarde se despertó con un sobresalto y levantó una mano. Le horrorizó haberse quedado dormido allí.

Miró la anchura de la sombra del muro que tenía delante. Cuando la mitad del patio estuviera en la sombra serían las cuatro. Al cabo de un rato se levantó y fue hacia donde estaban sentados los Bautista.

Faustino alzó la vista hacia él. Le indicó que se aproximara. Le dijo que diera un pequeño paso a la izquierda y luego le dijo que lo estaba pisando.

Casi miró hacia abajo pero no lo hizo. Faustino asintió. *Siéntate*, dijo.

Se sentó.

*Hay un cordón.* Miró hacia abajo. Tenía bajo la bota un pequeño trozo de cordel. Cuando lo estiró, una navaja emergió de la grava y él la cogió y la deslizó bajo la cinturilla de sus pantalones. Entonces se levantó y se fue.

Era mejor de lo que había esperado. Una navaja de resorte sin cachas, hecha en México, con el latón que se transparentaba bajo el dorado de los clavos. Desató el trozo de cordel, la frotó contra la camisa, sopló en la hendidura de la hoja, la golpeó ligeramente contra el tacón de la bota y volvió a soplar. Pulsó el botón y se abrió con un chasquido. Humedeció un trozo de pelo en la parte interior de su muñeca y probó el filo. Estaba apoyado sobre un solo pie, con la pierna cruzada sobre la rodilla, afilando la hoja contra la suela de la bota cuando oyó venir a alguien. Dobló la navaja, la deslizó en el bolsillo, se volvió y salió, pasando junto a dos hombres que le sonrieron con befa mientras se dirigían a la apestosa letrina.

Media hora más tarde la bocina para la cena resonó en el patio. Esperó a que el último hombre hubiese entrado en el comedor y luego entró, cogió su bandeja y siguió el pasillo del mostrador. Como era domingo y muchos prisioneros habían comido los alimentos llevados por sus esposas o familiares, la sala estaba casi vacía. Se volvió con su bandeja, los frijoles y *tortillas* y el estofado anónimo, y eligió una mesa en un rincón donde un chico no mucho mayor que él estaba solo, fumando y bebiendo agua de una taza.

Se paró ante el extremo de la mesa y posó la bandeja. *Con permiso*, dijo.

El chico le miró, expelió por la nariz dos delgados hilos de humo, asintió y alargó la mano para coger su taza. En la parte interior del antebrazo derecho había un jaguar azul luchando entre los anillos de una anaconda. En la yema del pulgar izquierdo, la cruz *pachuco* y las cinco marcas. Nada fuera de lo corriente. Pero cuando se sentó supo de repente por qué este hombre comía solo. Era demasiado tarde para volver a levantarse. Cogió la cuchara con la mano izquierda y empezó a comer. Oyó cerrarse la aldaba de la puerta al otro lado de la sala incluso por encima del sordo raspado y tintineo de cucharas sobre las bandejas de metal. Miró hacia la parte delantera del comedor. No había nadie en la hilera de servicio. Los dos guardianes habían desaparecido. Siguió comiendo. El corazón le palpitaba, tenía la boca seca y la comida sabía a ceniza. Se sacó la navaja del bolsillo y la metió en el cinto de sus pantalones.

El chico aplastó la colilla y puso su taza en la bandeja. Fuera, en alguna parte al otro lado de los muros de la prisión, ladró un perro. Una *tamalera* anunciaba sus mercancías. John Grady comprendió que no podría oír estas cosas a menos que hubieran cesado todos los sonidos del comedor. Abrió silenciosamente la navaja contra su pierna y la deslizó abierta bajo la hebilla de su cinturón. El chico se levantó, pasó por encima del banco, cogió su bandeja, se volvió y empezó a andar a lo largo de la mesa. John Grady sostuvo la cuchara en la mano izquierda y agarró la bandeja. El chico estaba frente a él. Pasó. John Grady le vigilaba con la mirada baja. Cuando el chico llegó al final de la mesa, se volvió de repente y levantó la bandeja sobre su cabeza. John Grady vio desarrollarse todo lentamente ante su vista. La bandeja acercándose de soslayo a sus ojos. La taza de hojalata ligeramente inclinada con la cuchara dentro colocada en posición vertical, casi inmóvil en el aire, y los grasientos cabellos negros del chico tapando su rostro en forma de cuña. Lanzó la bandeja hacia arriba y la esquina de la bandeja del chico le marcó el fondo con una profunda muesca. Rodó hacia atrás por encima del banco y se levantó como pudo. Pensaba que la bandeja caería con estruendo sobre la mesa, pero el muchacho no la había soltado y

volvió a descargarla sobre él, acercándose por el borde del banco. Cayó hacia atrás al intentar protegerse y las bandejas entrecucharon y vio por primera vez la navaja pasar bajo las bandejas como un tritón de acero frío que buscara el calor de su interior. Se apartó de un salto y resbaló sobre la comida derramada por el suelo de cemento. Se sacó la navaja del cinto y lanzó la bandeja con el dorso de la mano, acertando con ella la frente del *cuchillero*. El *cuchillero* parecía sorprendido. Intentó bloquear la vista de John Grady con su bandeja. John Grady retrocedió. Estaba contra la pared. Dio un paso a un lado, agarró su bandeja y la descargó contra la bandeja del *cuchillero* con intención de golpearle los dedos. El *cuchillero* se movía entre él y la mesa. Derribó el banco de un puntapié. Las bandejas resonaban y retumbaban en el silencio del comedor y la frente del *cuchillero* había empezado a sangrar y la sangre fluía junto a su ojo izquierdo. Volvió a atacar con la bandeja. John Grady podía olerle. Atacó y cruzó con la navaja la pechera de la camisa de John Grady. John Grady bajó la bandeja hasta su cintura y se movió a lo largo de la pared mirando aquellos ojos negros. El *cuchillero* no dijo ni una palabra. Sus movimientos eran precisos y sin rencor. John Grady sabía que estaba contratado. Lanzó la bandeja contra su cabeza y el *cuchillero* se agachó, simuló una finta y avanzó. John Grady agarró la bandeja y se movió a lo largo de la pared. Se lamió la comisura de los labios y notó sabor a sangre. Sabía que había recibido un corte en la cara pero ignoraba su profundidad. Sabía que el *cuchillero* había sido contratado porque era un hombre de reputación y se le ocurrió que él iba a morir en este lugar. Miró el fondo de aquellos ojos oscuros y había en ellos abismos insondables que mirar. Toda una historia maligna en un rescoldo remoto y negro. Se movió junto a la pared, atacando al *cuchillero* con la bandeja. Recibió otro corte en la parte exterior del brazo y otro que le cruzó la parte inferior del pecho. Se volvió y arremetió dos veces contra el *cuchillero* con la navaja. El hombre esquivó la hoja con la gracia flexible de un derviche. Los hombres sentados a la mesa a la que se estaban acercando empezaron a levantarse de los bancos en silencio uno tras otro como pájaros dejando un alambre. John Grady se volvió de nuevo y se abalanzó sobre el *cuchillero* con la bandeja y el *cuchillero* se agachó y durante un momento congelado le

vio allí, delgado y patizambo bajo su brazo extendido, como un homúnculo oscuro y larguirucho dispuesto a habitar en él. La navaja le cruzó el pecho dos veces y la figura, moviéndose con velocidad increíble, volvió a estar delante de él, agachada y en silencio, oscilando ligeramente, vigilando sus ojos. Vigilaban de tal modo que podían ver si se acercaba la muerte. Unos ojos que la habían visto antes y sabían bajo qué colores viajaba y cómo era cuando había llegado.

La bandeja retumbó sobre las baldosas. Se dio cuenta de que se le había caído. Se llevó la mano a la camisa. Le quedó pegajosa de sangre y la secó contra los pantalones. El *cuchillero* le tapó los ojos con la bandeja para que no viera sus movimientos. Parecía ordenarle que leyera algo escrito allí pero no había nada que ver salvo las muescas y los golpes causados por las diez mil comidas servidas sobre ella. John Grady retrocedió y se sentó lentamente en el suelo. Las piernas se le torcieron bajo el cuerpo y se apoyó en la pared con un brazo a cada lado. El *cuchillero* bajó la bandeja y la puso sin ruido sobre la mesa. Se inclinó, agarró por el pelo a John Grady y le echó la cabeza hacia atrás para degollarle. Cuando se disponía a hacerlo, John Grady levantó la navaja desde el suelo y la hundió en el corazón del *cuchillero*. La hundió en su corazón, dio una vuelta a la empuñadura y rompió la hoja, que quedó clavada.

La navaja del *cuchillero* cayó al suelo con estruendo. De la flor roja que lucía en el ojal del bolsillo izquierdo de la camisa azul de faena brotaba un delgado abanico de brillante sangre arterial. Cayó de rodillas y se desplomó muerto en brazos de su enemigo. Algunos de los hombres que estaban en la sala ya se habían levantado para irse. Como espectadores de un teatro ansiosos de evitar la aglomeración. John Grady dejó caer la empuñadura de la navaja y empujó la cabeza grasienta que se apoyaba en su pecho. Rodó hacia un lado y se arrastró hasta que encontró la navaja del *cuchillero*. Apartó al hombre muerto, se agarró a la mesa y pugnó por levantarse. La ropa le colgaba bajo el peso de la sangre. Retrocedió por entre las mesas, dio media vuelta, se tambaleó hasta la puerta, descorrió la aldaba y salió vacilante al azul profundo del crepúsculo.



La luz de la sala se proyectaba a través del patio en un pálido pasillo. Cuando los hombres se asomaron a la puerta para mirarle, cambió y se oscureció en la penumbra. Nadie salió detrás de él. Caminaba con mucha cautela, con la mano sosteniendo el vientre. Los focos de la parte superior del muro se encenderían de un momento a otro. Caminaba con mucho cuidado. La sangre encharcaba sus botas. Miró la navaja que llevaba en la mano y la tiró. La primera bocina sonaría y las luces iluminarían los muros. Se sentía aturdido y, curiosamente, sin dolor. Tenía las manos pegajosas de sangre y más sangre le fluía entre los dedos con que se aguantaba el vientre. Las luces se encenderían y sonaría la bocina.

Estaba a medio camino del primer escalón de acero cuando un hombre alto le alcanzó y le habló. Se volvió, agachado. A la luz moribunda quizá no podrían ver que no llevaba navaja. Que tenía la ropa empapada de sangre.

*Ven conmigo, dijo el hombre. Está bien.*

*No me moleste.*

Las oscuras hileras de muros de la prisión caían sin fin por el profundo cielo ciánico. Un perro había empezado a ladrar.

*El padrote quiere ayudarle.*

*¿Mande?*

El hombre se puso delante de él. *Ven conmigo, dijo.*

Era el hombre de Pérez. Le tendió la mano. John Grady retrocedió. Sus botas dejaban húmedas huellas de sangre en el suelo reseco del patio. Las luces se encenderían. Sonaría la bocina. Se volvió para irse, con las rodillas desfallecientes. Cayó y se levantó de nuevo. El *mayordomo* alargó la mano para ayudarle y él se desasó y cayó otra vez. El mundo se volvía borroso. De rodillas, se apoyó en el suelo para levantarse. Fluía sangre entre sus manos extendidas. La oscura masa del muro se elevó. El profundo cielo ciánico. Estaba tendido de lado. El hombre de Pérez se inclinó sobre él. Se agachó, lo cogió en brazos, le llevó a través del patio a la casa de Pérez y cerró la puerta tras de sí con un puntapié cuando las luces se encendieron y sonó la bocina.

Se despertó en una habitación de piedra, totalmente a oscuras y con olor de desinfectante. Alargó la mano para ver qué podía tocar y sintió dolor en todo el cuerpo, como algo que hubiera estado al acecho, esperando a que se moviera. Bajó la mano y volvió la cabeza. Una línea fina despedía luminosidad en las tinieblas. Escuchó pero no oyó ningún sonido. Cada respiración era como una navaja. Al cabo de un rato extendió la mano y tocó la fría pared de piedra.

*Hola*, dijo. Su voz era débil y aguda, su cara rígida y contraída. Lo intentó otra vez. *Hola*. Había alguien allí. Podía sentirlo.

*¿Quién está?*, dijo, pero nadie respondió.

Había alguien allí, había habido alguien. No había nadie. Había alguien allí y había habido alguien y no se había ido, pero no había nadie.

Miró la flotante línea luminosa. Era luz debajo de la puerta. Escuchó. Retuvo el aliento y escuchó porque la habitación era pequeña, parecía pequeña y si la habitación era pequeña podría oírles respirar en la oscuridad si respiraban, pero no oyó nada. Se preguntó si estaría muerto y en su desesperación sintió una oleada de pena, como un niño cuando empieza a llorar, pero le causó un dolor tan grande que la detuvo en seco y empezó al momento su nueva vida y a vivirla de aliento en aliento.

Sabía que iba a levantarse y tratar de abrir la puerta y tardó mucho rato en prepararse para ello. Primero se puso boca abajo. Se dio la vuelta con un solo esfuerzo para acabar de una vez y sólo sintió asombro por el dolor. Se detuvo, respirando. Bajó la mano para tocar el suelo, pero sólo encontró un espacio vacío. Deslizó la pierna hasta el borde, se incorporó, tocó el suelo con el pie y se quedó descansando sobre los codos.

Cuando llegó a la puerta, estaba cerrada con llave. Permaneció de pie, con el suelo frío bajo sus plantas. Iba envuelto en una especie de bata y había empezado a sangrar de nuevo. Podía notarlo. Descansó con la cara contra el frío de la puerta metálica. Notó el vendaje de su rostro contra la puerta y lo tocó y sintió una sed desmesurada y descansó mucho rato antes de cruzar otra vez el recinto.

Cuando se abrió la puerta entró una luz cegadora y en el umbral no había una enfermera de blanco sino un *demandadero* de caqui manchado y arrugado con una bandeja metálica de cantina en la que se habían derramado dos cucharadas de *pozole*, y un vaso de naranjada. No era mucho mayor que John Grady y entró de espaldas en la habitación con la bandeja, mirando a todas partes menos a la cama. Aparte del cubo de acero en el suelo no había nada más en la habitación que la cama y nada donde pudiera colocar la bandeja excepto sobre ella.

Se acercó y esperó. Su aspecto era a la vez incómodo y amenazador. Hizo un gesto con la bandeja. John Grady se echó de costado y luego se incorporó. La frente se le perló de sudor. Llevaba una especie de bata de algodón basto, manchada de sangre seca.

*Dame el refresco, dijo. Nada más.*

*¿Nada más? No.*

El *demandadero* le dio el vaso de naranjada y él lo cogió y lo sostuvo, sentado en la cama. Miró la pequeña habitación de piedra. En el techo había una sola bombilla en una jaula de alambre.

*La luz, por favor, dijo.*

El *demandadero* asintió, fue hacia la puerta, se volvió y la cerró tras de sí. Un clic de la aldaba en la oscuridad. Entonces se encendió la luz.

Escuchó los pasos por el pasillo. Luego el silencio. Levantó el vaso y bebió despacio el refresco. Estaba tibio, sólo un poco efervescente, delicioso.

Yació allí tres días. Dormía, se despertaba y dormía otra vez. Alguien apagó la luz y se despertó en las tinieblas. Llamó pero no acudió nadie. Pensó en su padre en Goshee. Sabía que le habían hecho cosas terribles allí y siempre había creído que no quería saber nada de ello, pero sí que quería saber. Yació en la oscuridad pensando en todas las cosas que no sabía sobre su padre y comprendió que el padre que conocía era el único padre que conocería en su vida. No quería pensar en Alejandra porque no sabía qué ocurriría ni hasta qué punto sería malo y creía que era mejor reservarla, así que pensaba en caballos, que siempre eran algo bueno en que pensar. Más tarde alguien volvió a encender la luz y ya no se apagó más. Durmió y

cuando se despertó había soñado con los muertos rodeándole con sus esqueletos, con las oscuras cuencas de sus ojos que de hecho estaban inexpresivos en el fondo de un vacío donde había una terrible inteligencia común a todos pero de la cual nadie quería hablar. Cuando se despertó supo que habían muerto hombres en aquella habitación.

La siguiente vez que se abrió la puerta fue para dar paso a un hombre vestido con un traje azul que llevaba un maletín de piel. El hombre le saludó y le preguntó por su salud.

*Mejor que nunca*, respondió él.

El hombre volvió a sonreír. Puso el maletín sobre la cama, lo abrió, sacó unas tijeras quirúrgicas, empujó el maletín hasta los pies de la cama y apartó la sábana manchada de sangre.

*¿Quién es usted?*, preguntó John Grady.

El hombre pareció sorprenderse. Soy el médico, contestó.

Las tijeras tenían un extremo aplanado que él notó frío sobre su piel y el médico las deslizó por debajo del vendaje ensangrentado y empezó a cortarlo. Quitó las gasas y ambos miraron los puntos.

*Bien, bien*, dijo el médico, tirando de las suturas con dos dedos. *Bueno*, añadió.

Limpió las heridas suturadas con un antiséptico, las cubrió con gasas y le ayudó a sentarse. Sacó del maletín un gran rollo de venda y empezó a rodear con ella la cintura de John Grady.

Ponga las manos sobre mis hombros, dijo.

¿Qué?

Ponga las manos sobre mis hombros. Será mejor.

Puso las manos sobre los hombros del médico y éste terminó de vendarle. *Bueno*, dijo, *bueno*.

Se levantó, cerró el maletín y se quedó mirando a su paciente.

Mandaré que le traigan jabón y toallas, dijo. Para que pueda lavarse.

Muy bien.

Tiene buena carnadura.

¿Qué?

Tiene buena carnadura, repitió, sonriendo, dio media vuelta y salió. John Grady no le oyó pasar el cerrojo pero de todos modos no había ningún lugar a donde ir.

Su siguiente visita fue un hombre a quien no había visto nunca. Llevaba un uniforme que parecía militar. No se presentó. El guardián que le acompañó cerró la puerta y se quedó fuera. El hombre se acercó a la cama y se quitó el sombrero como por deferencia hacia un héroe herido. Después se sacó un peine del bolsillo superior de la guerrera, lo pasó una vez por cada lado de su cabeza untada de brillantina y volvió a ponerse el sombrero.

¿Cuánto tardará en poder andar?, inquirió.

¿Adonde quiere que vaya?

A su casa.

Puedo andar ahora mismo.

El hombre frunció los labios, estudiándole.

Enséñeme cómo anda.

Apartó las sábanas, se puso de costado y bajó los pies hasta el suelo. Caminó arriba y abajo. Sus pies dejaban huellas húmedas y frías en las piedras pulidas que eran absorbidas y desaparecían como la propia historia del mundo. El sudor temblaba en su frente.

Son muchachos afortunados, dijo.

No me siento tan afortunado.

Muchachos afortunados, repitió. Saludó con la cabeza y se fue.

Dormía y se despertaba. Distinguía el día de la noche sólo por las comidas. Comía poco. Por fin le llevaron medio pollo asado con arroz y dos mitades de una pera en almíbar y esto se lo comió despacio, saboreando cada bocado y proponiendo y rechazando diversos escenarios que podrían haber ocurrido o estar ocurriendo en el mundo exterior. O que ocurrirían más adelante. Aún pensaba que podían llevarle al *campo* y matarle de un tiro.

Caminaba arriba y abajo para practicar. Sacó brillo al dorso de la bandeja de cantina con la manga de la bata y, de pie en el centro de la habitación, bajo la bombilla, estudió la cara que se asomaba difusamente en el acero combado como un genio mutilado y colérico que hubiese conjurado

allí. Se quitó el vendaje de la cara e inspeccionó los puntos y los tocó con los dedos.

Cuando volvió a despertarse el *demandadero* había abierto la puerta y esperaba con un montón de ropa y con sus botas. Lo dejó caer todo al suelo. *Sus prendas*, dijo y cerró la puerta.

Se despojó de la bata, se lavó con jabón y un trapo, se secó con la toalla, se vistió y calzó las botas. Alguien había lavado la sangre de las botas y aún estaban húmedas, por lo que trató de quitárselas, pero no pudo y se acostó en el catre vestido y con las botas puestas, esperando Dios sabía qué.

Vinieron dos guardianes. Se quedaron en la puerta abierta y le esperaron. Se levantó y salió.

Recorrieron un pasillo, cruzaron un pequeño patio y entraron en otra parte del edificio. Enfilaron otro pasillo, los guardianes llamaron a una puerta y luego la abrieron y uno de ellos le indicó que entrara.

Ante una mesa se encontraba sentado el comandante que había ido a su celda para ver si podía andar.

Siéntese, dijo el comandante.

Se sentó.

El comandante abrió el cajón de la mesa, sacó un sobre y se lo tendió.

Esto es suyo, dijo.

John Grady cogió el sobre.

¿Dónde está Rawlins?, preguntó.

¿Disculpe?

*Dónde está mi compadre.*

Su amigo.

Sí.

Espera fuera.

¿Adonde vamos?

Ustedes se van. Se van a su casa.

¿Cuándo?

¿Disculpe?

*Cuándo.*

Se van ahora. No quiero verlos más.

El comandante agitó la mano. John Grady se apoyó con una mano en el respaldo de la silla y se levantó, dio media vuelta y salió por la puerta y él y los guardianes bajaron al vestíbulo y salieron a través de la oficina al portal donde Rawlins esperaba con un traje muy parecido al suyo. Cinco minutos después estaban en la calle frente a los altos batientes de madera del portal.

Había un autobús parado en la calle y subieron a él laboriosamente. Las mujeres sentadas con canastas y cestos vacíos les hablaron con voz suave mientras caminaban por el pasillo.

Creía que habías muerto, dijo Rawlins.

Yo creía lo mismo de ti.

¿Qué ocurrió?

Ya te lo diré. Guardemos silencio. No hablemos. Estemos bien quietos.

¿Estás bien?

Sí, estoy bien.

Rawlins se volvió a mirar por la ventana. Todo era gris y silencioso. Unas gotas de lluvia habían empezado a caer en la calle. Caían sobre el tejado del autobús solitarias como una campana. Al fondo de la calle se podían ver los contrafuertes de la cúpula de la catedral y el minarete del campanario.

Toda mi vida he tenido la sensación de que la desgracia estaba cerca. No de que estuviese a punto de ocurrirme. Sólo de que siempre estaba allí.

Sigamos sentados sin decir nada, repitió John Grady.

Contemplaron la lluvia de la calle. Las mujeres guardaban silencio. Fuera empezaba a oscurecer y no había sol ni un lugar más pálido en el cielo donde pudiera estar el sol. Subieron otras dos mujeres y tomaron asiento y entonces el conductor subió de un salto, cerró la puerta, miró por el espejo retrovisor, puso el motor en marcha y arrancaron. Algunas mujeres secaron el cristal con las manos y se volvieron a mirar la prisión bajo la lluvia gris de México. Tan parecida a una fortaleza de una época más antigua, en un país más antiguo, donde los enemigos eran todos de fuera.

Sólo faltaban unas pocas manzanas para el centro y cuando se apearon del autobús las farolas de gas ya estaban encendidas en la *plaza*. Cruzaron lentamente hasta los portales del lado norte de la plaza y se quedaron

mirando la lluvia. Cuatro hombres con uniformes de banda de color granate esperaban junto a la pared con sus instrumentos. John Grady miró a Rawlins. Rawlins parecía perdido sin su sombrero y a pie con su traje encogido.

Comamos algo.

No tenemos dinero.

Yo he conseguido dinero.

¿Dónde lo has conseguido?, preguntó Rawlins.

Tengo un sobre lleno.

Caminaron hasta un café y se sentaron en un apartado. Un camarero se acercó, les puso delante sendos menús y se fue. Rawlins miró por la ventana.

Pide un bistec, dijo John Grady.

Muy bien.

Comeremos, alquilaremos una habitación de hotel, nos lavaremos y dormiremos un poco.

Muy bien.

Pidió bistecs, patatas fritas y café para los dos y el camarero asintió y se llevó los menús. John Grady se levantó, fue lentamente hasta el mostrador y compró dos paquetes de cigarrillos y una caja de cerillas para cada uno. La gente de las mesas le observó cruzar el local.

Rawlins encendió un cigarrillo y le miró.

¿Por qué no estamos muertos?, preguntó.

Ella ha pagado por nuestra libertad.

¿La *señora*? La tía.

Sí.

¿Por qué?

No lo sé.

¿Es de ella el dinero que tienes? Sí.

Tiene que ver con la muchacha, ¿verdad?

Espero que sí.

Rawlins fumó. Miró por la ventana. Fuera ya estaba oscuro. Las calles estaban mojadas de lluvia y las luces del café y de los faroles de la *plaza*



yacían desangrándose en los negros charcos de agua.

No hay otra explicación, ¿verdad?

No.

Rawlins asintió. Podría haberme escapado de donde me habían encerrado. Sólo era una sala de hospital.

¿Por qué no lo hiciste?

No lo sé. ¿Crees que fui tonto de no hacerlo?

No lo sé. Sí. Quizá.

¿Qué habrías hecho tú?

Yo no te habría abandonado.

Ya. Sé que no lo habrías hecho.

Esto no significa que no sea una tontería.

Rawlins casi sonrió. Entonces desvió la mirada.

El camarero trajo el café.

Había otro chico allí dentro, dijo Rawlins. Lleno de heridas. Probablemente no era un mal chico. Salió una noche de sábado con unos dólares en el bolsillo. *Pesos*. Condenadamente patético.

¿Qué le ocurrió?

Murió. Cuando le sacaron de allí pensé en lo peculiar que le habría parecido si hubiera podido verlo. A mí me lo pareció y ni siquiera se trataba de mí. Morir no entra en los planes de la gente, ¿verdad?

No.

Asintió. Me pusieron sangre mexicana, dijo.

Levantó la vista. John Grady encendía un cigarrillo. Agitó la cerilla, la tiró en el cenicero y miró a Rawlins.

Ya.

¿Qué crees que significa?, inquirió Rawlins.

¿Qué significa qué?

Pues si significa que soy medio mexicano.

John Grady chupó el cigarrillo, se recostó y exhaló humo al aire. ¿Medio mexicano?, dijo.

Sí.

¿Cuánta te pusieron?

Dijeron que más de un litro.

¿Cuánto más de un litro?

No lo sé.

Bueno, un litro casi te convertiría en un mestizo. Rawlins le miró. No es cierto, ¿verdad?, preguntó. No. Qué diablos, no significa nada. La sangre es sangre. No se sabe de donde procede.

El camarero trajo los bistecs. Comieron. Observó a Rawlins. Rawlins le miró. ¿Qué hay?, preguntó.

Nada.

Tendrías que ser más feliz por haber salido de aquel lugar.

Estaba pensando lo mismo de ti.

Rawlins asintió. Sí, dijo.

¿Qué quieres hacer?

Ir a casa.

Muy bien.

Comieron.

Vas a volver allí, ¿verdad?, preguntó Rawlins.

Sí, supongo que sí.

¿Por la muchacha?

Sí.

¿Y qué hay de los caballos?

Por la muchacha y por los caballos.

Rawlins asintió.

¿Crees que está esperando que vuelvas?

No lo sé.

Yo diría que la anciana señora puede sorprenderse al verte.

No, no se sorprenderá. Es una mujer lista.

¿Qué me dices de Rocha?

Tendrá que hacer lo que tenga que hacer.

Rawlins cruzó los cubiertos en el plato junto a los huesos y sacó los cigarrillos.

No vayas allí, dijo.

Ya lo he decidido.

Rawlins encendió un cigarrillo y agitó la cerilla. Levantó la vista.  
A mi juicio, sólo puede haber hecho una clase de trato con la vieja.  
Lo sé. Pero tendrá que decírmelo ella misma.

Si lo hace, ¿volverás?

Volveré.

Muy bien.

Sigo queriendo los caballos.

Rawlins meneó la cabeza y desvió la mirada.

No te pido que vayas conmigo, dijo John Grady.

Ya sé que no.

Estarás bien.

Sí, ya lo sé.

Desprendió la ceniza del cigarrillo, se frotó los ojos con el canto de la mano y miró por la ventana. Fuera volvía a llover. No había tráfico en las calles.

Aquel niño de allí intenta vender periódicos, dijo. No hay ni un alma a la vista y él sigue allí con los periódicos debajo de la camisa, gritando.

Se secó los ojos con el dorso de la mano.

Oh, mierda, dijo.

¿Qué?

Nada. Sólo mierda.

¿Qué pasa?

No dejo de pensar en el viejo Blevins.

John Grady no contestó. Rawlins se volvió y le miró. Tenía los ojos húmedos y parecía viejo y triste.

No puedo creer que caminaran con él hasta allí y le mataran de aquel modo.

Sí.

No dejo de pensar en lo asustado que estaba.

Te sentirás mejor cuando llegues a casa.

Rawlins meneó la cabeza y volvió a mirar por la ventana. No lo creo, dijo.

John Grady fumó, observándole. Al cabo de un rato dijo: Yo no soy Blevins.

No, dijo Rawlins, sé que no lo eres. Pero me pregunto si tu situación es mucho mejor que la suya.

John Grady apagó el cigarrillo. Vámonos, dijo.

Compraron cepillos de dientes, una pastilla de jabón y una máquina de afeitar en una *farmacia* y encontraron habitación en un hotel a dos manzanas de Aldama. La llave era una llave corriente de habitación atada a un dije de madera con el número de la habitación impreso en la madera con un hierro candente. Cruzaron el patio embaldosado donde caía una lluvia ligera, encontraron la habitación, abrieron la puerta y encendieron la luz. Un hombre se sentó en la cama y los miró. Retrocedieron, apagaron la luz, cerraron la puerta y volvieron a la recepción, donde el hombre les dio otra llave.

La habitación era verde brillante y había una ducha en un rincón con una cortina de hule colgada de un aro. John Grady abrió el grifo de la ducha y al poco rato empezó a salir agua caliente. Lo cerró otra vez.

Adelante, dijo.

Tú primero.

Tengo que salir de esta envoltura.

Se sentó en la cama y se quitó el vendaje mientras Rawlins se duchaba. Rawlins cerró el grifo de la ducha, abrió la cortina y se secó con una de las gastadas toallas.

Somos un par de tíos buenos, ¿verdad?, preguntó.

Sí.

¿Cómo vas a quitarte esos puntos?

Supongo que tendré que encontrar un médico.

Duele más quitarlos que ponerlos.

Sí.

¿Lo sabías?

Sí, lo sabía.

Rawlins se envolvió con la toalla y se sentó en la cama de enfrente. El sobre del dinero estaba sobre la mesa.

¿Cuánto hay ahí dentro?

John Grady alzó la vista. No lo sé, dijo. Apostaría algo a que considerablemente menos de lo que debería haber. Adelante, cuéntalo.

Cogió el sobre y contó los billetes sobre la cama.

Novcientos setenta *pesos*, dijo.

John Grady asintió.

¿Cuánto es eso?

Alrededor de ciento veinte dólares.

Rawlins juntó los billetes sobre el cristal de la mesa y volvió a meterlos en el sobre.

Divídelo en dos mitades, dijo John Grady.

Yo no necesito dinero.

Claro que sí.

Me voy a casa.

No importa. La mitad es tuya.

Rawlins se levantó, colgó la toalla de la cabecera de hierro y apartó el cubrecama. Creo que vas a necesitar cada centavo de esa cantidad, dijo.

Cuando salió de la ducha pensó que Rawlins estaba dormido pero no era así. Cruzó la habitación, apagó la luz, volvió y se metió en la cama. Yació en la oscuridad escuchando los sonidos de la calle y el goteo de la lluvia en el patio.

¿Rezas alguna vez?, preguntó Rawlins.

Sí. A veces. Supongo que he perdido la costumbre sin darme cuenta.

Rawlins guardó silencio durante mucho rato. Luego dijo: ¿Qué es lo peor que has hecho en tu vida?

No lo sé. Supongo que si hubiera hecho algo malo de verdad preferiría no decirlo. ¿Por qué?

No lo sé. Estaba herido en el hospital y empecé a pensar: no estaría aquí si no lo mereciera. ¿Piensas así alguna vez?

Sí, a veces.

Yacieron en la oscuridad, escuchando. Alguien cruzó el patio. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse.

Tú nunca has hecho nada malo, dijo John Grady.

Una vez yo y Lamont llevamos un camión de reparto lleno de forraje a Sterling City, lo vendimos a unos mexicanos y nos quedamos el dinero.

Eso no es lo peor que he oído en mi vida.

También he hecho otras cosas.

Si quieres hablar, encenderé un cigarrillo.

Me callaré.

Permanecieron callados en la oscuridad.

Sabes lo que ocurrió, ¿verdad?, preguntó John Grady.

¿Quieres decir en el comedor?

Sí.

Sí.

John Grady alargó la mano, cogió sus cigarrillos de la mesa, encendió uno y sopló la cerilla.

Nunca pensé que haría aquello.

No tenías alternativa.

Aun así, no lo pensé nunca.

Él te lo habría hecho a ti.

Chupó el cigarrillo y exhaló el humo, invisible en la oscuridad. No hace falta que intentes justificarlo. Es lo que es.

Rawlins no contestó. Preguntó al cabo de un rato: ¿De dónde sacaste la navaja?

De los Bautista. La compré con los últimos cuarenta y cinco pesos que teníamos.

Dinero de Blevins.

Sí. Dinero de Blevins.

Rawlins yacía de costado en la cama de hierro y de muelles gastados, observándole en la oscuridad. El cigarrillo ardía con un rojo brillante cuando John Grady lo chupaba y su rostro con las suturas en la mejilla emergía de las tinieblas como una máscara teatral de color rojo mate, restaurada con indiferencia, y volvía a desaparecer.

Cuando compré la navaja sabía por qué la compraba.

No veo que te equivocaras.

El cigarrillo ardió y desapareció. Lo sé, dijo, pero tú no lo hiciste.

Por la mañana llovía de nuevo y se quedaron en la entrada del mismo café con palillos entre los dientes, mirando la lluvia en la *plaza*. Rawlins estudió su nariz en el cristal.

¿Sabes lo que odio?

¿Qué?

Aparecer en casa con este aspecto.

John Grady le miró y desvió la vista. No me extraña, dijo.

Tú tampoco estás muy atractivo.

John Grady sonrió. Vamos, dijo.

Compraron trajes y sombreros nuevos en una tienda para caballeros de Victoria Street, se los dejaron puestos, salieron a la calle y caminaron bajo la llovizna hasta la terminal de autobuses, donde compró a Rawlins un billete para Nuevo Laredo. Se sentaron en el café de la terminal con sus rígidos atuendos nuevos y los sombreros nuevos puestos del revés sobre las sillas contiguas y bebieron café hasta que anunciaron el autobús por un altavoz.

Es el tuyo, dijo John Grady.

Se levantaron, se pusieron los sombreros y caminaron hasta la puerta.

Bueno, dijo Rawlins, me imagino que te veré uno de estos días.

Cuídate.

Sí. Tú también.

Se volvió, tendió el billete al conductor, éste lo perforó y se lo devolvió y él subió con ademanes rígidos. John Grady se quedó mirándole mientras enfilaba el pasillo. Pensó que elegiría un asiento de ventana pero no fue así. Se sentó en el otro lado del autobús y John Grady esperó un poco y luego dio media vuelta, cruzó de nuevo la terminal hasta la calle y caminó despacio bajo la lluvia hasta el hotel.

Durante los días siguientes agotó la lista de cirujanos de aquella pequeña metrópoli del desierto sin encontrar uno que hiciera lo que él pedía. Pasó los días recorriendo las estrechas calles arriba y abajo hasta que conoció cada rincón y *callejón*. Al final de la semana le quitaron los puntos de la cara sentado en una silla de metal ordinaria mientras el cirujano tarareaba al cortar con las tijeras y estirar con las pinzas. Dijo que la cicatriz

mejoraría de aspecto y le recomendó que no se la mirara porque iría desapareciendo con el tiempo. Entonces la cubrió con una venda, le cobró cincuenta *pesos* y le dijo que volviera al cabo de cinco días y le quitaría los puntos del vientre.

Una semana después abandonó Saltillo en la plataforma de un camión que se dirigía al norte. El día era fresco y nublado. Había un gran motor diesel encadenado a la plataforma del camión. Se sentó mientras traqueteaban por las calles, intentando sujetarse con las manos a ambos lados sobre los ásperos tablones. Al poco rato se caló con fuerza el sombrero sobre los ojos, se puso en pie, colocó las manos extendidas contra el techo del camión y viajó de esta manera. Como si fuese un personaje que llevara noticias para el campo. Como si fuese un nuevo ser evangélico transportado desde las montañas y el norte a través del llano y desolado paisaje hacia Monclova.



## IV

En una estación de cruce, al otro lado de Paredón, recogieron a cinco mozos de labranza que treparon a la plataforma del camión, saludaron con la cabeza y le hablaron con gran circunspección y cortesía. Estaba casi oscuro, lloviznaba y estaban mojados y sus caras húmedas a la luz amarilla de la estación. Se apiñaron delante del motor encadenado y él les ofreció cigarrillos; todos le dieron las gracias y cogieron uno y ahuecaron las manos sobre la pequeña llama bajo la lluvia y le dieron las gracias otra vez.

*¿De dónde viene?, preguntaron.*

*De Texas.*

*Texas, dijeron. ¿Y adónde va?*

Chupó el cigarrillo y miró sus caras. Uno de ellos, mayor que el resto, indicó su ropa nueva y barata.

*Va a ver a su novia, dijo.*

Le miraron con seriedad y él asintió y dijo que era cierto.

*Ah, exclamaron, qué bueno.* Y después y durante mucho tiempo tendría motivos para evocar el recuerdo de aquellas sonrisas y reflexionar sobre la buena voluntad que las provocaba, porque tenía poder para proteger y conferir honor y fortalecer la determinación y tenía poder para curar a los hombres y conducirles a la seguridad mucho después de haberse agotado todos los demás recursos.

Cuando el camión arrancó por fin y le vieron todavía de pie le ofrecieron sus fardos para que se sentara encima. Él asintió y se adormeció

al zumbido de los neumáticos sobre el asfalto y la lluvia cesó y la noche aclaró y la luna que ya había salido corría entre los altos cables de la cuneta como una única y plateada nota musical ardiendo en la oscuridad continua y exuberante y los campos que pasaban eran ricos por la lluvia y despedían el olor de la tierra, el grano y los pimientos y a veces el olor de caballos. Era medianoche cuando llegaron a Monclova y estrechó la mano a cada uno de los mozos, rodeó el camión, dio las gracias al conductor y saludó a los otros dos hombres de la cabina y después se quedó mirando la pequeña luz roja de la parte trasera hasta que desapareció al final de la calle, hacia la carretera, dejándole solo en la ciudad oscurecida.

La noche era cálida y durmió en un banco de la *alameda* y se despertó con el sol ya alto y el comercio del día ya iniciado. Por la acera pasaban colegiales con uniforme azul. Se levantó y cruzó la calle. Había mujeres fregando las aceras frente a las tiendas y los vendedores ya colocaban sus mercancías en pequeños puestos o mesas mientras observaban el día.

Tomó un desayuno de café y *pan dulce* ante el mostrador de un café en una calle que daba a la plaza y luego entró en una *farmacia* y compró una pastilla de jabón que guardó en el bolsillo de la chaqueta junto con la navaja de afeitar y el cepillo de dientes y entonces empezó a andar por la carretera del oeste.

Un coche le llevó a Frontera y otro a San Buenaventura. A mediodía se bañó en una zanja de irrigación, se afeitó y lavó y durmió al sol sobre la chaqueta mientras se le secaba la ropa. Más abajo había una pequeña ataguía de madera y cuando se despertó vio niños desnudos chapoteando en el estanque y se levantó y se ató la chaqueta en torno a la cintura y caminó por la orilla para sentarse a contemplarlos. Dos muchachas pasaron por el sendero cargadas con una tina cubierta por un paño y cubos tapados en la mano libre. Llevaban la comida a los trabajadores del campo y le sonrieron tímidamente al verle sentado allí medio desnudo y de piel tan pálida en contraste con las rojas marcas de sutura alineadas en el pecho y el vientre. Fumando muy tranquilo. Contemplando el baño de los niños en la cenagosa agua de la zanja.

Anduvo durante toda la tarde por la seca y caliente carretera hacia Cuatro Ciénagas. Ninguna persona de las que encontró pasó sin hablar. Caminaba por campos viejos donde hombres y mujeres trabajaban la tierra con azadas y los que cavaban al borde de la carretera se detenían y le saludaban y decían qué hermoso era el día y él asentía a todas sus palabras. Al atardecer cenó con trabajadores en su campo, cinco o seis familias sentadas juntas a una mesa hecha de postes cortados y atados con fibra de cáñamo. La mesa estaba montada bajo un toldo de lona y el sol del crepúsculo se descompuso dentro del espacio bajo una profunda luz anaranjada donde las costuras y los puntos pasaban como sombras por sus rostros y ropas cuando se movían. Las muchachas colocaron los platos sobre pequeñas paletas hechas con fondos de cajas para que nada se volcara sobre la desigual superficie de la mesa y un viejo en el extremo opuesto de la mesa rezó por todos ellos. Pidió a Dios que recordase a los que habían muerto y le pidió que los vivos reunidos aquí recordasen que el maíz crece por la voluntad de Dios y que sin esta voluntad no hay maíz ni crecimiento ni luz ni aire ni lluvia ni nada en absoluto salvo la oscuridad. Entonces comieron.

Le habrían preparado una cama pero él les dio las gracias y siguió en la oscuridad por la carretera hasta que llegó a un soto de árboles donde durmió. Por la mañana había ovejas en la carretera. Dos camiones que transportaban mozos de labranza seguían a las ovejas y él se acercó y pidió al conductor que le llevara. El conductor asintió y él quiso saltar a la plataforma del camión en marcha e intentó izarse hasta ella, pero no pudo y cuando los trabajadores se dieron cuenta de su estado se levantaron al instante y le subieron. Mediante una serie de recorridos semejantes y muchas caminatas fue viajando hacia el oeste a través de las montañas bajas hasta Nadadores y después tomó en el *barrial* la carretera de La Madrid y al caer la tarde entró una vez más en la ciudad de La Vega.

Compró una Coca-Cola en la tienda y se apoyó en el mostrador mientras la bebía. Después bebió otra. La muchacha del mostrador le observaba con incertidumbre. Estudió el calendario de la pared. No sabía la fecha ni la semana y cuando se lo preguntó, ella tampoco lo sabía. Dejó la

segunda botella junto a la primera sobre el mostrador, salió de nuevo a la calle sin asfaltar y enfiló a pie el camino de La Purísima.

Había estado fuera siete semanas y el campo había cambiado, ya no era verano. No vio casi a nadie por el camino y llegó a la *hacienda* justo después de anochecer.

Cuando llamó a la puerta del *gerente* pudo ver a través del umbral que la familia estaba cenando. La mujer fue a la puerta y cuando le vio entró de nuevo para avisar a Armando, que se acercó a la puerta hurgándose los dientes con un palillo. Nadie le invitó a entrar. Cuando salió Antonio, se sentaron bajo la *ramada* y fumaron.

*¿Quién está en la casa?*, preguntó John Grady. *La dama.*

*¿Y el señor Rocha?*

*En México.*

John Grady asintió.

*Se fue él y la hija a México. Por avión.* Hizo ademán de volar con una mano.

*¿Cuándo regresa?*

*¿Quién sabe?*

Fumaron.

*Tus cosas quedan aquí.*

*¿Sí?*

*Sí. Tu pistola. Todas tus cosas. Y las de tu compadre.*

*Gracias.*

*De nada.*

Siguieron sentados. Antonio le miró.

*Yo no sé nada, joven.*

*Entiendo.*

*En serio.*

*Está bien. ¿Puedo dormir en la cuadra?*

*Sí. Si no me lo digas.*

*¿Cómo están las yeguas?*

Antonio sonrió. *Las yeguas*, dijo.

Le sacó sus cosas. Habían descargado la pistola y los cartuchos estaban en la *mochila* junto con sus útiles de afeitar y el viejo cuchillo de caza Marble de su padre. Dio las gracias a Antonio y se dirigió a la cuadra en la oscuridad. El colchón de su cama estaba enrollado y no había almohada ni sábanas. Desenrolló el colchón, se sentó, se quitó las botas y se acostó. Algunos de los caballos que estaban en la cuadra se habían asomado al entrar él y los oyó resollar y moverse y le gustó mucho oírlos y le gustó mucho olerlos y en seguida concilio el sueño.

Al amanecer el viejo mozo empujó la puerta y se quedó mirándole. Después la volvió a cerrar. Cuando se hubo ido, John Grady se levantó, cogió el jabón y la navaja de afeitar y se fue al grifo del extremo de la cuadra.

Cuando subió a la casa unos gatos salían del establo y del huerto y otros se acercaban por el borde del alto muro o esperaban su turno para pasar por debajo de la madera gastada de la puerta. Carlos había matado una oveja y en el suelo del portal salpicado de sol había más gatos descansando bajo la primera luz que se filtraba entre las hortensias. Carlos, que llevaba delantal, miró desde el umbral de la portería. John Grady le dijo buenos días y él asintió gravemente y se retiró.

María no pareció sorprendida de verle. Le sirvió el desayuno y él la observó y escuchó mientras hablaba de corrido. La *señorita* tardaría una hora en levantarse. Un coche vendría a buscarla a las diez. Pasaría todo el día fuera visitando la *quinta* Margarita. Regresaría antes de caer la tarde. No le gustaba viajar por esos caminos de noche. Quizá podría verla antes de marcharse.

John Grady siguió tomando su café. Le pidió un cigarrillo y ella cogió de la ventana sobre el fregadero un paquete de El Toros y lo puso sobre la mesa. No le preguntó dónde había estado ni cómo le habían ido las cosas, pero cuando se levantó para irse le puso la mano en el hombro y le vertió más café en la taza.

*Puedes esperar aquí, dijo. Se levantará pronto.*

Esperó. Carlos entró, dejó los cuchillos en el fregadero y volvió a salir. A las siete ella salió con la bandeja del desayuno y cuando volvió le dijo

que estaba invitado a entrar en la casa a las diez de la noche, que la *señorita* le vería entonces. Él se levantó para irse.

*Quisiera un caballo*, dijo.

*Un caballo.*

*Sí. Por el día, no más.*

*Momentito*, dijo ella.

Cuando volvió dijo que sí con la cabeza. *Tienes tu caballo. Espérate un momento. Siéntate.*

Esperó mientras ella le preparaba el almuerzo, que envolvió en un papel, ató con un cordel y se lo tendió.

*Gracias*, dijo.

*De nada.*

Cogió los cigarrillos y cerillas de la mesa y se los ofreció. Él intentó leer en su semblante cualquier estado de ánimo de la señora, a quien acababa de ver, que pudiera reflejar algo sobre su caso. Esperó equivocarse en todo lo que vio. Ella le acercó los cigarrillos. *Ándale pues*, dijo.

Había yeguas nuevas en algunas de las casillas y mientras cruzaba la cuadra se detuvo a examinarlas. En el cuarto de guarniciones encendió la luz, cogió una mantilla y la brida que siempre había usado, bajó del estante la que le pareció mejor de la media docena de sillas que allí había, le echó un vistazo, le sopló el polvo, comprobó las correas, se la colgó del hombro por la perilla y salió de la cuadra.

Cuando el semental le vio empezó a trotar. Se detuvo en la puerta a mirarle. Asomó la cabeza ladeada con los ojos inquietos y los ollares aspirando el aire matutino y entonces le reconoció, se volvió y acercó a él y John Grady abrió la puerta de un empujón y el caballo relinchó, meneó la cabeza, resopló y apoyó contra su pecho el hocico largo y suave.

Cuando pasó por delante del barracón, Morales pelaba cebollas bajo la *ramada*. Agitó el cuchillo con ademán perezoso y le llamó. John Grady dio las gracias al viejo antes de darse cuenta de que el viejo no había dicho que estaba contento de verle y el caballo sí lo estaba. Volvió a saludar con la mano, azuzó el caballo y se fueron pisando fuerte y dando saltitos como si el caballo no pudiera encontrar en su repertorio el paso adecuado para el día

hasta que cruzaron el portal y perdieron de vista la casa, la cuadra y al cocinero y entonces dio una palmada al flanco brillante que temblaba debajo de él y empezaron a subir a un galope corto y duro el camino de la *ciénaga*.

Cabalgó entre los caballos en la meseta y salió con ellos al paso de los terrenos pantanosos y sotos de cedros adonde habían ido a esconderse y fue al trote con el semental por los bordes de hierba para que el aire lo refrescase. Ahuyentó de un arroyo a unos buitres que habían acudido a despedazar un potro muerto y detuvo el caballo para mirar la pobre forma tendida en la sucia hierba, sin ojos y desnuda.

A mediodía se sentó con las botas colgando del borde de la roca y mientras el caballo pacía atado a una estaca, comió el pollo frío y el pan que ella le había preparado. El campo se ondulaba hacia el oeste bajo luz y sombras quebradas y las distantes tormentas de verano a casi doscientos kilómetros de distancia hasta donde las *cordilleras* se elevaban y bajaban en la neblina con un último frágil e irisado comedimiento tanto de la tierra como de los ojos que lo contemplaban. Fumó un cigarrillo y luego hundió con el puño la coronilla de su sombrero y puso una piedra en ella y se acostó en la hierba con el sombrero lastrado sobre la cara. Pensó en qué clase de sueño le podría traer suerte. La vio cabalgando con la espalda tan recta y el sombrero negro horizontal sobre su cabeza y los cabellos sueltos y su modo de volver los hombros y su modo de sonreír y sus ojos. Pensó en Blevins. Pensó en su cara y sus ojos cuando le entregó sus últimos efectos. Había soñado con él una noche en Saltillo y Blevins fue a sentarse a su lado y hablaron de cómo era estar muerto y Blevins dijo que no se parecía a nada en absoluto y él le creyó. Pensó que quizá si soñaba lo bastante con él se marcharía para siempre y estaría muerto entre los de su clase y la hierba silbó con el viento en su oído y se quedó dormido y no tuvo ningún sueño.

Mientras cabalgaba a través del parque en el crepúsculo el ganado salía una y otra vez de entre los árboles adonde había ido buscando sombra durante el día. Cabalgó a través de un bosquecillo de manzanos silvestres, rodeados de zarzas, y cogió sin desmontar una manzana, la mordió y era verde y amarga. Caminó por la hierba con el caballo buscando manzanas en

el suelo pero el ganado se las había comido todas. Pasó por delante de las ruinas de una vieja cabaña. El dintel había desaparecido de la puerta y entró con el caballo. Las *vigas* se habían caído en parte y cazadores o pastores habían hecho fuego en el suelo. Un viejo pellejo de vaca estaba clavado a una pared y las ventanas carecían de cristales porque hacía tiempo que los marcos y bastidores se habían utilizado como leña. Un aire extraño reinaba en el lugar. Como el de un ámbito donde la vida no había logrado prosperar. Al caballo no le gustó nada y movía las riendas contra su cuello y lo tocaba con el talón del casco, así que dieron cuidadosamente media vuelta en la habitación, salieron y bajaron a través del huerto y el pantano hasta el camino. Llamaban unas tórtolas en la luz color de vino. Hizo mover y girar en redondo al caballo para evitar que pisara constantemente su sombra porque ello parecía inquietarlo.

Se lavó bajo el grifo del corral, se puso la otra camisa, se quitó el polvo de las botas y fue al barracón. Ya era oscuro. Los *vaqueros* habían terminado de cenar y estaban fumando bajo la *ramada*.

*Buenas noches*, dijo.

¿*Eres tú, Juan?*

*Claro.*

Hubo un momento de silencio. Entonces alguien dijo: *Estás bienvenido aquí.*

*Gracias*, respondió.

Se sentó a fumar con ellos y les contó todo lo ocurrido. Se preocuparon por Rawlins, más amigo suyo que él. Les entristeció que no volviera pero dijeron que un hombre abandona mucho cuando abandona su patria. Dijeron que no era una circunstancia casual que un hombre naciera en un país determinado y no en otro y dijeron que el tiempo y las estaciones que forman una tierra forman también las suertes internas de los hombres en sus generaciones y las pasan a sus hijos y no se encuentran tan fácilmente de otro modo. Hablaron del ganado y de los caballos y de las jóvenes yeguas salvajes en celo y de una boda en La Vega y una muerte en Víbora. Nadie habló del *patrón* ni de la *dueña*. Nadie habló de la muchacha. Al final les deseó buenas noches y volvió a la cuadra y se acostó en el catre, pero no



tenía manera de calcular el tiempo, así que se levantó, caminó hasta la casa y llamó a la puerta de la cocina.

Esperó y volvió a llamar. Cuando María le abrió la puerta, supo que Carlos acababa de abandonar la habitación. Miró el reloj de pared sobre el fregadero.

*¿Ya comiste?*, preguntó ella.

*No.*

*Siéntate. Hay tiempo.*

Se sentó a la mesa y ella le preparó un plato de carnero asado con salsa *adobada*, lo puso a calentar en el horno y se lo llevó a los pocos minutos con una taza de café. Terminó de fregar los platos y un poco antes de las diez se secó las manos con el delantal y fue a la puerta. Él se levantó.

*Está en la sala*, dijo ella.

*Gracias.*

Cruzó el zaguán y entró en la sala. Ella estaba de pie, casi formalmente, vestida con una elegancia frígida para él. Se acercó, se sentó y le indicó la silla del lado opuesto.

*Siéntate, por favor.*

Caminó despacio por el suelo alfombrado y se sentó. Detrás de ella pendía de la pared un gran tapiz que representaba el encuentro en un camino de dos jinetes en algún paisaje desaparecido. Sobre la puerta doble que conducía a la biblioteca, la cabeza montada de un toro de lidia al que le faltaba una oreja.

Héctor dijo que no vendrías aquí. Yo le aseguré que estaba equivocado.

*¿Cuándo regresa?*

*Tardará bastante. En cualquier caso, no te verá.*

*Creo que se me debe una explicación.*

Me parece que las cuentas se han saldado muy a tu favor. Has sido un gran desengaño para mi sobrino y un gasto considerable para mí.

No quiero ofenderla, señora, pero yo también he sufrido ciertas inconveniencias.

Los oficiales estuvieron aquí una vez con anterioridad, ¿sabes? Mi sobrino les hizo marchar hasta que pudiera realizar una investigación.

Confiaba plenamente en que los hechos eran distintos. Confiaba plenamente.

¿Por qué no me dijo nada?

Había dado su palabra al comandante. De otro modo te habrían llevado consigo en el acto. Deseaba realizar su investigación. Creo que comprenderás que el comandante fuera reacio a notificar a las personas antes de arrestarlas.

Tendría que haberme permitido contar mi versión.

Ya le habías mentido dos veces. ¿Por qué no había de suponer que lo harías por tercera vez?

Jamás le he mentido.

El asunto del caballo robado era conocido aquí ya antes de que llegaras. Se sabía que los ladrones eran americanos. Cuando te interrogó acerca de esto, lo negaste todo. Unos meses después tu amigo volvió a la ciudad de Encantada y cometió un asesinato. La víctima fue un oficial del Estado. Nadie puede discutir estos hechos.

¿Cuándo volverá?

No querrá verte.

Usted cree que soy un criminal.

Estoy dispuesta a creer que ciertas circunstancias deben de haber conspirado contra ti. Pero lo hecho no puede deshacerse.

¿Por qué compró mi libertad?

Creo que ya sabes por qué.

A causa de Alejandra.

Sí.

¿Y qué ha tenido que dar ella a cambio?

Creo que también sabes eso.

Que no volverá a verme.

Sí.

Se recostó en la silla y miró fijamente la pared. El tapiz. Un decorativo jarrón azul sobre un aparador de nogal tallado.

No puedo contar con las dos manos el número de mujeres de esta familia que han sufrido desastrosas aventuras de amor con hombres de mala

fama. Como es natural, los tiempos permitían a dichos hombres llamarse revolucionarios. Mi hermana Matilde ya había enviudado dos veces a la edad de veintidós años y ambos maridos murieron de un disparo. Esa clase de asunto. Bigamia. No es agradable abrigar la idea de sangre manchada. Una maldición de familia. Pero no, no te verá.

Usted se ha aprovechado de ella.

Me agradó estar al menos en situación de poder hacer un trato.

No me pida que se lo agradezca.

No lo haré.

No tenía derecho. Debería haberme dejado allí.

Habrías muerto.

Pues habría muerto.

Permanecieron en silencio. El reloj del zaguán marcaba los segundos.

Estamos de acuerdo en que necesitas un caballo. Confiaré a Antonio la vigilancia de la selección. ¿Tienes dinero?

La miró. Pensaba que tal vez los desengaños de su propia vida la habrían hecho más comprensiva para con los demás.

Pensabas mal.

Supongo que sí.

En mi experiencia, las dificultades de la vida no hacen más caritativas a las personas.

Supongo que depende de las personas.

Creo que sabes algo de mi vida. Una anciana cuyo pasado la ha hecho amargada. Celosa de la felicidad ajena. Es una historia corriente. Pero no es la mía. He abogado por tu causa incluso ante las peores pataletas por parte de la madre de Alejandra... a quien por suerte no has conocido. ¿Te sorprende?

Sí.

Claro. Si ella fuese una persona más cortés, es posible que yo hubiese abogado menos. No soy una persona sociable. Las sociedades a las que me han expuesto se me antojaban en su mayor parte máquinas para la supresión de las mujeres. La sociedad es muy importante en México, donde las mujeres ni siquiera tienen el voto. En México están locos por la sociedad y

por la política y son muy malos en ambas cosas. A mi familia se la considera *gachupines* aquí, pero la locura del español no es tan diferente de la locura criolla. La tragedia política de España tuvo su ensayo general veinte años antes en tierra mexicana. Para quienes tenían ojos para ver. Nada era lo mismo y, no obstante, todo lo era. En el corazón español hay una gran añoranza de libertad, pero sólo la suya propia. Un gran amor por la verdad y el honor en todas sus formas, pero no en su sustancia. Y la profunda convicción de que nada puede probarse si no es con sangre. Vírgenes, toros, hombres. En última instancia, el propio Dios. Cuando miro a mi sobrina nieta, veo a una niña. Y sin embargo sé muy bien quién y qué era yo a su edad. En una vida diferente yo podría haber sido una *soldadera*. Quizá ella también. Y nunca sabré qué es su vida. Si hay una pauta en ella, no tomará ninguna forma que estos ojos puedan reconocer. Porque la cuestión siempre fue para mí si la forma que vemos en nuestras vidas estaba ahí desde el principio o si estos sucesos fortuitos sólo se llaman una pauta después de los hechos. Porque de otro modo no somos nada. ¿Crees en el destino?

Sí, señora. Supongo que sí.

Mi padre tenía un gran sentido de la conexión de las cosas. No estoy segura de compartirlo. Él sostenía que la responsabilidad de una decisión no puede ser nunca abandonada a un agente ciego y sólo puede relegarse a decisiones humanas más y más remotas de sus consecuencias. El ejemplo que daba era una moneda lanzada al aire que en un tiempo había sido una unidad en una casa de moneda y el acuñador que cogió esa unidad de la bandeja la colocó en el dado en una de dos maneras y a su acto siguió todo lo demás, *cara y cruz*. No importa qué vueltas haya dado ni cuántas. Hasta que por fin nuestro turno llega y pasa.

Sonrió. Débilmente. Brevemente.

Es un argumento tonto. Pero aquella personita anónima en su banco de trabajo ha permanecido en mí. Creo que si fuera el destino quien gobernase nuestras casas, quizá podríamos adularlo o razonar con él. Pero el acuñador no puede. Mirando con ojos de miope a través de cristales empañados las ciegas tabletas de metal que tiene delante. Haciendo su selección. Quizá

titubeando un momento. Mientras los destinos de quién sabe qué mundos desconocidos están en juego. Mi padre debió de ver en esta parábola la accesibilidad de los orígenes de las cosas, pero yo no veo nada de esto. Para mí el mundo ha sido siempre más bien un teatro de títeres. Pero cuando uno mira tras el telón y sigue los hilos hacia arriba, ve que terminan en las manos de otros títeres, también ellos colgando de sus propios hilos, y así sucesivamente. En mi propia vida he visto estos hilos de orígenes infinitos representar las muertes de grandes hombres con violencia y locura. Representar la ruina de una nación. Te diré cómo era México. Cómo era y cómo volverá a ser. Verás que estas cosas que me predispusieron a tu favor eran las mismas cosas que al final me hicieron decidir contra ti.

Cuando era niña, la pobreza de este país era terrible. Lo que hoy ves no puede ni siquiera sugerirla. Y esto me afectó mucho. En las ciudades había *tiendas* que alquilaban ropa a los campesinos cuando venían al mercado. Porque no poseían ropa propia y la alquilaban por un día y volvían a casa por la noche con sus mantas y harapos. No tenían nada. Cada centavo que podían reunir se destinaba a los funerales. La familia media no poseía nada hecho a máquina, sólo el cuchillo de la cocina. Nada. Ni un alfiler, ni un plato, ni un pote, ni un botón. Nada. Nunca. En las ciudades los veías intentando vender cosas que no tenían valor. Un tornillo caído de un camión y recogido en la carretera o una pieza gastada de una máquina cuya utilidad ni siquiera se conocía. Cosas así. Cosas patéticas. Creían que alguien debía de buscar estas cosas y sabría valorarlas, siempre que pudieran encontrar a esa persona. Era una fe que ningún desengaño parecía capaz de quebrantar. ¿Qué más tenían? ¿Por qué otra cosa lo abandonarían? El mundo industrial era para ellos algo inimaginable y quienes lo habitaban, totalmente ajenos a ellos. Y sin embargo no eran estúpidos. Nunca estúpidos. Podía verse en los niños. Su inteligencia era aterradora. Y gozaban de una libertad que envidiábamos. Tenían tan pocas restricciones. Tan pocas esperanzas. Luego, a la edad de once o doce años dejaban de ser niños. Perdían su infancia de la noche a la mañana y no tenían juventud. Se volvían muy serios. Como si les hubiera visitado una terrible verdad. Una terrible visión. En cierto punto

de sus vidas se serenaban en un instante y esto me dejaba perpleja pero, claro, no podía saber qué era lo que veían. Qué era lo que sabían.

Cuando cumplí dieciséis años había leído muchos libros y me había convertido en una librepensadora. En cualquier caso me negaba a creer en un Dios que podía permitir las injusticias que yo veía en un mundo creado por Él. Era muy idealista. Muy franca. Mis padres estaban horrorizados. Entonces, en el verano de mis diecisiete años, mi vida cambió para siempre.

En la familia de Francisco Madero había trece hijos y yo tenía muchas amigas entre ellos. Rafaela era de mi misma edad, con una diferencia de tres días, y éramos íntimas. Mucho más que con las hijas de Carranza. *Teníamos compadrazgo con su familia.* ¿Comprendes? No hay traducción. La familia había ofrecido mi *quinceañera* en Rosario. Aquel mismo año don Evaristo llevó a un grupo de nosotras a California. Todas chicas jóvenes de las *haciendas*. De Parras y Torreón. Ya entonces era muy viejo y me maravilla su ánimo. Pero era un hombre extraordinario. Había servido un período como gobernador del Estado. Era muy rico, me profesaba un gran cariño y mis discursos filosóficos no le desconcertaban en absoluto. Me encantaba ir a Rosario. En aquellos tiempos se hacía más vida social en las *haciendas*. Se daban fiestas muy elaboradas con orquestas y champaña y a menudo asistían visitantes europeos y las reuniones se prolongaban hasta el amanecer. Ante mi sorpresa, descubrí que era muy popular y es probable que me hubiese curado de mis excesivas sensibilidades de no haber sido por dos cosas. La primera de ellas fue el regreso de los dos chicos mayores, Francisco y Gustavo.

Habían pasado cinco años en un colegio de Francia. Con anterioridad habían estudiado en Estados Unidos. En California y Baltimore. Cuando me presentaron de nuevo a ellos, fue a viejos amigos, casi de la familia. No obstante los recordaba con la memoria de una niña y para ellos debía de ser una completa desconocida.

Francisco, en su calidad de hijo mayor, gozaba de un lugar especial en la casa. Había una mesa bajo el portal donde se reunía con su corte de amigos. En otoño de aquel año me invitaron muchas veces a la casa y fue en aquella casa donde oí por primera vez la expresión completa de las cosas

que más cerca estaban de mi corazón. Empecé a ver en qué debía convertirse el mundo si tenía que vivir en él.

Francisco empezó a fundar escuelas para los niños pobres del distrito. Les procuraba medicinas. Más adelante daba de comer a centenares de personas de su propia cocina. No es fácil transmitir la excitación de aquellos tiempos a las personas de hoy. La gente se sentía muy atraída por Francisco. Encontraban placer en su compañía. En aquella época no se hablaba de su intervención en la política. Intentaba simplemente poner en práctica las ideas que había descubierto. Hacerlas funcionar en la vida cotidiana. La gente de México empezó a venir para verle. Gustavo le secundaba en todas sus empresas.

No estoy segura de que puedas comprender lo que te estoy contando. Yo tenía diecisiete años y este país era para mí como un ánfora rara transportada de un lado a otro por un niño. Había cierta electricidad en el aire. Todo parecía posible. Yo pensaba que había miles como nosotros. Como Francisco. Como Gustavo. Y no era así. Al final pareció que no había nadie.

Gustavo llevaba un ojo artificial como resultado de un accidente cuando era un muchacho. Esto no disminuía su atractivo para mí. Creo que era tal vez al contrario. Ciertamente no había compañía que prefiriese a la suya. Me daba a leer libros. Hablábamos durante horas. Era muy práctico. Mucho más que Francisco. No compartía la afición de Francisco por lo oculto. Hablaba siempre de cosas serias. Entonces, en otoño de aquel año fui con mi padre y mi tío a una *hacienda* en San Luis Potosí y allí sufrí el accidente en la mano del que ya te hablé.

Esto, para un chico, habría sido un suceso de importancia. Para una chica era devastador. No quería ser vista en público. Incluso imaginaba que veía un cambio en mi padre con respecto a mí. Que no podía evitar verme como algo desfigurado. Pensaba que ahora se daría por sentado que no podía hacer una buena boda y tal vez fue así. Ya no había ni el dedo donde poner el anillo de esponsales. Me trataban con gran delicadeza. Quizá como a una persona que ha vuelto de una institución a casa. Deseaba con toda mi

alma haber nacido entre los pobres, donde estas cosas son aceptadas con mucha más facilidad. En este estado esperaba la vejez y la muerte.

Pasaron varios meses. Entonces un día justo antes de Navidad, Gustavo vino a visitarme. Yo estaba aterrada. Dije a mi hermana que le suplicara que se fuera. Él no quiso. Cuando mi padre volvió muy tarde aquella noche se quedó muy desconcertado al encontrarle sentado solo en el salón con el sombrero en el regazo. Fue a hablarme a mi habitación. Me tapé los oídos con las manos. No recuerdo qué sucedió, sólo que Gustavo continuó sentado. Pasó la noche en el salón como un *mozo*. Aquí. En esta casa.

Al día siguiente mi padre se enfadó mucho conmigo. No te entretendré con la escena que se desarrolló entonces. Estoy segura de que mis alaridos de rabia y angustia llegaron a oídos de Gustavo. Pero, naturalmente, no podía oponerme a la voluntad de mi padre y al final aparecí. Vestida con bastante elegancia, si no recuerdo mal. Había aprendido a llevar un pañuelo en la mano izquierda de modo que cubriera mi deformidad. Gustavo se levantó y me sonrió. Paseamos por el jardín. En aquellos días bastante mejor cuidado que hoy. Me habló de sus planes. De su trabajo. Me dio noticias de Francisco y de Rafaela. De nuestros amigos. No me trató de forma diferente a la de antes. Me contó cómo había perdido el ojo y la crueldad de los niños de su escuela y me dijo cosas que nunca había dicho a nadie, ni siquiera a Francisco. Porque dijo que yo lo comprendería.

Habló de estas cosas de las que habíamos hablado tan a menudo en Rosario. Tan a menudo y hasta tan entrada la noche. Dijo que quienes han sufrido alguna desgracia serán siempre apartados pero que precisamente esa desgracia es su don y su fuerza y que deben abrirse nuevamente camino hacia la empresa común del hombre porque ésta no podrá prosperar si no lo hacen y ellos mismos languidecerán en su amargura. Me dijo estas cosas con gran seriedad y gran dulzura y pude ver a la luz del portal que estaba llorando y supe que lloraba por mi alma. Nunca me habían apreciado de esta manera. Ver a un hombre colocarse en semejante posición. No sabía qué decir. Aquella noche pensé mucho y no sin desesperación en lo que sería de mí. Deseaba ardientemente ser una persona de valía y tuve que preguntarme cómo sería esto posible si no había algo como un alma o como



un espíritu que existe en la vida de una persona y que puede soportar cualquier desgracia o desfiguración sin sufrir ningún menoscabo. Si uno tenía que ser una persona de valía, esa valía no podía ser una condición sujeta a los azares de la fortuna. Tenía que ser una cualidad que no pudiera cambiar. Fuera lo que fuese. Mucho antes de la mañana supe que aquello que ansiaba descubrir era algo que siempre había sabido. Que todo valor era una forma de constancia. Que lo primero que abandonaba el cobarde era siempre a sí mismo. Después de esto, todas las otras traiciones resultaban fáciles.

Supe que algunos conseguían el valor con menos lucha que otros, pero creía que todos cuantos lo querían podían conseguirlo. Que el deseo era la cuestión en sí misma. La cuestión en sí misma. No podía pensar en nada más que contuviera esta verdad.

Tanto depende de la suerte. No comprendí hasta pasados unos años la determinación que debió de costar a Gustavo hablarme como lo hizo. Ir a casa de mi padre de aquella manera. Sin desanimarse ante cualquier idea de rechazo o ridículo. Comprendí sobre todo que el regalo que me hizo no estaba siquiera en las palabras. La noticia que me llevó no podía expresarla. Pero fue a partir de aquel día cuando empecé a amar al hombre que me había llevado aquella noticia y aunque ahora hace casi cuarenta años que ha muerto, esos sentimientos no han cambiado.

Se sacó un pañuelo de la manga y se tocó con él el párpado inferior de cada ojo. Levantó la vista.

Bueno, ya ves. De todos modos, eres muy paciente. El resto de la historia no es difícil de imaginar puesto que los hechos son conocidos. En los meses siguientes mi espíritu revolucionario se inflamó y los aspectos políticos de las actividades de Francisco Madero se pusieron más de manifiesto. A medida que se le tomaba más en serio, surgieron enemigos y su nombre llegó pronto a oídos del dictador Díaz. Francisco se vio obligado a vender las propiedades que había adquirido en Australia con objeto de financiar sus empresas. Al cabo de poco tiempo fue arrestado. Más tarde huyó a Estados Unidos. Su determinación no flaqueó nunca y sin embargo durante aquellos años pocos podrían haber previsto que se convertiría en

presidente de México. Cuando él y Gustavo volvieron, volvieron con armas. La revolución había comenzado.

Mientras tanto me mandaron a Europa y en Europa permanecí. Mi padre era muy franco en sus opiniones sobre las responsabilidades de los terratenientes. Pero la revolución era un asunto completamente distinto. No me permitiría regresar a casa a menos que prometiera dissociarme de los Madero y esto no lo quise hacer. Gustavo y yo no estuvimos nunca prometidos. Sus cartas se hicieron cada vez menos frecuentes. Un día se interrumpieron. Al final me dijeron que se había casado. No le culpé entonces ni le culpo ahora. Hubo meses durante la revolución en que toda la campaña se financió de su bolsillo. Hasta la última bala. Hasta el último mendrugo. Cuando Díaz fue finalmente obligado a huir y se celebraron elecciones libres, Francisco se convirtió en el primer presidente de esta república elegido por el voto popular. Y el último.

Te hablaré de México. Te diré qué ocurrió con estos hombres buenos, valientes y honorables. En aquella época yo enseñaba en Londres. Mi hermana fue a reunirse conmigo y se quedó a mi lado hasta el verano. Me rogó que volviese con ella, pero no quise. Era muy orgullosa. Muy obstinada. No podía perdonar a mi padre ni su ceguera política ni el trato que me dispensó.

Francisco Madero estuvo rodeado de intrigantes y conspiradores desde el primer día de su mandato. Su fe en la bondad básica de la humanidad fue su perdición. Un día Gustavo le llevó al general Huerta a punta de pistola y le denunció como traidor, pero Francisco no quiso oír hablar de ello y le reintegró a su cargo. Huerta. Un asesino. Un animal. Esto fue en febrero de mil novecientos trece. Hubo un levantamiento armado. Huerta, naturalmente, fue el cómplice secreto. Cuando se sintió seguro en su posición, pactó con los rebeldes y los dirigió contra el gobierno. Gustavo fue arrestado. Luego Francisco y Pino Suárez. Gustavo fue entregado a la multitud en el patio de la *ciudadela*. Se apiñaron a su alrededor con antorchas y linternas. Le insultaron y atormentaron, llamándole *Ojo Parado*. Cuando pidió que le perdonaran la vida por su esposa e hijos le llamaron cobarde. Él, un cobarde. Le empujaron y golpearon. Le quemaron.

Cuando les rogó de nuevo que pararan, uno de ellos se adelantó con un pico y le arrancó el ojo sano y él se alejó tambaleándose y gimiendo en la oscuridad y no habló más. Alguien se le acercó con un revólver, lo apoyó contra su cabeza y disparó, pero la chusma le dio un codazo y el tiro le destrozó la mandíbula. Se desplomó a los pies de la estatua de Morelos. Por fin le dispararon una andanada de tiros de rifle y le dieron por muerto. Un borracho de la plebe se abrió paso hasta él y le disparó otra vez. Dieron puntapiés a su cadáver y le escupieron. Uno le arrancó el ojo artificial y se lo pasaron entre ellos como una curiosidad.

Permanecieron sentados en silencio, sólo con el tictac del reloj. Al cabo de un rato ella le miró.

Así fue. Ésta era la comunidad de la que hablaba. Aquel hermoso muchacho. Que lo había dado todo.

¿Qué le sucedió a Francisco?

Él y Pino Suárez fueron conducidos a los fondos de la penitenciaría y fusilados. No fue una prueba del cinismo de sus asesinos declarar que los mataron cuando intentaban huir. La madre de Francisco había enviado un telegrama al presidente Taft pidiéndole que intercediera para salvar la vida de su hijo. Sara lo entregó en propia mano al embajador en la embajada americana. Lo más probable es que no se enviara nunca. La familia se exilió. Fueron a Cuba. A Estados Unidos. A Francia. Siempre se había rumoreado que eran de extracción judía. Posiblemente es cierto. Eran todos muy inteligentes. El suyo me pareció por lo menos un destino judío. Una diáspora moderna. Martirio. Persecución. Destierro. Sara vive actualmente en Colonia Roma. Tiene a sus nietos. Nos vemos muy poco y sin embargo compartimos una fraternidad tácita. Aquella noche en el jardín de la casa de mi padre Gustavo me dijo que quienes han sufrido un gran dolor, perjuicio o pérdida están unidos entre sí con vínculos de una autoridad especial y así ha resultado ser. Los vínculos más fuertes que conoceremos en nuestra vida son los de la desgracia. El vínculo comunitario más profundo de la pena. No regresé de Europa hasta que murió mi padre. Ahora lamento no haberle conocido mejor. Creo que en muchos aspectos él también estaba mal preparado para la vida que eligió. O que le eligió a él. Quizá todos lo

estábamos. Solía leer libros sobre horticultura. En este desierto. Ya había empezado a cultivar algodón aquí y le habría gustado ver el éxito que ha tenido. Años después llegué a ver lo parecidos que eran él y Gustavo. Cuyo destino no fue nunca ser un soldado. Creo que no comprendían a México. Como mi padre, odiaba la violencia y el derramamiento de sangre. Pero tal vez no los odiaba lo suficiente. Francisco fue el más engañado de todos. Nunca le cuadró ser presidente de México. Apenas le cuadraba ser mexicano. Al final todos llegamos a curarnos de nuestros sentimientos. Aquellos a quienes no cura la vida, les curará la muerte. El mundo es totalmente implacable en la selección entre el sueño y la realidad, incluso cuando nosotros no queremos serlo. Entre el deseo y lo que el mundo está esperando. He pensado mucho sobre mi vida y sobre mi país. Creo que hay poco que pueda ser realmente conocido. Mi familia ha tenido suerte. Otros han tenido menos. Como suelen apresurarse a señalar.

Cuando estaba en el colegio, estudié biología. Aprendí que al hacer sus experimentos los científicos eligen un grupo (bacterias, ratas, personas) y lo someten a ciertas condiciones. Comparan los resultados con un segundo grupo que no ha sido tratado. Este segundo grupo se llama grupo de control. Este grupo de control es el que permite al científico valorar el efecto de su experimento. Juzgar la importancia de lo ocurrido. En la historia no hay grupos de control. No hay nadie que nos diga lo que podría haber sido. Lloramos por lo que pudo ser, pero lo que pudo ser no existe. Nunca existió. Se considera cierto que quienes no conocen la historia están condenados a repetirla. Yo no creo que su conocimiento pueda salvarnos. Lo constante en la historia es la codicia, la necesidad y una avidez de sangre que incluso Dios (que sabe todo cuanto puede saberse) parece impotente para cambiar.

Mi padre está enterrado a menos de doscientos metros de donde ahora nos encontramos. Voy allí con frecuencia y le hablo. Le hablo como nunca pude hacerlo en mi vida. Hizo de mí una exiliada en mi propio país. No fue tal su intención. Cuando nací en esta casa ya estaba llena de libros en cinco lenguas y como sabía que en mi calidad de mujer el mundo me sería negado en su mayor parte, me apoderé de este otro mundo. A los cinco años

empecé a leer y nadie me quitó nunca un libro de las manos. Nunca. Entonces mi padre me envió a uno de los mejores colegios de Europa. Pese a todo su rigor y autoridad, resultó ser un libertino de la clase más peligrosa. Has hablado de mis desengaños. Si lo fueron, sólo consiguieron hacerme temeraria. Mi sobrina nieta es el único futuro que contemplo y en todo lo que se refiere a ella sólo puedo entregarme con toda mi alma. Es posible que la vida que deseo para ella ni siquiera exista, pero sé lo que ella no sabe. Que no hay nada que perder. En enero cumpliré setenta y tres años. He conocido a mucha gente en todo este tiempo y pocos han llevado vidas satisfactorias para ellos. Me gustaría que mi sobrina nieta tuviera la oportunidad de contraer un matrimonio diferente del que la sociedad se empeña en exigir de ella. No aceptaré un matrimonio convencional. También en esto sé lo que ella no puede saber. Que no hay nada que perder. No sé en qué clase de mundo vivirá y no tengo ideas fijas sobre cómo deberá vivir en él. Sólo sé que si no aprende a valorar lo verdadero sobre lo útil no importará mucho que viva o no. Y en verdad no me refiero a lo que es recto sino simplemente a lo que es así. Tú crees que he rechazado tu galanteo porque eres joven o no tienes educación o eres de otro país, pero no es ése el caso. Nunca descuidé predisponer a Alejandra contra las pretensiones de la clase de pretendientes disponibles para ella y hace tiempo que ambas estamos dispuestas a considerar la idea de liberación sea cual sea la apariencia con que se presente. Pero también te he hablado de cierta extravagancia en la sangre femenina de esta familia. Algo voluntarioso. Imprudente. Conociendo esto en ella, debí ser más cautelosa contigo. Debí verte con más claridad. Ahora lo hago.

No me permitirá exponer mi caso.

Conozco tu caso. Tu caso es que ocurrieron ciertas cosas sobre las que no tenías control.

Es cierto.

Estoy segura. Pero no es un caso. No simpatizo con la gente a quien las cosas ocurren. Puede ser que tengan mala suerte, pero ¿acaso esto ha de contar en su favor?

Me propongo verla.

¿Debo sorprenderme? Incluso te daré mi permiso. Aunque parece ser que no lo has necesitado nunca. No romperá la palabra que me ha dado. Ya lo verás.

Sí, señora. Ya lo veremos.

Se levantó, recogiendo la falda por detrás, la dejó caer y alargó la mano. Él se levantó y la cogió, muy brevemente; era fresca y de huesos delicados.

Lamento no volver a verte. He querido hablarte de mí misma porque, entre otras razones, pienso que debemos saber quiénes son nuestros enemigos. He conocido a gente que se ha pasado la vida alimentando un odio hacia fantasmas y no era feliz.

No la odio.

Me odiarás.

Ya lo veremos.

Sí. Veremos qué nos reserva el destino, ¿verdad?

Pensaba que no creía en el destino.

Agitó la mano. No es que no crea en él. No estoy de acuerdo con su designación. Si el destino es la ley, ¿está entonces el destino también sujeto a esa ley? En un momento dado no podemos evitar la mención de la responsabilidad. Está en nuestra naturaleza. A veces creo que todos somos como aquel acuñador miope ante su prensa, tomando las monedas de la bandeja, una por una, todos entregados tan celosamente a nuestro trabajo, resueltos a que ni siquiera el caos esté al margen de nuestra actividad.

Por la mañana fue al barracón, desayunó con los *vaqueros* y se despidió de ellos. Después se dirigió a casa del *gerente* y él y Antonio fueron a la cuadra, ensillaron dos monturas y se pasearon por el potrero para mirar los caballos amansados. Sabía cuál quería. Cuando los vio resopló, dio media vuelta y acudió trotando. Era el *grullo* de Rawlins y le pusieron una cuerda y lo bajaron al corral y a mediodía ya tenía el animal en condiciones medio manejables y le hizo andar y lo dejó para que se refrescara. Hacía semanas que no montaban al caballo, no tenía marcas de cincha y apenas sabía cómo

comer grano. Fue a la casa, dijo adiós a María y ella le dio el almuerzo que le había preparado y le entregó un sobre de color rosa con el emblema de La Purísima grabado en relieve en la esquina superior izquierda. Cuando hubo salido lo abrió y sacó el dinero, lo dobló y se lo metió en el bolsillo sin contarlo y dobló el sobre y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Luego salió a través de las pacanas frente a la casa, donde Antonio esperaba con los caballos, y permanecieron un momento en un *abrazo* silencioso y después saltó a la silla y dirigió el caballo hacia el camino.

Cruzó La Vega sin desmontar, con el caballo resollando y poniendo los ojos en blanco por todo lo que veía. Cuando arrancó un camión más arriba de la calle y empezó a bajar hacia ellos, el animal gimió con desesperación e intentó desviarse pero él le hizo bajar la grupa, lo acarició y le habló constantemente hasta que el vehículo hubo pasado y luego siguieron adelante. Una vez fuera de la ciudad, dejó el camino y empezó a cruzar la inmensa y antigua cuenca del *bolsón*. Atravesó una seca *playa* de yeso donde la costra de sal se rompía como mica pisada bajo los cascos del caballo y subió a blancas colinas de yeso cubiertas de dátiles enanos y cruzó una pálida *bajada* llena de flores de yeso como el suelo de una caverna abierta a la luz. En el tenue resplandor de la distancia había árboles y *jacales* a lo largo de esbeltos recodos de tierra verde, pálidos y apretados y medio fugitivos en el aire diáfano de la mañana. El caballo tenía un buen paso natural y él le hablaba mientras cabalgaba y le decía cosas del mundo que eran ciertas en su experiencia y le decía otras que podían ser ciertas para ver cómo sonaban al decirlas. Dijo al caballo por qué le gustaba y por qué le había escogido como su montura y añadió que no permitiría que le ocurriera nada malo.

A mediodía cabalgaba por un camino entre tierras cultivadas donde las *acequias* llevaban el agua por los bordes pisados de los campos y detuvo el caballo para abrevarlo y caminó con él hasta la sombra de un soto de chopos para refrescarlo. Compartió su almuerzo con niños que acudieron a sentarse a su lado. Algunos nunca habían comido pan fermentado y miraron a un chico de más edad que ellos en busca de guía en la materia. Se sentaron en fila al borde del sendero, cinco niños, y las mitades de bocadillo

de jamón curado de la *hacienda* pasaron de izquierda a derecha y las comieron con gran solemnidad y cuando los bocadillos se acabaron, dividió con la navaja las tartas recién hechas de manzana y de guayaba.

*¿Dónde vive?*, preguntó el chico mayor.

Reflexionó sobre la respuesta. Ellos esperaron. Una vez viví en una gran *hacienda*, dijo, pero ahora no tengo lugar donde vivir.

Las caras de los niños le observaron con gran preocupación. *Puede vivir con nosotros*, dijeron, y él les dio las gracias y les dijo que tenía una *novia* que estaba en otra ciudad y que ahora se dirigía a verla para pedirle que fuera su esposa.

*¿Es bonita su novia?*, preguntaron, y él les dijo que era muy hermosa y que tenía los ojos azules, lo cual apenas pudieron creerlo, pero también les dijo que su padre era un rico *hacendado* mientras que él era muy pobre. Los niños oyeron esto en silencio y se entristecieron mucho ante sus perspectivas. La mayor de las chicas dijo que si su *novia* le amaba de verdad se casaría con él a pesar de todo, pero el chico no fue tan alentador y dijo que incluso en las familias ricas una muchacha no podía contrariar los deseos de su padre. La chica dijo que la abuela debía ser consultada porque era muy importante en estos asuntos y que él debía llevarle regalos e intentar ganarla para su causa porque sin su ayuda poco podía esperarse. Y añadió que todo el mundo sabía que esto era cierto.

John Grady asintió a estas sabias palabras pero dijo que ya había ofendido a la abuela y no podía esperar su ayuda y al oír esto varios niños dejaron de comer y miraron fijamente el suelo.

*Es un problema*, dijo el chico.

*De acuerdo*.

Una de las niñas se inclinó hacia delante. *¿Qué ofensa le dio a la abuelita?*, preguntó.

*Es una historia larga*, respondió él.

*Hay tiempo*, dijeron.

Sonrió, les miró y como efectivamente había tiempo les contó todo lo ocurrido. Les dijo que habían venido a otro país, dos jóvenes jinetes a lomos de sus caballos, y que habían encontrado a un tercero que no tenía



dinero ni nada que comer ni casi ropa con que cubrirse y que se había unido a ellos y compartido todo cuanto tenían. Este jinete era muy joven y montaba un caballo magnífico, pero entre sus miedos había el miedo de que Dios le mataría con un rayo y a causa de este miedo perdió su caballo en el desierto. Luego les contó lo ocurrido con el caballo y que lo habían encontrado en el pueblo de Encantada y que entonces el muchacho había vuelto al pueblo de Encantada y allí había matado a un hombre y que la policía había ido a la *hacienda*, donde le arrestó a él y a su amigo, y que la abuela había pagado su fianza y prohibido a la *novia* que volviera a verle.

Cuando hubo acabado se quedaron en silencio y por fin la chica dijo que lo que debía hacer era llevar al chico a la abuela para que le dijera que él era el culpable. John Grady contestó que esto era imposible porque el chico había muerto. Cuando los niños oyeron esto se santiguaron y besaron los dedos. El chico mayor dijo que la situación era difícil pero que debía encontrar un intercesor que hablara en su nombre, porque si se conseguía hacer ver a la abuela que él no era culpable, cambiaría de opinión. La chica dijo que olvidaba el problema de que la familia era rica y él pobre. El chico dijo que si tenía un caballo no podía ser tan pobre y miraron a John Grady para que decidiera sobre la cuestión. Él les dijo que a pesar de las apariencias era realmente muy pobre y que el caballo era un regalo de la propia abuela. Al oír esto algunos contuvieron el aliento y menearon la cabeza. La chica dijo que necesitaba encontrar un hombre sabio con quien discutir sus dificultades o quizá una *curandera* y la niña dijo que debía rogar a Dios.

Era noche cerrada y oscura cuando llegó a Torreón. Echó el ronzal al caballo, lo ató frente a un hotel, entró y preguntó por una caballeriza, pero el empleado no sabía nada de estas cosas. Miró por la ventana hacia el caballo y después miró a John Grady.

*Puede dejarlo atrás,* dijo.

*¿Atrás?*

*Sí. Afuera.* Señaló la parte posterior con un ademán.

John Grady miró hacia la parte trasera del edificio.

*¿Por dónde?,* preguntó.

El empleado se encogió de hombros. Pasó la palma de la mano por el mostrador y señaló el pasillo. *Por aquí.*

En el vestíbulo había un anciano sentado en un sofá, mirando por la ventana, y ahora se volvió hacia John Grady y le dijo que estaba bien, que cosas mucho peores que un caballo habían pasado por aquel vestíbulo de hotel y John Grady miró al empleado y luego salió, desató al caballo y entró con él. El empleado le había precedido por el pasillo y abrió las puertas traseras y esperó a que John Grady saliera al patio con el caballo. John Grady había comprado un pequeño saco de grano en Tlahualilo y abrevó el caballo en una pila, abrió el saco, echó el grano en la tapadera invertida de un cubo de basura, desensilló el caballo, humedeció el saco vacío y frotó con él al animal y luego se llevó la silla, pidió la llave y subió a acostarse.

Cuando se despertó ya era mediodía. Había dormido casi doce horas. Se levantó y fue a mirar por la ventana, que daba al pequeño patio detrás del hotel, y el caballo estaba paseando pacientemente por el recinto a tres niños sentados a horcajadas sobre él mientras otro lo conducía y otro se colgaba de su cola.

Pasó casi toda la mañana esperando en la central de teléfonos turno para entrar en una de las cuatro cabinas y cuando por fin consiguió llamar, ella no estaba. Volvió a firmar en el mostrador y la chica de detrás del cristal leyó en su rostro y le dijo que tendría más suerte por la tarde y así fue. Una mujer contestó al teléfono y envió a alguien a buscarla. Esperó. Cuando ella se puso al teléfono, dijo que sabía que sería él.

Tengo que verte, dijo John Grady.

No puedo.

Tienes que poder. Iré a visitarte.

No. No puedes.

Me voy por la mañana. Estoy en Torreón.

¿Hablaste con mi tía?

Sí.

Guardó silencio. Luego dijo: No puedo verte.

Sí que puedes.

No estaré aquí. Voy a La Purísima dentro de dos días.

Te esperaré en el tren.

No puedes. Antonio irá a recibirme.

Cerró los ojos, apretó el teléfono con mucha fuerza y le dijo que la amaba y que ella no tenía derecho a hacer la promesa que había hecho aun en caso de que le mataran y que no se marcharía sin verla aunque fuese la última vez que la viese en su vida y ella calló durante mucho rato y después dijo que se marcharía un día antes. Diría que su tía estaba enferma y se marcharía mañana por la mañana y se encontraría con él en Zacatecas. Entonces colgó.

Colocó el caballo en un establo de más allá de los barrios al sur de la vía férrea, y dijo al *patrón* que cuidara del caballo porque él estaba medio arruinado y el hombre asintió y llamó al mozo, pero John Grady vio que tenía sus propias ideas sobre los caballos y que llegaría a sus propias conclusiones. Guardó la silla en el cuarto de guarniciones, donde la colgó, y el mozo cerró la puerta con llave detrás de sí y él volvió a la oficina.

Se ofreció a pagar por adelantado pero el propietario lo rechazó con un pequeño ademán. Salió al sol y bajó por la calle, donde cogió el autobús de vuelta a la ciudad.

Compró un pequeño macuto en una tienda y dos camisas y un par de botas y se dirigió a la estación, compró el billete y entró a comer algo en un café. Paseó arriba y abajo para ensanchar las botas y luego volvió al hotel. Envolvió la pistola, la navaja y la ropa usada en el saco de dormir y encargó al empleado que lo guardase en depósito y que le despertara a las seis de la mañana y se fue a dormir. Apenas había oscurecido.

El día era fresco y gris cuando abandonó el hotel por la mañana y cuando se hubo instalado en el vagón ya caían gotas de lluvia contra el cristal. Un muchacho y su hermana viajaban en los asientos de enfrente y cuando el tren arrancó el muchacho le preguntó de dónde era y adonde iba. No parecieron sorprenderse al oír que era de Texas. Cuando pasó el mozo anunciando el desayuno los invitó a comer con él pero el muchacho se azoró y no quiso aceptar. Él también estaba azorado. Se sentó en el vagón restaurante y comió un gran plato de *huevos rancheros* y tomó café, mirando pasar los campos grises al otro lado del cristal húmedo y con la

camisa y las botas nuevas empezó a sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo, el peso que le abrumaba había empezado a aligerarse y repitió lo que su padre le dijo en una ocasión, que el dinero temeroso no puede ganar y un hombre preocupado no puede amar. El tren pasó por una horrible llanura donde sólo crecía *cholla* y entró en un vasto bosque de palmas chinas. Abrió el paquete de cigarrillos que había comprado en el quiosco de la estación, encendió uno, dejó el paquete sobre el mantel y sopló humo al cristal y al campo que pasaba bajo la lluvia.

El tren se detuvo en Zacatecas al caer la tarde. Salió de la estación y a la calle a través de los altos portales del viejo acueducto de piedra y entró en la ciudad. La lluvia los había seguido desde el norte y las estrechas calles de piedra estaban húmedas y las tiendas cerradas. Caminó por Hidalgo y por delante de la catedral hasta la Plaza de Armas y se registró en el Hotel Reina Cristina. Se trataba de un viejo hotel colonial y era tranquilo y fresco y las piedras del suelo del vestíbulo eran oscuras y brillantes y había un guacamayo en una jaula vigilando las idas y venidas de la gente. En el comedor contiguo al vestíbulo aún había personas almorzando. Cogió la llave y subió con un botones que llevaba su pequeña bolsa. La habitación era grande, de techo alto, y en la cama había una colcha de felpilla y un jarrón de cristal tallado en la mesa. El botones descorrió las cortinas de la ventana y entró en el cuarto de baño para ver si todo estaba en orden. John Grady se apoyó en la baranda de la ventana. Abajo en el patio un anciano arrodillado entre macetas de geranios rojos y blancos cantaba en voz baja un único verso de un viejo *corrido* mientras cuidaba las flores.

Dio una propina al botones, dejó el sombrero sobre la cómoda y cerró la puerta. Se tendió en la cama y miró hacia las *vigas* talladas del techo. Luego se levantó, cogió el sombrero y bajó al comedor a comer un bocadillo.

Paseó por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad y las pequeñas *plazas* escondidas. La gente parecía vestir con cierta elegancia. Había dejado de llover y el aire era fresco. Algunas tiendas ya estaban abiertas. Se sentó en un banco de la *plaza* y se hizo lustrar las botas y miró los escaparates, intentando encontrar algo para ella. Al final compró un collar de plata muy sencillo, pagó a la mujer lo que le pidió, la mujer lo envolvió

en un papel con una cinta y él se lo metió en el bolsillo de la camisa y regresó al hotel.

El tren de San Luis Potosí y México tenía su llegada a las ocho. Fue a la estación a las siete y media. Eran casi las nueve cuando llegó el tren. Esperó en el andén entre los demás y miró bajar a los pasajeros. Cuando apareció ella en los peldaños casi no la reconoció. Llevaba un vestido azul con una falda casi hasta los tobillos y un sombrero azul de ala ancha y no le pareció una colegiala, ni a él ni a los otros hombres del andén. Sostenía una pequeña maleta de piel que el mozo le cogió cuando se apeaba y luego le devolvió, tocándose la gorra. Cuando ella se volvió y le miró, él comprendió que le había visto desde la ventanilla del vagón. Mientras caminaba hacia él, su belleza se le antojó algo totalmente improbable. Una presencia inimaginable en este lugar o en cualquier otro. Se le acercó sonriendo tristemente, le rozó con los dedos la cicatriz de la mejilla, se estiró y la besó y él le dio un beso y le cogió la maleta.

Estás tan delgado, dijo ella. Él miró aquellos ojos azules como un hombre que busca la visión del futuro aún no creado del universo. Apenas tenía aliento para hablar y le dijo que era muy hermosa y ella sonrió y en sus ojos había la tristeza que él vio por primera vez la noche que fue a su habitación y supo que, aunque estaba contenido en aquella tristeza, no constituía su totalidad.

¿Estás bien?, preguntó ella.

Sí, estoy bien.

¿Y Lacey?

Está bien. Se ha ido a su casa.

Atravesaron la pequeña terminal y ella le cogió del brazo.

Llamaré un taxi, dijo él.

Vayamos a pie.

Muy bien.

Las calles estaban llenas de gente y en la Plaza de Armas había carpinteros clavando el andamiaje de un podio cubierto de crespón ante el Palacio del Gobernador, donde dentro de dos días hablarían los oradores con ocasión del día de la Independencia. Él le cogió la mano y cruzaron la

calle hasta el hotel. Intentó leerle el corazón en el apretón de su mano, pero no adivinó nada.

Cenaron en el comedor del hotel. Nunca había estado con ella en un lugar público y no estaba preparado para las miradas directas de otros hombres de las mesas circundantes ni para la gracia con que ella las aceptaba. Había comprado en la recepción un paquete de cigarrillos americanos y cuando el camarero sirvió el café encendió uno, lo puso en el cenicero y dijo que debía explicarle lo sucedido.

Le habló de Blevins y de la prisión Castelar y le habló de lo ocurrido a Rawlins y finalmente le habló del *cuchillero* que había caído muerto en sus brazos con su navaja partida en el corazón. Se lo dijo todo. Luego permanecieron en silencio. Cuando ella levantó la mirada, estaba llorando.

Háblame, instó él.

No puedo.

Háblame.

¿Cómo saber quién eres? ¿Sé qué clase de hombre eres? ¿De qué clase es mi padre? ¿Bebes whisky? ¿Vas con prostitutas? ¿Va él? ¿Qué son los hombres?

Te he dicho cosas que nunca dije a nadie. Te he dicho todo lo que había por decir.

¿De qué sirve? ¿De qué?

No lo sé. Supongo que me limito a creer en ello.

Permanecieron mucho rato en silencio. Por fin ella le miró. Le dije a mi padre que éramos amantes, dijo.

Le recorrió un escalofrío glacial. En la sala reinaba un gran silencio. Ella había hablado en un susurro y no obstante sintió el silencio que le rodeaba y apenas podía mirarla. Cuando habló, fue con voz apagada.

¿Por qué?

Porque ella amenazó con decírselo. Mi tía. Me dijo que debía dejar de verte o se lo diría.

No se lo habría dicho.

No. No lo sé. No podía permitir que tuviera este poder. Se lo dije yo.

¿Por qué?

No lo sé. No lo sé.

¿Es cierto? ¿Se lo dijiste?

Sí. Es cierto.

Él se recostó. Se llevó ambas manos a la cara. La miró otra vez.

¿Cómo se enteró ella?

No lo sé. Por diferentes cosas. Esteban, tal vez. Me oyó salir de la casa.

Me oyó volver.

Tú no lo negaste.

No.

¿Qué dijo tu padre?

Nada. No dijo nada.

¿Por qué no me lo contaste?

Estabas en la meseta. Lo habría hecho, pero cuando volviste estabas arrestado.

Él me hizo arrestar. Sí.

¿Cómo pudiste decírselo?

No lo sé. Fui una tonta. Fue la arrogancia de ella. Le dije que no le consentiría hacerme chantaje. Me enfureció.

¿La odias?

No, no la odio. Pero me dice que debo ser yo misma y con cada aliento trata de hacerme como ella. No la odio. No puede evitarlo. Pero yo destrocé el corazón de mi padre. Le destrocé el corazón.

¿No dijo absolutamente nada?

No.

¿Qué hizo?

Se levantó de la mesa y se fue a su habitación.

¿Se lo dijiste en la mesa?

Sí.

¿Delante de ella?

Sí. Se fue a su habitación y al día siguiente se marchó antes de amanecer. Ensilló un caballo y se marchó. Se llevó a los perros. Fue solo a las montañas. Creo que iba a matarte.

Lloraba. La gente miraba hacia su mesa. Ella bajó la vista y siguió sollozando en silencio, sólo moviendo los hombros mientras las lágrimas le bajaban por la cara.

No llores, Alejandra. No llores.

Meneó la cabeza. Lo destruí todo. Sólo quería morirme.

No llores. Yo lo arreglaré.

No puedes, dijo ella. Levantó la vista y le miró. Él no había visto nunca la desesperación. Pensaba que sí, pero no era cierto.

Fue a la meseta. ¿Por qué no me mató?

No lo sé. Creo que tenía miedo de que yo me quitara la vida.

¿Lo harías?

No lo sé.

Lo arreglaré. Tienes que dejarme.

Meneó la cabeza. No lo entiendes.

¿Qué es lo que no entiendo?

No sabía que dejaría de quererme. Ignoraba que podía hacerlo. Ahora lo sé.

Sacó un pañuelo del bolso. Lo siento, dijo. La gente nos está mirando.

Llovió durante la noche, las cortinas ondeaban una y otra vez en la habitación y podía oír el chapoteo de la lluvia en el patio mientras la apretaba contra sí, pálida y desnuda, llorando y diciéndole que la amaba y entonces le pidió que se casara con él. Le dijo que podía ganarse la vida y que podían irse a vivir a su país y comenzar otra vida allí y que no sufrirían ningún daño. Ella no durmió y, cuando él se despertó al alba, estaba de pie ante la ventana y llevaba su camisa.

*Viene la madrugada*, dijo.

Sí.

Se acercó a la cama y se sentó. Te he visto en un sueño. Te he visto muerto en un sueño.

¿Anoche?

No. Hace tiempo. Antes de que pasara todo esto. *Hice una manda*.



Una promesa.

Sí.

Por mi vida.

Sí. Te llevaban por las calles de una ciudad que no había visto nunca. Amanecía. Los niños rezaban. *Lloraba tu madre. Con más razón tu puta.*

Él le tapó la boca con la mano. No digas eso. No puedes decir eso.

Ella le cogió la mano, la sostuvo en la suya y le tocó las venas.

Salieron en la madrugada y anduvieron por las calles de la ciudad. Hablaron a los barrenderos y a las mujeres que abrían las pequeñas tiendas y fregaban los escalones. Comieron en un café y caminaron por los pequeños *paseos y callejones* donde viejas vendedoras de dulces, *melcochas* y *charamuscas* colocaban sus mercancías sobre los adoquines y él compró fresas para ella a un muchacho que las pesó en una pequeña balanza de latón y enrolló un *alcatraz* de papel para ponerlas. Pasearon por el viejo Jardín Independencia donde muy alto sobre sus cabezas había un ángel de piedra blanca con un ala rota. De sus muñecas de piedra colgaban las cadenas rotas de sus esposas. Él contó las horas que faltaban para que el tren llegase nuevamente del sur y que, cuando saliera hacia Torreón, se la llevaría o no se la llevaría y le dijo que si le confiaba su vida, él nunca le fallaría ni abandonaría sino que la amaría hasta la muerte y ella dijo que le creía.

Cuando regresaban al hotel antes de mediodía, ella le cogió la mano y le llevó a la otra acera de la calle.

Ven, dijo. Te enseñaré una cosa.

Le condujo hasta los muros de la catedral y, a través de la arcada abovedada, a la calle del otro lado.

¿Qué es?, preguntó él.

Un sitio.

Subieron por la calle estrecha y sinuosa. Pasaron frente a una curtiduría. Una hojalatería. Entraron en una placita y ella se volvió.

Mi abuelo murió aquí, dijo. El padre de mi madre.

¿Dónde?

Aquí. En este lugar. Plazuela de Guadalajara.

Durante la revolución.

Sí. En mil novecientos catorce. El veintitrés de junio. Estaba con la Brigada Zaragoza bajo el mando de Raúl Madero. Tenía veinticuatro años. Bajaron del norte de la ciudad. Cerro de Loreto. Tierra Negra. A partir de aquí todo era *campo* en aquella época. Murió en este extraño lugar. Esquina de la calle del Deseo y el callejón del Pensador Mexicano. No había madre para llorar. Como en los *corridos*. Ni un pajarito volando. Sólo la sangre sobre las piedras. Quería enseñártelo. Podemos irnos.

*¿Quién fue el Pensador Mexicano?*

*Un poeta.* Joaquín Fernández de Lizardi. Tuvo una vida llena de dificultades y murió joven. En cuanto a la calle del Deseo, es como la calle de Noche Triste. Sólo son nombres para México. Ahora ya podemos irnos.

Cuando llegaron a la habitación la camarera estaba limpiando y se fue y ellos corrieron las cortinas e hicieron el amor y durmieron abrazados. Cuando se despertaron ya atardecía. Ella salió de la ducha envuelta en una toalla, se sentó en la cama, le cogió la mano y le miró. No puedo hacer lo que me pides, dijo. Te amo. Pero no puedo.

Él vio con claridad que toda su vida conducía a este único momento y todo lo posterior no conducía a ninguna parte. Se sintió penetrado por algo frío y sin alma, como otro ser, e imaginó que sonreía malignamente y no tenía razones para creer que se marcharía alguna vez. Cuando ella volvió a salir del cuarto de baño ya estaba vestida y él la hizo sentar en la cama, le cogió las dos manos y le habló, pero ella sólo meneó la cabeza y volvió la cara humedecida por las lágrimas y le dijo que era hora de irse y que no podía perder el tren.

Anduvieron por las calles cogidos de la mano y él con la maleta en la otra. Cruzaron la *alameda* sobre la vieja plaza de toros de piedra y bajaron los escalones por delante del quiosco de música de piedra tallada. Un viento seco soplaba desde el sur y en los eucaliptos los estorninos se balanceaban y gritaban. El sol estaba bajo y un crepúsculo azul llenaba el parque y los faroles amarillos se alineaban en los muros del acueducto y en las sendas entre los árboles.

Esperaron en el andén y ella apoyó la cabeza en su hombro y él le habló pero ella no contestó. El tren llegó resoplando del sur y se detuvo echando vapor y estremeciéndose, con las ventanillas curvándose a lo largo de las vías como grandes dominós ardiendo en la oscuridad y él no pudo por menos de comparar esta llegada con la de veinticuatro horas antes y ella se tocó la cadena de plata del cuello, se volvió y agachó para coger la maleta y entonces se inclinó y le besó por última vez, con toda la cara humedecida, y se fue. La miró irse como si él mismo estuviera en un sueño. Por todo el andén familias y amantes se saludaban. Vio un hombre con una niña en los brazos a la que hacía girar rápidamente y la niña reía pero cuando vio su cara dejó de reír. No comprendía cómo pudo estar allí hasta que el tren arrancó, pero se quedó allí y cuando lo perdió de vista dio media vuelta y volvió a la calle.

Pagó la cuenta del hotel, recogió sus cosas y se marchó. Fue a un bar de una calle transversal donde la ronca e híbrida música de cervecería del norte salía estrepitosamente por la puerta abierta y se emborrachó y enzarzó en una pelea y se despertó en el gris amanecer en una cama de hierro en una habitación verde con cortinas de papel en la ventana al otro lado de la cual podía oír cacarear unos gallos.

Estudió su rostro en un cristal empañado. Tenía la mandíbula hinchada y amoratada. Si movía la cabeza en el espejo hasta cierto ángulo podía devolver un poco de simetría a los dos lados de la cara y el dolor era tolerable si mantenía la boca cerrada. Tenía la camisa rota y ensangrentada y su maleta había desaparecido. Recordaba cosas de la noche de cuya realidad no estaba seguro. Recordaba la silueta de un hombre al final de la calle en una posición muy parecida a la de Rawlins la última vez que le vio, vuelto a medias para despedirse y con la chaqueta colgada de un hombro. Que no había venido a arruinar la casa de nadie. Ni a la hija de nadie. Vio una luz sobre un umbral en la pared de chapa ondulada de un almacén por donde nadie entraba ni salía. Vio un campo vacío en una ciudad bajo la lluvia y en el campo una caja de madera y vio salir un perro de la caja en dirección a la luz pálida y amarillenta de un farol, como un perro de

carnaval abandonado, y abrirse paso con dificultad entre los escombros del solar para desaparecer sin fanfarria entre los edificios oscurecidos.

Cuando salió, no sabía dónde estaba. Caía una lluvia fina. Intentó orientarse por La Bufa, que dominaba la ciudad al oeste, pero se perdió en seguida por las calles tortuosas y preguntó a una mujer por dónde se iba al *centro* y ella señaló la calle y se quedó mirándole mientras se alejaba. Cuando llegó a Hidalgo un grupo de perros subía por la calle a un trote ligero y al adelantarle, uno de ellos resbaló, se deslizó por las piedras mojadas y se cayó. Los otros se volvieron gruñendo y enseñando los dientes, pero el que se había caído pudo levantarse antes de ser atacado y todo siguió igual. Caminó hasta el borde de la ciudad y en la carretera del norte levantó el pulgar. Casi no tenía dinero y le esperaba un largo camino por recorrer.

Viajó todo el día en un viejo faetón LaSalle descapotado, conducido por un hombre vestido de blanco. Dijo que aquél era el único coche de su clase en todo México. Dijo que había viajado por todo el mundo cuando era joven y estudiado ópera en Milán y Buenos Aires y mientras recorrían el paisaje cantaba arias y gesticulaba con gran vigor.

Con este y otros transportes llegó a Torreón alrededor del mediodía de la mañana siguiente, fue al hotel y recuperó su saco de dormir. Luego fue a buscar su caballo. No se había afeitado ni bañado y no tenía más ropa que ponerse y cuando el mozo de cuadra le vio, meneó la cabeza con conmiseración y no pareció sorprenderse de su estado. Sacó el caballo al tráfico de mediodía y el caballo estaba indócil y asustado y se deslizaba por la calle a saltitos rápidos y coceó con fuerza el costado de un autobús para delicia de los pasajeros, que se asomaron y le provocaron desde la seguridad de las ventanas.

Había una *armería* en la calle Degollado y desmontó frente a ella, ató el caballo a un farol y entró a comprar una caja de balas de Long Colt 45. Se detuvo en una tienda en las afueras de la ciudad y compró varias *tortillas* y latas de frijoles y *salsa* y un poco de queso, lo enrolló todo en la manta, volvió a sujetar el saco de dormir a la silla, llenó la cantimplora, montó y dirigió el caballo hacia el norte. La lluvia había madurado todo el campo y

la hierba de la cuneta era verde y luminosa por el agua retenida y las flores estaban abiertas por todo el campo. Aquella noche durmió a la intemperie, lejos de cualquier ciudad. No encendió ningún fuego. Yació escuchando al caballo comer la hierba de donde estaba atado y escuchando el viento en el vacío y contemplando cómo las estrellas formaban el arco del hemisferio y morían en la oscuridad en el confín del mundo y mientras yacía allí, la angustia de su corazón era como una estaca. Imaginó el dolor del mundo como un parásito informe buscando el calor de las almas humanas donde incubar y creyó saber qué le hacía a uno vulnerable a sus visitas. Lo que no sabía era que no tenía mente y por tanto no podía conocer los límites de aquellas almas y temió que no existieran límites.

Por la tarde del día siguiente se había adentrado mucho en el *bolsón* y al otro día entró en la región de las cordilleras y el terreno áspero que rodeaba las montañas desiertas del norte. El caballo no estaba en condiciones de cabalgar como se le exigía y se vio obligado a darle frecuentes descansos. Cabalgaba de noche para que los cascos se beneficiaran de la humedad o de la escasa humedad que había y mientras cabalgaba vio pequeñas aldeas lejos en la planicie que despedían un débil fulgor amarillento en aquellas tinieblas sin coordinación y supo que la vida allí era inimaginable para él. Cinco días después llegó de noche a un pequeño pueblo en una encrucijada sin nombre para él y paró el caballo en el cruce y a la luz de la luna llena leyó los nombres de pueblos grabados en tablones con un hierro candente y clavados a un poste. San Jerónimo. Los Pintos. La Rosita. Abajo, un tablón con la flecha apuntando en la dirección opuesta que decía La Encantada. Se quedó largo rato inmóvil. Se inclinó y escupió. Miró en la oscuridad hacia el oeste. Al diablo con todo, dijo. No dejaré mi caballo aquí abajo.

Cabalgó toda la noche y bajo la primera luz gris, con el caballo muy fatigado, subió a pie con él a una elevación bajo la cual pudo vislumbrar la forma de un pueblo, las ventanas amarillas en las viejas paredes de barro donde se encendían las primeras luces, las estrechas columnas de humo que se elevaban verticalmente en el amanecer sin viento, tan quietas que el pueblo parecía colgar de hilos en la oscuridad. Desmontó y desenrolló sus compras y abrió la caja de balas, se puso la mitad en el bolsillo, comprobó

que la pistola tuviera seis proyectiles en el cargador, cerró el cilindro, se metió la pistola en el cinto, volvió a enrollar sus cosas, ató el rollo detrás de la silla, montó de nuevo el caballo y entró en el pueblo.

No había nadie en las calles. Ató el caballo frente a la tienda, caminó hasta la vieja escuela, subió al porche y miró dentro. Intentó abrir la puerta. Se dirigió a la parte trasera, rompió el cristal, metió la mano, descorrió el cerrojo y entró con la pistola en la mano. Atravesó la habitación y miró por la ventana a la calle. Luego se volvió y fue hacia la mesa del capitán. Abrió el cajón superior, sacó las esposas y las dejó sobre la mesa. Entonces se sentó y puso los pies sobre la mesa.

Una hora después llegó la criada y abrió la puerta con su llave. Tuvo un sobresalto al verle sentado allí y se detuvo, confundida.

*Pásale, pásale, le dijo. Está bien.*

*Gracias, dijo ella.*

Iba a cruzar la habitación para dirigirse a la parte trasera, pero él la detuvo y la hizo sentar en una de las sillas plegables de metal que estaban apoyadas contra la pared. Ella se sentó en silencio. No le preguntó nada. Esperaron.

Vio al capitán cruzar la calle. Oyó sus botas sobre los tablones. Entró con su café en una mano y el aro de llaves en la otra y el correo bajo el brazo y se quedó mirando a John Grady y la pistola que empuñaba con la culata apoyada sobre la mesa.

*Cierra la puerta, dijo John Grady.*

Los ojos del capitán echaron una rápida ojeada a la puerta. John Grady se levantó. Amartilló la pistola. El clic del percutor y el clic del cilindro al caer en su sitio fueron agudos y claros en el silencio de la mañana. La criada se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos. El capitán cerró lentamente la puerta con el codo.

¿Qué quieres?, preguntó.

He venido a buscar mi caballo.

¿Tu caballo?

Sí.

Yo no tengo tu caballo.

Será mejor que sepas dónde está.

El capitán miró a la criada. Aún tenía las manos sobre los oídos pero había levantado la vista.

Acércate y pon todo eso sobre la mesa, dijo John Grady.

El capitán fue hacia la mesa, puso encima el café y el correo y se quedó con las llaves en la mano.

Deja las llaves.

Puso las llaves sobre la mesa.

Date la vuelta.

Te meterás en graves problemas.

Tengo más problemas de los que puedes imaginar. Da media vuelta.

Dio media vuelta. John Grady se inclinó hacia delante, abrió la solapa de la funda que llevaba, sacó la pistola, bajó el percutor y se la puso en el cinto.

Date la vuelta, dijo.

Dio media vuelta. No le habían dicho que levantase las manos pero las levantó de todos modos. John Grady cogió las esposas de encima de la mesa y se las colgó del cinturón.

¿Dónde quieres meter a la *criada*?, preguntó.

¿Mande?

No importa. Vámonos.

Cogió las llaves, dio la vuelta a la mesa, empujó al capitán e hizo un gesto a la criada con la barbilla.

Vámonos, dijo.

La puerta de atrás aún estaba abierta y salieron y caminaron por la senda hasta la cárcel. John Grady abrió el candado y la puerta. Parpadeando a la luz triangular, el viejo seguía allí como antes.

¿Ya estás, viejo?

Sí, cómo no.

Ven aquí.

Tardó mucho en levantarse. Avanzó arrastrando los pies, con una mano en la pared, y John Grady le dijo que era libre para irse. Indicó a la mujer de

la limpieza que entrara y se disculpó por causarle molestias y ella dijo que no se preocupase y él cerró la puerta con el candado.

Cuando se volvió, el viejo aún estaba allí. John Grady le dijo que se fuera a su casa. El viejo miró al capitán.

*No lo mires a él, dijo John Grady. Te lo digo yo. Ándale.*

El viejo le cogió la mano e iba a besarla cuando John Grady la retiró con fuerza.

Vete de una vez, dijo. No le mires. Vete.

El viejo fue cojeando hasta la puerta, descorrió la aldaba, salió a la calle, se volvió, cerró la puerta y se alejó.

Cuando él y el capitán salieron a la calle, John Grady montaba el caballo con las pistolas en el cinto y la chaqueta sobre los hombros. Llevaba las manos esposadas delante de él y el capitán conducía el caballo. Al final de la calle se dirigieron a la casa azul donde vivía el *charro* y el capitán llamó a la puerta. La abrió una mujer, que miró al capitán y volvió al *zaguán* y al cabo de un rato el *charro* fue a la puerta, saludó con la cabeza y se quedó allí, hurgándose los dientes. Miró a John Grady y miró al capitán. Luego miró de nuevo a John Grady.

*Tenemos un problema, dijo el capitán.*

Chupó el palillo. No había visto la pistola en el cinto de John Grady y le costaba comprender la conducta del capitán.

*Ven aquí, dijo John Grady. Cierra la puerta.*

Cuando el *charro* vio el cañón de la pistola, John Grady pudo ver cómo los engranajes se enlazaban en su cabeza y todo iba encajando en su sitio. Alargó la mano hacia atrás y cerró la puerta. Miró al jinete. El sol le daba en los ojos y dio un paso hacia un lado y volvió a mirarle.

*Quiero mi caballo, dijo John Grady.*

Miró al capitán. Éste se encogió de hombros. Miró de nuevo al jinete y sus ojos empezaron a mirar hacia la derecha y en seguida se bajaron. John Grady miró hacia la cerca de *ocotillo* donde desde su montura podía ver varios cobertizos de barro y el herrumbroso tejado de cinc de un edificio de mayor tamaño. Desmontó, con las esposas colgando de una muñeca.

*Vámonos, dijo.*



El caballo de Rawlins estaba en un establo de barro en el solar de detrás de la casa. Le habló y el animal levantó la cabeza al oír su voz y relincho. Dijo al *charro* que trajera una brida y él se quedó empuñando la pistola mientras el *charro* ajustaba la brida al caballo y entonces le cogió las riendas. Le preguntó dónde estaban los otros caballos. El *charro* tragó saliva y miró al capitán. John Grady alargó la mano, agarró al capitán por el cuello de la guerrera, apoyó la pistola contra su cabeza y dijo al *charro* que si volvía a mirar al capitán, le dispararía. El *charro* bajó la mirada. John Grady le dijo que se le había acabado la paciencia y el tiempo y que el capitán era hombre muerto de todos modos pero que él aún podía salvarse. Les dijo que Blevins era su hermano y que había jurado con sangre no volver a casa de su padre sin la cabeza del capitán y añadió que si él fallaba, había más hermanos esperando su turno. El *charro* perdió el control de sus ojos y miró al capitán y entonces cerró los ojos, se volvió y se agarró la delgada cabeza con una mano. Pero John Grady estaba observando al capitán y vio que la duda nublaba su rostro por primera vez. El capitán empezó a hablar al *charro*, pero él le dio una vuelta por el cuello de la guerrera con la pistola contra su cabeza y le dijo que si volvía a hablar le dispararía inmediatamente.

*Tú, dijo, dónde están los otros caballos.*

El *charro* siguió mirando hacia el fondo del establo. Parecía un extra recitando sus únicas líneas en una obra de teatro.

*En la hacienda de don Rafael, dijo.*

Cruzaron el pueblo a caballo con el capitán y el *charro* montados a pelo sobre el caballo de Rawlins y John Grady cabalgando detrás con las manos esposadas como antes. Llevaba una brida de repuesto colgada del hombro. Pasaron por el mismo centro del pueblo. Unas viejas que barrían la calle de barro al aire de la madrugada se detuvieron para verles pasar.

Había unos diez kilómetros hasta la hacienda y llegaron a media mañana, entraron por la puerta abierta y siguieron hasta los establos de la parte trasera, acompañados por perros que saltaban y ladraban y corrían por delante de los caballos.

En el corral, John Grady se detuvo, se quitó las esposas, las guardó en el bolsillo y sacó la pistola del cinto. Entonces desmontó, abrió la puerta y les lanzó seña de que entraran. Condujo adentro al grullo, cerró la puerta, les ordenó que desmontaran e indicó el establo con la pistola.

El edificio era nuevo y estaba construido con ladrillos de adobe y tenía un alto tejado de cinc. Las puertas del extremo estaban cerradas y las casillas también y había poca luz en la cuadra. Empujó delante de sí al capitán y al *charro* pistola en mano. Podía oír resoplar a los caballos en las casillas y podía oír a las palomas arrullarse en alguna parte del desván.

Redbo, llamó.

El caballo le relinchó desde el extremo del establo.

Les indicó que siguieran adelante. *Vámonos*, dijo.

Cuando se volvió, un hombre cruzó el umbral a sus espaldas y se detuvo a contraluz.

*¿Quién está?*, preguntó.

John Grady se colocó detrás del *charro* y le apretó las costillas con el cañón de la pistola. *Respóndele*, dijo.

Luis, dijo el *charro*.

*¿Luis?*

*Sí*

*¿Quién más?*

*Raúl. El capitán.*

El hombre dudaba. John Grady se colocó detrás del capitán. *Tenemos un preso*, dijo.

*Tenemos un preso*, repitió en voz alta el capitán.

*Un ladrón*, murmuró John Grady.

*Un ladrón.*

*Tenemos que ver un caballo.*

*Tenemos que ver un caballo*, repitió el capitán.

*¿Cuál caballo?*

*El caballo americano.*

El hombre no se movió. Luego se retiró del umbral iluminado. Nadie habló.

¿Qué pasó, hombre?, gritó el hombre. Nadie contestó. John Grady observaba el trozo soleado de la puerta del establo. Pudo ver la sombra del hombre a un lado de la puerta. Luego la sombra desapareció. Escuchó. Empujó a los dos hombres hacia el fondo del establo. *Vámonos*, dijo.

Llamó otra vez a su caballo, localizó la casilla, abrió la puerta y sacó al animal, que arrimó el hocico y la frente al pecho de John Grady y éste le habló y el caballo gimió, dio una vuelta y se fue trotando hacia el sol de la puerta, sin bridas ni cabestro. Mientras salían del establo, otros dos caballos asomaron la cabeza por encima de las puertas. El segundo era el gran caballo bayo de Blevins.

Se detuvo y miró al animal. Aún llevaba al hombro la brida de repuesto y llamó al *charro* por su nombre, encogió el hombro para dejar caer la brida, se la tendió y le dijo que la pusiera al caballo y saliera. Sabía que el hombre que había ido a la puerta del establo había visto los dos caballos en el corral, uno ensillado y embridado y el otro con brida pero a pelo y calculó que habría ido a la casa a por un rifle y volvería probablemente antes de que el *charro* tuviese tiempo de embridar el caballo de Blevins, y acertó en todo esto. Cuando el hombre volvió a llamar al establo desde fuera, llamó al capitán. Éste miró a John Grady. El *charro* se quedó con la brida en una mano y el hocico del caballo bajo el brazo.

Ándale, dijo John Grady.

Raúl, gritó el hombre.

El *charro* pasó el ronzal por las orejas del caballo y se quedó en la puerta del establo, sujetando las riendas.

*Vámonos*, dijo John Grady.

De las perchas de la entrada pendían cuerdas y cabestros y otros correaes. Cogió un rollo de cuerda y lo tendió al *charro* y le dijo que atara un extremo al ahogadero de la brida del caballo de Blevins. Sabía que no tenía que comprobar nada de lo que hiciera el *charro* porque no se atrevería a hacerlo mal. Su propio caballo estaba en el umbral, mirando hacia atrás. Entonces se volvió y miró al hombre que estaba fuera, apoyado en la pared del establo.

¿Quién está contigo?, gritó el hombre.

John Grady se sacó las esposas del bolsillo y dijo al capitán que diera media vuelta y echara las manos hacia atrás. El capitán vaciló y miró hacia la puerta. John Grady levantó la pistola y la amartilló.

*Bien, bien,* dijo el capitán. John Grady le cerró las esposas en las muñecas, le empujó hacia delante e indicó al *charro* que trajera el caballo. El caballo de Rawlins había aparecido en la puerta del establo y frotaba el hocico contra Redbo. Levantó la cabeza y él y Redbo les miraron mientras salían del establo conduciendo al otro caballo.

Al borde de la línea de sombra, donde la luz caía en el establo, John Grady tomó la cuerda del cabestro de manos del *charro*.

*Espera aquí,* dijo. *Sí.*

Empujó al capitán hacia delante.

*Quiero mis caballos,* gritó. *Nada más.*

Nadie respondió.

Dejó caer el cabestro, dio una palmada al caballo en la grupa y el animal salió trotando del establo con la cabeza ladeada, como para no pisar la cuerda colgante. Una vez fuera se volvió, tocó el caballo de Rawlins con la frente y se quedó mirando al hombre acurrucado contra la pared. El hombre debió de hacer un gesto de hostigamiento porque sacudió la cabeza y parpadeó, pero no se movió. John Grady recogió el extremo de la cuerda que arrastraba el caballo y lo pasó entre las manos esposadas del capitán, se adelantó unos pasos y lo ató a medias al montante de la puerta del establo. Entonces cruzó el umbral y puso el cañón del revólver entre los ojos del hombre agazapado allí.

El hombre había sostenido el rifle a la altura del cinto y ahora lo dejó caer al suelo y levantó las manos. Casi instantáneamente, alguien golpeó las piernas de John Grady, derribándole. Ni siquiera oyó el disparo del rifle, pero el caballo de Blevins lo oyó, se encabritó y saltó y pisó el extremo de la cuerda, por lo que recibió un tirón lateral que le hizo caer sobre el polvo con un fuerte golpe sordo. Una bandada de palomas salió aleteando del gablete del desván hacia el sol matutino. Los otros dos caballos salieron al trote y el *grullo* empezó a correr junto a la cerca. Agarró la pistola e intentó levantarse. Sabía que le habían disparado e intentaba ver dónde se escondía

el hombre. El otro hombre alargó la mano para recuperar el rifle que yacía en el suelo pero John Grady se volvió y se le echó encima con la pistola, alcanzó el rifle, rodó por el suelo y cubrió la cabeza del caballo derribado, que pugnaba por levantarse, para evitar que lo hiciera. Entonces se enderezó cautelosamente para mirar.

*No tire el caballo*, gritó el hombre a sus espaldas. Vio al hombre que le había disparado, erguido en la plataforma de un camión a unos tres metros de distancia al otro lado del solar, con el cañón del rifle apoyado sobre la cabina. Le apuntó con la pistola y el hombre se agachó y le miró a través de la ventanilla trasera de la cabina y del parabrisas. Amartilló y levantó la pistola y agujereó el parabrisas y luego amartilló de nuevo el arma, dio una rápida media vuelta y apuntó al hombre arrodillado detrás de él. El caballo gimíó bajo su peso. Le sentía respirar lenta y regularmente en la boca del estómago. El hombre extendió las manos. *No me mate*, dijo. John Grady miró hacia el camión. Vio las botas del hombre bajo el eje de la parte trasera del vehículo y se aplastó sobre el caballo, amartilló la pistola y disparó. El hombre salió de detrás de la rueda y él disparó otra vez y acertó al neumático. El hombre corrió por detrás del camión hacia un cobertizo. El neumático silbaba con una nota única, prolongada y regular en el silencio de la mañana y el camión empezó a inclinarse.

Redbo y Júnior temblaban a la sombra de la pared del establo con las patas ligeramente separadas y los ojos en blanco. John Grady yacía cubriendo el caballo y con la pistola apuntando al hombre que tenía detrás y entonces llamó al *charro*. El *charro* no contestó y él volvió a llamarle, diciéndole que trajera una silla y una brida para el otro caballo y una cuerda o mataría al *patrón*. Todos esperaron. Al cabo de unos minutos el *charro* llegó a la puerta. Gritó su propio nombre como un talismán contra el mal.

*Pásale*, gritó John Grady. *Nadie le va a molestar*.

Habló a Redbo mientras el *charro* lo ensillaba y embridaba. El caballo de Blevins respiraba con lenta regularidad y él tenía el estómago caliente y la camisa húmeda del aliento del caballo. Notó que respiraba al mismo ritmo del caballo, como si una parte del animal respirase dentro de él y entonces sintió una connivencia más profunda para la que ni siquiera tenía

un nombre. Se miró la pierna. Los pantalones estaban oscuros de sangre y había sangre en el suelo. Se sentía entumecido y extraño pero no notaba ningún dolor. El *charro* le llevó a Redbo ya ensillado y él se levantó de encima del caballo y lo miró. La mirada de la montura se alzó hacia él, hacia el azul infinito y eterno de la lejanía. Dejó el rifle en el suelo e intentó levantarse. Cuando apoyó su peso en la pierna herida por el disparo, un dolor blanco le atravesó el lado derecho y aspiró todo el aire que pudo. El caballo de Blevins se tambaleó al levantarse, tensando mucho la cuerda, y en el establo sonó un grito y el capitán salió, vacilante y doblado por la cintura, con los brazos altos en la espalda junto con la cuerda, que parecía algo salido de un agujero. Había perdido el sombrero, los cabellos negros y lacios le colgaban y su rostro era de color gris: pidió a gritos que le ayudaran. El caballo, al pisar el extremo de la cuerda al primer disparo, lo había levantado de golpe, dislocándole el hombro, y sentía intensos dolores. John Grady se levantó y desató la cuerda del ahogadero del caballo bayo, lo ató a la cuerda que había traído el *charro*, entregó a éste el extremo de la cuerda y le dijo que la sujetara a la perilla de la silla de Redbo y le trajera los otros dos caballos. Miró al capitán. Estaba sentado en el suelo, un poco ladeado, con las manos esposadas detrás de él. El segundo hombre seguía arrodillado a un metro de distancia con las manos arriba. Cuando John Grady le miró, meneó la cabeza.

*Está loco, dijo.*

*Tiene razón, dijo John Grady.*

Le dijo que hiciera salir al *carabinero* del cobertizo pero le llamó dos veces y el hombre no quiso salir. Sabía que no saldría del recinto sin que el hombre intentase detenerle y sabía que tenía que hacer algo con el caballo asustado de Blevins. El *charro* sujetaba los caballos y él tomó la cuerda y le devolvió las riendas y le dijo que fuese a buscar al capitán y le montara en el *grullo* y él se apoyó en el flanco del caballo de Blevins, recobró el aliento y se miró la pierna. Cuando miró al *charro*, éste estaba junto al capitán, sujetando el caballo a sus espaldas, pero el capitán no pensaba ir a ninguna parte. John Grady levantó la pistola y estuvo a punto de disparar al suelo delante del capitán, pero recordó el caballo de Blevins. Miró otra vez al

hombre arrodillado y luego, usando el rifle como una muleta, se colocó bajo el cuello del caballo, cogió del suelo las riendas de Redbo, se metió la pistola en el cinto, puso el pie en el estribo, se irguió y pasó la pierna ensangrentada por encima de la silla. La movió con más ímpetu del necesario porque sabía que si fallaba la primera vez no sería capaz de repetirlo, y casi gritó de dolor. Desató la cuerda de la perilla e hizo retroceder al caballo hasta donde estaba sentado el capitán. Tenía el rifle bajo el brazo y vigilaba el cobertizo donde estaba apostado el tirador. Casi pisó al capitán con el caballo y no le hubiese importado hacerlo. Dijo al *charro* que desatara la cuerda del montante de la puerta y se la llevara. Ya se había dado cuenta de que existía hostilidad entre los dos hombres. Cuando el *charro* le llevó el extremo de la cuerda, le dijo que lo atara a las esposas del capitán y el *charro* lo hizo y retrocedió unos pasos.

*Gracias*, dijo John Grady. Había enrollado la cuerda y ahora la colgó de la perilla y azuzó al caballo. Cuando el capitán vio su situación, se levantó.

*Momento*, gritó.

John Grady avanzó, vigilando el cobertizo. Cuando el capitán vio la cuerda suelta arrastrando por el suelo, le gritó y empezó a correr con las manos en la espalda. *Momento*, repitió a gritos.

Cuando salieron por la puerta el capitán montaba a Redbo y él cabalgaba detrás, con el brazo en torno a la cintura del capitán. Conducían el caballo de Blevins por la cuerda y llevaban a los otros dos caballos por delante. Estaba decidido a sacar del patio del establo a los cuatro caballos aunque tuviera que morir en el intento y más allá ya no había pensado mucho. Tenía la pierna entumecida, ensangrentada y pesada como un saco de pienso y la bota se le estaba llenando de sangre. Cuando cruzó el umbral el *charro* estaba allí con su sombrero en la mano y él se inclinó, le cogió el sombrero, se lo puso y movió la cabeza.

*Adiós*, dijo.

El *charro* bajó la cabeza y retrocedió. Azuzó el caballo y bajaron la avenida, él cogido al capitán, un poco de lado, con el rifle en el cinto, vigilando el corral a sus espaldas. El *charro* seguía en la puerta pero no había trazas de los otros dos hombres. El capitán montado en la silla delante

de él olía a rancio y a sudor. Se había desabrochado parcialmente la guerrera y colocado la mano dentro para sostener el brazo. Cuando pasaron por delante de la casa no había nadie a la vista pero al llegar al camino vieron a media docena de mujeres y chicas de la cocina mirando desde la esquina de la casa.

En el camino soltó delante a Júnior y el caballo *grullo* y, con el caballo de Blevins atado en la retaguardia, salieron al trote hacia Encantada. No sabía si el *grullo* intentaría o no escaparse y deseó tener la silla de repuesto sobre Júnior, pero ahora no había nada que hacer al respecto. El capitán se quejaba del hombro y trató de coger las riendas y después dijo que necesitaba un médico y luego que necesitaba orinar. John Grady vigilaba el camino de atrás. Adelante, dijo, no puedes oler mucho peor.

Pasaron diez minutos largos antes de que aparecieran los jinetes, cuatro de ellos a galope tendido, inclinados hacia delante, sosteniendo los rifles a un lado. John Grady soltó las riendas, se volvió, amartilló el rifle y disparó. El caballo de Blevins se retorció como un caballo de circo y el capitán debió de tirar de las riendas de Redbo porque se detuvo en seco en medio del camino y John Grady cayó sobre él y casi le hizo saltar de la silla. Detrás, los jinetes detuvieron sus monturas y se arremolinaron en el camino y él cargó otra andanada en el fusil y disparó de nuevo y a estas alturas Redbo ya había dado media vuelta en el camino para afrontar el tirón de la cuerda y el caballo de Blevins estaba totalmente fuera de control y él se volvió una y otra vez, golpeando el brazo del capitán con el cañón del rifle para hacerle soltar las riendas y entonces las tomó y las levantó, haciendo girar a Redbo, lo golpeó con el rifle y volvió a mirar atrás. Los jinetes habían abandonado el camino pero vio desaparecer el último caballo entre la maleza y supo qué dirección habían tomado. Se inclinó, agarró la cuerda, acercó al caballo de mirada fija, enrolló la cuerda, parándolo en seco, volvió a golpear a Redbo y trotando de lado alcanzaron a los dos caballos en el camino y los condujeron hacia la maleza y el campo ondulante al oeste del pueblo. El capitán se volvió a medias hacia él con una queja nueva, pero él se limitó a agarrarse con más fuerza a su repugnante pupilo, mientras el



capitán se tambaleaba rígidamente en la silla delante de él, soportando su dolor como un maniquí víctima de una jugarreta.

Bajaron hasta un *arroyo* ancho y plano y puso los caballos a medio galope mientras la pierna le pulsaba terriblemente y el capitán pedía a gritos que le dejara. El *arroyo* llevaba al este con el sol y lo siguieron durante una buena distancia hasta que empezó a estrecharse y hacerse pedregoso y los caballos sueltos empezaron a avanzar con cautela y a mirar hacia las vertientes que los rodeaban. Los arreó y treparon por las rocas caídas de las mesetas y los condujeron hacia la ladera que daba al norte y a lo largo de una cresta de grava donde volvió a agarrarse al capitán y miró atrás. Los jinetes se habían desplegado por el campo abierto a dos kilómetros por debajo de él y no contó cuatro sino seis de ellos antes de que desaparecieran en un cauce seco. Aflojó la cuerda de la perilla frente al capitán y la dejó más suelta.

Seguro que debe dinero a esos hijos de puta, dijo.

Arreó de nuevo el caballo y alcanzó a los otros animales que esperaban, mirando atrás, a treinta metros por la cresta. No había lugar para seguir el cauce ni tampoco para ocultarse en el campo abierto. Necesitaba quince minutos y no los tenía. Desmontó y cogió el caballo de La Purísima, cojeando tras de él con una pierna mientras el caballo se movía y le miraba nerviosamente. Soltó las riendas que rodeaban la perilla, subió al estribo, montó penosamente el caballo, se volvió y miró al capitán.

Quiero que me siga, dijo. Y sé lo que está pensando. Pero si cree que no puedo darle alcance, será mejor que reflexione. Y si tengo que alcanzarle, le azotaré como a un perro. *¿Me entiende?*

El capitán no contestó. Esbozó una sonrisa irónica y John Grady asintió. No deje de sonreír. Si yo muero, usted muere.

Dio media vuelta al caballo y bajó al *arroyo*. El capitán le siguió. En la orilla pedregosa desmontó, ató el caballo, sacó un cigarrillo, lo encendió y cojeó entre las rocas y peñascos sosteniendo el rifle. Al amparo de las rocas se detuvo, se sacó del cinto la pistola del capitán, la puso en el suelo, sacó la navaja, cortó una tira larga y estrecha de su camisa y la retorció hasta formar una cuerda. Entonces cortó la cuerda en dos y sujetó el gatillo a la

culata. Lo envolvió con tirantez a fin de oprimir el seguro, rompió una rama muerta, la ató con la otra cuerda y ató el extremo libre al percutor de la pistola. Puso una piedra de buen tamaño encima del palo para sujetarlo, apartó la pistola hasta que la cuerda amartilló el percutor y entonces puso la pistola en el suelo, la cubrió con una piedra y cuando la soltó lentamente, aguantó. Dio una buena chupada al cigarrillo para que ardiera y luego lo colocó cuidadosamente sobre la cuerda, retrocedió, cogió el rifle, se volvió y fue cojeando hasta donde estaban los caballos.

Cogió las cantimploras, quitó la brida de la cabeza del *grullo* y lo acarició bajo la mandíbula. Odio abandonarte, viejo socio. Has sido muy bueno.

Tendió las cantimploras al capitán, se colgó la brida del hombro, alargó la mano y el capitán le miró, y luego alargó su mano sana y montó el caballo detrás del capitán, tomó las riendas y dirigió otra vez el caballo hacia la cresta.

Cogió los caballos sueltos y bajó con ellos la cresta hasta el campo abierto. El terreno era grava volcánica y no resultaba fácil conducir por ella un caballo, pero tampoco imposible. Los azuzó con energía. Había una meseta baja y rocosa a unos tres kilómetros, al otro lado de la llanura aluvial y pudo ver árboles y la promesa de un terreno áspero. Casi a medio camino oyó el disparo seco de la pistola que había estado esperando.

Capitán, dijo, acaba de hacer un disparo por el héroe desconocido.

Los árboles que había vislumbrado desde la distancia estaban en la orilla de un cauce seco y azuzó los caballos a través de la maleza y entró en un soto de chopos, dio la vuelta al caballo y se quedó contemplando la llanura que acababan de atravesar. No había jinetes a la vista. Miró el sol en el sur y juzgó que aún faltaban cuatro horas largas para el crepúsculo. El caballo estaba caliente y húmedo de sudor y miró una vez más el campo abierto y luego cabalgó río arriba hacia donde esperaban los otros dos caballos, en un soto de sauces, bebiendo en un hoyo del cauce. Cuando los alcanzó, se deslizó hasta el suelo, cogió a Júnior, le colocó la brida que llevaba colgada del hombro y con el rifle indicó al capitán que desmontara. Abrió la hebilla de la cincha, tiró la silla y la mantilla al suelo, recogió esta

última, la echó sobre Júnior y se arrimó a él para escuchar su respiración. La pierna empezaba a causarle un dolor terrible. Apoyó el rifle en el caballo, cogió la silla y consiguió colocarla y poner la cincha; entonces descansó, resopló junto con el caballo y tiró otra vez de la correa y la cinchó.

Recogió el rifle y se volvió hacia el capitán.

Si quiere beber agua, mejor será que lo haga, dijo.

El capitán pasó junto a los caballos sosteniéndose el brazo y se arrodilló y bebió y se mojó la nuca con la mano sana. Cuando se enderezó, parecía muy serio.

¿Por qué no me deja aquí?, preguntó.

No pienso dejarle aquí. Es un rehén.

¿Mande?

Vámonos. El capitán vacilaba.

¿Por qué vuelve?, preguntó.

Vuelvo por mi caballo. Vámonos.

El capitán indicó la herida de su pierna, que todavía sangraba. Toda la pernera estaba oscura de sangre.

Va a morir, dijo.

Dejaremos que Dios lo decida. Vámonos.

¿No teme a Dios?

No tengo motivos para temerle. Incluso hay una o dos cosas que debo discutir con Él.

Debería temerle, dijo el capitán. Usted no es un agente de la ley. No tiene ninguna autoridad.

John Grady estaba apoyado en el rifle. Se volvió, escupió secamente y miró al capitán.

Monte ese caballo, dijo, y cabalgue delante de mí. Si se aparta de mi vista, le dispararé.

El crepúsculo les sorprendió en las estribaciones de la sierra de la Encantada. Siguieron un cauce seco bajo un oscuro *rincón* de las rocas y avanzaron con tiento por una barricada de piedras grandes amontonadas en el lecho del arroyo y salieron a una *tinaja* de piedra en el centro de la cual

había una pequeña charca de agua poco profunda, perfectamente redonda, perfectamente negra, donde las estrellas nocturnas se reflejaban en una quietud perfecta. Los caballos sueltos bajaron con cuidado por el declive rocoso de la charca, soplaron al agua y bebieron.

Desmontaron, dieron la vuelta a la *tinaja*, se echaron de bruces sobre las piedras, de las que aún emanaba el calor del día, y sorbieron el agua fresca, suave y negra como el terciopelo y se echaron agua a la cara y la nuca, miraron beber a los caballos y bebieron otra vez.

Dejó al capitán junto a la charca y fue renqueando *arroyo* arriba con el rifle, recogió maleza seca, volvió y encendió un fuego en el extremo superior de la charca. Lo avivó con el sombrero y añadió más leña. Los caballos a la luz del fuego reflejado en el agua tenían un ribete de sudor casi seco y se veían pálidos y fantasmales mientras parpadeaban con los ojos rojizos. Miró al capitán. Yacía de costado sobre el suave terraplén rocoso de la charca como algo incapaz de haber llegado hasta el agua.

Cojeó en torno a los caballos, cogió la cuerda, se sentó con la navaja y cortó maniotas para todos los caballos y les ató las manos con ellas. Entonces sacó todos los proyectiles del rifle, se los metió en el bolsillo, cogió una cantimplora y volvió al fuego.

Atizó el fuego, se sacó la pistola del cinto, abrió el cilindro y se guardó en el bolsillo el cilindro cargado junto con los proyectiles del rifle. Entonces sacó la navaja y con la punta desatornilló el tornillo de las cachas y las guardó en su otro bolsillo. Reavivó los carbones del centro del fuego con el sombrero, los amontonó con un palo y luego se inclinó e introdujo el cañón de la pistola entre los carbones.

El capitán se había incorporado y le miraba.

Le encontrarán, dijo. En este lugar.

No vamos a quedarnos en este lugar.

Yo no puedo seguir cabalgando.

Le sorprenderá lo que puede hacer.

Se quitó la camisa, la mojó en la *tinaja*, volvió al fuego, lo avivó de nuevo con el sombrero y luego se quitó las botas, abrió la hebilla del cinturón y se bajó los pantalones.

La bala de rifle había entrado muy arriba por la parte exterior del muslo y la herida de salida estaba justo al otro lado, de modo que volviendo la pierna podía ver claramente las dos heridas. Cogió la camisa mojada y con mucho cuidado lavó la sangre hasta que las heridas estuvieron claras y visibles como dos agujeros en una máscara. La zona que rodeaba las heridas estaba descolorida y parecía azul al resplandor del fuego y la piel circundante era amarilla. Se inclinó y pasó un palo por el gatillo de la pistola, la levantó y apartó del fuego, la miró en la sombra y volvió a ponerla donde estaba. El capitán, sentado y sosteniendo su brazo en el regazo, le observaba.

Aquí va a haber pronto un poco de ruido, dijo John Grady. Vigile que no le atropelle un caballo.

El capitán no contestó. Le observó mientras atizaba el fuego. La siguiente vez que sacó la pistola de los carbones encendidos, el extremo del cañón estaba de un rojo candente y lo puso sobre las piedras, lo agarró con rapidez por las cachas envueltas en la camisa húmeda y metió el cañón candente hasta el fondo del agujero de su pierna.

El capitán no sabía lo que iba a hacer o, sabiéndolo, no lo creía. Intentó ponerse de pie y se cayó hacia atrás y casi resbaló hasta la *tinaja*. John Grady había empezado a gritar aun antes de que el metal candente silbara contra la carne. Su grito hizo enmudecer las llamadas de criaturas menores que les rodeaban en la noche y todos los caballos se irguieron en la oscuridad al otro lado del fuego, agazapándose llenos de terror sobre sus grandes piernas, gritando y coceando a las estrellas, y él cobró aliento y emitió otro alarido y metió el cañón del arma en la segunda herida y lo mantuvo dentro más rato, teniendo en cuenta el enfriamiento del metal, y después cayó de costado, dejó caer el revólver ruidosamente sobre las piedras, dio media vuelta y se deslizó hasta la charca, en la que desapareció entre silbidos.

Se había metido la parte carnosa del pulgar entre los dientes, temblando en su agonía. Con la otra mano agarró la cantimplora que estaba destapada sobre las piedras y vertió agua sobre la pierna y oyó sisear la carne como algo en el asador, jadeó, dejó caer la cantimplora y se incorporó y gritó

suavemente el nombre de su caballo cuando éste tropezó y cayó entre los otros sobre las piedras, trabado por las maniotas, para aliviar el terror en el corazón del animal.

Cuando se volvió y alargó la mano hacia la cantimplora donde se vaciaba sobre las piedras, el capitán la apartó de un puntapié con su bota. Levantó la vista. Estaba de pie sobre él con el rifle. Lo sujetaba con la caja bajo la axila y con él le hizo una seña hacia arriba.

Levántate, dijo.

Se incorporó, apoyándose en las piedras, y miró hacia los caballos al otro lado de la charca. Sólo pudo ver a dos de ellos y pensó que el tercero debía de haber huido hacia el *arroyo*: no sabía cuál faltaba pero suponía que era el caballo de Blevins. Agarró su cinturón y logró ponerse los pantalones.

¿Dónde están las llaves?, preguntó el capitán.

Se enderezó y levantó, dio media vuelta y de un tirón consiguió arrebatar el rifle al capitán. El percutor cayó con un golpe seco y metálico.

Vuelve allí y siéntate, dijo.

El capitán vaciló. Los ojos oscuros del hombre estaban vueltos hacia el fuego y podía ver el cálculo que había en ellos y sentía un dolor tan furioso que pensó que le habría matado si el arma hubiese estado cargada. Agarró la cadena de las esposas y le dio un tirón tan fuerte que el capitán profirió un débil grito y se alejó tambaleándose, agachado y sosteniéndose el brazo.

Sacó los proyectiles, se sentó y volvió a cargar el rifle. Cargó las balas una por una, sudando, jadeando y tratando de concentrarse. No sabía cómo podía aturdir el dolor y pensó que debería ser al revés, pues de qué servía, si no. Cuando hubo cargado el rifle, cogió el húmedo harapo de la camisa y lo usó para llevar un tizón del fuego al borde de la charca, donde se quedó sosteniéndolo sobre el agua. El agua era diáfana en la charca de piedra y pudo ver la pistola, así que fue vadeando, se inclinó, la recogió y se la metió en el cinto. Entró en la charca hasta que el agua le alcanzó el muslo, en el lugar más profundo, y permaneció allí, empapando de agua la sangre de los pantalones, aliviando el fuego de las heridas y hablando a su caballo. El animal se acercó cojeando a la orilla del agua y se detuvo y él permaneció

en la oscura *tinaja* con el rifle al hombro, sosteniendo el tizón en alto hasta que se consumió y luego sosteniendo el rescoldo torcido y anaranjado, sin dejar de hablar al caballo.

Dejaron el fuego ardiendo en la charca, bajaron al arroyo, recogieron el caballo de Blevins y siguieron cabalgando. La noche estaba encapotada en el sur, por donde habían venido, y había lluvia en el aire. Montaba a Redbo a pelo a la vanguardia de su pequeña caravana y de vez en cuando se detenía a escuchar, pero no había nada que oír. El fuego en la charca a sus espaldas era invisible salvo por su reflejo en las rocas del *rincón* y a medida que avanzaban se iba convirtiendo en un débil resplandor aislado en la oscuridad de la noche del desierto y pronto desapareció del todo.

Se alejaron del arroyo y continuaron cabalgando por la ladera sur de la montaña; el campo estaba oscuro y silencioso y carecía de límites y los altos álces pasaban uno tras otro como sombras negras por la cresta. Calculaba que sería poco más de medianoche. De vez en cuando miraba hacia atrás al capitán, pero éste cabalgaba encorvado en la silla del caballo de Rawlins y parecía muy debilitado. Siguieron avanzando. Se había anudado al cinturón el harapo húmedo de la camisa y montaba desnudo hasta la cintura y tenía mucho frío y decía al caballo que sería una noche larga y lo fue. Se quedó dormido una vez durante la noche. El ruido del rifle al caer al suelo pedregoso le despertó y tiró de las riendas, se volvió y deshizo lo andado. Se quedó mirando el rifle. El capitán le miraba desde el caballo de Rawlins. No estaba seguro de poder montar de nuevo el caballo y pensó en dejar el rifle allí. Al final se deslizó hasta el suelo, recogió el rifle y después condujo el caballo al lado de Júnior y dijo al capitán que sacara el pie del estribo y usó el estribo para montar su propio caballo y reemprendieron la marcha.

El amanecer le encontró sentado solo en la ladera de grava con el rifle apoyado en el hombro y la cantimplora a sus pies, contemplando cómo se formaba la silueta del desierto bajo la luz gris. Meseta y llanura, la oscura forma de las montañas del este tras las que salía el sol.

Cogió la cantimplora, desenroscó el tapón, bebió y se quedó con la botella en la mano. Luego volvió a beber. Los primeros rayos de sol

iluminaban los oteros rocosos de las montañas del este y caían en la llanura a unos setenta kilómetros. Nada se movía. En la ladera opuesta del valle a kilómetro y medio de distancia le observaban algunos ciervos.

Permaneció sentado mucho rato. Cuando volvió a subir hasta la cresta y los cedros donde había dejado los caballos, el capitán estaba sentado en el suelo y parecía extenuado.

Vámonos, dijo.

El capitán alzó la mirada. No puedo continuar, dijo.

Vámonos, repitió. *Podemos descansar un poco más adelante. Vámonos.*

Bajaron de la cresta y cabalgaron por un valle largo y estrecho en busca de agua, pero no había agua. Volvieron a subir y cruzaron hasta el valle siguiente, hacia el este, y el sol ya estaba alto y le daba un agradable calor en la espalda y se ató la camisa alrededor del talle para que se secara. Cuando divisaron el valle era media mañana y los caballos ya se hallaban en malas condiciones y se le ocurrió que el capitán podía morir.

Encontraron el agua en un depósito de piedra y desmontaron, bebieron y abrevaron los caballos y se sentaron en las franjas de sombra de los robles muertos y retorcidos junto al depósito y contemplaron el campo abierto que había a sus pies. Unas cabezas de ganado se encontraban tal vez a dos kilómetros de distancia. Miraban hacia el este, no pacían. Se volvió a ver qué miraban pero no vio nada. Miró al capitán, una figura gris y encogida. Le faltaba el tacón de una bota. Tenía rayas negras y rayas de ceniza del fuego en los pantalones y el cinturón pendía abrochado de su cuello, donde lo había usado como cabestrillo para el brazo.

No voy a matarle, dijo. No soy como usted.

El capitán no contestó.

Se levantó con un esfuerzo, sacó las llaves del bolsillo y, usando el rifle como apoyo, cojeó hasta el capitán, se inclinó, le cogió las muñecas y le quitó las esposas. El capitán se miró las muñecas. Estaban descoloridas y despellejadas por las esposas y se las frotó suavemente. John Grady se quedó a su lado.

Quítese la camisa, dijo. Voy a encajar ese hombro.

¿Mande?, preguntó el capitán.



*Quítese su camisa.*

El capitán meneó la cabeza y apretó el brazo contra sí como un niño.

No sea tonto. No se lo pido, se lo ordeno.

*¿Cómo?*

*No tiene otra salida.*

Quitó la camisa al capitán, la extendió y le hizo acostar boca arriba. El hombro estaba muy pálido y toda la parte superior del brazo era azul oscuro. Le miraba. En su frente brillaban gotas de sudor. John Grady se sentó, puso la bota contra la axila del capitán, agarró su brazo por la muñeca y la parte superior del codo y lo giró suavemente. El capitán le miró como un hombre cayendo de un peñasco.

No se preocupe, dijo. Mi familia ha practicado la medicina en mexicanos durante cien años.

Si el capitán se había propuesto no gritar, no lo consiguió. Los caballos se sobresaltaron y arremolinaron, intentando esconderse uno detrás de otro. El capitán alargó la mano y se cogió el brazo como si lo reclamara, pero John Grady ya había sentido la encajadura y agarró el hombro y volvió a girar el brazo mientras el capitán meneaba la cabeza y jadeaba. Entonces le soltó, cogió el rifle y se levantó.

*¿Está compuesto?* gimió el capitán.

Sí. Totalmente.

El capitán se sostuvo el brazo y parpadeó.

Póngase la camisa y vámonos, dijo John Grady. No esperaremos aquí al descubierto hasta que aparezcan sus amigos.

Cuando subían hacia las colinas bajas pasaron por una pequeña *estancia* y desmontaron, cruzaron a pie las ruinas de un maizal, encontraron algunos melones y se sentaron a comerlos en los surcos petrificados. Luego recorrió cojeando los surcos, recogió melones y los llevó a través del campo hasta los caballos y allí los abrió en el suelo a sus pies para que los comieran, y se quedó apoyado en el rifle, mirando hacia la casa. Había unos pavos en el patio y un corral de estacas en la parte trasera donde se hallaban varios caballos. Volvió a buscar al capitán, montaron y siguieron cabalgando. Cuando miró hacia atrás desde la cresta que dominaba la *estancia*, vio que

era más extensa. Había un grupo de edificios más arriba de la casa y vio los cuadriláteros formados por las cercas y las paredes de adobe y las zanjas de regadío. Entre las zarzas vio cierta cantidad de ganado flaco, con costillas protuberantes. Oyó cacarear un gallo en el calor del mediodía y un martilleo de metal, lejano y constante, como el de alguien en una fragua.

Avanzaron pausadamente a través de las colinas. Había descargado el rifle para no tener que llevarlo, atándolo a la hoja de la silla del caballo del capitán, y había vuelto a montar y cargar el revólver ennegrecido por el fuego y lo llevaba en el cinto. Montaba el caballo de Blevins y el animal tenía un paso ligero. Su pierna no había dejado de dolerle pero era lo único que le mantenía despierto.

Al caer la tarde en el borde oriental de la mesa, se sentó a estudiar la región mientras los caballos descansaban. Un halcón y la sombra del halcón que volaba como un pájaro de papel cruzaron las laderas. Estudió el terreno más distante y al cabo de un rato vio cabalgar a unos jinetes. Estaban quizá a unos tres kilómetros y medio. Los observó y de pronto se perdieron de vista en una quebrada o en una sombra. Luego volvieron a aparecer.

Montó y reanudaron la marcha. El capitán dormía tambaleándose en la silla, con el brazo sostenido por el cinturón. Hacía fresco en las tierras altas y haría frío cuando se pusiera el sol. Arreó el caballo y antes de oscurecer encontraron un profundo barranco en la ladera norte de la cordillera que habían cruzado y bajaron y encontraron agua estancada entre las rocas y los caballos gatearon y se arrastraron hasta el borde y empezaron a beber.

Desensilló a Júnior, esposó al capitán a los estribos de madera y le dijo que era libre de irse si se creía capaz de cargar con la silla. Entonces encendió un fuego en las rocas, se hizo sitio a puntapiés y se acostó y estiró la pierna dolorida, se puso la pistola al cinto y cerró los ojos.

En su sueño podía oír los caballos caminando entre las rocas y podía oírles beber en la oscuridad de los charcos poco profundos donde las piedras eran suaves y rectilíneas como las piedras de antiguas ruinas y el agua goteaba de sus hocicos y sonaba como agua goteando en un pozo y en su sueño vio caballos y los caballos de su sueño se movían gravemente entre las piedras inclinadas como caballos llegados a un paraje antiguo

donde había fallado una ordenación del mundo y si se había escrito algo sobre las piedras, la intemperie se lo había llevado y los caballos eran cautelosos y se movían con gran circunspección, pues llevaban en su sangre el recuerdo de este y otros lugares donde en un tiempo hubo caballos y volvería a haberlos. Finalmente vio en su sueño que el orden era más perdurable en el corazón del caballo porque estaba escrito en un lugar donde ninguna lluvia podía borrarlo.

Cuando se despertó, tres hombres estaban de pie ante él. Llevaban *sarapes* sobre los hombros y uno de ellos sostenía el rifle vacío y todos llevaban pistolas. Ardía un fuego de la maleza que habían amontonado, pero tenía mucho frío y no había manera de saber cuánto rato había dormido. Se sentó. El hombre del rifle hizo chasquear los dedos y alargó la mano.

*Déme las llaves, dijo.*

Metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves y se las entregó. Él y otro de los hombres fueron hacia donde el capitán se encontraba encadenado a la silla en el lado opuesto del fuego. El tercero se quedó con él. Liberaron al capitán y el que llevaba el rifle volvió.

*¿Cuáles de los caballos son suyos?, preguntó.*

*Todos son míos.*

El hombre estudió sus ojos a la luz del fuego. Se reunió con los otros y hablaron. Cuando pasaron con el capitán, las manos de éste estaban esposadas en su espalda. El hombre que llevaba el rifle levantó la palanca de acción y al ver que el arma estaba descargada, la apoyó en una roca. Miró a John Grady.

*¿Dónde está su sarape?, preguntó.*

*No tengo.*

El hombre se quitó la manta de sus propios hombros, la hizo ondear en una lenta verónica y se la alargó. Entonces dio media vuelta y se alejaron de la luz de la hoguera en dirección a los caballos que estaban en la oscuridad con otros compañeros, otros caballos.

*¿Quiénes son ustedes?, gritó.*

El hombre que le había dado el *sarape* se volvió en el borde exterior de la luz y se tocó el ala del sombrero. *Hombres del país*, dijo. Entonces todos emprendieron la marcha.

Hombres del país. Se quedó escuchando mientras subían la cuesta del barranco y pronto desaparecieron. Nunca más volvió a verles. Por la mañana ensilló a Redbo y, conduciendo por delante a los otros dos caballos, salió del barranco y se dirigió al norte por la mesa.

Cabalgó todo el día y el día se nubló ante él y sopló un viento fresco por el campo. Había cargado de nuevo el rifle, que llevaba cruzado sobre el arzón, y cabalgaba con el *sarape* sobre los hombros y los caballos sin jinete sueltos delante de él. Al atardecer toda la región del norte estaba negra y el viento era frío y se abría paso por la región fronteriza a través de los malos terrenos pantanosos de hierba y piedras volcánicas. Se sentó sobre una *bajada* de la tierra alta en el crepúsculo frío y azul con el rifle sobre las rodillas mientras los caballos atados pacían a sus espaldas. En la última hora de luz suficiente para ver las miras de hierro del rifle entraron cinco ciervos en la *bajada*, levantaron las orejas, se quedaron quietos y luego se inclinaron para pacer.

Eligió la hembra más pequeña y disparó. El caballo de Blevins se encabritó con un relincho donde le había atado y los ciervos de la *bajada* se alejaron a saltos y desaparecieron en el crepúsculo. La pequeña hembra quedó coceando en el suelo.

Cuando llegó hasta ella, yacía en su sangre sobre la hierba. Él se arrodilló con el rifle y le puso la mano en el cuello y el animal le miró con ojos cálidos y húmedos en los que no había ningún temor y entonces murió. Se quedó contemplándolo largo rato. Pensó en el capitán y se preguntó si estaría vivo y pensó en Blevins. Pensó en Alejandra y recordó la primera vez que la vio pasar por el camino de la *ciénaga* al atardecer, con el caballo todavía húmedo porque lo había metido en el lago, y recordó los pájaros y el ganado en la hierba y los caballos en la mesa. El cielo estaba oscuro y un viento frío soplabla por la *bajada* y a la luz mortecina un matiz frío y azul había convertido los ojos del ciervo en una cosa más de las muchas que le rodeaban en aquel paisaje oscurecido. Hierba y sangre. Sangre y piedra.

Piedra y los oscuros medallones que imprimieron sobre ellas las primeras gotas planas de lluvia. Recordó a Alejandra y la tristeza que había visto por primera vez en la curva de sus hombros y que había creído comprender y de la que no sabía nada, y experimentó una soledad que no había conocido desde que era niño y se sintió totalmente ajeno al mundo, aunque todavía lo amaba. Pensó que en la belleza del mundo se escondía un secreto. Pensó que el corazón del mundo latía a un coste terrible y que el dolor del mundo y su belleza se movían en una relación de equidad divergente y que en este temerario déficit podría exigirse en última instancia la sangre de multitudes por la visión de una única flor.

Por la mañana el cielo estaba claro y hacía mucho frío y había nieve en las montañas del norte. Cuando se despertó se dio cuenta de que sabía que su padre había muerto. Atizó los carbones y sopló para reavivar el fuego y asó tiras cortadas de la pierna del ciervo y, encapuchado bajo la manta, se sentó a comer y a contemplar la región del sur por la que había cabalgado.

Reemprendieron la marcha. A mediodía los caballos pisaron nieve y había nieve en el paso y los caballos pisaron y rompieron delgadas láminas de hielo del sendero donde la nieve fundida fluía por el suelo mojado, negro como la tinta, y pasaron con cautela por los trozos de escarcha que brillaban al sol y enfilaron un oscuro pasillo de abetos y bajaron por la ladera septentrional a través de bolsas de sol y bolsas de sombra, donde el aire olía a resina y piedra mojada y no cantaba ningún pájaro.

Al caer la tarde, mientras bajaban, vio luces en la distancia y aceleró el paso hacia ellas pero no se detuvo y en plena noche, completamente exhaustos tanto él como los caballos, llegaron al pueblo de Los Picos.

Una única calle de barro, surcada por las recientes lluvias. Una escuálida *alameda* donde había un podrido balcón de ramas secas y algunos viejos bancos de hierro. Los árboles de la *alameda* habían sido enjalbegados hacía poco y los troncos superiores se perdían en la oscuridad sobre la luz de los escasos faroles aún encendidos, por lo que parecían árboles de yeso recién desmoldados para un escenario. Los caballos avanzaban con gran fatiga entre los surcos de barro seco de la calle y unos perros ladraron a su paso desde detrás de portales y puertas de madera.

Cuando se despertó por la mañana hacía frío y volvía a llover. Había acampado en el lado norte del pueblo y se levantó mojado, frío y maloliente, ensilló el caballo y volvió al pueblo envuelto en el *sarape*, conduciendo delante de él a los dos caballos.

En la *alameda* habían colocado varias mesitas plegables de latón y unas muchachas colgaban tiras de papel sobre ellas. Estaban húmedas de lluvia y reían mientras lanzaban los carretes de cinta por encima de los alambres y los recuperaban con los dedos rojos, verdes y azules por el tinte desprendido por los papeles. Ató los caballos frente a la *tienda* ante la que había pasado la noche anterior, entró y compró un saco de avena para los caballos y pidió prestado un cubo galvanizado para abrevarlos y se quedó en la *alameda* apoyado en el rifle, mirándoles beber. Pensó que sería objeto de cierta curiosidad pero la gente que vio sólo le saludó gravemente y pasó de largo. Devolvió el cubo a la tienda y bajó por la calle hasta un pequeño café en el que entró y se sentó a una de las tres mesitas de madera. El suelo del café era de barro pisado recién barrido y él era el único parroquiano. Apoyó el rifle contra la pared y pidió *huevos revueltos* y una taza de chocolate, esperó a que se lo sirvieran y luego comió muy despacio. La comida sabía bien a su paladar y el chocolate estaba hecho con *canela*; lo bebió y pidió otro y dobló una *tortilla* y la comió, observando los caballos, que estaban al otro lado de la plaza, y observando a las chicas. Habían adornado el balcón con cintas y parecía un montón de ramas con festón. El propietario le demostró una gran cortesía y le llevó más *tortillas* calientes del *comal* y le dijo que iba a celebrarse una boda y que sería una lástima que lloviese. Preguntó de dónde era y le sorprendió que hubiese venido de tan lejos. John Grady, de pie ante la ventana del café vacío, observando las actividades de la plaza, dijo que era bueno que Dios ocultase las verdades de la vida a los jóvenes cuando empezaban pues de otro modo no tendrían ánimos para empezar.

A media mañana paró la lluvia. Los árboles de la *alameda* goteaban y las cintas de papel pendían en empapadas hileras. Contempló junto a los caballos la salida de la iglesia del cortejo nupcial. El novio llevaba un traje negro mate demasiado grande para él y no parecía incómodo sino casi

desesperado, como si no tuviera costumbre de vestir trajes. La novia estaba turbada y muy arrimada a él y cuando se detuvieron en los escalones para la fotografía, posando allí con sus anticuadas prendas de etiqueta frente a la iglesia, ya tenían el aspecto de las fotografías antiguas. En el monocromo sepia de un día lluvioso en aquel pueblo perdido habían envejecido instantáneamente.

En la *alameda*, una vieja con un *rebozo* negro iba de acá para allá inclinando las mesas y sillas de metal para que escurriera la lluvia. Ella y otros empezaron a sacar comida de baldes y cestas y un grupo de tres músicos con sucios trajes plateados se colocaron junto a sus instrumentos. El novio cogió la mano de la novia para ayudarla a sortear el agua encharcada ante los escalones de la iglesia. En el agua se reflejaban figuras grises contra un cielo gris. Un niño salió corriendo, pisó el charco, los salpicó con una ola del agua enlodada y gris y huyó con sus compañeros. La novia se agarró al novio. Éste siguió a los chicos con una mirada ceñuda pero ya no había remedio y ella se miró el vestido, le miró a él y se echó a reír. Entonces el marido también rió, al igual que otros del cortejo, y cruzaron la calle riendo y mirándose unos a otros y entraron en la *alameda*, entre las mesas, y los músicos empezaron a tocar.

Con sus últimas monedas compró café, *tortillas*, fruta y frijoles enlatados. Hacía tanto tiempo que las latas estaban en las estanterías que se habían empañado y las etiquetas se veían descoloridas. Cuando pasó por la calle, el cortejo nupcial ya se había sentado y comía ante las mesas y los músicos habían dejado de tocar y estaban reunidos en cuclillas, bebiendo en tazas de hojalata. Un hombre sentado solo en un banco, que no parecía parte de la boda, levantó la vista al sonido de los lentos cascos en la calle y alzó una mano hacia el pálido jinete que pasaba con manta y rifle y él también alzó una mano y continuó su camino.

Pasó de largo las últimas casas bajas de adobe y enfiló el camino del norte, una senda de barro que serpenteaba a través de las yermas colinas de grava, se bifurcaba e interrumpía y al final terminaba en los restos de una mina abandonada entre las formas oxidadas de tubos, ademes y viejos puntales de madera. Cruzó la tierra alta y al atardecer bajó por la ladera

norte y cabalgó por el borde de la llanura donde la creosota, de color verde oliva oscuro a causa de las lluvias, se agrupaba en solemnes colonias como había estado durante mil años o más en aquel desierto deshabitado, más viejo que cualquier otro ser viviente.

Siguió cabalgando, seguido por los dos caballos, ahuyentando a palomas de los charcos de agua estancada, mientras el sol descendía de las oscuras y descoloridas nubes del oeste, donde su color rojo se derramaba por la estrecha franja de cielo sobre las montañas como sangre cayendo a través de agua y el desierto fresco por la lluvia se volvía dorado a la luz crepuscular y luego se intensificaba como un lento entintado sobre la *bajada* y las colinas ondulantes y la desnuda longitud pétreo de las *cordilleras* se oscurecía hasta el sur en México. La llanura de aluvión que cruzaba estaba tapiada por rocas de basalto y en el crepúsculo los pequeños zorros del desierto habían salido a sentarse a lo largo de los muros, silenciosos y majestuosos como iconos que contemplasen la llegada de la noche, y las palomas llamaban desde las acacias y entonces cayó la noche oscura como Egipto y sólo quedó la quietud y el silencio y el sonido de la respiración de los caballos y el de sus cascos resonando en las tinieblas. Dirigió su caballo hacia la estrella polar y siguió cabalgando y vieron la luna llena subir del este y los coyotes gritaron y contestaron por toda la llanura hacia el sur de donde habían venido.

Cruzó el río justo al oeste de Langtry, Texas, bajo una fina llovizna. El viento del norte, el día frío. El ganado a orillas del río, gris e inmóvil. Siguió una senda de ganado hasta los sauces y a través del *carrizal* hasta donde el agua gris se trenzaba entre los guijos.

Estudió las grises y frías ondulaciones de la corriente, desmontó, aflojó las cinchas, se desnudó, metió las botas en las perneras de los pantalones, como ya hiciera una vez en aquel tiempo lejano, y puso encima la camisa, la chaqueta y la pistola e hizo un nudo con el cinturón para cerrar el fardo por la mitad. Entonces se colgó los pantalones del hombro, montó desnudo con el rifle en alto y, conduciendo los caballos sueltos delante de él, empujó a Redbo hacia el río.



Entró en tierra de Texas pálido y tembloroso, descansó brevemente al caballo y miró la llanura hacia el norte, donde ya empezaba a verse ganado moviéndose con indolencia en aquel paisaje pálido. Llamó en voz baja a los caballos, pensó en su padre que había muerto en aquel país y, desnudo a lomos del caballo bajo la lluvia incesante, lloró.

Cuando entró en Langtry a primera hora de la tarde continuaba lloviendo. Lo primero que vio fue una camioneta con el capó levantado y dos hombres intentando ponerla en marcha. Uno de ellos se enderezó y le vio. Debió de parecerles una aparición del pasado porque dio un codazo al otro y ambos le miraron.

Hola, dijo John Grady. Me pregunto si podrían decirme qué día es.

Se miraron.

Es jueves, dijo el primero.

Me refiero a la fecha.

El hombre le miró. Miró los caballos quietos detrás de él. ¿La fecha?, repitió.

Sí, señor.

Es el día de Acción de Gracias, dijo el otro hombre.

Los miró. Miró hacia la calle.

¿Está abierto aquel café de allí?

Sí, está abierto.

Alzó la mano de la perilla y ya iba a arrear el caballo cuando se detuvo.

¿Uno de ustedes querría comprar un rifle?, preguntó.

Se miraron.

Earl podría comprártelo, dijo el primer hombre. En general le gusta ayudar a la gente.

¿Es el hombre que regenta el café?

Sí.

Se tocó el ala del sombrero. Muy agradecido, dijo. Entonces arreó el caballo y bajó la calle con los caballos sueltos tras de sí. Le vieron irse. Ninguno habló porque no había nada que decir. El que sostenía la llave de casquillo la puso sobre el guardabarros y ambos se quedaron mirando hasta que dobló la esquina del café y no hubo nada más que ver.

Cabalgó por tierra fronteriza durante semanas, buscando al dueño del caballo. En Ozona, justo antes de Navidad, tres hombres obtuvieron una orden de detención y el alguacil del condado embargó el animal. La audiencia se celebró en el despacho del juez en el viejo palacio de justicia de piedra y el secretario leyó los cargos y los nombres y el juez se volvió y miró a John Grady.

Hijo, ¿te representa algún letrado?, preguntó.

No, señor, respondió John Grady. No necesito un abogado. Sólo necesito hablarle de mi caballo.

El juez asintió. Está bien, dijo. Adelante.

Sí, señor. Si no le importa, me gustaría contárselo desde el principio. Desde la primera vez que vi el caballo.

Bueno, si te gusta contarlo, a nosotros nos gustaría oírlo, así que adelante.

Necesitó casi media hora. Cuando terminó, pidió un vaso de agua. Nadie habló. El juez se dirigió al secretario.

Emil, da al muchacho un vaso de agua.

Miró su cuaderno de notas y se volvió hacia John Grady.

Hijo, voy a hacerte tres preguntas y si puedes contestarlas, el caballo es tuyo.

Sí, señor. Lo intentaré.

Bueno, o lo sabes o no lo sabes. Lo malo de un embustero es que no puede recordar lo que dijo.

Yo no soy un embustero.

Ya sé que no lo eres. Esto es sólo para el expediente. No creo que nadie pueda inventar la historia que acabas de contarnos.

Volvió a ponerse las gafas y preguntó a John Grady el número de hectáreas de la *hacienda* de Nuestra Señora de la Purísima Concepción. Luego preguntó el nombre del marido de la cocinera del *hacendado*. Finalmente dejó aparte sus notas y preguntó a John Grady si llevaba calzoncillos limpios.

Una risa ahogada recorrió la sala del tribunal, pero el juez no reía ni tampoco el alguacil.

Sí, señor, los llevo limpios.

Bueno, no hay ninguna mujer presente así que, si no te avergüenza demasiado, me gustaría pedirte que enseñes al tribunal los agujeros de bala de tu pierna. Si no quieres, te preguntaré otra cosa.

Sí, señor, dijo John Grady. Se abrió la hebilla del cinturón, dejó caer los pantalones hasta las rodillas y enseñó al juez la parte exterior de la pierna derecha.

Está bien, hijo. Gracias. Ya puedes beber agua.

Se subió los pantalones, los abrochó, cerró la hebilla del cinturón, alargó el brazo hasta la mesa donde el secretario había dejado el vaso y bebió.

Son unos agujeros bastante feos, dijo el juez. ¿No recibiste atención médica?

No, señor. No había ninguna disponible.

Supongo que no. Ha sido una suerte que no pillaras gangrena.

Sí, señor. Los quemé a conciencia.

¿Los quemaste?

Sí, señor.

¿Con qué los quemaste?

Con el cañón de una pistola. Los quemé con el cañón candente de una pistola.

Se hizo un silencio absoluto en la sala del tribunal. El juez se apoyó en el respaldo.

Se ordena al alguacil que devuelva la propiedad en cuestión al señor Cole. Señor Smith, encárguese de que el muchacho reciba su caballo. Hijo, eres libre de irte y el tribunal te agradece tu testimonio. He sido juez en este condado desde que es un condado y en este tiempo he oído muchas cosas que me inspiraron graves dudas sobre la raza humana, pero ésta no es una de ellas. Me gustaría ver a los tres demandantes de este caso en mi despacho después de comer. Lo cual significa a la una.

El abogado de los demandantes se levantó. Señoría, se trata claramente de un caso de confusión de identidad.

El juez cerró su cuaderno y se levantó. En efecto, dijo. Una grave confusión. La audiencia ha terminado.

Aquella noche llamó a la puerta del juez cuando aún había luces en la planta baja de la casa. Una chica mexicana abrió la puerta y le preguntó qué quería y él dijo que quería ver al juez. Lo dijo en español y ella lo repitió en inglés con cierta frialdad y le dijo que esperase.

Cuando el juez apareció en el umbral aún iba vestido pero llevaba encima una vieja bata de franela. Si le sorprendió encontrar al muchacho en su porche, no lo demostró. Empujó la puerta de tela metálica.

Entra, hijo, invitó. Entra.

No querría estorbarle.

No me estorbas.

John Grady agarró con fuerza el sombrero.

No pienso salir afuera, dijo el juez, así que si quieres verme será mejor que entres.

Sí, señor.

Entró en un largo pasillo. Una escalera de balaustrada a la derecha llevaba al piso superior. La casa olía a guiso y a barniz de muebles. El juez llevaba zapatillas de piel y caminó silenciosamente por el pasillo alfombrado hasta una puerta abierta a la izquierda. La habitación estaba llena de libros y en la chimenea ardía el fuego.

Estamos aquí, dijo el juez. Dixie, éste es John Cole.

Una mujer de cabellos grises se levantó al verle entrar y le sonrió. Entonces se volvió hacia el juez.

Me voy arriba, Charles, dijo.

Está bien, mamá.

El juez se dirigió a John Grady. Siéntate, hijo.

John Grady tomó asiento y se puso el sombrero en el regazo.

Esperaron.

Bueno, adelante, dijo el juez. No hay momento como el presente.

Sí, señor. Supongo que lo primero que quería decir era que me impresionó lo que usted dijo en la sala del tribunal. Fue como si yo tuviera razón en todo y no me siento así.

¿Cómo te sientes?

Se quedó mirando el sombrero. Calló durante largo rato. Al final levantó la vista. No me siento justificado, dijo.

El juez asintió. No falseaste nada sobre el caballo, ¿verdad?

No, señor. No fue eso.

¿Qué fue?

Bueno, señor, la muchacha, me imagino.

Está bien.

Trabajé para aquel hombre, le respetaba y él nunca tuvo quejas sobre mi trabajo y fue muy bueno conmigo. Y aquel hombre subió a la altiplanicie donde yo trabajaba y creo que tenía intención de matarme. Y yo había sido el causante. Sólo yo.

No dejaste embarazada a la chica, ¿verdad?

No, señor. Estaba enamorado de ella.

El juez asintió gravemente. Bueno, dijo. Podías estar enamorado de ella y aun así preñarla.

Sí, señor.

El juez le observó. Hijo, me das la impresión de ser alguien un poco demasiado severo consigo mismo. Por lo que me has contado, te las has arreglado muy bien para salir de allí de una pieza. Quizá lo mejor que puedes hacer es seguir tu camino y olvidarlo. Mi padre solía decirme que no hay que masticar las preocupaciones.

Sí, señor.

Hay algo más, ¿verdad?

Sí, señor.

¿Qué es?

Cuando estuve en la penitenciaría, maté a un chico.

El juez se recostó. Vaya, lamento saberlo.

No deja de angustiarme.

Debiste de sufrir alguna provocación.

Sí. Pero esto no me ayuda. Intentó matarme con un cuchillo. Dio la casualidad de que yo le gané.

¿Por qué te angustia?

No lo sé. No sé nada de él. Ni siquiera supe su nombre. Podía ser un chico bastante bueno. No lo sé. No sé siquiera si ha muerto.

Levantó la vista. Sus ojos estaban húmedos a la luz de la lumbre. El juez le observaba.

Sabes que no era un chico bastante bueno, ¿verdad?

Sí, señor. Supongo.

No querrías ser juez, ¿verdad?

No, señor. Seguro que no.

Yo tampoco quería.

¿Señor?

No quería ser juez. Era un joven abogado que ejercía en San Antonio y volví aquí cuando mi padre cayó enfermo y fui a trabajar para el fiscal del condado. Desde luego, no quería ser juez. Creo que sentía lo mismo que tú. Y continuó igual.

¿Qué le hizo cambiar de opinión?

No sé si la cambié. Sólo vi mucha injusticia en el sistema jurídico y vi a personas de mi misma edad en posiciones de autoridad entre las que yo me había educado y sabía con certeza que no tenían ni una pizca de sentido común. Creo que no tuve elección. No tuve la menor elección. Mandé a un chico de este condado a la silla eléctrica en Huntsville en mil novecientos treinta y dos. Pienso en ello. No creo que fuera un chico bastante bueno, pero pienso en ello. ¿Lo haría otra vez? Sí, lo haría.

Yo casi lo hice otra vez.

¿Qué, matar a alguien?

Sí, señor.

¿Al capitán mexicano?

Sí, señor. Al capitán. O lo que fuera. Era lo que ellos llaman una *madrina*. Ni siquiera un verdadero oficial de paz.

Pero no lo hiciste.

No, señor, no lo hice.

Permanecieron en silencio. El fuego ya era sólo un rescoldo. Fuera soplaba el viento y él tendría que salir muy pronto a la intemperie.

Pero no había decidido nada al respecto. Me decía a mí mismo que no lo había decidido, pero no era cierto. Ignoro qué habría ocurrido si no hubiesen venido y no se lo hubiesen llevado. Supongo que está muerto, de todos modos.

Alzó la mirada del fuego hacia el juez.

Ni siquiera estaba furioso contra él. O no me lo parecía. Conocía apenas a aquel muchacho que mató. Me afectó mucho. Pero no era nada para mí.

¿Por qué crees que querías matarle?

No lo sé.

Bueno, dijo el juez, creo que esto es algo entre tú y el buen Dios. ¿No te parece?

Sí, señor. No he querido decir que esperaba una respuesta. Quizá no existe una respuesta. Sólo me preocupaba que usted pensara que era algo especial. No lo soy.

Bueno, no es una mala preocupación.

Cogió el sombrero con ambas manos. Parecía a punto de levantarse, pero no se levantó.

La razón de que quisiera matarle era que me quedé quieto y le dejé llevar a aquel chico hasta los árboles y matarlo sin decir nada.

¿Habría servido de algo?

No, señor. Pero esto no lo arregla.

El juez se inclinó, cogió el atizador que estaba junto a la chimenea, removió los tizones, dejó el atizador en su sitio, enlazó las manos y miró al muchacho.

¿Qué habrías hecho si hubiese fallado hoy en tu contra?

No lo sé.

Bueno, supongo que hay una respuesta justa.

No era su caballo. Me habría disgustado.

Sí, dijo el juez, supongo que sí.

Necesito averiguar a quién pertenece el caballo. Ha llegado a ser como una piedra colgada de mi cuello.

No hay nada que te impida averiguarlo, hijo. Creo que lo conseguiremos.

Sí, señor. Me imagino que sí. Si vivo.

Se levantó.

Gracias por su tiempo. Y por invitarme a entrar en su casa y todo lo demás.

El juez se levantó. Vuelve a visitarme cuando quieras, dijo.

Sí, señor. Se lo agradezco.

Fuera hacía frío pero el juez se quedó en el porche en bata y zapatillas mientras él desataba el caballo y los otros dos animales y luego montaba. Dio la vuelta al caballo, miró al juez de pie en la luz del umbral y levantó la mano y el juez levantó la suya y él cabalgó calle abajo de farol en farol hasta que desapareció en la oscuridad.

Por la mañana del domingo siguiente se sentó en un bar de Bracketville, Texas, a tomar un café. No había nadie más en el bar excepto el camarero, que estaba sentado en el último taburete al final de la barra fumando un cigarrillo y leyendo el periódico. Tocaba una radio detrás de la barra y al cabo de un rato una voz dijo que era la «Hora del Evangelio» de Jimmy Blevins.

John Grady levantó la vista. ¿Dónde está esa emisora?, preguntó.

En Del Río, contestó el camarero.

Llegó a Del Río alrededor de las cuatro y media de la tarde y empezaba a oscurecer cuando encontró la casa de los Blevins. El reverendo vivía en una casa de madera blanca con un sendero de grava y John Grady desmontó junto al buzón, llevó los caballos por el sendero hasta la parte posterior de la casa y llamó a la puerta de la cocina. Se asomó una mujer baja y rubia y abrió la puerta.

¿Sí?, dijo. ¿Puedo ayudarle?

Sí, señora. ¿Está en casa el reverendo Blevins?

¿Para qué quiere verle?

Bueno, supongo que querría verle a propósito de un caballo.

¿Un caballo?

Sí, señora.

Ella miró hacia los animales. ¿De cuál se trata?, inquirió.



Del bayo. El más grande.

Lo bendecirá, pero no le pondrá las manos encima.

¿Señora?

No le pondrá las manos encima. No sobre los animales.

¿Quién está ahí, querida?, llamó un hombre desde la cocina.

Un muchacho con un caballo, gritó ella.

El reverendo salió al porche. Vaya, vaya, dijo. Mira esos caballos.

Siento molestarle, señor, pero este caballo no es suyo, ¿verdad?

¿Mío? No he poseído un caballo en mi vida.

¿Quería que le bendijera el caballo o no?, preguntó la mujer.

¿Conocen a un chico de unos catorce años llamado Jimmy Blevins?

Una vez tuvimos una mula cuando era niño. Una gran mula. De mala ralea, también. ¿Un chico llamado Jimmy Blevins? ¿Quiere decir Jimmy Blevins a secas?

Sí, señor.

No. No. No que yo recuerde. Hay muchos Jimmy Blevins en esta parte del mundo, pero son Jimmy Blevins Smith y Jimmy Blevins Jones. No pasa semana que no recibamos una o dos cartas mencionando a un nuevo Jimmy Blevins esto o Jimmy Blevins aquello. ¿No es cierto, querida?

Cierto, reverendo.

Las recibimos de ultramar, ¿sabe? Jimmy Blevins Chang. Ésta fue la última. Un pequeño bebé amarillo. Envían fotos, ¿sabe? Instantáneas. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Cole. John Grady Cole.

El reverendo le tendió la mano y se las estrecharon, el reverendo con expresión pensativa. Cole, dijo. Es posible que hayamos tenido un Cole. Detestaría decir lo contrario. ¿Ha cenado?

No, señor.

Querida, quizá al señor Cole le gustaría cenar con nosotros. ¿Le gusta el pollo con albóndigas, señor Cole?

Sí, señor, me gusta. Ha sido mi plato preferido durante toda mi vida.

Pues ahora va a serlo con más razón porque mi esposa guisa el mejor que haya comido nunca.

Cenaron en la cocina. Ella dijo: Comemos en la cocina desde que sólo estamos nosotros dos.

No preguntó quién faltaba. El reverendo esperó a que ella se sentara y entonces bajó la cabeza y bendijo los alimentos de la mesa y a las personas sentadas a ella. Se extendió bastante y bendijo todo lo que contenía el campo y bendijo también otros países y habló de guerra y hambre, de las misiones y otros problemas del mundo con una referencia especial a Rusia, los judíos y el canibalismo y lo pidió todo en nombre de Cristo y se levantó y alargó la mano hacia el pan de maíz.

La gente siempre quiere saber cómo empecé, dijo. Pues bien, no fue ningún misterio para mí. Cuando oí por primera vez una radio, supe para qué servía y no me cupo la menor duda. El hermano de mi madre montó una radio de galena. La compró por correo. Vino en una caja y había que montarla. Vivíamos en el sur de Georgia y, como es natural, habíamos oído hablar de la radio. Pero nunca habíamos visto funcionar una con nuestros propios ojos. Hay un mundo de diferencia. Bien. Yo sabía para qué servía. Porque no podía haber más excusas, ¿sabe? Un hombre podía endurecer su corazón hasta ser incapaz de oír la palabra de Dios, pero ¿y poniendo la radio muy alta? Pues bien, la dureza de corazón ya no es bastante. Tiene que ser sordo como una tapia, además. Todo tiene un propósito en el mundo, ¿sabe? A veces puede ser difícil saber cuál es. Pero ¿la radio? Dios mío. No puede estar más claro. La radio entró en mis planes desde el principio. Es lo que me llevó al ministerio.

Llenó su plato mientras hablaba y entonces dejó de hablar y comió. No era un hombre grueso, pero comió dos platos enormes y luego una gran ración de pastel de melocotón y bebió varios vasos grandes de suero de leche.

Cuando terminó se secó la boca y apartó la silla. Bueno, dijo, discúlpenme los dos. Tengo que trabajar. El Señor no hace vacaciones.

Se levantó y desapareció dentro de la casa. La mujer sirvió a John Grady otra ración de pastel y él le dio las gracias. Ella volvió a sentarse y le miró comer.

Fue el primero que hizo poner las manos sobre la radio, ¿sabe?, dijo.

¿Señora?

Lo inició él. Lo de poner las manos sobre la radio. Rezaba por radio y curaba a todos los que se sentaban allí con las manos sobre la radio.

Sí, señora.

Antes hacía que la gente mandara cosas y rezaba sobre ellas pero surgieron muchos problemas en relación con esto. La gente espera mucho de un ministro de Dios. Curó a mucha gente y, por supuesto, todos le oyeron por radio pero, me disgusta decirlo, todo acabó mal. Yo así lo creía.

Él comía y ella le miraba.

Mandaban cadáveres, dijo.

¿Señora?

Mandaban cadáveres. Los embalaban y enviaban por tren expreso. El asunto escapó a todo control. No se puede hacer nada con una persona muerta. Sólo Jesús podría hacerlo.

Sí, señora.

¿Quiere más suero de leche?

Sí, por favor, señora. Es delicioso.

Me alegra que le guste.

Le llenó el vaso y volvió a sentarse.

Trabaja tanto para su ministerio. La gente no tiene ni idea. ¿Sabía que su voz llega a todo el mundo?

¿De verdad?

Recibimos cartas de China. Es difícil de imaginar. Aquella gente baja y anciana sintonizando sus radios desde allí. Escuchando a Jimmy.

Pensaba que no entenderían lo que decía.

Cartas de Francia. Cartas de España. Del mundo entero. Su voz es como un instrumento, ¿sabe? Cuando hace la imposición de manos podrían estar en Tombuctú. Podrían estar en el Polo Sur. No importa nada. Su voz está allí. No se puede ir a ninguna parte donde no esté. En el aire. Todo el tiempo. Sólo hay que conectar la radio.

Por supuesto intentaron cerrar la emisora, pero ahora está en México. Por esto vino el doctor Brinkley. Para fundar esa emisora. ¿Sabía que la pueden oír en Marte?

No, señora.

Pues, sí. Cuando pienso en ellos oyendo desde allí por primera vez las palabras de Jesús, siento deseos de llorar. De verdad. Y Jimmy Blevins lo ha hecho. Ha sido él.

Desde el interior de la casa llegó un ronquido largo y estrepitoso. Ella sonrió. Pobrecito, dijo. Está agotado. La gente no tiene ni idea.

Nunca encontró al dueño del caballo. Hacia finales de febrero volvió a dirigirse hacia el norte, arrastrando los caballos hasta las aceras de los bares al borde de las carreteras alquitranadas, con el gran viento soplando contra las cercas. En la primera semana de marzo estaba de regreso en San Angelo y cabalgó a campo traviesa en el paisaje tan familiar para él y llegó a la valla de los pastos Rawlins justo un poco después de oscurecer, en la primera noche cálida del año, sin viento y todo claro y en silencio en las llanuras del oeste de Texas. Cabalgó hasta la cuadra, desmontó y caminó hacia la casa. Había luz en la habitación de Rawlins y se puso dos dedos contra los dientes y silbó.

Rawlins fue a la ventana y se asomó. Al cabo de unos minutos salió de la cocina y dio la vuelta a la casa.

¿Eres tú, compañero?

Sí.

Amansador, dijo. Amansador.

Le rodeó para verle a la luz y le miró como si fuese algo extraño.

Me imaginé que querrías recuperar tu viejo caballo, dijo John Grady.

No puedo creerlo. ¿Has venido con Júnior?

Está ahí dentro, en la cuadra.

Amansador, dijo Rawlins. No puedo creerlo. Amansador.

Cabalgaron por la pradera, se sentaron en el suelo, dejando sueltos los caballos con las riendas colgando, y contó a Rawlins todo lo sucedido. Siguieron sentados en un profundo silencio. La luna muerta pendía en el oeste y las formas largas y planas de las nubes nocturnas pasaban ante ella como una flota fantasma.

¿Has ido a ver a tu mamá?, inquirió Rawlins.

No.

Sabes que tu papá murió.

Sí. Supongo que lo sabía.

Ella intentó enviarte recado a México.

Sí.

La madre de Luisa está muy enferma.

¿La abuela?

Sí.

¿Cómo se las arreglan?

Supongo que bien. Vi a Arturo en la ciudad. Thatcher Cole le consiguió un empleo en la escuela. La limpieza y cosas por el estilo.

¿Saldrá de ésta?

No lo sé.

Es bastante vieja.

Sí.

¿Qué vas a hacer?

Largarme.

¿Adonde?

No lo sé.

Podrías ir a las explotaciones petroleras. Pagan muy bien.

Sí, ya lo sé.

Podrías quedarte aquí en la casa.

Creo que seguiré viajando. Con todo, éste es un buen país.

Sí, lo sé. Pero no es mi país.

Se levantó, dio media vuelta y miró hacia el norte donde las luces de la ciudad pendían sobre el desierto. Entonces caminó, cogió las riendas, montó su caballo y cogió el caballo de Blevins por el cabestro.

Sujeta tu caballo, dijo. Si no, me seguirá.

Rawlins se acercó, cogió el caballo y se detuvo.

¿Dónde está tu país?, preguntó.

No lo sé, dijo John Grady. No sé dónde está. No sé cómo es mi país.

Rawlins no contestó.

Hasta la vista, socio, dijo John Grady.

Muy bien. Hasta la vista.

Se quedó sujetando el caballo mientras el jinete daba media vuelta y se alejaba, bajando lentamente hacia la línea del horizonte. Se puso en cuclillas para verle un rato más pero poco después desapareció.

El día del entierro en Knickerbocker fue frío y ventoso. Había dejado los caballos en el pasto, al otro lado de la carretera, y se quedó sentado mucho tiempo observando la carretera hacia el norte, donde se formaba una tormenta y el cielo era gris, y al cabo de un rato apareció el cortejo fúnebre. Un viejo Packard con el féretro y un variado surtido de coches y camiones polvorientos detrás. Se detuvieron en la carretera que desembocaba en el pequeño cementerio mexicano, la gente se apeó de los coches y los empleados de la funeraria, con sus trajes de un negro deslucido, esperaron detrás del coche fúnebre y después entraron por la puerta del cementerio llevando el ataúd de la abuela. Él permaneció al otro lado de la carretera con el sombrero en la mano. Nadie le miró. La entraron en el cementerio seguidos por un sacerdote y un chico con túnica blanca tocando una campanilla, la enterraron, rezaron, lloraron y gimieron y después salieron otra vez del cementerio a la carretera, ayudándose a andar unos a otros, y llorando, subieron a los coches y bajaron uno tras otro por la estrecha carretera para volver por donde habían venido.

El coche fúnebre ya se había ido. Había una camioneta aparcada un poco más abajo de la carretera y él se puso el sombrero y se sentó en la cuneta. Al poco rato bajaron dos hombres por la senda del cementerio con palas sobre los hombros, caminaron por la carretera, metieron las palas en la plataforma de la camioneta, subieron, dieron la vuelta y se alejaron.

Él cruzó la carretera y subió hasta el cementerio, pasó de largo la vieja cripta de piedra y las pequeñas lápidas y sus pequeños recuerdos, las flores de papel descoloridas por el sol, un jarrón de porcelana, una Virgen de celuloide roto. Los nombres que conocía o había conocido. Villareal, Sosa, Reyes. Jesusita Holguín. *Nació. Falleció.* Una grulla de porcelana. Un jarrón de vidrio opal desportillado. Los parques ondulantes más allá, viento

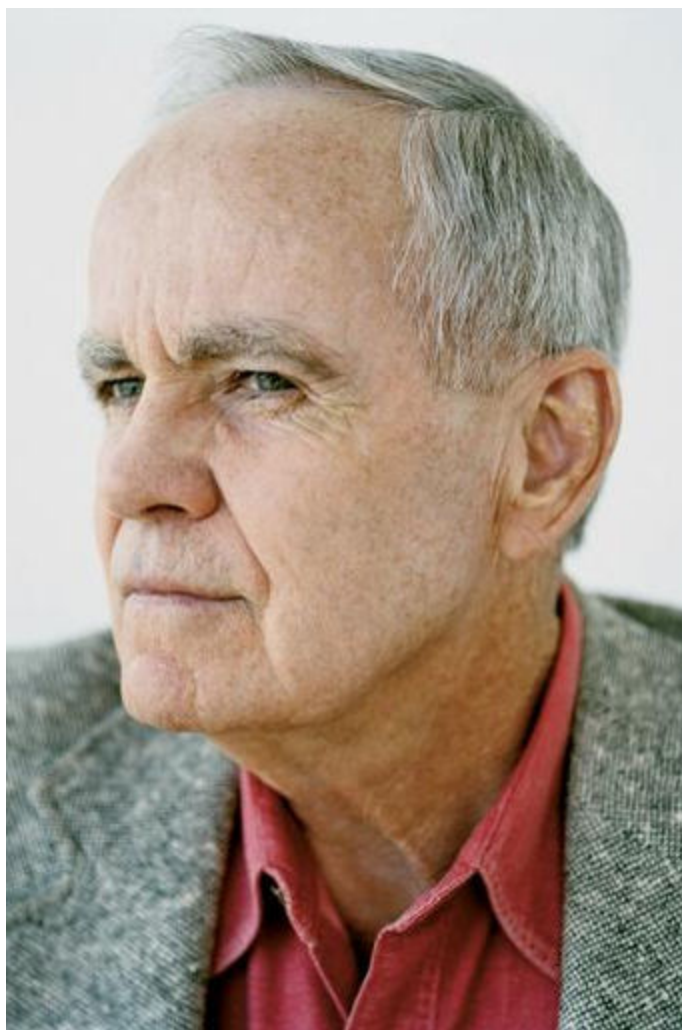
en los cedros. Armendares. Órnelos. Tiodosa Tarín. Salomer Jáquez. Epitacio Villareal Cuéllar.

Se quedó con el sombrero en la mano sobre la tierra sin marcar. Esta mujer que había trabajado para su familia durante cincuenta años. Había cuidado de su madre cuando era un bebé y trabajado para su familia mucho antes de que su madre naciera y había conocido y cuidado a los salvajes muchachos Grady, que eran tíos de su madre y habían muerto todos hacía tanto tiempo, y permaneció con el sombrero en la mano y la llamó su *abuela* y le dijo adiós en español y luego dio media vuelta, se puso el sombrero y volvió el rostro húmedo al viento y por unos instantes extendió las manos como para guardar el equilibrio o para bendecir aquel terreno o tal vez para retardar el mundo que se iba rápidamente y parecía no preocuparse en absoluto por jóvenes o ricos o pobres u oscuros o pálidos o él o ella. Nada en absoluto por sus luchas, nada por sus nombres. Nada por los vivos o los muertos.

En cuatro días a caballo cruzó el Pecos en Iraan, Texas, salió de los rompientes del río donde los guimbaletes del campo Yates se elevaban contra la rosada línea del horizonte y se zambullían como pájaros mecánicos. Como grandes aves primitivas soldadas en hierro de memoria en una tierra donde quizá una vez habían existido aves semejantes. En aquel tiempo aún acampaban indios en las llanuras del oeste y al atardecer pasó a lomos de su caballo junto a un grupo disperso de sus chozas, apuntaladas sobre aquel desierto hostigado y tembloroso. Estarían quizá a unos cuatrocientos metros hacia el norte, sólo chozas hechas con palos y maleza y cubiertas con unos cuantos pellejos de cabra. Los indios le observaban. Se dio cuenta de que no hablaban entre sí ni comentaban su paso por allí a caballo ni levantaban una mano a guisa de saludo ni le llamaban. No les inspiraba la menor curiosidad. Como si supieran todo lo que necesitaban saber. Se quedaron mirándole pasar y luego desaparecer en aquel paisaje únicamente porque pasaba. Únicamente porque desaparecería.

El desierto por el que cabalgaba era rojo y rojo el polvo que levantaba, el polvo fino que cubría las patas del caballo que montaba, el caballo que conducía. Al atardecer se levantó un viento y enrojeció todo el cielo que se extendía ante él. Había poco ganado en aquella tierra porque era tierra baldía, pero en el crepúsculo topó con un toro solitario revolviéndose en el polvo contra la puesta de sol de color rojo sangre como un animal en el tormento de un rito. El polvo de color rojo sangre bajaba soplando desde el sol. Tocó el caballo con los tacones y siguió adelante. Cabalgaba con el sol cubriéndole la cara de cobre y el viento rojo soplando del oeste sobre la tierra crepuscular y los pequeños pájaros del desierto volaban gorjeando entre los helechos secos, y caballo, jinete y caballo pasaban de largo y sus largas sombras pasaban en tándem como la sombra de un solo ser. Pasaban y palidecían en la tierra oscurecida, el mundo venidero.





CORMAC MCCARTHY (1933) nació en Rhode Island, Estados Unidos. Las circunstancias de su biografía se hallan envueltas en la leyenda: no concede entrevistas, se dice que vivió bajo una torre de perforación petrolífera y que en su juventud llevó la vida de un vagabundo. Considerado como uno de los más importantes escritores norteamericanos de la actualidad, la publicación en 1992 de *Todos los hermosos caballos*, ganadora del National Book Award, lo reveló como uno de los autores de mayor fuerza de la nueva narrativa norteamericana. Su éxito, de crítica y público, se vio incrementado con la publicación de *En la frontera* y *Ciudades de la llanura*, que completan la llamada *Trilogía de la frontera*.

Otras de sus obras son *Hijo de Dios*, *Meridiano de sangre*, *El guardián del vergel*, *Suttree*, *No es país para viejos* y *La carretera*.

# Notas

[1] Todas las palabras que aparecen en cursiva figuran en castellano en la edición original norteamericana. (*N. del E.*) <<